ELIZABETH PETERS

Por la autora de **EL SARCÓFAGO DE LA MOMIA**

LOS ACTOS DEL PERTURBADOR

"Una escritora tan popular, que las bibliotecas tienen que mantener sus libros bajo llave"
– *Washington Post Book World*

Elizabeth Peters

LOS ACTOS DEL PERTURBADOR

Amelia Peabody V

Su hermana era su protectora.
Ella, que marcha contra el enemigo.
Que frustra los actos del perturbador.
Por el poder de sus palabras.
La de lengua afilada,
cuyo discurso no desfallece.
Admirable dando órdenes.
¡Poderosa Isis!
"Himno a Osiris".
Decimoctava Dinastía

Capítulo 1

En muchos aspectos me cuento entre las mujeres más afortunadas. Seguramente, un cínico podría indicar que esto no era una gran distinción en el siglo XIX de la era cristiana, cuando las mujeres estaban privadas de la mayor parte de los "derechos inalienables" reclamados por los hombres. Este período de la historia a menudo es conocido por el nombre de soberano; y aunque nadie respete a la Corona más que Amelia Peabody Emerson, la honradez me obliga a indicar que las observaciones ignorantes de su graciosa Majestad sobre el sexo que representaba no hacían nada por elevarlo de la baja estima en la que era retenido.

Divago. Puedo refrenarme de hacerlo, pero todas las injusticias de mis oprimidas hermanas siempre despertarán una llama de indignación en mi pecho. ¿Cuán lejos estamos todavía de la emancipación que merecemos? ¿Cuándo, oh, cuándo prevalecerán la justicia y razón, y la Mujer descenderá del pedestal en el que el Hombre la ha colocado (para evitar que haga algo aparte de permanecer perfectamente inmóvil) y tomar el lugar que le corresponde por derecho al lado de él?

Sólo el cielo lo sabe. Pero como decía, o estaba a punto de decir, yo era lo bastante afortunada como para saltar (algunos quizá digan atravesar) sobre las barreras sociales y educativas erigidas al progreso femenino por personas celosas del otro sexo. Habiendo heredado de mi padre tanto una independencia financiera como una educación clásica completa, me embarqué para ver mundo.

Nunca vi el mundo, me quedé en Egipto, en la tierra antigua de los faraones encontré mi destino. Dado el tiempo que he seguido la profesión de arqueología, y aunque la modestia me impide reclamar más de lo que es debido, puedo decir que mis contribuciones a esta profesión no han sido insignificantes.

En esos esfuerzos he sido asistida por el egiptólogo más grande de este o cualquier otro siglo, Radcliffe Emerson, mi prestigioso y devoto cónyuge. Cuando doy gracias al Creador benévolo (como hago con frecuencia), el nombre de Emerson figura en un papel prominente de mi conversación. Pero, aunque el trabajo y la inteligencia no juegan un papel pequeño en el éxito material, no puedo reclamar ningún crédito por ser Emerson lo *que* es, o *dónde* estaba, cuando nos conocimos por vez primera. Sin duda no fue fortuito, ni un capricho vano de la fortuna lo que incitó el acontecimiento catastrófico. ¡No! El destino, el sino, llámele como se desee, estaba destinado a ser. Quizás (como a menudo reflexiono cuando estoy ociosa o de humor pensativo) los antiguos filósofos paganos tenían razón al creer que hemos vivido otras vidas en otras edades del mundo. Quizás ese encuentro en los vestíbulos polvorientos del viejo Museo Boulaq *no* fue nuestro primer encuentro; ya que hubo una familiaridad irresistible en esos ardientes orbes zafiro, esos labios firmes y el mentón con hoyuelo (aunque para estar seguros, en aquél momento estaba oculto por una barba tupida que más tarde persuadí a Emerson que se quitara). Todavía distraída y de humor pensativo, me permití la fantasía de vagar, como habíamos vagado quizás entre los poderosos pilares del antiguo Karnak, su fuerte mano bronceada agarrando la mía, su forma musculosa ataviada con la falda corta y el collar de cuentas que habrían mostrado su físico espléndido…

Percibo que me arrastra la emoción, como me pasa a menudo cuando contemplo los notables atributos de Emerson. Permítame volver a mi narración.

Ningún mero mortal debería esperar alcanzar la beatitud perfecta en este mundo imperfecto. Yo soy un individuo racional; no lo esperaba. Sin embargo hay límites en el grado de irritación que una mujer puede aguantar, y en la primavera de 18—, cuando estábamos a punto de salir de Egipto después de otra temporada de excavación, yo había alcanzado ese límite.

Personas desconsideradas me han acusado a veces de tener un prejuicio injusto contra el sexo masculino. Incluso Emerson lo ha insinuado, y Emerson, de todas las personas, debería saberlo mejor. Cuando afirmo que la mayor parte de las injusticias que he aguantado han sido causadas por miembros de ése sexo, no es

prejuicio sino una sencilla declaración de hechos. Empezando con mi estimable pero de forma exasperante distraído padre y cinco hermanos despreciables, continuando con varios asesinos, ladrones y canallas, la lista incluye incluso a mi propio hijo. De hecho, si sigo con el recuento, Walter Peabody Emerson, conocido por amigos y enemigos como Ramsés, ganaría el premio por la constancia y el grado de irritación que me provoca.

Uno debe conocer a Ramsés para apreciarlo. (Utilizo el verbo en su significado secundario, "ser completamente consciente de ello, por experiencia personal," en vez de "aprobar tibiamente o estimar sumamente"). No puedo quejarme de su apariencia, puesto que no soy tan estrecha de mente como para creer que la tez anglosajona es superior a la piel color oliva o a los rizos de la raza del Mediterráneo oriental a la que Ramsés se parece con fuerza (e inexplicablemente). Su inteligencia, como tal, no es una fuente de descontento. Había dado por hecho que cualquier niño de Emerson y mío exhibiría una inteligencia superior, pero confieso que no había anticipado que tomara tal forma extraordinaria. Desde el punto de vista lingüístico Ramsés era un genio juvenil. Había dominado el idioma jeroglífico del antiguo Egipto antes de su octavo cumpleaños, hablaba árabe con una fluidez espantosa (el adjetivo se refiere a ciertos elementos de su vocabulario); e incluso su instrucción de la lengua nativa estuvo marcada a una edad temprana por una pesada pomposidad de estilo más apropiada para un erudito venerable que para un niño.

A menudo las personas se engañan a causa de este talento, al creer que Ramsés debe ser igualmente precoz en otras áreas. ("Catastróficamente precoz" era un término a veces aplicado por los que se topaban desprevenidos con Ramsés). Aún así, igual que el joven Mozart, tenía un don supremo, un oído para los idiomas tan notable como fue el de Mozart para la música, y más bien por debajo de la media en otras áreas. (No necesito recordar al lector culto el matrimonio desgraciado de Mozart y su muerte miserable).

Ramsés no carecía de cualidades amables. Les tiene mucho cariño a los animales, a menudo en extremo, como cuando asumió la responsabilidad de liberar a los pájaros enjaulados y a los perros encadenados de lo que consideraba un castigo cruel y excepcional. Siempre sufría pellizcos y arañazos (una vez por un joven león), y

los propietarios de los animales en cuestión con frecuencia se oponían a lo que veían como una forma de robo.

Como decía, Ramsés tenía unas pocas cualidades amables. Estaba completamente libre del esnobismo de clase. De hecho, el pequeño desgraciado prefería sentarse en el *suk* intercambiando historias vulgares con egipcios de clase baja, en vez de jugar a juegos agradables con chicos y chicas ingleses. Estaba mucho más feliz descalzo y con una *galabiyya* harapienta que llevando el agradable traje negro de terciopelo con el cuello de encaje.

Las cualidades amables de Ramsés… Desobedecía pocas veces una orden directa, siempre que, por supuesto, consideraciones morales más altas no tuvieran prioridad (siendo la definición de Ramsés), y la orden fuera formulada en términos lo bastante específicos como para no permitir ninguna laguna legal a través de la cual Ramsés pudiera escabullirse. Habría requerido los talentos de un presidente del tribunal supremo y un director general de la orden jesuita formular tal orden.

¿Las cualidades amables de Ramsés? Creo que tenía otras pocas, pero no puedo recordarlas en este momento.

Sin embargo, por una vez no fue Ramsés quien me irritó esa primavera. No. Mi adorado, mi admirado, mi prestigioso cónyuge fue el culpable.

Emerson tenía algunas razones legítimas para estar de mal humor. Habíamos estado excavando en Dahshoor, un yacimiento cerca de El Cairo que contiene parte de las pirámides más nobles de todo Egipto. La concesión (permiso del Departamento de Antigüedades, dándonos autorización para excavar) no había sido fácil de asegurar, ya que el Director del Departamento, M. de Morgan, había pensado reservarse el sitio para sí mismo. Nunca le pregunté por qué lo abandonó. Ramsés participó de alguna manera; y cuando Ramsés estaba implicado, prefería no preguntar los detalles.

Conociendo mi pasión particular por las pirámides, Emerson estuvo ingenuamente complacido de ser capaz de proporcionármelas. Incluso me dio una pequeña pirámide para explorarla por mi cuenta, una de las pequeñas pirámides subsidiarias que fueron pensadas, como algunos creen, para los entierros de las esposas del faraón.

Aunque había disfrutado mucho explorando los corredores húmedos e infestados de murciélagos del monumento en miniatura, no descubrí absolutamente nada de interés, sólo una cámara vacía de entierro y unos pocos pedacitos de cestería. Nuestros esfuerzos por averiguar la causa de los vientos repentinos e inexplicables que barrían ocasionalmente los pasajes de la Pirámide Acodada se mostraron inútiles. Si allí había aperturas ocultas y corredores desconocidos, nosotros no los habíamos encontrado. Incluso la Pirámide Negra, en cuya cámara hundida de enterramiento fuimos encarcelados una vez, resulto ser una desilusión; debido a un Nilo excepcionalmente alto, los pasajes más bajos estuvieron inundados, y Emerson no pudo conseguir la bomba hidráulica que había esperado utilizar.

Le contaré un pequeño secreto acerca de los arqueólogos, estimado Lector. Todos fingen ser muy altruistas. Declaran que su único objetivo en la excavación es destapar los misterios del pasado y añadirlos al conocimiento humano. Mienten. Lo que desean realmente es un descubrimiento espectacular, para poder conseguir que sus nombres salgan en los periódicos e inspirar envidia y odio en los corazones de sus rivales. En Dahshoor, M. de Morgan alcanzó su sueño descubriendo (me negué a preguntar cómo) las joyas de una princesa del Reino Medio. El encanto del oro y las piedras preciosas lanza un hechizo místico; el descubrimiento de Morgan (no he preguntado cómo lo hizo, y nunca lo haré), le otorgó la fama que deseaba, inclusive un artículo excesivo y una foto aduladora en el *Illustrated London News.*

Un llamado erudito que sobresalía en lograr ver su nombre impreso era el señor Wallis Budge, el representante del Museo Británico, que había suministrado a esa institución algunas de sus exhibiciones más finas. Todos sabían que Budge adquirió sus hallazgos no de excavaciones, sino de comerciantes de antigüedades ilegales, y los sacó de contrabando del país en contravención directa de las leyes que gobiernan tales exportaciones. Emerson habría despreciado seguir el ejemplo de Budge, pero se hubiera conformado con una estela como la que su rival principal, Petrie, había encontrado el año anterior. El mundo académico bíblico hablaba sobre ella, ya que contenía la primera y hasta ahora única mención en los registros egipcios de la palabra “Israel”. Esto era un

verdadero logro erudito, y mi estimado Emerson habría vendido su alma al Diablo (en quien no creía de todos modos) por un hallazgo semejante. Flinders Petrie era uno de los pocos egiptólogos a quien Emerson respetaba, aunque a regañadientes, y estoy segura de que Petrie era recíproco en sus sentimientos. Ese respeto mutuo era probablemente la razón para la intensa rivalidad entre ellos, aunque ambos habrían muerto antes de admitir que estaban celosos el uno del otro.

Siendo un hombre (sin embargo superior a sus iguales), Emerson no puede admitir este deseo enteramente natural y razonable. Trató de culparme a MÍ de su desilusión. Es verdad que un intervalo leve de trabajo detectivesco había interrumpido nuestras excavaciones por un tiempo, pero Emerson está bastante acostumbrado a ese tipo de cosas; sucedía casi cada temporada, y a pesar de sus incesantes quejas disfrutaba de nuestras actividades criminales tanto como yo.

Sin embargo, esta última diversión tuvo una característica excepcional. Una vez más, como en el pasado, nuestro adversario fue el misterioso Maestro del Crimen conocido sólo por su sobrenombre, Sethos. Una vez más, aunque habíamos frustrado sus ruines planes, él eludió nuestra venganza, pero no antes de que hubiera declarado una repentina y (para algunos) inexplicable fijación por mi humilde persona. Durante varias horas memorables yo había sido su cautiva. Fue Emerson quien me liberó, afortunadamente antes de que algo de interés excepcional ocurriera. Una y otra vez le aseguré a Emerson que mi devoción nunca se había debilitado; que la vista de él irrumpiendo por la puerta con una cimitarra en cada mano, preparado para luchar en mi nombre, fue una visión consagrada en lo más hondo de mi corazón. Me creyó. No dudó de mí… en su cabeza. Pero persistió una sospecha oscura, una llaga en el brote de cariño connubial, que no se disipaba.

Hice todo lo que pude para disiparla. De palabra y especialmente con hechos, no escatimé esfuerzos por asegurarle a Emerson mi inalterable consideración. Él apreció mis palabras (y especialmente mis actos) pero la duda vil persistió. ¿Cuánto tiempo, me pregunté tristemente, duraría esta situación? ¿Con qué frecuencia debo renovar mis esfuerzos por tranquilizarlo? Comenzaba a pasarnos factura, tanto que Ramsés hizo comentarios

acerca de los círculos oscuros bajo los ojos de su padre y preguntó qué impedía que descansara apropiadamente.

Uno nunca vacila cuando el deber (así como el cariño) llama, así que continué resueltamente mis esfuerzos hasta que el agotamiento completo forzara a Emerson a conceder que había demostrado mi caso. El descubrimiento de una inscripción en un bloque que nos permitió identificar al propietario hasta ahora desconocido de la Pirámide Acodada, le permitió terminar la temporada con un triunfo de algún tipo. Pero sabía que todavía estaba obsesionado, sabía que su ambición arrolladora no había sido satisfecha. Terminé la tarea de empacar nuestras posesiones con considerable alivio y ofrecí una cariñosa aunque (esperaba) temporal despedida a los restos cubiertos de arena de Dahshoor.

Cualquier mujer puede imaginar el placer con que contemplé nuestras habitaciones en el Shepheard, el más elegante de los hoteles de El Cairo. Esperaba un baño verdadero, en una verdadera tina, agua caliente, jabón oloroso y toallas suaves, los servicios de un peluquero y lavandería, tiendas, periódicos y la sociedad de personas refinadas. Habíamos reservado literas en el barco correo de vapor que zarpaba desde Port Said y que se dirigía directamente a Londres en once días. Habría sido más rápido tomar un buque dirección a Marsella, pero el viaje en tren desde esa ciudad a Londres, a través de París y Boulogne, era incómodo e inoportuno, especialmente para viajeros con mucho equipaje que transportar. No teníamos ninguna prisa especial y esperábamos un viaje relajado, pero antes de embarcar me sentí con derecho a unos días de lujo. Dudo que cualquier mujer pueda aceptar con más ecuanimidad que yo las dificultades del gobierno de la casa en una tienda o en una tumba abandonada o en un monasterio desierto y embrujado, con todos los cuales me había encontrado; o saborear más las bellezas de la vida en el desierto. Pero cuando la comodidad está a mano, creo en estar cómoda. Emerson no comparte este punto de vista. Es más feliz en una tienda que en un hotel fino, y aborrece la compañía de personas refinadas. Sin embargo, íbamos a estar en El Cairo sólo dos días, así que soportó su destino con resignación.

La tarde de nuestra llegada a la ciudad me encontró salpicando alegremente en mi tina, disfrutando de un momento raro de

libertad. Ramsés se había ido con Abdullah, nuestro excelente *reis*, a una expedición u otra. La gata Bastet, que raramente abandonaba el lado del chico, se había negado a acompañarlo, lo que confirmó mi sospecha de que el viaje, con respecto al cual tanto Abdullah como Ramsés habían sido vagos, implicaba algo que yo no aprobaría. No importa, Ramsés estaba tan seguro en compañía de Abdullah como estaba con cualquier hombre o mujer. (Es decir, relativamente seguro). Volvería a su debido tiempo, apestando y mugriento y se atracaría con tanto alimento que habría puesto desesperadamente enfermo a cualquier otro niño, pero no afectaría a los órganos internos de hierro de mi hijo. Trataría con Ramsés a su debido tiempo. En el intervalo, su ausencia sólo podría añadirse a mi placer.

La gata Bastet estaba encaramada al borde de la tina, mirándome con esos ojos dorados rasgados. Estaba fascinada con los baños. Supongo que una inmersión total en el agua debía de parecerle un método raro de purificación.

Aunque Dahshoor está bastante cerca de El Cairo, no habíamos visitado la ciudad en las últimas semanas. Una pila grande de cartas y periódicos nos aguardaba; ante mi petición, Emerson dejó la puerta del cuarto de baño entreabierta y me leía el correo. Había varias cartas de Walter, el hermano de Emerson, y de su esposa, mi querida amiga Evelyn. Nos felicitaban por nuestro regreso inminente y nos daban noticias de nuestras sobrinas y sobrinos.

El resto del correo era de poca importancia. Emerson lo dejó a un lado y se volvió hacia los periódicos, de los cuales había una acumulación de varias semanas. Escuché con perezosa diversión los recortes que escogió leer en voz alta, pero su noción de lo que yo podría encontrar interesante era bastante curiosa. El progreso de nuestras fuerzas en Sudán, sí, tenía interés en eso, ya que estaba tan cerca de casa (nuestra casa en espíritu, Egipto). Pero los anuncios de Daimler Wagonettes (un vehículo novedoso propulsado por un motor de combustión interna de dos cilindros) y la patente Lambeth de la Combinación de retrete y pedestal falló en inspirarme. No protesté, el profundo tono barítono de Emerson caía agradablemente en mis oídos y sus comentarios mordaces sobre "inconveniencias modernas" agregaban especia a las noticias mismas. Somnolientamente contemplé mis dedos, mientras flotaban

en la superficie del agua olorosa y empecé a dar cabezadas, de las cuales fui groseramente despertada por el chillido de rabia de Emerson.

—¡De todas las tonterías infernales! —gritó.

Deduje que Emerson había cambiado el *The Times* por otro periódico, sin duda el *Daily Yell*, cuyas columnas a menudo provocaban tal reacción.

—¿Qué tonterías infernales, querido? —Pregunté.

Siguió una gran sacudida de páginas. Entonces Emerson exclamó:

—Como sospechaba. Tendría que haberlo sabido. ¡Tu querido amigo O'Connell es el autor de esta basura!

Estuve a punto de contestar que el señor Kevin O'Connell no era amigo mío, pero eso no habría sido estrictamente verdad. No lo había visto mucho en los últimos años, pero durante nuestra investigación del extraño asesinato de Lord Baskerville me había encariñado bastante con el joven periodista. Podía ser insolente e impertinente en el desempeño de su profesión, pero demostró ser un aliado leal en la época de nuestra necesidad desesperada y había sido bastante amable acerca del hecho de que Emerson le pateara en las escaleras principales del Shepheard.

—¿Qué ha hecho el señor O'Connell ahora? —Pregunté.

El periódico zumbó ruidosamente.

—Está con sus viejas artimañas, Peabody. Más momias malditas, más maldiciones… eh… maldiciones desconcertantes.

—¿De verdad? —Me incorporé, salpicando agua sobre las patas de Bastet, que se quejó y fijó su mirada dorada mí—. Perdón —dije.

—¿Qué? —gritó Emerson.

—Hablaba con la gata Bastet. Por favor, sigue, Emerson. Léeme lo que escribe.

—No creo —dijo Emerson.

—¿Disculpa, Emerson?

—Disculpa tú, Amelia —contestó mi marido, en un tono de helada dignidad—. No te leeré este artículo. De hecho, pienso destruir el periódico y todos los otros que contengan la menor referencia a este tema, que tiene, por razones que no puedo explicar, el efecto más extraordinario en tu cerebro generalmente competente.

—¿Competente, Emerson? ¿Competente, has dicho?

La respuesta de Emerson, si hubo alguna, fue ahogada por el sonido de papel siendo rasgado, arrugado, roto y pisoteado. Esperé a que el tornado amainara antes de gritar:

—¡De verdad, Emerson! No puedes destruir cada copia de ese periódico en El Cairo y tus acciones intensifican inevitablemente mi curiosidad.

Emerson empezó a murmurar entre dientes para sí mismo. Lo hace a veces. Capté unas pocas palabras… leve esperanza… persistencia deplorable… debería saberlo… después de todos estos años… seguí enjabonándome el pie sin más comentarios, el matrimonio me había enseñado el hecho de que el silencio es a veces más efectivo que una discusión prolongada. Por último, reconociendo tácitamente la fuerza de mi argumento, comenzó a leer. Su voz estaba tan retorcida por el sarcasmo que sonó en falsete.

—Último ejemplo de la maldición. La momia real golpea otra vez. ¿Dónde terminará? El último martes, a las tres de la tarde, una prestigiosa visitante, una dama, se torció el tobillo después de resbalar sobre un corazón de manzana…

Me reí en voz alta.

—Muy bueno, Emerson. Muy humorístico, caramba. Ahora léeme la historia.

—La estoy leyendo —contestó Emerson—. Es imposible, Amelia, que yo satirice el estilo literario de tu amigo O'Connell. Esas son sus palabras exactas.

Su voz había bajado de tono, pero supe, por el uso de mi nombre, que todavía estaba molesto conmigo. Desde los días felices de nuestro cortejo en una tumba abandonada en el Medio Egipto, Emerson se ha referido a mí por mi apellido de soltera, Peabody, cuando se sentía cariñoso. Por mi parte, yo nunca sucumbo a la artimaña juvenil de emplear su nombre de pila, Radcliffe, que detesta. Él fue Emerson para mí entonces, y Emerson será siempre, el nombre santificado por recuerdos tan tiernos como emocionantes.

Sin embargo, fue finalmente persuadido de relatarme lo que había leído del caso. La momia maligna no residía en Egipto, como yo había supuesto, sino en los vestíbulos polvorientos de esa institución venerable, el Museo Británico. El tobillo torcido era un

ardid bastante forzado del señor O'Connell, pero el incidente que había iniciado todo había sido mucho más grave, fatal, de hecho.

Al ir a su puesto en la Sala Egipcia una mañana, un guardia había descubierto el cuerpo de Albert Gore, un vigilante nocturno, extendido en el suelo delante de una de las vitrinas. El pobre hombre había sufrido aparentemente un infarto, y si se hubiera desplomado al lado de un jarrón de figuras negras o un manuscrito medieval, su muerte no habría atraído ningún interés, excepto, presume cualquiera, el de sus amigos y familia. Sin embargo, sucedió que la vitrina era la del sarcófago de una momia, con la momia dentro, y eso había despertado los instintos periodísticos de O'Connell. Supongo que podría ser considerado como una autoridad en antiguas maldiciones egipcias.

"Ataque cerebral, pero ¿por qué?" fue su primer titular. La respuesta de Emerson.

—¡Maldición, el tipo tenía sesenta y cuatro años!

"¿Qué causó la mirada de congelado horror en la cara del muerto?" Preguntaba O'Connell.

Emerson:

—La imaginación loca del señor Kevin O'Connell.

"¿Puede matar el temor?" preguntaba Kevin, y Emerson contestó:

—¡Tonterías!

La momia había sido entregada al museo el año anterior por un donante anónimo. Kevin mostró la iniciativa que habría esperado de él al localizar el nombre de este individuo, y su descubrimiento sólo sirvió para intensificar el interés en lo que, de otra manera, era un tejido frágil de ficción imaginativa. Nada fascina más al público inglés que la realeza y una insinuación de escándalo real es aún mejor.

Creo conveniente ocultar los nombres y los títulos verdaderos de los individuos involucrados, incluso en las páginas de este diario privado, por si en algún futuro las notas arqueológicas contenidas en él fueran consideradas dignas de publicación (que indudablemente lo serán); yo sería la última en desear recordar una mancha olvidada hace mucho tiempo sobre la Monarquía que, a pesar de sus defectos, debe infundir la lealtad de cualquier verdadera mujer inglesa. Sea suficiente decir que el donante, a

quien de ahora en adelante designaré como el conde de Liverpool, estaba relacionado por sangre con una dama muy distinguida. Como Emerson diría, y de hecho dijo bastante a menudo, ella tenía, en conjunto, demasiados descendientes, directos y colaterales, trastabillando alrededor del mundo y metiéndose en líos.

Si el conde esperaba librarse de la influencia maligna de su recuerdo egipcio, esperó demasiado tiempo. Poco después de donarlo se encontró con un accidente fatal de caza.

—Le está bien empleado —comentó Emerson, que compartía mi aversión por los deportes de sangre—. Una momia sensata, un cadáver inteligente. Su hijo no salió impune tampoco. Parece ser un joven malvado completamente repugnante que sufre de una enfermedad degenerativa completamente repugnante. El perfecto caso de justicia divina. ¡Excelente momia!

—¿Qué enfermedad es, Emerson?

Emerson ya se había dirigido a otro asunto del periódico. Sacudió el periódico con fuerza.

—Una mujer modesta no haría tal pregunta, Peabody.

—Oh —dije—. *Esa* enfermedad completamente repugnante. Pero sin duda, ni siquiera un periódico como el *Yell* la nombraría.

—Hay eufemismos, Peabody, hay eufemismos —contestó Emerson austeramente—. Y cualquiera que conozca al joven y su grupo podría suponerlo correctamente.

—¿Entonces esa es la extensión de la influencia nefasta de la momia? ¿Un accidente de caza, un caso de…eh… enfermedad y una muerte natural debido a un fallo del corazón?

—El número usual de señoras sin carácter que se han desmayado en su presencia —contestó Emerson cáusticamente—. Y los habituales investigadores psíquicos que han recibido mensajes del más allá. Bah. Supongo que uno apenas puede culpar al público crédulo cuando nuestro prestigioso Guardián de antigüedades egipcias y asirias alimenta su locura.

—¿Wallis Budge? Oh, venga, Emerson, ni siquiera Budge haría…

—Lo haría. Lo hace. Ese hombre no se detendrá ante nada para conseguir que su nombre salga en los periódicos. Cómo un imbécil vociferante puede alcanzar esa posición… ¡CONDENACION!

Ningún dispositivo del arte de la impresión, ni las mayúsculas, pueden indicar la intensidad de ese chillido de rabia. Emerson es

conocido entre sus trabajadores egipcios por el sobrenombre admirativo de Padre de las Maldiciones. El volumen, así como el contenido de sus observaciones le habían ganado el título; pero este grito fue extraordinario incluso para los estándares de Emerson, hasta tal punto que la gata Bastet, que se había acostumbrado más o menos a él, se sobresaltó violentamente y cayó con una salpicadura en la bañera.

La escena que siguió es mejor no describirla en detalles. Mis esfuerzos por rescatar al felino que se retorcía se toparon con una resistencia histérica, el agua rebasó el borde de la tina cayendo al suelo, Emerson se apresuró al rescate, Bastet surgió con un salto poderoso, como una ballena emergiendo y huyó, maldiciendo, escupiendo y soltando agua. Ella y Emerson se encontraron en la puerta del cuarto de baño.

El silencio subsiguiente fue roto por la voz temblorosa del *safragi*, el sirviente de turno, en el exterior de nuestro cuarto, preguntando si requeríamos su ayuda. Emerson, sentado en el suelo en un charco de agua cubierta de jabón, tomó un aliento largo. Dos de los botones saltaron de su camisa y cayeron al agua. Con una voz de exquisita calma tranquilizó al sirviente y luego transfirió su mirada a mí.

—Confío en que no estés herida, Peabody. Esos rasguños…

—Ya casi no sangro, Emerson. No fue culpa de Bastet.

—Fue mía, supongo —dijo Emerson suavemente.

—Ahora, querido, no he dicho eso. ¿Vas a levantarte del suelo?

—No —dijo Emerson.

Todavía sostenía el periódico. Lenta y deliberadamente separó las páginas empapadas, buscando el artículo que había ocasionado su arrebato. En el silencio oí a Bastet, que se había retirado bajo la cama, continuando su murmurado monólogo profano. (Si me pregunta cómo sabía que era profano, presumo que usted nunca ha poseído un gato).

Estudiando a mi marido mientras estaba sentado en el suelo del cuarto de baño, sobre un charco de agua separando con cuidado las páginas empapadas del periódico, me sentí abrumada por una admiración y cariño renovados. ¡Cuán cruelmente era este hombre difamado por los que no compartían la intimidad de su familia! Sus explosiones de genio eran tan breves como ruidosas, después volvía

inmediatamente a su afabilidad de costumbre, y creo que pocos hombres podían parecer tan frescos y dignos en tal posición. El bulto considerable de Bastet lo había golpeado de lleno en el pecho. Su camisa mojada moldeaba la musculatura espléndida de esa área de su cuerpo y aunque el agua donde estaba sentado oscurecía lentamente el tejido de sus pantalones, causando un considerable grado de incomodidad, él permanecía imperturbable.

Por fin carraspeó.

—Aquí está. Te ruego, Amelia, que te abstengas de comentar nada hasta que haya terminado de leer.

—Ejem. "Nuevos desarrollos sorprendentes en el misterio del Museo Británico. Tu corresponsal ha sabido que dentro de unas semanas un equipo de investigadores expertos procurará resolver el caso de la momia maligna. El profesor Radcliffe Emerson y su esposa, Amelia Peabody Emerson, cuyas atrevidas hazañas son bien conocidas por nuestros lectores del *Daily Yell*…"

Después de todo, era imposible quedarse impasible. Poniéndome impetuosamente de pie, grité:

—¡Buen Dios!

Emerson me escudriñó por encima del borde hundido del empapado periódico. Sus ojos ardían de un brillante azul, un signo de la ira con la que estaba muy familiarizada. Ondeando mi esponja para acentuar mis palabras, continué:

—Sin duda, Emerson, ¿no supondrás que yo soy responsable de iniciar esa historia absurda? Incluso si quisiera investigar el caso, y estoy de acuerdo contigo con que son tonterías sin sentido, no habría tenido tiempo para comunicarme con el señor O'Connell. El periódico que estás sosteniendo debe ser de hace varias semanas…

—Quince días, para ser preciso —dijo Emerson.

Tiró el periódico a un lado y se levantó. Su mirada permanecía fija en mí y la brillantez de sus ojos, si fuera posible, se intensificó.

—¿No me crees, Emerson?

—Ciertamente, Peabody. Ciertamente.

Se desabrochó los pantalones mojados, dio un paso fuera de ellos y manoseó con los botones de su camisa.

—Cuelga por favor tus pantalones sobre la silla —exclamé—. Mandé la mayor parte de tu ropa a la lavandería y no sé cuando… ¡Emerson! ¿Qué haces?

El tejido empapado resistió su esfuerzo de liberar los botones de los ojales. Abultando los bíceps, Emerson lo desgarró y los botones restantes volaron por el cuarto como balas.

—Afrodita —dijo Emerson con voz ronca—. Emergiendo de la espuma.

Me di cuenta de que todavía estaba de pie con el agua goteando y sosteniendo la gran esponja. Me eché a reír.

—Emerson, es demasiado absurdo. Si me entregas esa toalla…

Con un simple salto, Emerson cruzó el cuarto y me sujetó contra su pecho.

Intenté protestar, señalando la ventana abierta, la luz del día, la condición resbaladiza de mi persona (y la suya), la posibilidad de interrupción del *safragi*, Ramsés, y o la gata. La única respuesta inteligible de Emerson fue una referencia a cierto volumen de versos árabe que recomienda varias nociones que nunca ocurrirían normalmente ni en los más devotos matrimonios. Pronto me di cuenta de que estaba más allá de la súplica a una naturaleza racional y abandoné la discusión; es más, algo más tarde, estuve fácilmente de acuerdo con su sugerencia de que el volumen en cuestión podría abrir varias y nuevas posibilidades interesantes.

Con el corazón apesadumbrado nos despedimos de nuestro amigo fiel Abdullah y su muy numerosa familia en la estación de ferrocarril en El Cairo. Abdullah había querido acompañarnos a Port Said (a nuestras expensas), pero le persuadí de que se quedara en El Cairo. Aunque la barba había sido gris cuando nos conocimos por primera vez, ahora era blanca como la nieve. Abdullah estaba tan en forma como un hombre de la mitad de su edad, pero en momentos de depresión o drama se inclinaba por hacer lúgubres referencias al paso de los años y a la posibilidad de que no nos viéramos otra vez. Cuanto más se prolongaba la despedida, más doloroso sería —para mí, no para Abdullah, que saboreaba el drama de todas clases…

De ahí que nuestra salida fuera menos dolorosa de lo podría haber sido. Los hombres, incluido Emerson y Ramsés, se sentaron en cuclillas en el andén riendo, bromeando y recordando los acontecimientos de la temporada. Cuando la salida del tren fue inminente, nuestros devotos hombres despejaron un sendero entre la multitud y nos llevaron a hombros a la puerta de nuestro

compartimiento. Tan grande es el respeto cariñoso que sienten todos los egipcios hacia mi famoso marido que pocas de las personas que fueron accidentalmente derribadas manifestaron quejas y mientras el tren se alejaba traqueteando, cientos de voces se mezclaron en los gritos de adiós. ¡Qué Alá lo proteja, Padre de Maldiciones! ¡Qué las bendiciones de Dios estén sobre usted y su honorable esposa principal, *Sitt Hakim*! ¡*Ma'es salameh*, que la paz sea contigo! Fue un momento conmovedor y las lágrimas enturbiaron mi visión mientras miraba cómo el joven Selim, el amigo particular de Ramsés, corría por la plataforma para mantenernos a la vista tanto como fuera posible.

Había sentido algún grado de aprensión con respecto al viaje, ya que no habíamos podido proporcionar un asistente a Ramsés. El joven que realizaba esa función había abandonado el puesto sin ninguna culpa, había sido detenido por asesinato en primer grado, un cargo del que fuimos los felices instrumentos que le liberaron. Había vuelto a Inglaterra con su novia, otro de los éxitos románticos por los que comprendo empiezo a ser conocida, y aunque siempre estoy complacida de ayudar a los jóvenes en los asuntos del corazón, la marcha del señor Fraser nos había dejado en una posición difícil, ya que la experiencia había demostrado que Ramsés, desatendido y a bordo de un buque, constituía una grave amenaza para la navegación, por no mencionar los nervios de sus padres. Emerson se negó en redondo a permitir que compartiera nuestro camarote. Siente devoción por el muchacho, yo no, pero, como lo expresó:

—No entre las horas de la medianoche y las ocho de la mañana.

Por una vez Ramsés no causó problemas. Estuvo completamente ocupado con algunos experimentos desagradables que tenían que ver con su estudio de la momificación y, siento decirlo, con el libro de poesía árabe que Emerson, en la fatiga que siguió a la aplicación de uno de los procedimientos sugeridos, había olvidado ocultar bajo el colchón como era su costumbre. Afortunadamente, o desafortunadamente, dependiendo del punto de vista, no descubrimos este último interés hasta que casi alcanzamos Londres, ya que Ramsés siempre devolvía el libro pulcramente a donde lo había encontrado.

Tan pronto como nos acomodamos a bordo del barco, me

apresuré a ir al salón en busca de periódicos más recientes que los que había examinado antes de abandonar El Cairo. Tomé la precaución de recortar los artículos de interés, lo cual fue afortunado, ya que tan pronto como descubrió lo que estaba haciendo, Emerson tiró todos los periódicos por la borda, para molestia extrema de los otros pasajeros. Armada con mis recortes, encontré una silla cómoda en la cubierta y me lancé a ponerme al día del caso de la momia maligna.

Las observaciones de Emerson en el cuarto de baño habían sido poco informativas y engañosas. No era enteramente su culpa, uno tenía que leer con cuidado entre líneas para obtener los hechos, que habían sido retorcidos, mutilados y citados incorrectamente en el proceso normal de informar.

Aunque popularmente se referían a un sarcófago de momia, el objeto que había despertado tal furor se llamaba, más apropiadamente, un ataúd interior de madera. Si me preguntaran por qué se debe hacer esta distinción, no podría hacer nada mejor que remitir al dedicado estudiante al trabajo monumental de Emerson, *El desarrollo del ataúd egipcio desde la época predinástica hasta el final de la dinastía XXVI, con referencias particulares a su reflejo de las convenciones religiosas, sociales y artísticas*, Publicado por la Universidad de Oxford. Al saber sin embargo, que la mayoría de lectores no son dedicados estudiantes, me aventuro a suministrar una sinopsis breve.

Los ataúdes más tempranos eran cajas de madera sencillas, casi más cuadrados que rectangulares, ya que los cuerpos que contenían se doblaban en una postura agachada o fetal. Con el paso del tiempo las superficies de madera, por dentro y por fuera, fueron pintadas o talladas con hechizos mágicos y símbolos religiosos. Hacia el Imperio Medio (aproximadamente 2000-1580 A.C.), los ataúdes se habían vuelto alargados y generalmente había dos de ellos. El llamado ataúd antropomorfo, con la forma del cuerpo momificado que encerraba, no apareció hasta el Imperio Nuevo (aproximadamente 1580-1090 A.C.). Una persona adinerada podría poseer hasta tres de tales ataúdes, cada uno más pequeño que el anterior, encajando uno dentro del otro como un conjunto de cajas chinas; y el nido de ataúdes también se encerraba a veces dentro de un sarcófago de piedra. ¡Tal era la preocupación vana de estos

paganos afables pero equivocados por la supervivencia de la carne! (En ese punto, un moralista podría agregar que derrotaron su propio propósito, ya que un cuerpo tan envuelto y encajonado era más susceptible de pudrirse que uno expuesto al aire seco y caliente, y a las arenas ardientes del desierto).

De los grabados reproducidos en los periódicos y por mi familiaridad con el trabajo fundamental de mi prestigioso cónyuge, pude deducir que el ataúd en cuestión databa de la Decimonovena Dinastía. El artista había dado una visión sentimental a la cara que sonreía tontamente, pero los detalles eran característicos del período: la peluca pesada y recargada, los brazos doblados sobre el tranquilo pecho, los símbolos religiosos convencionales y las bandas de inscripciones jeroglíficas. El grabado no los mostraba claramente, pero un periodista, un rival emprendedor del señor O'Connell, había hecho una copia. Reconocí la fórmula mortuoria estándar, dirigida al Dios de los Muertos: "Invocación a Osiris, Señor de Busiris, etcétera, etcétera, por la Cantante de Isis, Henutmehit…"

Entonces la dama (era mujer, de todos modos) no era una princesa ni ninguna sacerdotisa de un culto oscuro y siniestro. Lo había sospechado por la forma del ataúd, sus títulos lo dejaban en claro, pero aunque hubiera tenido un cargo secundario en el templo, no fue más fuera de lo común que la esposa o la hermana de un clérigo moderno. ¿Por qué este mediocre, si acaso hermoso ataúd ha sido seleccionado como fuente de muerte y peligro?

La respuesta, como Emerson ya había sugerido, tenía que ser encontrada en los cerebros fértiles de los periodistas. O'Connell no era el único que había caído sobre la historia como un buitre sobre un cadáver, la vivacidad de su inventiva y el tono morboso de su prosa estaba igualada, si no superada, por lo menos por un rival, un cierto M. M. Minton, que escribía para el *Morning Mirror*. Minton había tenido el ingenio de encontrar y entrevistar a una joven que había estado (así lo declaraba) al servicio del difunto Conde. Dirigida por el señor Minton, había recordado cómo "solía ponerse indispuesta" cuando le pedían que quitara el polvo del cuarto donde la momia reposaba. Los jarrones y las baratijas habían sido encontrados rotos en pedazos en ese mismo cuarto, y una noche de luna llena salieron gritos y gemidos misteriosos.

Esas eran las tonterías, por supuesto como lo eran los cuentos de accidentes que acontecían a los visitantes del museo. Mucho más interesante para una estudiosa de la naturaleza humana como yo misma era el efecto que la historia había tenido sobre individuos sin carácter. Algunos habían colocado flores ante la vitrina o enviado dinero al museo para el mismo propósito. Otros habían escrito, recordando experiencias ocultas semejantes. Un médium famoso había declarado estar en comunicación con el espíritu de la Princesa (*sic*) Henemut (*sic* otra vez), que había explicado que los funcionarios y los miembros del consejo del museo habían ofendido su modestia exponiéndola a la vista pública. (Una acusación injusta, por no decir otra cosa, ya que entre el ataúd y las ventas, estaba más modestamente cubierta que algunas de las señoras que iban a mirarla. Exigía ser devuelta a su tumba. Dado que su ubicación era desconocida, esta petición no era susceptible de cumplimiento ni siquiera si las autoridades del museo hubieran estado lo bastante locas como para considerarlo.

El mayor entretenimiento de los admiradores de la momia era un loco (no podía ser nada más) que la visitaba de vez en cuando vestido con los ropajes de un sacerdote *sem*. La característica que distingue este conjunto era la capa de piel de leopardo que el sacerdote llevaba sobre los hombros. Al portar esta piel y al imitar al sacerdote, cuyo deber era oficiar los funerales, el loco mostraba su familiaridad con una costumbre del antiguo Egipto, pero cuando fue entrevistado, el señor Budge se mofó de la sugerencia de que el loco fuera un erudito.

—El hombre lleva una peluca. Como Herodoto nos dice, los sacerdotes siempre se rasuraban las cabezas y *todas las otras partes de sus cuerpos*. (La cursiva no es mía. Esperaba que no fueran del señor Budge).

Budge nunca había dicho realmente que apoyara las teorías locas de los periodistas; de hecho, las había rechazado en términos formales. Quizás no fue enteramente su culpa que su respuesta a algunas de las preguntas que le hicieron no fueran lo bastante lejos como para negar la superstición.

—¿Pero no creían los antiguos egipcios en el poder de las maldiciones, señor Budge?

—Qué, sí, ciertamente, tenemos varios ejemplos de tales cosas.

—Y los sacerdotes tenían poderes mágicos, ¿verdad?

—Uno no desearía negar la autenticidad de la Escritura; leemos en el Éxodo cómo los sacerdotes convirtieron sus varas en serpientes…

—Idiota —dije en voz alta. El caballero de edad avanzada sentado en la silla de cubierta a mi lado me dirigió una mirada asustada.

Por prisa o (más probablemente) en un intento deliberado de engaño, Emerson había omitido un aspecto interesante de la muerte del vigilante nocturno. Como muchas de las personas que tienen tales puestos, Albert Gore había sido de edad avanzada, inculto y dado al consumo excesivo de licores espirituosos. Ninguno de estos defectos restaba mérito a su capacidad para llevar a cabo sus tareas, o eso se suponía; sólo se requería que hiciera su ronda por ciertas secciones del museo varias veces durante la noche y echara cabezadas en su cubículo cerca de la puerta el resto del tiempo. Era de lo más improbable que un ladrón tuviera la temeridad de entrar en el museo; aparte de otras dificultades, como la imposibilidad de vender los objetos únicos en el mercado libre, el edificio siempre estaba cerrado a cal y canto y las calles circundantes eran patrulladas constantemente por policías.

Era probable, entonces, que el pobre Albert Gore hubiera sufrido una hemorragia cerebral al patrullar las galerías egipcias, el exceso de comida y bebida llevan generalmente a tal resultado. Descarté la referencia de Kevin a "*la mirada de horror congelado impresa en los rasgos del muerto*" como un típico exceso periodístico.

Pero había una cosa extraña. Agrupados alrededor y bajo el cuerpo, y más dispersos por la sala, había varios objetos inusuales: pedazos rotos de vidrio, trocitos de papel y tela, salpicaduras secas de alguna sustancia líquida oscura y, lo más extraño de todo, unas pocas flores aplastadas y marchitas.

Después de que hube terminado de leer, seguí el ejemplo de Emerson y tiré los recortes por la borda. Él había tenido bastante razón, todo el asunto era una tontería, indigno de la atención de una persona sensata. Aunque no habíamos visto el final de ello. Nuestros nombres habían sido mencionados, apelado a nuestra autoridad; nos lo debíamos a nosotros mismos y a nuestras reputaciones eruditas negar las alegaciones tan vigorosamente como

fuera posible.

Eran disparates, sin duda. Pero estaban esas flores marchitas…

Capítulo 2

Más recientemente que el día de Spenser, el de "El dulce Támesis", dijera que éste fluía "suavemente" a través de verdes bancos en los que "la pálida Violet crecía; la pequeña Margarita se cerraba por la noche, la virginal Azucena y la Prímula se proyectaban por todas partes". He hablado con londinenses que todavía podían recordar viajes de verano a las bellezas pastorales de Greenwich como delicias de su niñez. Pero mucho tiempo antes de la época en que escribo, los árboles de la Isla de Perros habían cedido paso a las fábricas feas que eructan humo negro formando una nube mugrienta que cuelga sobre Londres como una cortina fúnebre. El río, bordeado de casas miserables, muelles de carbón y almacenes, fluía triste y lento, ensuciado por desechos indecibles e inconcebibles. De pie en la cubierta mientras nuestro barco de vapor se dirigía al muelle Royal Albert, observé que llovía. Siempre parecía llover el día que volvíamos a Inglaterra.

Aunque todavía pensaba con nostalgia cariñosa en los calientes cielos azules de Egipto, no podía evitar estar estimulada por mi proximidad a la más grande de las ciudades, el centro del Imperio, el hogar de intelectuales y de la proeza artística, la tierra de la libertad, el hogar de valerosos ingleses.

Se lo comenté a Emerson.

—Mi querido Emerson, hay algo estimulante en volver al centro del Imperio, el hogar de intelectuales y artistas…

—No hables de esas maldi… eh… malvadas tonterías, Amelia —gruñó Emerson, aplicando el pañuelo a mi mejilla y mostrando un borrón mugriento—. El aire es muy negro.

Ramsés estaba entre nosotros, yo lo sostenía por un brazo y Emerson por el otro, y por supuesto tuvo que agregar su opinión.

—Los estudios anatómicos de los cadáveres londinenses

demuestran que respirar prolongadamente esta atmósfera provoca que los pulmones se vuelvan bastante negros. Sin embargo, creo que mamá no se refería al entorno físico, sino al intelectual…

—Cállate, Ramsés —dije automáticamente.

—Soy bastante consciente de lo que tu mamá quería decir —dijo Emerson, frunciendo el ceño—. ¿Qué estás tramando, Amelia? Probablemente me veré obligado a pasar más tiempo del que me gustaría en esta ciudad mugrienta si voy a terminar mi libro…

—*Indudablemente* estarás obligado a pasar *mucho tiempo* en Londres si vas a terminarlo antes de que volvamos a Egipto el próximo otoño. Teniendo en cuenta que la Editorial de la Universidad de Oxford anunció su publicación inminente hace un año…

—¡No des la lata, Amelia!

Le disparé a él una mirada censurable y una mirada significativa a Ramsés, que escuchaba con interés y con ojos de búho. Emerson puso una sonrisa dulce como un caramelo.

—Ja, ja. Tu mamá y yo estamos bromeando, Ramsés. Ella nunca da la lata y yo no sería tan grosero como para mencionarlo si lo hiciera.

—Ajá —dijo Ramsés.

—Como decía —prosiguió Emerson, girando la cabeza para que Ramsés no lo viera fruncir el ceño—, no puedo evitar preguntarme, Amelia, si te has enamorado de repente de este hormiguero pestilente de miseria humana porque tú…

—Querido —dije—. Estamos convirtiendo todo en una nadería estirada. Ramsés, la nariz… así está mejor. ¿Dónde está Bastet?

—En el camarote, por supuesto —dijo Emerson—. Tiene mejor sentido que exponerse a esta atmósfera perniciosa.

—Entonces retirémonos y completemos nuestros preparativos para desembarcar —sugerí—. Ramsés, ¿tienes el collar de Bastet? Recuerda, ata la correa a tu muñeca y no dejes…

Pero Ramsés ya se había marchado, retorciéndose fuera de mi alcance con la agilidad de una anguila.

Los cielos plomizos seguían estando oscuros cuando estuvimos otra vez en cubierta, pero para mí se iluminaron ante la vista de los que nos aguardaban en el muelle: el querido hermano de Emerson, Walter, su esposa Evelyn, mi hermana en cariño así como en ley;

nuestra fiel doncella Rose y nuestro leal lacayo John. Tan pronto como nos vieron comenzaron a saludar con las manos, a sonreír y a gritar saludos. Yo estaba conmovida al ver a Evelyn desafiando al asqueroso tiempo. Ella odiaba Londres, y su frágil belleza rubia parecía bastante fuera de lugar en el muelle mugriento.

Como ocurría tan a menudo, los pensamientos de mi querido Emerson fueron el reflejo de los míos, aunque él no los expresó tan delicadamente como yo habría hecho. Entornando los ojos sobre su cuñada, preguntó:

—No está embarazada otra vez, ¿verdad? No es natural, Peabody. No puedo concebir por qué una mujer…

—Calla, Emerson —dije, pinchándolo suavemente con mi parasol.

Emerson miró cautelosamente a Ramsés. Nunca se había recuperado completamente de una conversación del invierno anterior, durante la que había sido obligado a discutir con Ramsés ciertos asuntos que normalmente no interesan a un caballero inglés hasta que ha alcanzado la edad de veinticinco o treinta.

Ramsés estaba encorvado bajo el peso de la gata, situada sobre sus hombros estrechos; pero Ramsés era conocido por hablar, extensamente, bajo condiciones aún más adversas.

—Estoy ansioso por preguntarle a tía Evelyn con respecto a eso —observó—. La información que me diste, papá, fue inadecuada para explicar por qué cualquier individuo sensato se colocaría, o especialmente a ella, en posiciones que son en lo mejor poco naturales y en lo peor…

—Ramsés, cállate —gritó Emerson, ruborizándose—. Te dije que nunca discutieras…

—No vas a preguntarle a tu tía Evelyn nada de esa clase —exclamé.

Ramsés no dijo nada. Su silencio sugirió que cavilaba en maneras de rodear mi prohibición. Estaba segura que tendría éxito.

Gracias a la imponente presencia física de Emerson y voz fuerte estuvimos entre los primeros en desembarcar, y me apresuré hacia Evelyn con los brazos extendidos. Imagine mi sorpresa cuando, justo estando a punto de entrar en su abrazo cariñoso fui agarrada por un individuo alto y corpulento con un sombrero negro de seda y una levita, que me apretó contra su enorme estómago y plantó un

beso con el cosquilleo de sus bigotes en mi frente. Logrando soltarme de su abrazo instantáneamente, estuve a punto de vengarme con un acertado golpe de mi parasol cuando el hombre exclamó:

—¡Mi querida hermana!

Era su hermana. Es decir, él era mi hermano, mi hermano James, a quien no había visto durante varios años (porque me había esmerado en evitarlo).

No era de extrañar que no lo hubiera reconocido inmediatamente. Una vez había sido robusto. Ahora las únicas palabras que podían comenzar a hacer justicia a su tamaño eran palabras como corpulento, obeso y elefantino. Los bigotes lacios enmarcaban una cara tan redonda y roja como una luna de caza. En vez de retirarse en un cuello normal, el mentón avanzaba, pliegue a pliegue, hasta que se topaba con un cuerpo hinchado que no era interrumpido por ninguna insinuación de talle. Cuando sonrió, como sonreía ahora, las mejillas se le hincharon y apretaron sus ojos hasta convertirlos en hendiduras.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, James? —pregunté.

De mi querida Evelyn, que estaba a un lado, vino una suave tos de protesta. Le dirigí un asentimiento de disculpa a ella, pero no me sentí obligada a disculparme con James por mi lenguaje brusco pero entendible.

—Estoy aquí para darte la bienvenida, por supuesto —fue la respuesta suave de James—. Ha pasado demasiado tiempo, mi hermana más querida, ha llegado el momento de reparar los desgarros y los malentendidos del cariño familiar.

Emerson no había perdido el tiempo en agarrar la mano de su hermano y estrecharla con la fuerza cordial que es la manera en que el inglés demuestra cariño en público. Colocando un brazo fraternal alrededor de los hombros delgados de Evelyn, observó:

—¿Este es James? Por Dios, Peabody, qué gordo se ha puesto. ¿Mucho rosbif de la vieja Inglaterra, eh? ¡Y el oporto, el Madeira y el clarete! ¿Por qué no se va?

—Dice que ha venido a darnos la bienvenida a casa —expliqué.

—Tonterías, Peabody. Debe querer algo de ti, nunca viene a vernos a menos que quiera algo. Averigua lo que es, dile que “no” y que se largue.

La sonrisa forzada de James tembló de forma precaria pero logró mantenerla.

—¡Ja, ja! Mi querido Radcliffe, tu sentido del humor… En serio, es lo más… —ofreció la mano.

Emerson la observó por un momento con los labios fruncidos, luego la agarró con un apretón que provocó un chillido de dolor de mi hermano.

—Suave como un bebé —dijo Emerson, arrojando el miembro a un lado—. Vamos, Peabody.

Sin embargo, no íbamos a deshacernos de James tan fácilmente. Se mantuvo firme, sonriendo y asintiendo, mientras el resto de nosotros intercambiaba esos pedazos de poca importancia de noticias domésticas que marcan la reunión de unos amigos después de una larga ausencia.

Rose continuó sosteniendo a Ramsés (y a la gata) en un abrazo apretado. Tenía una fijación inexplicable por el chico y era una de las pocas personas que lo defendían en todas las ocasiones. Creo que tales casos no son desconocidos, Rosa no tenía niños propios. Aunque su posición oficial era de doncella, era el sostén de nuestra casa y realizaba alegremente cualquier servicio que se le solicitara. Había venido a Londres para el propósito expreso de cuidar de Ramsés durante los pocos días que pensábamos permanecer en la ciudad. No es que ella fuera realmente capaz de controlarlo; pero como Emerson decía, nadie podía.

John, quien tampoco podía controlar a Ramsés, había estado en Egipto con nosotros un invierno, y estaba lleno de preguntas acerca de sus amigos Abdullah, Selim y los demás. La mirada de sorpresa y desprecio en la cara de James al vernos tan amistosos con un mero lacayo fue muy divertida, pero al final una tos leve de Evelyn me recordó el húmedo tiempo; nos despedimos afectuosamente de John, quien regresaba inmediatamente a Kent con nuestro equipaje.

Había demasiados de nosotros para el coche, así que Walter sugirió que lo utilizaran las señoras, mientras él y su hermano nos seguían en un coche de alquiler. No le oí mencionar a *mi* hermano; eso no evitó que James se uniera a ellos. Emerson ya estaba dentro del coche de alquiler, así que estaba preparada para ver su reacción.

Ramsés y Rosa fueron con nosotros en el carruaje. Éste inmediatamente se lanzó a uno de sus monólogos interminables,

describiendo las actividades del invierno, las que Rose escuchaba con una sonrisa engreída. Me giré hacia Evelyn, que estaba sentada a mi lado.

—¿Cuánto tiempo tienes intención de permanecer en Londres, querida?

—Sólo lo suficiente para daros la bienvenida, querida Amelia, y persuadiros de pasar el verano conmigo en Yorkshire, en el Castillo de Chalfont. Te he echado tanto de menos, a ti y al pequeño Ramsés, sus primos preguntan constantemente por él…

—Ja —dije con escepticismo.

Ramsés interrumpió su discurso para echarme una mirada fija y larga, pero antes de que pudiera comentar algo, continué:

—No estoy segura de los planes de Emerson, Evelyn, pero supongo que tendrá que permanecer en Londres mucho tiempo. Estoy tratando de ayudarle a terminar el primer volumen de su *Historia del Antiguo Egipto*; la Editorial de la Universidad de Oxford se ha vuelto bastante insistente, y no es de extrañar, dado que les prometió el manuscrito hace un año. Luego está la preparación del informe de nuestra excavación para la imprenta…

—Eso es lo que Walter dijo —observó Evelyn—. Así que he confeccionado un pequeño plan que espero te complacerá. Tenemos la intención de mantener la casa de la ciudad abierta, para que así Radcliffe pueda permanecer allí en vez de en un hotel. Pero había esperado que tú…

—Oh, Emerson no puede llevarlo a cabo sin mi ayuda —dije—. Por mucho como preferiría sumergirme en la tranquilidad del campo, y por mucho como disfruto de tu compañía, querida, no puedo, nunca abandonaré a mi querido Emerson tanto tiempo. Sin mi ayuda y mis pequeños recordatorios nunca terminará ese libro.

—Por supuesto. —Una sonrisa jugueteó cerca de las comisuras de los labios delicados de Evelyn—. Comprendo.

—Tía Evelyn. —Ramsés se inclinó hacia delante—. Tía Evelyn, necesito una información particular, así que te ruego que me excuses por interrumpiros a ti y a mamá…

—Ramsés, te prohibí discutir ese tema —dije firmemente.

—Pero, mamá…

—Me has oído, Ramsés.

—Sí, mamá. Pero…

—Bajo ninguna circunstancia, Ramsés.

—Bueno, Amelia, deja que hable el chiquillo —dijo Evelyn con una sonrisa—. No puedo imaginar que pueda decir que me aflija.

Antes de poder refutar esa observación absurdamente ingenua, Ramsés se aprovechó rápidamente. A toda prisa gritó:

—El tío James va a que quedarse en Chalfont House.

—Ramsés, si te lo he dicho una vez, te lo he dicho cien… ¿Qué ha sido eso?

—Rosa dice que fue allí con su ayuda de cámara y su equipaje, y que se ha quedado. Pensé que querrías saberlo, mamá, habiendo observado la decidida falta de cordialidad con la que tú y papá habéis saludado…

—Ah. Sin admitir la necesidad de una explicación prolongada de tus razones para introducir este tema, Ramsés, confieso que estoy agradecida por la información y por la oportunidad de discutir las implicaciones sin la presencia de tu padre. Me temo que no estará en absoluto complacido.

—No debes culparme, Amelia —empezó Evelyn, retorciendo las manos en el regazo.

—¡Mi querida niña! ¿Cómo es posible que te pueda culpar por una debilidad tan atractiva como un corazón amable? Conociendo a James, estoy segura de que simplemente entró con la bolsa y el equipaje, presumiendo de una relación que es tan lejana como el cariño que pretende sentir por mí. —Enfrente de mí vi a Rose asentir como una marioneta, los labios fruncidos y las mejillas rosas. Le di un asentimiento con amabilidad—. La pregunta es, ¿qué está tramando James? Ya que, como Emerson observó tan sabiamente, debe querer algo.

—Eres muy cínica, Amelia —dijo Evelyn con reproche—. El señor Peabody ha sido abierto conmigo; se arrepiente del distanciamiento entre su familia y la tuya, y anhela restaurar las relaciones de cariño…

—Restaurar, bah —contesté—. Nunca ha habido relaciones de cariño entre James y yo, mucho menos entre James y Emerson. Pero tú eres demasiado idealista para reconocer a un hipócrita cuando ves a uno y demasiado educada para tratarlo como se merece. No importa, me desharé de él, si Emerson no lo ha hecho ya.

Sin embargo, resultó que Emerson no había sido informado de la presencia de James en la casa, probablemente porque había hablado todo el tiempo sin permitir que Walter o James dijeran ni una palabra. Verdaderamente estuve algo aliviada al ver a James descender del coche de alquiler (con esos jadeos y resoplidos que procuraré no describir), puesto que Emerson era perfectamente capaz de echarlo a la fuerza si le desagradaba. Saltando ágilmente al suelo después de él, Emerson agarró su mano, la retorció violentamente, la dejó caer y se giró. Agarrando a Evelyn con una mano y a mí con la otra, nos escoltó rápidamente por la cancela y a lo largo del camino hacia la casa.

Antes de que Emerson me hiciera entrar a toda prisa vi algo que apartó de mi mente las maquinaciones de mi hermano. Había comenzado a llover con más fuerza y no había muchas personas en el exterior. Sólo una cabeza estaba desnuda ante los elementos. Pertenecía a un individuo que parado junto a las verjas del parque al otro lado de la calle, y estaba coronada por unas greñas de cabello rojo llameante.

Atrapando mi mirada, el individuo en cuestión se puso de puntillas y a través de una serie de extraordinarias gesticulaciones, levantando primero una mano con el pulgar doblado debajo, luego llevando el vaso invisible a sus labios como si bebiera, luego señalando, sosteniendo el índice arriba y señalando otra vez. Esos gestos fueron realizados con gran vigor e intensidad antes de que se colocara una gorra andrajosa en la cabeza y se alejara rápidamente.

Con un tacto que no esperaba de él, James se ausentó de la mesa en el almuerzo. Después de que Emerson y Walter se retiraran a la biblioteca para deleitarse con una conversación de naturaleza egiptóloga hasta la hora del té, persuadí a Evelyn de que se acostara para descansar un poco (la conjetura aleatoria de Emerson en cuanto a su condición delicada había sido verificada por una autoridad como la misma Evelyn); y, habiendo dejado a Ramsés dándole una conferencia a Rose sobre varios temas que a ella no le interesaban lo más mínimo, pude concentrarme en la conducta rara del señor Kevin O'Connell.

No podía imaginarme por qué no había dejado un mensaje escrito en vez de seguirnos desde el muelle y llevar a cabo un mimo maníaco. Especulé que posiblemente temía que Emerson

interceptara o preguntara sobre tal carta. Bien, no estaba más ansiosa que él por implicar a Emerson, pero estaba muy ansiosa por hablar con el señor O'Connell. Tenía unas cosas que decirle.

Ya que había indicado las cuatro en punto, tenía poco tiempo que perder antes de salir para acudir a la cita y lo ocupé revisando los periódicos de la semana pasada. Habían sido recogidos, pero ante mi petición uno de los lacayos los recuperó y los trajo a mi cuarto.

Cuando terminé de leer, mi divertida tolerancia hacia el señor O'Connell se había evaporado completamente. Su declaración fría y sin fundamento de que habíamos consentido en investigar una causa criminal ficticia ya era bastante mala. Sus más recientes referencias sobre nosotros eran positivamente irritantes.

Ya que el llamado misterio no era ningún misterio, sino sólo una serie de coincidencias sin sentido, habría muerto de muerte natural si el señor O'Connell y sus co-conspiradores de la prensa no lo hubieran mantenido vivo por medio de varias estratagemas dudosas. Las actividades de ciertos miembros locos del público les fueron especialmente útiles, incluido el sacerdote *sem* mencionado en un artículo anterior. Este individuo se había convertido en un visitante regular de la exhibición donde, ataviado con las túnicas blancas y la piel apolillada de leopardo, se postraba y llevaba a cabo misteriosos rituales con la intención, presume cualquiera, de aplacar a la momia.

Emerson y yo éramos las principales víctimas del señor O'Connell. Había varias historias sobre nuestras actividades pasadas, inclusive una imagen de Emerson que ciertamente lo conduciría al homicidio cuando la viera. El artista había representado un incidente ocurrido el verano anterior en las escaleras del Museo Británico. Emerson sólo había gesticulado con el puño debajo de la nariz del señor Budge, nunca golpeó al hombre; pero el dibujo podría haber servido como ilustración para una novela sensacionalista… "¡Toma esto, vil bellaco!" Los ojos saltones de Budge y la mirada de terror abyecto estaban representados ingeniosamente. (La disputa, una mera tempestad en una tetera, había surgido después de que Budge tuviera el descaro de escribir en *The Times* que se oponía a las críticas válidas de Emerson sobre una exposición egipcia de alfarería. En el curso de la

carta utilizó un lenguaje que ningún caballero debería usar).

El señor O'Connell ni siquiera había vacilado en explotar a un niño inocente en su persecución de un éxito periodístico. Los párrafos que mencionaban a Ramsés eran del peor gusto posible. No había necesidad de mencionar el hecho de que Ramsés era considerado por ciertos egipcios (los más ignorantes y supersticiosos) como una especie de *jinni* juvenil, un demonio en la forma juvenil. También me ofendió profundamente la implicación de O'Connell de que sólo unos padres negligentes e indiferentes expondrían a un niño tan joven y tan "delicado" (su palabra, no la mía) al clima poco sano y a los múltiples peligros de una excavación arqueológica. Comparado con Londres, Egipto es un auténtico balneario y yo, ciertamente, había hecho todo lo cualquier hembra humana podría hacer para evitar que Ramsés explorara pirámides abandonadas, fuera enterrado vivo en la arena y fuera secuestrado por Maestros del Crimen.

Así que estaba con un estado de ánimo casi tan homicida como lo habría estado Emerson cuando me preparé para la cita. Por supuesto tenía la intención de llevar mi parasol. Yo nunca salgo, en Londres o en Egipto, sin él. Es el objeto más útil imaginable, sirve no sólo como protección contra el sol o la lluvia, sino que, cuando la necesidad llama, también como arma defensiva. En el último minuto volví al escritorio y aparté otro artículo del traje. Emerson siempre se burla de mi cinturón, aunque las herramientas que colgaban, a la manera de una castellana pasada de moda, nos habían salvado más de una vez de una muerte horrible y persistente. Cerillas en una caja impermeable, un pequeño frasco de agua pura, el cuaderno y el lápiz, tijeras, cuchillo, estos ejemplos son suficientes para explicar por qué mi cinturón era una ayuda imprescindible en todos los climas y países, incluidas ciertas partes de Londres. El cinturón mismo era de cuero rígido, de cinco centímetros de ancho, y en una ocasión memorable me sirvió bien para defenderme (durante un breve pero vital intervalo) de una amenaza más peligrosa que la muerte.

Logré salir de casa sin que ninguno de los ocupantes a excepción de Gargery, el mayordomo, me viera. Él era nuevo en el puesto, había sido contratado después de la última vez que estuve en Inglaterra: de cabello rubio rojizo, un hombre bastante joven de

estatura y constitución media, con una cara ingenua que no había dominado todavía la perfecta imperturbabilidad que su oficio requería. Miró fijamente mi cinturón y sus avíos tintineantes como si nunca hubiera visto tal cosa antes (algo que de hecho suponía que no había visto).

La plaza St. James no se encuentra lejos de Pall Mall y del bullicioso tráfico de Regent Street, pero en esa deprimente tarde de primavera podría haber estado a mil kilómetros de la ciudad. La niebla amortiguaba el traqueteo de las ruedas y el sonido de los cascos de los caballos, y daba un aire fantasmagórico a los florecientes árboles que rodeaban el estanque del centro de la plaza.

Siguiendo las indicaciones que O'Connell me había dado, giré hacia York Street y luego hacia la primera calle a la izquierda. Esperaba que fuera el camino correcto, ojalá no hubiera sido tan malditamente vago y teatral. Su gesto de beber había dejado abierta la cuestión de si se refería a un restaurante, un salón de té o un puesto de café; lo único que podía hacer era caminar hasta encontrar un establecimiento que proveyera de refrescos líquidos o hasta que viera a O'Connell.

No mucho después me encontré en un vecindario muy distinto a las aristocráticas lindes de la plaza St. James. Supongo que era lo suficientemente respetable, pero las casas estaban apiñadas y la gente que se apresuraba de un sitio a otro tenía un aspecto desaliñado y desolado. No se veían muchos paraguas, yo mantenía el mío en alto, mientras escudriñaba atentamente la zona en busca de una cara y figura familiar.

No fue ni su cara ni su figura lo que vi primero, sino los llameantes rizos rojizos que ni siquiera la típica niebla londinense podía ocultar. Se encontraba asomado al portal empotrado de un establecimiento que tenía el extraordinario nombre de El Hombre Verde; viendo que me acercaba, agitó el sombrero y una amplia sonrisa se extendió por su cara pecosa.

Cerré el paraguas y me uní a él en el refugio del portal. Sin apartar su cautelosa mirada del paraguas, empezó:

—Ciertamente ilumina usted este día tan melancólico, señora Emerson. Y por cierto que la Fuente de la Juventud debe estar en Egipto, porque gana usted en juventud y belleza cada vez…

Le amenacé con el paraguas.

—Ahórreme los piropos vanos y ese acento irlandés, señor O'Connell. Estoy seriamente disgustada con usted.

—¿Vacíos? Cuando la verdad es que hablo desde las más profundas de las profundidades… Por favor, señora, ¿podría abrir ese parasol infernal y acompañarme a algún sitio donde podamos hablar?

—Este nos servirá perfectamente —dije, señalando la puerta.

A O'Connell casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Querida señora Emerson, éste no es…

—Se trata de una taberna, ¿no? Muy interesante. Nunca he sido cliente de un establecimiento así. Emerson, aunque generalmente es el más complaciente de los hombres, siempre se ha negado a visitar uno conmigo. Vamos, señor O'Connell; voy extremadamente corta de tiempo y tengo mucho que decirle.

—Apuesto a que eso es cierto —murmuró O'Connell. Se encogió de hombros y me siguió al interior.

Nuestra entrada causó un cierto revuelo, aunque no puedo imaginar por qué, ya que no era ni mucho menos la única mujer presente. De hecho, había una mujer tras la barra, una rolliza joven que hubiera sido bastante bonita si no se pintara las mejillas de un tono rosa tan chillón.

Abrí el camino hacia una mesa con el señor O'Connell siguiendo mis pasos y llamé a la camarera con una floritura de mi parasol. Pobrecita, parecía que le faltaba un hervor. Cuando le pedí que nos sirviera té, se quedó con la boca abierta y me miró sin expresión.

—Me temo… —comenzó O'Connell.

—Ah, ya veo. ¿Es un establecimiento donde solo sirven bebidas alcohólicas? En ese caso simplemente tomaré un whisky con soda.

O'Connell hizo el pedido y yo añadí con voz amable.

—Parece que la mesa está bastante pegajosa, jovencita. Por favor, pásele un trapo —ella continuó boquiabierta. Le di un leve golpecito con el parasol y añadí—: Deprisa, deprisa. El tiempo es esencial.

El señor O'Connell no se relajó hasta que metí el paraguas bajo la silla. Plantó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Llega tarde, señora E. ¿Ha tenido problemas para seguir mis instrucciones?

—En absoluto, aunque ciertamente podrían haber sido más

explícitas. Sin embargo, no me hubiera molestado en seguirlas de no estar tan enojada con usted. El único motivo de que esté aquí es para exigirle una disculpa y que se retracte de las cosas que ha estado contando sobre nosotros en su miserable periódico.

—Pero si solo he dicho las cosas más elogiosas acerca de usted y el señor Emerson —protestó O'Connell.

—Dejó implícito que yo no era una madre correcta.

—¡No hice semejante cosa! Mis palabras exactas fueron: "Es la más afectuosa de las madres…"

—"Lo que hace que su incapacidad para evitar que el crío participe en las aventuras más escalofriantes resulte aún más sorprendente".

O'Connell me devolvió la mirada con unos ojos tan azules, tan claros y tan serenos como los lagos de Eire.

—Bueno —dije después de un momento—. Quizás, después de todo, la afirmación no es completamente inexacta. Pero, ¿qué demonios tenía en su reputado cerebro, Kevin, para decir que el profesor Emerson y yo habíamos aceptado resolver el misterio de la momia maligna? Eso es una absoluta invención.

—No dije semejante cosa. Dije…

—No tengo tiempo para detenerme a intercambiar nimiedades con usted —dije seriamente—. Me he escabullido de la casa sin conocimiento de Emerson; si llega a echarme de menos organizará un follón.

Un estremecimiento recorrió la enjuta figura de Kevin.

—Una palabra muy descriptiva, señora E.

La joven apareció rápidamente, trayendo una bandeja y un trapo húmedo. El trapo no estaba muy limpio, pero la energía con la que frotaba la mesa indicaba que tenía ganas de agradar, de modo que opté por no hacer ningún comentario y me limité a señalar algunas zonas que se le habían escapado. Kevin ya había cogido su vaso y consumido una considerable cantidad de lo que contenía. Pidió otro de lo mismo y yo comenté de la manera más amable posible:

—Jovencita, lleva un vestido muy bonito, pero con tanta cantidad de pecho al aire corre el riesgo de resfriarse severamente. ¿No tiene un pañuelo o un chal?

La chica negó con la cabeza tontamente.

—Entonces tome uno mío —dije quitándomelo del cuello. Era

bonito, de gruesa lana a cuadros—. Así. No, envuélvalo más prieto… que… así está mucho mejor. Ahora apresúrese y tráigale al caballero su… ¿Cómo era, señor O'Connell? ¿Negra? Curioso nombre para una bebida.

Pero lo brazos de O'Connell estaban sobre la mesa y tenía la cabeza apoyada sobre estos. Los hombros le temblaban. En respuesta a mis preguntas, me aseguró que se encontraba bien, a pesar de que tenía el rostro tan rojo como el pelo y le temblaban los labios.

—Bueno —dije sorbiendo mi whisky—. ¿De qué estábamos hablando?

O'Connell negó con la cabeza.

—No tengo ni la más remota idea. Hablar con usted tiene un extraño efecto sobre mi cerebro, señora Emerson.

—Mucha gente encuentra complicado seguir mis procesos mentales —admití—. Pero en serio, Kevin, su profesión exige pensamiento rápido, flexibilidad, concentración. Especialmente lo último. Debe aprender a concentrarse. Estábamos discutiendo su afirmación acerca de que el profesor Emerson y yo habíamos aceptado investigar el caso de la maldición.

—Nunca dije que lo hubieran aceptado. Dije que les consultarían.

—¿Quién? ¿El *Daily Yell*?

—Ojalá fuera cierto —exclamó Kevin, llevándose la mano al corazón en una malísima parodia de éxtasis—. Mis editores estarían dispuestos a pagar cualquier suma, evidentemente una suma razonable, para retenerles a usted y al profesor como consultores. ¿Puedo esperar…?

—No, no puede. No se trata tan solo de que esté muy por debajo de nuestra dignidad que nuestros nombres se relacionen de forma profesional con un periódico, especialmente con un asqueroso ejemplo de basura difamatoria como el *Daily Yell*, es que no hay absolutamente nada sobre lo que consultar. No somos detectives, señor O'Connell. ¡Somos eruditos!

—Pero solucionaron el asesinato de Baskerville…

—Eso no tuvo nada que ver. Nos llamaron para ese caso en calidad de egiptólogos, para continuar con el trabajo que comenzó Lord Baskerville, a cuya misteriosa muerte siguieron otra serie de

incidentes de carácter desesperado, peligroso y perturbador. Este caso es bien distinto. Se trata de una pequeñez, una ficción fraguada por el señor Kevin O'Connell.

—No, en serio señora, está confundida acerca de mí. No soy la parte culpable. ¿Sería tan amable de dejarme explicarle?

—Estoy esperando a que lo haga.

Kevin se tiró de sus rojos rizos.

—No fui yo el que desveló la historia. Fue… otra persona. Se levantó tal expectación que mis editores pensaron que teníamos que hacerle un seguimiento. Y como estoy considerado una especie de autoridad en el antiguo Egipto y en maldiciones sobrenaturales… no pude negarme, señora E, sin arriesgarme a perder mi posición. ¿Qué iba a hacer?

—Mmmm… —dije pensativamente—. ¿El rival al que se refiere es el M.M. Minton del *Morning Mirror*? Recuerdo haber visto el nombre en varias historias y haberme preguntado por qué el *Mirror* se habría rebajado a semejante sensacionalismo. Me ha contado un relato muy enternecedor, señor O'Connell, pero el hecho indiscutible es que ha utilizado usted su relación conmigo de una forma despreciable.

—Pero usted es mi mayor activo —explicó O'Connell inocentemente—. Mi conocida, ¿podría atreverme a decir amiga? No, puede que no. Mi conocida entonces, contar con usted y el profesor es la única ventaja que tengo sobre otros periodistas rivales. Fue mi conexión personal con el caso Baskerville lo que construyó mi reputación… y la de ustedes, en lo que respecta a los lectores. Usted y el profesor son noticia, señora E. A la gente le fascinan la arqueología y los arqueólogos. Si a eso le añade su… ¿Cómo llamarlo? Su estilo, su falta de convencionalismo, su notable talento para la investigación criminal…

—Prefiero el término "estilo" —interrumpí—. No puedo explicar por qué Emerson y yo nos vemos involucrados en crímenes violentos con tanta frecuencia; me inclino a atribuirlo a una cierta estructura mental, a una conciencia de lo que son circunstancias sospechosas que no son fáciles de ver por personas menos ingeniosas.

—Sin duda ese es el caso —dijo Kevin, asintiendo seriamente—. De modo que entiende por qué me vi obligado a mencionar sus

nombres.

—Que lo entienda no quiere decir que le perdone —respondí—. Esto debe parar, señor O'Connell. Nuestros nombres no deben aparecer de nuevo en su periódico.

—Pero esperaba poder entrevistarles —exclamó O'Connell—. La entrevista habitual, relativa a sus excavaciones arqueológicas de la pasada temporada.

Sus dulces iris azules me dirigieron una mirada tan honesta que cualquier persona que no lo conociera le habría entregado su confianza de inmediato. Sonreí irónicamente.

—Debe tomarme por una idiota, Kevin. Leímos sus efusiones acerca del caso Fraser. Emerson estuvo furioso durante días. Temí por su salud.

—Esa información me la facilitó la señora Fraser —exclamó Kevin—. Las efusiones, como usted las llama, no fueron más que citas exactas de lo que dijeron esa joven dama y su marido.

Me resultó difícil enfadarme, ya que estaba secretamente de acuerdo con él. Enid Fraser, de soltera Debenham, no había dicho nada más que la verdad, y la palabra "efusiones" era de Emerson, no mía.

Observándome con expresión perspicaz, O'Connell continuó.

—Tanto ella como las otras personas a los que han rescatado ustedes de la muerte y la desgracia, han cantado sus excelencias al mundo. ¿Y por qué no? ¡Qué poco frecuentemente se les da a la valentía y a la bondad el reconocimiento que merecen! Es usted una inspiración para toda la nación británica, señora E.

—Humm. Bueno. Visto así…

—Arriesgar su vida, y una materia prima más preciosa que la vida, en defensa de los inocentes —Kevin continuó entusiasta—. Lo que habrá sufrido el profesor, qué angustia habrá tenido que soportar, temiendo que incluso su indomable espíritu y valentía fallaran ante ese desesperado villano. ¿Cuáles eran sus sentimientos, señora E?

Yo había estado asintiendo y sonriendo como una idiota. Entonces comprendí el sentido de lo que estaba diciendo y emití un chillido que lo hizo saltar hacia atrás con los brazos en postura de defensa.

—Maldita sea, Kevin. ¿Cómo se atreve a insinuar…? ¿Quién se

lo dijo? No hay nada de verdad en… Espere hasta que hable con Enid. Voy a…

—Cálmese, lady Amelia —rogó Kevin—. La señora Fraser no traicionó su confianza. De hecho, negó categóricamente la historia después de que a su marido, que no es el más inteligente de los hombres ¿verdad?, se le escapara algo. Me amenazó con las más terribles consecuencias si publicaba una sola palabra.

—Sus amenazas palidecerán al lado de las de Emerson, se lo aseguro —le informé—. Si la más mínima insinuación de…

No terminé la frase, no hubo necesidad. El semblante de Kevin había palidecido visiblemente. Con una sinceridad que no pude poner en duda, exclamó:

—Claro. ¿Y no piensa que soy consciente de ello? La alta estima que le tengo, señora Emerson, me impediría menoscabar su reputación. Además, mi editor me previno de que podía ser denunciable.

Ese último comentario me resultó más convincente que su pretendida preocupación por mi reputación, y por añadidura el terror que le tenía a Emerson (un terror que, en este caso, estaba bien justificado) me hicieron pensar que podía confiar en su silencio.

—Muy bien —dije, terminando mi whisky y buscando a mi alrededor, en vano, algo que se pareciera a una servilleta—. No puedo entretenerme, señor O'Connell. Está bastante oscuro y Emerson me estará buscando. Le dejo pagar, puesto que fue usted quien invitó.

Él insistió en acompañarme a casa y, aunque no me daba miedo —después de algunos de los sitios por los que he caminado después de oscurecer, Londres no me produce temor— accedí a su súplica. Al acercarnos a la puerta la joven se acercó a mí y me ofreció el pañuelo. Yo se lo volví a colocar alrededor del cuello, remetiendo bien los extremos, y le pedí que lo conservara, como había hecho con otras.

Me alegré de que Kevin me acompañara, aunque solo fuera porque al ir agarrada de su brazo evitaba resbalar. La mezcla de barro, agua y todo tipo de sustancias resbaladizas bajo mis pies hacía muy traicionero el caminar. La niebla se había cerrado, oscureciendo las luces de gas hasta hacerlas parecer fantasmales

globos de un enfermizo color gris amarillento y distorsionando monstruosamente las figuras de las personas que pasaban. A pesar de todo, la escena tenía un cierto encanto grotesco, que me movió a afirmar que el querido y viejo Londres no tenía nada que envidiar a los barrios bajos de El Cairo en cuanto a la fascinación siniestra y maloliente que provocaba. Kevin solo respondió estrechando su agarre y apresurándome hacia delante.

En el punto en el que York Street desembocaba en la plaza, se detuvo y anunció su intención de dejarme sola.

—Ahora ya estará bien, señora E.

—Siempre he estado bien, señor O. Gracias por llevarme a la taberna, ha sido una experiencia de lo más interesante. Pero no olvide lo que le he dicho.

—No, señora.

—No utilizará más mi nombre.

—Por supuesto que no, señora E. A no ser… —añadió Kevin—, que tenga lugar algún incidente de inusual interés y que los otros periódicos se enteren y lo publiquen. Seguramente no esperará de mí que sea el único periodista de Londres que no pueda publicar la historia, ¿no?

—Por Dios, O'Connell, suena usted exactamente igual que Ramsés —dije exasperada—. No va a tener lugar ningún incidente de ese tipo. No tengo intención de verme envuelta en esas tonterías que están ocurriendo en el Museo Británico.

—Ah, ¿de verdad? —abrió su considerablemente amplia boca, no para sonreír, sino con un gruñido de rabia—. Claro, por Dios, pero debería haberlo imaginado…. Ese bribón. Esa pequeña serpiente traicionera…

—¿Quién? ¿Dónde?

—Ahí —señaló Kevin—. ¿Ve ese paraguas amarillo?

—Con este tiempo tan inclemente, se ven una gran cantidad de paraguas —repliqué—. Pero con esta niebla no es posible distinguir los colores con ningún grado de…

—Ahí, justo ahí… frente a Chalfont House —Kevin soltó un profundo gruñido—. Escondido al acecho como un demonio… ¡Aj, que asco de criatura!

El paraguas que había mencionado no era difícil de distinguir, después de todo porque, a diferencia de los demás sobre la acera,

permanecía estacionario, justo junto a la alta verja de hierro que cerraba los terrenos de Chalfont House. Aunque había una farola relativamente cerca, no podía ver mucho más que el paraguas propiamente dicho. Era un paraguas muy grande.

—¿Quién es? —pregunté, entrecerrando los ojos en un esfuerzo para ver mejor.

—¿Quién sino esa serpiente rastrera de Minton? Mejor vaya por atrás, señora E.

—Tonterías, no me pienso colar en la casa como si no tuviera derecho a estar ahí. Corra, señor O'Connell, y asegúrese de cambiar sus botas y calcetines tan pronto como llegue a casa. Un enfrentamiento entre Minton y usted solo puede traer acritud y retraso.

—Pero, señora E…

—Soy perfectamente capaz de arreglármelas con periodistas impertinentes. Como usted debería saber.

—Pero…

Las pesadas puertas de Chalfont House se abrieron repentinamente. La luz se derramó por los escalones; de la figura que se silueteaba contra ella llegó una voz distorsionada por la niebla y la humedad.

—¡Peabody! ¿Donde estáaaaaaaas? ¡Peabody! ¡Maldita sea!

Pude ver al mayordomo tirándole de los faldones de la camisa, intentando calmarlo, pero sin ningún éxito. Sin sombrero, abrigo, bufanda ni paraguas, Emerson descendió las escaleras y corrió hacia la verja. Debido a los nervios, no fue capaz de abrir el cerrojo, así que se quedó allí bramando y golpeando los barrotes.

—¡Peeeeabody! Por todos los demonios, ¿dónde estaaaaaas?

—Debo irme —dije. Pero me dirigí al aire, ya que lo único que quedaba de Kevin O'Connell era una sombra que se desvaneció rápidamente.

Llamé a mi agitado cónyuge, pero sus irritados gritos ahogaron mi voz. Para cuando logré alcanzarle, el paraguas amarillo había atacado. Emerson estaba frente a él, con solo la verja entre ellos. Se había quedado en silencio, oí otra voz, aguda y rápida.

—¿Y cuál es su opinión, profesor…? —estaba preguntando

—Emerson, ¿qué… que estás haciendo aquí fuera con esta niebla y sin sombrero? —pregunté.

Emerson me miró.

—Oh, estás ahí, Peabody. Es de lo más extraordinario… solo ven y echa un vistazo.

En ese momento cogió el paraguas y lo hizo girar como una rueda. La persona que había debajo, que parecía estar unida a él de una manera que no pude distinguir, giró con el paraguas y la luz de la farola cayó directamente sobre un rostro femenino. Sí, querido lector, ¡el rostro *de ella*! El periodista… ¡era una mujer!

—Por Dios —exclamé— Había creído que usted era un hombre.

—Soy tan capaz como cualquier hombre —fue la fiera réplica, mientras agitaba un cuaderno ante mi cara.

Ella se había atado el paraguas al cinturón para tener las manos libres para escribir y tuve que admirar la simplicidad del concepto, incluso aunque su comportamiento estaba siendo deplorable.

—Dígame, señora Emerson —continuó, sin apenas hacer una pausa para respirar—. ¿Están trabajando con Scotland Yard en el caso del asesinato?

—¿Qué caso de asesinato? No hay indicios…

—¡Amelia!

Emerson se había repuesto de la sorpresa de que la asidua reportera fuera una mujer, porque eso era lo que yo había interpretado por su mención de la palabra "extraordinario". Ahora me había cogido por el brazo e intentaba meterme dentro del enrejado. Como la puerta estaba aún cerrada, no tuvo éxito.

—No hables con… con esa persona —insistió—. No digas una palabra. Incluso un "sí" o un "no" serán malinterpretados por estos buitres, discúlpeme joven señora, y ya sabes la desafortunada tendencia que tienes a hablar de más…

—¡Discúlpame, Emerson! —exclamé—. Pero ya hablaremos de eso en otro momento. No tengo ninguna intención de permitir que me entrevisten, particularmente porque no permito que me tiendan emboscadas y me acosen en la puerta de mi casa. Sin embargo, permíteme señalar que no podré entrar hasta que abras la verja.

Me iba moviendo mientras hablaba, metiéndome entre Emerson y la señorita Minton. Ella se vio forzada a retroceder para evitar ser apuñalada por las varillas de mi paraguas abierto, pero una vez fuera de su alcance se mantuvo en su posición y repitió la pregunta. En ese momento pude distinguir mejor sus rasgos. Era más joven de

lo que había pensado. No se la podía llamar guapa. Tenía unos rasgos demasiado duros, con una barbilla claramente masculina y sobresaliente y unas cejas espesas e imponentes. Los alfileres y peinetas con los que intentaba mantener bajo control su espeso cabello negro habían perdido el combate y los rizos azabaches caían húmedos sobre sus orejas.

Maldiciendo (pero, para hacerle justicia, maldiciendo por lo bajo), Emerson trajinó con el cerrojo. La señorita Minton se había puesto de puntillas, como preparándose para saltar hacia delante, y creo honestamente que lo habría hecho, persiguiéndonos hasta la mismísima puerta de la casa, de no haber ocurrido algo que la distrajo.

Fui yo quien primero se fijó en la extraña e increíble visión, y mi exclamación de asombrada incredulidad hizo que la señorita Minton se volviera y Emerson levantara la vista. Durante un momento los tres permanecimos incrédulamente inmóviles, porque la figura que veíamos, avanzando con rítmicas zancadas a lo largo de la acera de enfrente, era la de un sacerdote del Antiguo Egipto envuelto en largas túnicas blancas y cubierto por un manto de piel de leopardo. Largas briznas de pálida niebla colgaban de sus prendas como si arrastrara vendas de momia y la luz de la farola hacía brillar los rizos de su rizada peluca negra. Penetró en la masa de niebla y se desvaneció.

Capítulo 3

La señorita Minton fue la primera en moverse. Con un aullido como el de un perro de caza se lanzó a la persecución, con el paraguas rebotando arriba y abajo mientras corría.

Comencé a seguirla. Los dedos de Emerson me sujetaron por los hombros y me lanzaron contra las barras de hierro de la cancela.

—Ponte en peligro, Peabody —siseó—. Da un paso, tan sólo uno, y yo… —La cancela finalmente cedió bajo sus esfuerzos, así que nunca oí el resto de la amenaza. Me atrajo hacia él con firmeza y me condujo bruscamente hacia la puerta de la casa. Mantuvo un silencio amenazador, y la discreción habría sugerido que yo hiciera lo mismo; pero me enorgullece decir que la discreción nunca me ha impedido todavía hacer lo correcto.

—Emerson —exclamé, tratando de liberarme de su fuerte agarre —. ¡Emerson, piensa! ¡Ella tiene cualidades que no me gustaría ver en una hija mía, pero es joven… impulsiva… una mujer! ¿Puedes abandonarla cuando puede estar en grave peligro? ¡No puedo creer eso… tú, el más valiente de tu sexo!

Los pasos de Emerson se ralentizaron.

—Eh… Humm —comentó.

Supe que mi súplica no sería en vano. Emerson es él mismo algo impulsivo (sin duda, es un rasgo claramente masculino injustamente atribuido a las mujeres), pero es el más amable de los hombres. Me había arrastrado sin pararse a pensar en la joven, pero una vez recordada, estaba listo, como siempre, para cumplir con su deber como inglés.

—Tenía intención de ir tras ella tan pronto como te hubiera metido dentro —gruñó—. No puedo confiar en ti, Amelia, sin duda no puedo.

—Pero para entonces puede ser muy tarde —exclamé— ¿Quién

sabe lo que augura esa aciaga figura? Una vez en sus viles garras…

Emerson se había parado al pie de las escaleras. Me sacudió distraído.

—Amelia, te ruego que no sigas con esa costumbre. Ciertos ciudadanos de esta metrópoli disfrutan vagabundeando por las calles y los museos con trajes estrafalarios. Sin duda el clima les ha confundido los cerebros. Lunáticos, que deberían estar recluidos…

—Precisamente, Emerson. La señorita Minton puede estar ahora mismo en poder de un lunático fugado. No perdamos el tiempo discutiendo, si perseguimos inmediatamente…

La cara de Emerson se relajó. Me hizo dar media vuelta.

—Tu preocupación es innecesaria, Amelia.

La señorita Minton ya no estaba sola, frente a ella había un joven alto y delgado, vestido con un abrigo largo y un sombrero de copa. Parecían discutir; dos voces, una de barítono, la otra de un penetrante contralto, mezcladas en un dueto apasionado.

Emerson gritó.

—¿Necesita ayuda, señorita… eh… o es un amigo suyo?

La joven dama abandonó a su compañero y cruzó velozmente el pavimento, chapoteando temerariamente a través de los charcos. Emerson había tomado la precaución de cerrar la cancela detrás de él así que ella no podía avanzar más allá, pero podía agarrar firmemente las barras y mirar a través de ellas como un prisionero en la cárcel.

—¿Por favor, Profesor y señora Emerson… una breve entrevista? Sólo tardaremos unos pocos momentos…

Emerson dejó escapar un rugido.

—Maldita sea, jovencita, ¿no tiene sentido de la decencia? Nos demoramos sólo para asegurarnos de que su impulsiva acción no le había causado dificultades y usted recompensa nuestra preocupación caritativa con…

—Ya, Emerson —interrumpí—. Has dejado clara tu opinión y estoy segura de que ha sido tenida en cuenta.

—Totalmente —dijo el joven, que se había reunido con la señorita Minton en la cancela. Llevaba anteojos que se le resbalaban, quizá por la humedad, y durante toda la subsiguiente conversación estuvo ajustándoselos continuamente—. Buenas noches, señora Emerson… Profesor. Tuve el placer de conocerlos el

año pasado en la oficina del señor Budge en el Museo. Mi nombre es Wilson. Supongo que no me recuerdan.

—Vagamente —contestó Emerson—. Qué diantres está usted…

—Emerson, pueden oírte claramente al otro lado de la plaza —dije—. Si nos uniéramos a los jóvenes en la cancela, no sería necesario gritar.

—Ni se te ocurra, Peabody —contestó mi marido, agarrándome más firmemente.

—Soy amigo de la señorita Minton —prosiguió el joven—. Gracias por su preocupación, pero no necesitan preocuparse por ella. Me esmeré en evitar molestarles a usted y la señora Emerson, pero no pudo ser; naturalmente me sentí obligado a acompañarla, a pesar de su petición para que me mantuviera a distancia.

—La vergüenza debería haberlo mantenido a distancia —gritó Emerson— ¡Qué cosa tan escandalosa! Usted, un colega de profesión, asistiendo e instigando…

—No fue culpa suya —exclamó la joven, blandiendo su sombrilla—. Hizo lo que pudo por advertirme.

—Bueno, bueno —dijo Emerson, con asombroso buen humor—. Creo que lo entiendo. ¿Supongo que el lunático consiguió escapar?

La joven lo miró ceñuda. Su compañero dijo tímidamente:

—No vi a esa persona, Profesor. Había mucha niebla.

—Emerson —murmuré—, ese hombre alto que viene hacia la casa parece ser un agente de policía.

La aseveración no habría tenido efecto en Emerson, pero el joven señor Wilson divisó la forma acercándose, su abrigo encerado refulgía de humedad a la luz de la lámpara, y con una exclamación amortiguada, apartó a la señorita. Emerson saludó alegremente con las manos al agente de policía, quien se había detenido en la cancela para examinarnos con curiosidad, y entramos en la casa.

Toda la familia se había reunido en el vestíbulo. Evelyn se lanzó hacia a mí.

—Amelia, estás calada hasta los huesos. ¿No sería mejor que te cambiaras la ropa mojada de inmediato?

—Por supuesto —contesté, entregando mi parasol y mi manto al mayordomo—. Espero no llegar tarde para el té. Una taza de esa agradable bebida me vendría de perlas.

—¿No preferirías un whisky con soda? —Preguntó mi cuñado,

con los ojos brillantes.

Walter es el más amable de los hombres, siempre parece estar al borde de la risa.

Estuve a punto de rehusar, cuando me di cuenta de que podría haber un aroma alrededor de mi persona del último whisky que había bebido; y que Emerson, en el transcurso de nuestros rituales habituales de antes de la cena, seguro que detectaría su aroma, lo que conduciría a unas preguntas que prefería evitar.

—Qué idea tan espléndida —dije—. Me llevaré conmigo un vaso arriba, es un remedio extraordinario para prevenir un resfriado.

Una vez que hubimos alcanzado la privacidad de nuestras habitaciones, logré tomar un sorbo del whisky antes de que Emerson procediera a hacer lo que yo había esperado que hiciera.

—Al menos espera hasta que me quite el vestido mojado —sugerí—. Tú tendrás que cambiarte también, tu camisa ya está muy…

—Humm —dijo Emerson, una articulación más precisa estaba en ese momento más allá de sus capacidades. Con la agilidad que había llegado a esperar y admirar, me ayudó a lograr el cambio sugerido sin interrumpir lo que estaba haciendo más que por unos momentos.

Por mucho como me hubiera gustado continuar, el sonido de la campana de aviso me obligó a recordarle a Emerson que nos esperaban abajo y que un retraso prolongado podría conducir a especulaciones.

—Tonterías —contestó Emerson perezosamente—. Walter y Evelyn nunca especulan, están demasiado bien educados, y si lo hicieran, sólo podrían aprobarlo. Estamos legalmente casados, Peabody, en caso de que el hecho haya resbalado de tu mente, déjame que te refresque la memoria. Así. Y así…

—Oh, Emerson. Ahora, Emerson… ¡Oh, mi querido Emerson!

Desafortunadamente en ese momento oímos un roce en la puerta, y con un comentario vehemente, Emerson escapó hacia el vestidor. Afortunadamente era Rose, no una de las sirvientas poco familiarizadas con nuestros hábitos; ella había aprendido por dolorosa experiencia (dolorosa en particular para el pobre Emerson), a no entrar nunca en una habitación sin dar a conocer su presencia.

—La campana de aviso ha sonado, señora —murmuró, a través de una discreta y angosta apertura en la puerta.

—La he oído. Vuelve en diez minutos, Rose.

La puerta se cerró. Emerson emergió del vestidor. Se había puesto los pantalones pero no la camisa, y la vista de su cuerpo bronceado y musculoso despertó las más notables sensaciones y me hicieron desear ardientemente estar de nuevo en casa, en Kent, donde el cocinero estaba bastante acostumbrado a aplazar la cena una media hora adicional con poco tiempo de aviso.

Sin embargo, la interrupción le había hecho recordar sus quejas y no tardó en mencionarlas.

—¿Cómo te atreves a salir de esta casa sin decírselo a alguien? —Exigió—. ¿Cómo te atreves a vagar por las calles de esta ciudad sola, sin protección…

—Tenía una misión —contesté serenamente—. Tu camisa de vestir está allí, Emerson, sobre la silla.

—Odio vestirme para cenar —gruñó Emerson— ¿Por qué debo hacerlo? Walter y Evelyn…

—Es la costumbre. No importa, mi amor, pronto estaremos en casa y entonces podrás ser tan grosero como quieras.

—Nunca será demasiado pronto —me aseguró Emerson—. No hemos estado en la ciudad ni un día y ya has sido seguida por lunáticos vestidos con camisones. ¿Cómo diablos nos encontró? ¿Le mandaste un telegrama?

—Supongo que estás bromeando, Emerson. Los periódicos han informado de nuestras actividades con considerable detalle. Además, nuestros nombres estaban en la lista de pasajeros; alguien que quisiera saber la hora de nuestra llegada, podría haberla encontrado en las oficinas de la compañía del buque de vapor.

—Eso explicaría lo de la señorita —admitió Emerson—. Qué cosa tan extraordinaria, Peabody.

—¿Que una mujer sea periodista? Inusual, ciertamente; recomendable, indudablemente. Por mucho que me desagrade la profesión, calienta mi corazón ver a mis hermanas aventurarse…

—No me has comprendido. Lo que era tan extraordinario es el parecido.

—¿Con quién, Emerson?

—Contigo, Peabody. ¿No lo observaste?

—Tonterías —contesté, quitándome los alfileres del pelo—. No había ni el más leve parecido.

—¿Estás segura de que no tienes una hermana?

—Muy segura. No seas absurdo, Emerson.

La reaparición de Rose finalizó la discusión. Emerson una vez más se retiró a su vestidor mientras Rose me abotonaba el vestido e intentaba hacer algo con mi cabello revuelto. Emerson no había cerrado la puerta y podía oírlo refunfuñar consigo mismo. Cuando salió estaba vestido de etiqueta, excepto por sus alfileres y gemelos, que nunca puede localizar. Todavía murmurando por lo bajo, empezó a revolver mis artículos de tocador en su búsqueda de los artículos perdidos.

Rose los encontró en el cajón de arriba de la cómoda, donde debían estar, y se acercó a Emerson.

—Si me lo permite, señor…

—Oh. Gracias, Rose. ¿Acertaste a ver a la señorita que estaba antes en la cancela?

—No, señor. No pierdo el tiempo asomándome a las ventanas cuando tengo tareas que hacer.

—Un parecido asombroso con la señora Emerson —dijo mi marido, levantando la barbilla en respuesta a un pinchazo bastante afilado de Rose.

—¿En serio, señor?

Sus respuestas breves y frías no eran normales, pues Rose estaba normalmente en los mejores términos con ambos y a menudo condescendía a intercambiar una pizca de murmuración local o una broma amistosa mientras me ayudaba a vestirme. Volviéndome para mirarla, observé que estaba sometiendo a Emerson a una especie de pequeña tortura, aguijoneándolo y pinchándolo mientras insertaba los alfileres.

—¿Dónde está Ramsés? —inquirí—. No estaba en el vestíbulo y normalmente es el primero en aparecer en escena cuando está ocurriendo algo.

Una fuerte y más bien húmeda inhalación de Rosa fue la única respuesta que obtuve por esa parte. Emerson frunció el ceño.

—Ramsés está castigado. Debe permanecer en su cuarto hasta que le dé permiso para salir. Deberías regresar con él, Rose; no confío en él para… ¡Ay!

La exclamación fue provocada al dar Rose a su muñeca una maliciosa torsión, mientras insertaba el gemelo.

—Sí, señor —replicó. Dando media vuelta como un militar en un desfile, se marchó del cuarto.

—Has ofendido a Rose —dije.

—Siempre se pone de parte de él —gruñó Emerson— ¿Has visto lo que ha hecho, Peabody? Me ha clavado las uñas en la mano…

—Te aseguro que fue un accidente, Emerson. Rose no sería tan infantil. ¿Por qué está Ramsés castigado?

—Mira allí —dijo Emerson, señalando el montón de papeles sobre la mesa.

Era el manuscrito de *La Historia del Antiguo Egipto*; lo había visto antes y tuve el placer de ver evidencias de laboriosidad, pero los subsiguientes acontecimientos me habían distraído e impedido mirar atentamente. Ahora avancé hasta el escritorio y levanté la página superior. Estaba cubierta de enmiendas apretadamente escritas, correcciones y revisiones; estaba a punto de felicitar a Emerson por su laboriosidad cuando me percaté de que no era su letra. Sabía de quién era esa letra.

—Oh no —murmuré—. Seguramente él no habrá… Bueno, en este punto al menos está en lo cierto; la fecha del comienzo de la Cuarta Dinastía…

Emerson se dio una palmada en la frente.

—¿*Et tu*, Peabody [1]? Ya es bastante malo que haya alimentado a una víbora en mi casa, pero otra en mi propio pecho…

—Oh, Emerson, no seas tan teatral. Si Ramsés ha tenido la audacia de revisar tu manuscrito…

—¿Revisar? ¡El pequeño bribón prácticamente lo ha reescrito! ¡Ha corregido mis fechas, mis análisis de los acontecimientos históricos, mis argumentos sobre el origen de la momificación!

—Y tu sintaxis —dije, incapaz de reprimir una sonrisa—. Realmente, las nociones de gramática inglesa de Ramsés son bastante excéntricas. —En vista de que Emerson había enrojecido como un pavo, borré la sonrisa y dije seriamente—: Es demasiado malo incluso para Ramsés, querido. Hablaré muy seriamente con él.

—Eso parece un castigo inadecuado para el crimen.

—¿Tú… no lo habrás golpeado, Emerson?

Emerson me dedicó una mirada de gélida amonestación.

—Conoces mis puntos de vista sobre el castigo corporal, Amelia. Nunca he golpeado a un niño o a una mujer… y nunca lo haré. Aunque estuve tan cerca, esta tarde, como nunca esperé estar.

Estaba de acuerdo con Emerson en oponerme al castigo corporal, aunque no por las mismas razones; las de él eran éticas e idealistas, las mías eran puramente prácticas. Una paliza me habría lastimado más a mí de lo que lastimaría a Ramsés, puesto que él tenía unos huesos sumamente puntiagudos y duros, y una alta tolerancia al dolor.

Sentí lástima de mi pobre Emerson. Había tenido un día totalmente infernal y ver a mi hermano James, aún más horriblemente corpulento con toda la parafernalia de su traje de noche, no mejoró su humor. James parecía ansioso por complacer, se reía sin moderación de los comentarios de Emerson, hasta de aquellos que no estaban destinados a ser graciosos, y brindó extravagantes elogios a mi vestido, a mi aspecto en general y a mis cualidades como madre. Mientras la cena avanzaba, comencé a imaginarme alguna noción de su objetivo real, pero la idea parecía tan increíble que a duras penas le di crédito.

No fue hasta después de la cena que fue al grano. Siguió esperando a que las damas se retiraran y por fin, Evelyn se sintió obligada a explicar.

—Amelia cree, querido señor Peabody, que esa costumbre es arcaica y un insulto al sexo femenino.

—¿Un insulto? —James me contempló.

—Normalmente los caballeros guardan la conversación inteligente… si son capaces de hacerla… hasta el momento del oporto y de los puros —dije—. A mí misma me gusta una pizca de oporto, me agrada la conversación inteligente y no tengo objeción alguna al aroma de un buen puro.

—Ah —dijo James, viéndose aturdido.

—Por lo general hablamos de cuestiones egiptológicas —proseguí—. Si encuentras el tema aburrido, James, puedes retirarte al salón.

Evelyn se veía como si pensara que yo había ido demasiado lejos, pero James decidió tomarlo como una broma… lo cual no era. Con una carcajada fuerte, se inclinó sobre la mesa y me dio golpecitos en la mano.

—Querida Amelia. No has cambiado a como eras de niña. Recuerdas la vez…

Allí se atascó, probablemente porque no podía recordar ningún recuerdo tierno de nuestra infancia. Con seguridad yo no tenía ninguno que lo incluyera. Renunciando a este acercamiento, probó otro.

—Papá siempre decía que tenías la mejor cabeza del lote —dijo él—. Y tenía razón. Pase el oporto, por favor, Walter mi muchacho. Cuán bien lo has hecho por ti misma, ¿eh?

—Tengo un excelente abogado para aconsejarme sobre mis inversiones —contesté con calma.

Emerson había estado estudiándolo con el tenue desagrado de un anatomista que se enfrenta a un órgano nuevo y desagradable; en ese momento se encogió de hombros y se volvió hacia Walter, continuando una discusión sobre el Diccionario de Berlín que habían empezado antes. Esto le convenía a James, se dirigió a mí en tono confidencial mientras se servía el oporto.

—Lamento no tener tu sentido común, hermanita. No es que me falte. No. No es mi culpa que los malditos barcos fueran condenadamente innavegables. Demasiadas cargas pérdidas…

—¿Intentas decirme que te encuentras en dificultades financieras, James? —Pregunté—. Si estás esperando dinero, no lo conseguirás.

—No, no. No. No digo dificultades. Puedo recuperarme. —Se puso un dedo gordo junto a su nariz y guiñó—. Confidencialmente. Tengo grandes perspectivas. Lo único es…

—No, James. Ni un penique.

James parpadeó.

—No quiero dinero —dijo él con voz herida—. No lo tomaría de ti si me lo ofrecieras. Quiero tu amoroso corazón de madre para los infor… tunados y pobres niños…

—¿De quién? —Pregunté con curiosidad.

—Los míos. ¿Por quién más rogaría?

—Por nadie, James. La misma idea de que demuestres una compasión desinteresada va más allá de mi imaginación. ¿Pero por qué los tuyos necesitan cuidados maternales? ¿Según creo tienes esposa? Al menos tenías una…. ¿Qué has hecho con… con…?

No podía recordar su nombre, y al principio creí que James

tampoco podía recordarlo. Ella era la clase de mujer que uno anhela olvidar… corpulenta y de rostro macizo, con una mente tan estrecha e inflexible como sus labios delgados.

—Lizabeth —dijo James—. Sí, ese es su nombre. Pobre Lizabeth. Sufre de una dolencia nerviosa. El doctor ha prescrito… un ciclo de tratamientos… las aguas… esa clase de cosas. Necesita completa tranquilidad, descanso, viajar. Nada de chiquillos. En cuanto a mí, me marcho al Este. A la India. Es ése asunto personal del cual te hablé. Regresaré como un hombre rico, ¡graba mis palabras! Así que ya ves, querida hermana, por qué me expongo a tu piedad… no para mí, sino para mis pobres niños huérfanos. ¿Cuidarás de ellos, Amelia? Sólo durante el verano. Estaré en casa dentro de tres meses, y Emily… eh… Elizabeth… estará de de vuelta para entonces. Seis semanas, dijo el doctor. ¿Lo harás, Amelia? ¿Por… los viejos tiempos?

—Realmente, James, qué petición tan extraordinaria —exclamé —. ¿Y su educación? Supongo que Percy asiste a un internado.

—Tutor —dijo James—. Ninguna escuela para Percy. No le hará daño estar sin lecciones por un tiempo. No estoy de acuerdo con toda esa educación. Mi hijo será un caballero, por Dios. Un caballero no necesita ser educado.

Emerson se rió entre dientes.

—Tiene razón sobre eso, por lo menos.

Evelyn ya había sido convencida. Es una querida muchacha, y la mejor amiga que tengo en todo el mundo, pero la dulzura desesperada de su naturaleza la hace susceptible a cualquier bribón con mucha labia, y cuando la petición se refería a niños, a quienes ella idolatra (su cariño por Ramsés es indicación suficiente de su falta de discriminación en ese área), carece desesperadamente de sentido crítico. Las lágrimas relucían en sus ojos; juntando las manos, exclamó:

—Oh, Amelia, claro que dirás que sí. ¿Cómo podrías negarte? Los pobres, queridos niños…

Para ser justa conmigo misma me siento obligada a explicarle al lector por qué no respondí con la efusividad resuelta que los lazos de sangre y el afecto familiar podrían exigir. La sangre es una cosa, el afecto totalmente otra. El primero no tiene reclamo en mí. Nunca he creído que el accidente del nacimiento incurra en cualquier

obligación para las partes involucradas, ni siquiera entre padres e hijos una vez que el período de dependencia ha pasado y el vástago adulto, habiendo sido dotado con cada ventaja de salud y educación, es capaz ella o él de mantenerse por sí mismo. El afecto, al contrario que la sangre, debe ser ganado. Por aquellos que tienen mi afecto yo daría mi vida, mi sagrado honor y todos mis bienes mundanos… y doy por supuesto que ellos harían lo mismo por mí.

Nunca hubo afecto entre mis hermanos y yo. Todos eran mayores que yo, James, el mayor de ellos, me llevaba siete años. Los demás me ignoraron totalmente, pero James fue en todas las etapas de mi infancia no mi defensor y guardián, como los cuentos sentimentales sugieren, sino mi atormentador y mi peor pesadilla. Secuestraba mis muñecas y las retenía por un rescate, rescate que consistía en los pocos chelines que yo reunía de parientes con ocasión de cumpleaños y Navidad. Cuando mis recursos pecuniarios escaseaban, desmembraba y desfiguraba a las rehenes. Siempre me pellizcaba y pinchaba en sitios públicos, cuando protestaba era culpada por crear alboroto. El día más feliz de mi juventud fue el día que James fue enviado a la escuela.

A su debido tiempo mis hermanos se marcharon para seguir sus carreras y formar sus familias, abandonándome para cuidar de papá. Entre su vaguedad y la crueldad e indiferencia de mis hermanos, había aprendido a no tener una buena opinión de los hombres, así que fui tachada como una solterona amargada con poca esperanza de lograr un matrimonio ventajoso.

La venganza es dulce, dice un viejo adagio. La venganza es indigna de una mujer cristiana, dicen las Escrituras. En este caso las Escrituras se equivocan. ¡Cómo me deleité ante la furia de mis queridos hermanos cuando se descubrió que papá me había dejado toda su cuantiosa fortuna! James había intentado llevar el caso ante la ley, afirmando que yo había ejercido una influencia excesiva sobre nuestro indefenso y anciano padre. Gracias al señor Fletcher, el excelente hombre de negocios de papá —y a mi propio y excelente carácter— este intento fue en vano, pero a duras penas puede suponerse que eso me granjeó las simpatías de mi hermano. Había efectuado una especie de torpe acercamiento y arreglo; James había asistido a mis nupcias, aunque su expresión, mientras contemplaba como sus últimas esperanzas de heredar algún día mi

dinero se desvanecían en las llamas del afecto marital, era más apropiada para un entierro que para una boda. Sólo nos habíamos encontrado una vez desde entonces, en un funeral, apropiadamente concurrido, el de mi hermano Henry, que había sucumbido a un desorden digestivo. (El rumor que sus cariñosas cuñadas susurraban decía que había sido envenenado por su sufrida esposa, lo cual era probablemente falso, aunque con seguridad yo no la hubiera culpado si lo hubiera hecho).

Estos conmovedores recuerdos pasaron por mi mente en mucho menos tiempo de lo que toma escribirlos, pero cuando volví en mí noté que la conversación había cesado y que todos los ojos estaban sobre mí, incluyendo los de mi querido Emerson. Indudablemente había oído la petición de James, pero en vez del comentario enérgico que había esperado, permaneció silencioso con una expresión excepcionalmente enigmática, no me dio ninguna pista sobre sus sentimientos.

James había rodeado el tallo de la copa con sus dedos regordetes y se inclinaba hacia adelante, con los codos plantados toscamente sobre la mesa. La transpiración veteaba sus mejillas rubicundas, sus labios gruesos flaquearon, trasmitiendo no tanto la petición que deseaba como su mal humor habitual.

—Mi hermana más querida y amable —comenzó.

Me volví desde él hacia Emerson. ¡Qué diferencia… qué divino contraste! Los labios firmes, bien modelados, las magras mejillas bronceadas y los penetrantes ojos azules, los ondulados rizos negros que coronaban su cabeza, la prominente barbilla con su hoyuelo pronunciado (o hendidura, como Emerson prefiere llamarlo cuando se refiere a ello, algo que no hace a menudo). Un suave aunque electrizante calor penetró mis miembros. Lo reprimí… por el momento.

—Debo consultar a mi marido —dije—. Semejante decisión no puede ser tomada sin su consejo y acuerdo.

Los ojos de Emerson se abrieron de par en par, luego se estrecharon con diversión mal contenida.

—Justo lo que esperaba que dirías, Peabody. Nunca actuamos en asuntos importantes sin consultarnos, ¿verdad?

—Ciertamente, no, Emerson. Te haremos conocer nuestra decisión después de que hayamos hablado de la situación, James.

Pero James, siendo un hombre, no tuvo el sentido de marcharse en paz. Tambaleándose en los costados de su silla, extendió las manos en suplica, tirando su copa en el proceso y se dirigió hacia Emerson.

—Radcliffe… querido hermano… me alegra ver que mandas en tu propia casa. Excelente mujer, mi hermana… aunque mandona. ¿Se lo dirás, eh? Dile… el deber de la mujer… madre… callejeando por el mundo… pobres niños…

—Por Dios —dijo Emerson—. Realmente creo que estamos obligados, Peabody, aunque sea por el bien de los desafortunados vástagos de este tipo asqueroso. ¿Cómo llegaste a tener semejante familiar?

Con la ayuda de dos de los lacayos más fuertes, James fue persuadido de que se retirara a su cama, algo mucho más fácil ya que sentía, incluso en su condición ebria, que había ganado su caso. El argumento de Emerson tuvo un fuerte efecto sobre mí, y las súplicas de Evelyn no podían dejarme indiferente, en particular cuando temía que pudiera ser lo bastante tonta como para ofrecerse a cuidar de los niños ella misma. Walter fue el único que expresó una objeción. Con su afable y suave voz, comentó:

—Ramsés debería ser considerado, ¿no creéis? Él no es exactamente… sus hábitos son… él puede que no…

—Desembucha, Walter, y no tartamudees —contestó Emerson, frunciendo el ceño—. Si insinúas que Ramsés no es el compañero más conveniente para niños educados, tiene razón. Si sugieres que pidamos la opinión de Ramsés, te informo que estás fuera de lugar. Él ha sido horriblemente mimado.

Con una sonrisa y un encogimiento de hombros, Walter abandonó el asunto, pero más tarde, cuando nos retiramos a nuestra habitación, lo mencioné otra vez.

—Emerson, siento que debo preguntarte esto. Deseo cuidar a los niños, pero no puedo entender tu buena voluntad para alojar a James. ¿Estás seguro que no haces esto para vengarte de Ramsés por rescribir tu libro?

—Nunca he oído una acusación tan escandalosa en mi vida —exclamó Emerson—. ¿Vengarme de Ramsés? ¿Puedes asumir que yo me inclinaría a vengarme de un niño pequeño? ¿De mi propio niño pequeño? Mi único heredero, el puntal de mi vejez, el…

—Eso pensaba —dije—. ¿Iremos y le daremos las buenas noches al muchacho?

—Estará dormido —dijo Emerson.

—No, no lo estará.

Y por supuesto no lo estaba. El cuarto estaba oscuro salvo por una lámpara suavemente encendida. Propio de la tierna madre que era, Evelyn creía en las luces nocturnas para los niños pequeños, no fuera que aprendieran a temer la oscuridad. Ramsés no tenía miedo a la oscuridad o algo más de lo que hubiera sido capaz de descubrir, sino que aprovechaba la luz para leer en la cama. Tan pronto como entramos dejó caer el pesado tomo que había estado leyendo detenidamente y se sentó.

—Buenas noches, mamá, buenas noches, papá. Temía que el resentimiento tan bien justificado de papá pudiera impediros venir para darme las buenas noches, estoy contento de comprobar que estaba equivocado. Aunque intentaba distraerme con este último volumen del señor Wallis Budge, ni siquiera sus absurdas declaraciones sobre del proceso de momificación podían calmar totalmente mi…

—No deberías leer con esta exigua luz, Ramsés. —Me senté a un lado de su cama y le quité el libro—. Deberías estar dormido, o haciendo acto de conciencia. El resentimiento de papá está bien fundado. Le debes una disculpa.

—Ya he pedido perdón —contestó Ramsés—. Varias veces. Pero, mamá…

—Ningún pero, Ramsés.

—Creía que ayudaba a papá. Sabiendo lo ocupado que está y que la Editorial de la Universidad de Oxford le ha exigido varias veces el manuscrito, y escuchando tus comentarios frecuentes a papá sobre el tema de completar el libro…

—¡Por Dios! —Me puse en pie de un salto. Había estado compadeciendo a Ramsés, bajo la suave luz parecía casi un niño ordinario, con su pequeña cara sobria y sus rizos negros cayendo sobre su frente infantil. ¡Como el pequeño desgraciado que era me culpaba a *mí* de su acción!—. Mejor que admitas tu falta y prometas que nunca lo harás otra vez —dije con severidad—. Nunca debes tocar un manuscrito de tu padre otra vez, Ramsés. ¿Lo entiendes?

—Ni siquiera para rescatarlo en la eventualidad de un incendio,

o que uno de los perros intente destrozarlo, o…

Golpeé el suelo con mi pie. Lamento decir que Ramsés a menudo me conducía a ese extremo infantil.

—Suficiente, Ramsés. Sabes lo que quiero decir. No debes escribir en el manuscrito de tu padre, enmendarlo, corregirlo, o cambiarlo de ningún modo.

—Ah —dijo Ramsés pensativamente—. Ahora que has aclarado su sentido, mamá, ciertamente obedeceré tu orden.

—Bien. —Me di la vuelta para irme. Una pequeña voz detrás de mí dijo—: ¿No me darás el beso de buenas noches, mamá?

La forma rígida de Emerson, con los brazos doblados y la frente fruncida, se tambaleó visiblemente.

—¿No deseas que papá te bese también, mi muchacho?

—Eso me complacería más de lo que puedo expresar, papá. No me había aventurado a pedírtelo porque creí que tu cólera…tu bien merecida cólera… podría inspirar una respuesta negativa que me habría herido vivamente. Debí haber esperado que tú demostrarías la calidad de perdón que señala un carácter noble y que es, según el Corán…

En este punto me incliné sobre Ramsés y le di el beso que había pedido, aunque estoy obligada a admitir que me moví tanto por el deseo de detener su cháchara como por el afecto. Emerson me sucedió, su abrazo fue tan tierno como el que cualquier padre podría proveer y después de que dejáramos presurosos el cuarto para impedir que Ramsés comenzara otro monólogo, le dije:

—No le has contado a Ramsés sobre los niños.

—Hay tiempo suficiente para eso mañana —gruñó Emerson, abriendo la puerta de nuestra habitación y retrocediendo para cederme el paso. Se veía bastante avergonzado. Había esperado que lo estuviera, Emerson es un devoto de Ramsés y por lo general se arrepiente de sus palabras ásperas tan pronto como las pronuncia.

—Quizás no deberíamos aceptarlos, Emerson.

—No he cambiado de opinión, Peabody. Ramsés es un buen chico… a su manera… estoy seguro de que realmente trataba de ser servicial, y quizás yo fui algo brusco. Pero él es… a veces es… Es algo *raro*, Peabody, ¿no crees? Ha estado demasiado tiempo en compañía de adultos. Le hará bien participar en los juegos inocentes de chiquillos ordinarios. Críquet y… eh… esa clase de cosas.

—¿Alguna vez has jugado al críquet, Emerson?

—¿Yo? ¡Por Dios, no! ¿Puedes imaginarme perdiendo mi tiempo con probablemente la actividad más infernalmente ilógica e inútil jamás concebida por el cerebro humano?

Y cuando lo puso bajo esa luz, tuve que admitir que no podía.

Capítulo 4

No suponga, estimado Lector, que había olvidado o descartado los interesantes sucesos de la tarde, sobre todo el aspecto de la misteriosa aparición. Sin embargo, no fue sino hasta la mañana posterior a estos acontecimientos, que pude devolver mi atención a la consideración de su significado.

Generalmente me despierto antes que Emerson. Algunas veces me aprovecho del interludio para escribir cartas y componer artículos para publicaciones arqueológicas, más a menudo yazgo silenciosamente en la cama, planeando mis actividades para el día. Me atrevería a decir que mis procesos mentales son asistidos por la presencia de Emerson a mi lado, los vigorosos sonidos de su respiración, la solidez y calor de su persona me recuerdan que en muchos aspectos estoy entre las más afortunadas de las mujeres.

Si la memoria no me falla (lo cual rara vez sucede), esa mañana mis pensamientos corrían a lo largo de las siguientes líneas.

La imitación no es desconocida en los anales del crimen. Ciertamente, un criminal inteligente bien podría aprovecharse de una serie de asesinatos o robos insertando (como quien dice) un simple esfuerzo suyo, similar en el método y la apariencia, disfrazando de ese modo su verdadero motivo. Era posible que un segundo lunático, demasiado limitado en imaginación como para inventar su propia excentricidad, hubiera imitado al sacerdote *sem* original. Sin embargo, eso no parecía probable. No tenía dudas de que la aparición que había visto era la misma que rondaba las salas del Museo Británico. Él podría estar loco, pero no carecía de inteligencia. Al igual que la mayoría de los demás habitantes de Londres, pudo haber averiguado fácilmente dónde estábamos y cuándo era probable que llegáramos. Y no era de extrañar que tuviera curiosidad acerca de nosotros, la prensa había dado a

entender que estábamos a punto de ser consultados por el Museo. Pero por mucho que me gustaría haber esperado convertirme en objeto de interés para un maníaco homicida, esa premisa no resistió por la simple razón de que no se había cometido ningún homicidio. Emerson había tenido razón todo el tiempo y yo… también había estado en lo correcto, ya que nunca había creído que la momia maligna fuera nada más que un invento periodístico. El lunático no tenía planes asesinos para nosotros, ni siquiera disparó un revólver en nuestra dirección.

Había cumplido esta etapa en mis meditaciones y luchaba para controlar la desilusión y disgusto que mis conclusiones provocaban, cuando la puerta se abrió y Rose asomó su cabeza.

—Silencio —siseé—. El profesor todavía está dormido

—¿De verdad, señora? —Su voz no fue baja, De hecho, era un poco fuerte—. Vengo a preguntar si el señor Ramsés puede salir de su habitación.

—No lo sé, Rose. El profesor lo confinó en su cuarto, es decisión suya cuándo puede salir de él.

—Sí, señora. —La voz de Rose se convirtió en un grito bien educado—. ¿Puedo preguntar…?

—No, no puedes. No quiero que despiertes al profesor.

—Por supuesto, señora. Gracias, señora.

Dio un portazo. Emerson se agitó con irritación.

—Siempre se pone de parte de Ramsés —masculló y tiró de la sábana sobre su cabeza.

Era evidente que estaba despierto y obviamente de mal humor. No tendría ningún sentido quedarse, puesto que no estaba del talante apropiado como para seguir el curso de acción que a menudo se recomendaba a sí mismo, en las ocasiones en que las condiciones eran propicias. Por consiguiente me levanté, me vestí (pensando que no era prudente solicitar la asistencia de Rose) y bajé la escalera.

Quería sacar a Emerson fuera de Londres lo antes posible, con el fin de poder traerlo de vuelta a Londres aún más rápido. Aunque Egipto es mi casa espiritual y una buena tumba ordenada es mi habitación favorita, le tengo mucho cariño a nuestra casa en Kent. Es una modesta casa de campo (ocho dormitorios principales, cuatro salones principales y los despachos de costumbre) construida

en ladrillo rojo oscuro que data de la época de la reina Ana. El parque que la rodea y las tierras agrícolas comprenden cien hectáreas. Compramos la hacienda después del nacimiento de Ramsés y la habíamos renombrado Amarna Manor en recuerdo del escenario de nuestro cortejo; vivíamos allí durante todo el año mientras Emerson ocupaba su cargo en la Universidad. Era siempre un placer regresar, pero no esperaba pasar mucho tiempo allí este verano. No, el Londres nebuloso, lúgubre y sucio nos retendría al menos hasta que Emerson terminase su libro. Cuanto más pronto se pusiera a ello (como frecuentemente había comentado), más pronto podríamos volver a los campos de verde suave y la paz soñolienta de nuestra casa (inglesa).

Había completado la mayoría de los planes para partir al día siguiente cuando Emerson hizo su aparición. Estaba acompañado por Ramsés, por las sonrisas que coronaban ambas caras, incluso el semblante saturnino de mi hijo, era obvio que habían hecho las paces.

Pero no fue de su padre de quien Ramsés supo de la llegada inminente de sus primos. No, obtuvo esa información y un doloroso pellizco en su delgada mejilla, de James.

—¿No estará eso bien, joven? —resolló él—. Es hora de que tengas algunos niños de tu edad con quienes jugar. Mi niño Percy es un buen chico, ayudará a poner algo de color en esas pálidas mejillas y a endurecer esos músculos.

Ramsés resistió el apretón y aguijonazo en su brazo con más ecuanimidad de la que yo habría esperado.

—¿Qué edad tienen mis primos, tío James, y cuál es su número? Me veo forzado a confesar que apenas he estado emocionado por el pensamiento de ellos, y estoy mal informado.

—Cállate, Ramsés —dije—. ¿Cómo puede tu tío contestar a tu pregunta si sigues hablando?

—Esto, Humm —dijo James—. Déjame ver. Son dos, Percy y la pequeña Violet. La llamo "pequeña" Violet porque ella es la chica preciosa de su papá. ¿Sus edades? Déjame ver… Percy tiene nueve años de edad, creo. O quizá diez. Sí. Y la querida pequeña Violet tiene, eh…

El labio curvado de Emerson traicionó su opinión sobre un hombre que no podía recordar la edad de su preciosa niña, o de su

heredero, pero no dijo nada, nunca se dirigió a James directamente en todo el tiempo.

Ramsés se levantó de su silla.

—Les ruego que me excusen. He acabado el desayuno y debo llevar algo a Bastet. Se está comportando de manera bastante extraña esta mañana, quizá, mamá, le podrías echar un vistazo, pues no querría…

—Iré dentro de poco, Ramsés.

Después de que se fuera, James sacudió la cabeza.

—Nunca he oído a un niño hablar así en mi vida. Pero mi Percy pronto pondrá al pequeño en forma. Es un niño normal, mi Percy. Ejercicio saludable al aire libre, eso es lo que necesita, contrarrestar esa desgraciada tendencia familiar hacia la tisis. ¿Verdad, Amelia?

Volvió a engullir el desayuno y lo miré con silencioso desprecio. Nunca ha habido ninguna tendencia hacia la tisis en mi familia. James sólo lo había mencionado para insinuar que nos estaba haciendo un favor, en lugar de al revés.

Después de comer todo lo que había sobre la mesa, James se marchó, lo cual fue un alivio para todos los interesados. Me había informado que nos traería a los niños a finales de la semana. Mientras subía al coche de alquiler que iba a llevarlo a la estación del ferrocarril, sonreía burlonamente de un modo que planteó serias dudas en mi mente en cuanto a la sabiduría de mi decisión. Sin embargo, el dado estaba lanzado y Amelia Peabody Emerson no es una mujer que no arrima el hombro o que abandona una tarea cuando ésta ha comenzado.

Con la marcha de James, el humor de Emerson mejoró, pero desafortunadamente se vio negativamente afectado por el diario de la mañana, el cual contenía una historia de la señorita Minton acerca de su encuentro con nosotros la noche anterior. La señorita tenía un estilo de escritura muy enérgico y entretenido, pero la exactitud de su información dejaba mucho que desear. La aparición no había farfullado, hecho cabriolas y gestos amenazadores obscenos; Emerson no se arremangó las mangas y lo desafió a un intercambio de golpes, y ciertamente yo no me había desmayado por el terror mientras él me atraía hacia la casa. (Mis movimientos pudieron haber sido algo desiguales, pero sólo porque Emerson me arrastraba).

Después de ensuciar el salón con los fragmentos del diario y saltar sobre ellos, Emerson se sintió más él mismo. Después nos dispusimos a discutir nuestros arreglos para los meses de verano. Walter y Evelyn reiteraron su amable oferta de Chalfont House y acepté con la adecuada expresión de agradecimiento. Emerson puso cara larga. Apunté una patada admonitoria a su espinilla, la cual evitó, habiéndose acostumbrado demasiado a los pequeños recordatorios de esa naturaleza; pero afortunadamente no requirió el recordatorio. El propio buen corazón de Emerson, una cualidad por la que recibe mucho menos crédito del que se merece, conquistó su bilis y se expresó con adecuada gratitud.

Ciertamente, Chalfont House no es la residencia más confortable para gente sencilla como nosotros, que despreciamos la ostentación por su propio bien y preferimos la comodidad doméstica. "La catacumba maldita" (apelativo divertido de Emerson) se asemeja más a un museo que a una residencia; contiene más de cincuenta cuartos y no las suficientes ventanas. Es una de las casas más antiguas de la plaza, habiendo sido construida a principios del siglo XVIII, fue extensamente remodelada en los inicios de 1860 por el abuelo de Evelyn, en un (vano) esfuerzo por mantener el mismo ritmo que los Rothschild. La gran escalera estaba inspirada por una del Palazzo Braschi en Roma, el salón de baile debía su diseño al Palacio de Versalles y la sala de billar tenía un techo abovedado y las paredes cubiertas de seda china. En un aspecto al menos, los posteriores residentes podrían estar agradecidos al viejo caballero y al señor Rothschild. Cada dormitorio poseía un baño adjunto.

Fue Walter quien sugirió que pasáramos la tarde en el Museo Británico. Si la idea hubiera procedido de mí, Emerson se habría opuesto a ella; pero viniendo de Walter sólo ocasionó un afable gruñido.

—Confío que no estés planeando invitarnos a una visita a la célebre momia, Walter. Sabes que aborrecemos esa clase de sensacionalismo.

Walter miró a su esposa, que sonreía para sí misma sobre algún tierno pensamiento privado.

—Mi estimado Radcliffe, nada podría estar más lejos de mi mente. Aunque confieso que tengo bastante curiosidad. No tengo tu frío distanciamiento científico.

—Bah —dijo Emerson.

—Hay un papiro que quiero examinar —continuó Walter—. Sabes que he estado trabajando en mi traducción del Texto Mágico Leyden. Unas pocas construcciones me dejan perplejo. Espero encontrar paralelismos en B.M. 29465.

—Oh, siendo así, gustosamente te acompañaré —contestó Emerson—. También podría anunciar mi llegada y asegurarme de que ese idiota de Budge no le haya dado mi estudio a alguien más. Si puedes llamar a un cubículo sin ventanas, que contiene sólo un escritorio y unos pocos estantes para libros, un estudio. Supongo que no querrás venir con nosotros, Peabody.

—No supongas nada de eso, Emerson. Estoy ansiosa por ver como ha exhibido el señor Budge la alfarería que donamos al museo el año pasado.

—Si conozco a Budge, nuestras contribuciones estarán todavía en las cajas de embalaje —se quejó Emerson—. Los celos locos del hombre hacia otros estudiosos, no digo ningún nombre, Peabody, sobrepasan todos los límites.

Ante mi sugerencia, Evelyn rechazó la invitación. Le dije que se tomara un agradable y pequeño descanso al cual ella asintió lo suficientemente dócilmente; pero conociendo su propensión a perder el tiempo con los niños, estuve de acuerdo con la sugerencia de Emerson de que nos llevásemos a Ramsés. Con Ramsés fuera del camino, las oportunidades de descansar de Evelyn se incrementaron considerablemente.

Ramsés estuvo encantado de que se lo pidiéramos. Lo deduje no de su expresión, la cuál era tan suavemente poco informativa como siempre, sino del largo discurso elaborado que hizo, expresando sus sentimientos sobre el tema.

Budge no estaba en su oficina. Atraído por el estrépito que Emerson hizo (“Hola, qué tal, Budge, ¿dónde diablos está?” Y otras expresiones de similar naturaleza), un joven emergió de una puerta cercana. Era la escolta menos-que-entusiasta de la señorita Minton de la noche anterior. Lo reconocí por sus anteojos con montura de oro y su aire de tímida indecisión, pues la niebla, la oscuridad y sus voluminosas prendas de vestir me habían impedido ver mucho más que eso. A la luz del día resultó ser un joven delgado, de altura media, con una cara larga, estrecha, y suaves ojos oscuros.

Nos saludó con un aire de reserva que atribuí a su joven modestia, pero Emerson pronto lo tranquilizó, estrujando su mano y haciendo una pequeña broma acerca de nuestra última reunión. El joven se sonrojó adecuadamente.

—Me disculpo otra vez, Profesor. Fue un muy desafortunado…

—¿Por qué debería disculparse? Usted no es responsable de las acciones de la señorita Minton. ¿Pero quizá le gustaría serlo, eh? Una señorita bien parecida, y muy… esto… fogosa.

Un sonrojo se propagó de las mejillas de Wilson hasta el nacimiento de su pelo y su barbilla. Se ajustó sus anteojos.

—Usted no entiende, Profesor. Yo admiro, respeto… Pero nunca supondría…

—Bien, bien —dijo Emerson, aburriéndose con el tema—. Así que Budge está haciendo novillos, ¿eh? Bien. No tendré que perder el tiempo con él. Regresaré a Londres en una semana, Wilbur, oh sí, Wilson. Asegúrese de que mi estudio esté listo para mí, ¿lo hará? Es el que está en el lado norte, en el extremo.

—Pero ese cuarto ha sido asignado a… —El joven tragó convulsivamente—. Sí, Profesor. Ciertamente. Me encargaré.

Emerson y Walter se marcharon para examinar el papiro y yo llevé a Ramsés (por encima de sus vehementes protestas) a visitar la colección de libros y manuscritos.

—Sé que sólo estás interesado en antigüedades egipcias —le dije —. Pero tu educación general ha estado tristemente descuidada. Es hora de que mejores tu comprensión de la literatura y la historia.

Ramsés, que era pequeño para su edad, apenas podía asomar su nariz (o más pertinentemente, sus ojos) por encima de las vitrinas. Después de haber inspeccionado el folio de Shakespeare y la Biblia de Gutenberg, la Crónica anglosajona y los autógrafos de los reyes y las reinas de Inglaterra, y de haberle dado una breve conferencia sobre ellos, examinamos la bitácora del H.M.S. *Victory*, el buque insignia del valiente Nelson. Me apenó, aunque no me asombró, encontrarme con que Ramsés nunca había oído hablar del valiente Nelson. Se quejó de que tenía un calambre en el cuello, de modo que después de describir la batalla de Trafalgar reconocí que probablemente había absorbido suficiente para un día, y amablemente le permití que me llevara a las galerías egipcias.

Cómo había sabido Ramsés acerca de la momia maligna, no lo

sé. Ciertamente yo había tomado precauciones de no mencionar el tema en su presencia. Sin embargo su manera de adquirir información, particularmente en materias que no eran de su incumbencia, rayaba en lo siniestro. Su audición y su vista eran sobrenaturalmente agudas y aunque él había estado de acuerdo a regañadientes en abandonar la práctica de escuchar a escondidas ("excepto, mamá, en casos cuando otras, más fuertes consideraciones morales, prevalezcan"), Emerson no siempre tenía cuidado en vigilar su lengua.

De todos modos, él había oído hablar de la cuestión y francamente lo admitió cuando le pregunté el porqué pasaba por delante de otras exhibiciones que ordinariamente le habrían interesado y se dirigía directamente hacia la sala donde se exhibían las momias. Tengo que darle crédito en este caso por su sinceridad, en lugar de fingir, como razonablemente podría haberlo hecho, que estaba ansioso por ver las momias porque actualmente investigaba ese aspecto de la egiptología, contestó:

—Según los periódicos, es en este momento del día cuando el individuo disfrazado de sacerdote *sem* a menudo aparece.

—No puedo imaginar por qué estás interesado en las aberraciones de algún pobre lunático, Ramsés.

—Si es un lunático —dijo Ramsés portentosamente.

La misma duda se me había ocurrido así que no podía reprocharle que la sugiriera. Sin embargo no quería discutirla (al menos no con Ramsés), por lo que permanecí en silencio.

La así llamada Sala de Momias siempre era popular entre los visitantes morbosos o de gustos vulgares. Hoy los espectadores se habían aglomerado alrededor de una vitrina en particular y fue inmediatamente evidente que estaba en marcha una representación teatral de algún tipo. Mientras me acercaba vi que el foco de atención no era el sacerdote, sino una mujer envuelta en ondeantes y delgados ropajes de un personaje pre-rafaelista. La reconocí como una médium espiritista, cuyas sesiones de espiritismo estuvieron de moda unos años antes, hasta que un representante de la sociedad de Investigación Psíquica publicó un artículo abrasador sobre sus métodos que eran, según él, aún más torpes que los del ordinario mago de escenario.

Uno apenas podría culpar a la mujer por aprovecharse de este

último estallido de ignorancia pública para avanzar o restaurar su carrera, pero deseé que fuera más inventiva. La actuación era el típico intercambio tedioso de preguntas y respuestas entre las voces del médium y su "control" o "espíritu guía". El guía de madame Blatantowski tenía el fascinante (y lingüísticamente imposible) nombre de Fetet-ra y su voz de barítono tenía un notable parecido con su propio tono ronco. Él parecía estar incitando a que todos los que tuvieran el deseo de ver a la "princesa" devuelta a su tumba enviaran contribuciones a Madame.

La audiencia escuchaba con respetuosa solemnidad o con anchas sonrisas escépticas, dependiendo de su grado de credulidad. Viendo una sonrisa particularmente ancha y escéptica en una cara cercana, me acerqué.

—Creía que no estabas interesado en este tipo de sensacionalismo —comenté.

—Walter me hizo venir —dijo Emerson—. Hola, Ramsés, hijo mío, pon mucha atención, rara vez verás un ejemplo tan notable de locura humana.

Walter me saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa, pero el señor Wilson, que estaba con él, no compartió su diversión.

—Dios mío, Dios mío —baló, como la oveja a la que más bien se parecía—. ¿Qué dirá el señor Budge? Me ordenó desalentar este tipo de cosas…

Walter le dio palmadas en la espalda.

—Anímese, Wilson. Esto atrae visitantes al museo, algunos pueden permanecer mucho tiempo y mejorar sus mentes.

Wilson estrujó sus delgadas manos.

—Usted es amable al decirlo, señor Emerson, señor, y ciertamente presentaré ese argumento al señor Budge, Pero él no… él me ha ordenado…

—Por una vez estoy de acuerdo con Budge —anunció Emerson —. Esto es una pérdida de tiempo. La desdichada mujer no tiene idea de cómo interesar a una audiencia.

—Tus exorcismos son mucho más efectivos —estuve de acuerdo —. Pero, Emerson, pocas personas poseen tus talentos dramáticos.

—Cierto —dijo Emerson—. Supongo que se merece algo por su esfuerzo.

Y antes de pudiera detenerlo, sacó algunas monedas del bolsillo.

Con un lanzamiento hábil las tiró sobre las cabezas de los espectadores, por lo que cayeron, resonando musicalmente sobre el mármol, a los pies de madame.

Eso puso fin a la actuación. Algunos de los observadores se echaron a reír y tiraron más peniques. Otros se lanzaron a recogerlos. Emerson observó con una sonrisa benévola.

—Qué grosero, Emerson —le regañé.

—Mi tolerancia hacia los tontos es limitada —dijo Emerson—. Si ella… ¡Ah! Mira allí, Peabody. El prólogo ha terminado y la obra está a punto de comenzar.

El "sacerdote" había cronometrado bien su entrada. Todos los ojos habían estado concentrados en la médium, ninguno (ciertamente yo no) lo vio acercarse. Fue como si hubiera emergido de uno de los ataúdes antropoides alineados a lo largo de la pared. Permaneció tan quieto como ellos, con los brazos cruzados sobre su pecho. Las caras pintadas de los ataúdes no estaban más inmóviles que la suya

Lo que no era sorprendente ya que llevaba una máscara, no del tipo moderno que sólo cubre la cara, sino una copia hábil de las construcciones de papel maché que a veces eran colocadas sobre las cabezas de las momias. Los rizos moldeados del pelo reproducían con exactitud las pelucas elaboradas de la época del imperio tardío. Los rasgos estaban cuidadosamente modelados, los labios coloreados, las cejas esbozadas en pintura negra. Los ojos eran huecos vacíos.

La piel de leopardo era genuina. No puedo decir por qué ese detalle me debió sorprender. Quizá fue la ferocidad de su pelaje y el contraste de las suaves patas colgantes. Había sido lanzada sobre un hombro y sujetada a fin de que la cabeza cayera sobre el pecho del portador. Bajo ella tenía puesta una larga túnica blanca.

Habría sido una subestimación decir que la extraña figura era impresionante. Los observadores estaban mudos de asombro. Cuando el hombre se movió, se replegaron ante él como habrían hecho los creyentes de antiguos tiempos al paso de un sacerdote o un rey. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, él avanzó hasta que quedó ante la vitrina de la momia.

La señorita Henutmehit tenía bastante gusto en ataúdes. El suyo, en vez de estar recubierto con escenas de dioses y demonios

brillantes y a menudo llamativos, había sido pintado de un dorado suave, lo que llevaba a especular si los ataúdes de los individuos más distinguidos no habrían sido de dicho metal precioso… (Una especulación infelizmente no susceptible a la verificación, ya que no se ha encontrado ningún ataúd real, o probablemente sea la habilidad de los ladrones de tumbas antiguas).

Más relevante, tal vez, era el hecho de que el ataúd pertenecía a una persona de modestos recursos y posición social. No llevaba puesta una corona o *uraeus* ni otra insignia de realeza. La corona de flores que rodeaba su pelo negro estaba adornada con una simple flor de loto.

Después de inclinarse profundamente, el sacerdote quedó inmóvil, mirando fijamente la serena cara de Henutmehit. El cuadro tuvo una cierta efectividad, pero Emerson, quien no se afecta fácilmente, pronto se aburrió. Recurriendo al joven Wilson, dijo ruidosamente:

—Esta representación es aún más tediosa que la última. ¿Por qué no lleva a cabo sus órdenes, Wilbur? Prenda al lunático, quítele su máscara, averigüe su identidad y entréguelo a los guardianes del asilo del cual ha escapado.

Pero Wilson sólo podía estrujarse las manos y murmurar angustiosamente. Uno de los guardas se acercó a Emerson.

—El pobre tipo no está haciendo ningún alboroto, Profesor, solo está ahí parado, lo ve. Por supuesto, si usted me pide que despeje el cuarto…

—No hay necesidad de molestarse, Smith —contestó Emerson—. Si quiero un cuarto despejado, entonces lo despejaré yo.

La figura enmascarada se dio la vuelta y señaló. El movimiento fue tan sorprendente después de su prolongada inmovilidad, que los más cercanos jadearon y retrocedieron. Una profunda voz ronca murmuró:

—*Su hermana era su protectora. Ella, que marcha contra el enemigo. Que frustra los actos del perturbador. Por el poder de sus palabras.*

—Qué diantres —murmuro Emerson—. Peabody, eso es…

Pero el intérprete no había terminado. Su voz ganó fuerza.

—La de lengua afilada, cuyo discurso no desfallece. Admirable… Admirable en…

La voz se apagó, con una extraña indicación de indecisión. Contuve el aliento. ¿Qué profunda y solemne advertencia quebraría el silencio?

La voz que rompió el silencio no fue profunda y solemne, fue pequeña y aguda.

—Admirable dando las órdenes —chilló Ramsés—. Poderosa Isis, quién protegió…

Emerson irrumpió en una carcajada.

—¿Poderosa Isis? ¡No, por el cielo, eres tú a la que se refiere, Peabody! La de lengua afilada… ¡Ja, ja, ja! Cuyo discurso… no desfallece. —El regocijo le abrumó y se dobló, agarrándose firmemente el estómago.

Cogí a Ramsés.

—¿A dónde vas? Quédate con mamá.

—Pero se escapa —exclamó Ramsés.

Se estaba escapando. Moviéndose con asombrosa velocidad, sus sandalias golpeando el piso de piedra, el "sacerdote" alcanzó la puerta y desapareció.

—No importa —dije—. ¿Qué te poseyó para replicarle al tipo como un director de escena con un actor olvidadizo?

—Parecía que podía haber olvidado sus líneas —explicó Ramsés —. Estaba recitando el Himno a Osiris y él…

—No importa —dije—. Emerson, estás dando un espectáculo tú mismo. El lunático ha escapado.

—Déjalo —Emerson jadeó—. Siento una gran simpatía por el tipo. Obviamente es una persona de ingenio y refinamiento. ¡Oh, buen dios! cuyo discurso no desfallece…

—Un cumplido muy bonito —dijo Walter, cuyos labios temblaban en simpatía. La risa de Emerson, por más que inadecuada, tenía una sonoridad tan alegre que era muy contagiosa —. Ella que ahuyenta al enemigo, que frustra los actos del perturbador. Ninguna palabra más verdadera se ha dicho alguna vez, querida Amelia.

—Humm —dije—. Walter, creo que tienes razón. Emerson, te ruego que te controles. Es hora de irnos a casa.

El resto del día transcurrió en tranquilas relaciones domésticas con aquellos que eran más queridos para nosotros, y fui capaz de tranquilizar a Ramsés en cuanto a la salud de la gata Bastet. Parecía

estar en un extraño estado de excitabilidad, pero su apetito y temperatura eran normales, y llegué a la conclusión de que estaba un poco perturbada por el largo viaje y la frustración de ser mantenida bajo techo; por supuesto no la dejábamos salir fuera en Londres. Después de una refrescante noche de sueño, nos despedimos unos de otros en medio de garantías de reunirnos de nuevo, el menor de los Emerson partió hacia Yorkshire y nosotros para Kent, poco soñábamos cuán corto interludio de paz pastoral íbamos a disfrutar algunos de nosotros antes de que un horror tan grande como cualquiera de los que habíamos conocido se avecinara sobre nosotros.

A menudo me he preguntado cómo de viejo era en realidad nuestro mayordomo Wilkins, pero nunca he tenido la impertinencia para preguntarle directamente. Cuando se le pide hacer algo que desaprueba (un problema frecuente en nuestro hogar), se tambalea y refunfuña como un hombre de edad al borde del colapso. Pero su apariencia no ha cambiado en diez años, y en varias ocasiones (la mayoría de ellas ocasionadas por Ramsés) le he visto moverse con una celeridad que haría honor a un hombre de veinticinco. Sospecho que se tiñe el pelo para parecer más viejo.

Estuvo tan contento de vernos que de hecho bajó corriendo las escaleras y devolvió el saludable apretón de manos de Emerson antes de recordar que el patrón no debería estrechar la mano a su mayordomo. John fue el siguiente en saludarnos, sonriendo de oreja a oreja e informando orgullosamente de la exitosa entrega de nuestro equipaje. Las criadas, los lacayos y los jardineros los siguieron a su vez, la esposa de John llevó a su nuevo bebé, y tuvimos que admirarlo y decir cuánto se parecía a su padre (aunque en realidad poco había que ver, excepto las regordetas mejillas rosadas y una variedad de rasgos sin forma).

Ramsés se fue corriendo a su cuarto para desempacar sus baúles. Al comprobarlo más tarde, encontré el lugar en el estado de caótico que había esperado y a Ramsés absorto en la contemplación de un pequeño cofre o arca llena de lo que parecía ser arena.

—¿Has traído esto de Egipto? —exclamé—. Aquí hay toda la tierra que puedas necesitar, Ramsés, y cuando pienso en el gasto…

—Esto no es tierra, ni arena ordinaria, mamá —contestó Ramsés —. Es natrón. Recuerdas, papá me dio permiso para llevar a cabo

ciertos experimentos sobre la momificación.

—Bien, no lo derrames por toda la casa —dije con disgusto—. Realmente, Ramsés, hay veces que me pregunto…

—Puede parecer morboso, mamá, pero te aseguro que no sufro de tales tendencias. Estoy convencido de que el señor Budge y las anteriores autoridades, pienso primordialmente en el señor Pettigrew, están en un error cuando describen un baño de natrón líquido como el agente esencial. Una mala traducción del griego original.

—Las malas traducciones son la especialidad de Budge —dijo Emerson, que me había seguido a la habitación—. Él nunca ha tenido una idea original en su vida, se limitó a repetir el error de Pettigrew sin siquiera tomarse la molestia de investigar por su cuenta

Los dejé en ello. Habiendo encontrado un buen número de momias en el transcurso de mi vida diaria, había desarrollado una indiferencia profesional hacia ellas, aunque algunas son sumamente desagradables. Sin embargo, no creo que sea necesario hacer hincapié en tales asuntos.

Para mi sorpresa, Ramsés pareció más satisfecho que otra cosa ante la perspectiva de la visita de sus primos, particularmente de Violet. El brillo de sus ojos negros cuando la mencionaba hacía que me sintiera ligeramente incómoda. Sus preguntas en el invierno pasado acerca de las relaciones entre los sexos, habían dejado a su padre en un estado de shock del que aún no se había recuperado del todo y a su madre no poco desconcertada; pero, tras reflexionar me había dado cuenta de que esa precocidad no era tan sorprendente como pudiera parecer; Ramsés ha pasado la mayor parte de su vida rodeado de egipcios, quienes maduran a una edad mucho más temprana que los europeos y que a menudo se casan antes de alcanzar la adolescencia. A base de serios sermones habíamos (esperaba) hecho comprender a Ramsés la conveniencia de reprimir su curiosidad en público. Pero yo no contaba con ello.

James no perdió el tiempo. Aún no habíamos deshecho las maletas cuando ya había llegado con sus hijos. Una persona menos caritativa hubiera sospechado que estaba ansioso de deshacerse de ellos por lo rápido que se marchó, rehusando incluso quedarse a cenar. De hecho, nadie le invitó a quedarse. Los niños dijeron

obedientemente “adiós a papá” como yo les había pedido, pero se notó una curiosa falta de emoción en cada uno de los jóvenes rostros, mientras el carruaje se marchaba por el camino.

Eran unos niños muy guapos, mucho más de lo que habría esperado conociendo a sus padres. Percy tenía el cabello castaño, y me pareció ver en él un cierto parecido conmigo misma. Su hermana era rubia y se parecía más a la parte materna de su familia, con mejillas regordetas, boquita fruncida y unos ojos azules muy grandes y vacuos. Estos atributos no son particularmente atractivos en una mujer adulta, pero suficientemente favorecedores para una niña. Ciertamente, Ramsés la encontraba fascinante. Se quedó mirándola a su manera fría y sin parpadear hasta que ella comenzó a reírse y se escondió detrás de su hermano.

A excepción de las risitas, que sospechaba me atacarían los nervios a no mucho tardar, no tenía nada que objetar a sus modales. Percy se dirigía a Emerson como “señor” (a veces en exceso, añadiendo la palabra a cada frase) y a mí como “querida tía Amelia”. Violet hablaba muy poco, lo que resultaba un cambio agradable la diferencia de a lo que yo estaba acostumbrada.

En resumen, la impresión inicial fue favorable y me gustó saber, cuando Emerson y yo hablamos del tema durante la cena esa noche, que él estaba de acuerdo.

—Para un niño con la mala fortuna de llamarse Percival Peabody, podría ser peor —fue su evaluación de Percy y “una muñequita de cera” la de Violet.

—Parece un poco tonta —añadió amistosamente—. Pero parece que esa es la última moda en niñas pequeñas. Te librarás de ella muy pronto, Peabody.

Durante los días que siguieron a nuestro regreso, me felicité por haber tenido la previsión de proporcionar compañía a Ramsés, porque las constantes interrupciones y escapadas que habían destacado hasta la fecha en su comportamiento me hubieran vuelto loca. Emerson se encerró en la biblioteca, con amenazas directas de innombrables castigos para cualquier persona que osara molestarlo, y yo andaba trajinando de un lado a otro, ocupándome de los interminables detalles que siguen a una ausencia prolongada y la anticipación de otra. Hacía buen tiempo, así que los niños pudieron estar en el exterior la mayor parte del tiempo.

Por supuesto ocurrieron algunos incidentes, como es de esperar cuando los niños están disfrutando juntos, especialmente cuando uno de los niños es Ramsés. Se hizo un prominente chichón morado al caer por las escaleras. Él mismo admitió que estaba tan absorto mirando a la pequeña Violet, que estaba con él en ese momento, que no había prestado atención a sus pasos. Otro incidente fue un poco más serio y (debo confesar, en las privadas páginas de este diario) me dio un buen susto.

Los sonidos de gritos y chillidos acercándose hacia la puerta principal de la casa me levantaron del sillón, donde me encontraba repasando las cuentas domésticas del invierno pasado. Volé al recibidor con la esperanza de calmar el escándalo antes de que molestara a Emerson, pero olvidé mis preocupaciones menores cuando descubrí la flácida figura de mi hijo, a quién John traía en brazos. Sólo se le distinguía el blanco de los ojos y respiraba con bruscas y convulsas inspiraciones.

Violet se encontraba tan solo un poco mejor. El nivel de sus estremecimientos era absolutamente impresionante. Por primera vez le vi un parecido con su padre, porque su rostro, rojo e hinchado, brillaba a causa de las lágrimas que le corrían por las mejillas y empapaban sus volantes.

—Muerto, muerto —no dejaba de gritar—. Ay, ay, muerto, ay, muerto, muerto…

Rose bajó corriendo las escaleras, con los lazos del gorro revoloteando. Le ordené que se ocupara de Violet, que se había tirado al suelo retorciéndose y llorando.

Percy era el único del grupo que permanecía sereno y fue a él a quien pedí una explicación, porque aunque las manos, el corazón y el cerebro me pedían a gritos atender a mi hijo, no podía poner remedio alguno hasta que me hubiera asegurado de las causas de su estado. Percy controlaba su angustia como un hombre, permanecía en pie con los hombros derechos y los puños apretados, sin dejar de mirarme en ningún momento.

—Ha sido culpa mía, tía Amelia. No puedo mentir. Golpéeme, azóteme, déme de latigazos… o mejor que lo haga el tío Radcliffe, que es más fuerte. Merezco ser castigado. Soy culpable, debería haberlo sabido…

Lo agarré y sacudí.

—¿Qué has hecho?

—La bola de críquet le dio en todo el estómago, tía Amelia. Estaba intentando enseñar a batear a Ramsés y…

Me volví hacia Ramsés. Para mi alivio, vi que ya no tenía los ojos en blanco, aunque todavía tenía la mirada algo desenfocada y respiraba con menos dificultad. Un golpe fuerte en el plexo solar puede ser doloroso y terrorífico, pero raras veces fatal, por lo menos para los jóvenes. Yo recordaba bien haber sufrido un accidente de ese tipo durante mi infancia, cuando Jim me golpeó con una roca de tamaño considerable (le dijo a papá que había tropezado y me había caído).

—Se pondrá bien —dije con un hondo suspiro de alivio—. Llévalo a la cama, John. Percy, ¿cómo has podido ser tan descuidado?

A Percy le temblaron los labios, pero contestó en voz baja y serena.

—Me hago enteramente responsable, tía Amelia. Se me resbalaron las manos… pero no es excusa.

Desde detrás de mí, llegó un extraño murmullo jadeante.

—La habilidad de dirigir la trayectoria de un proyectil lanzado… o golpeado con un bate… no siempre se puede…

—Tienes razón, Ramsés —dije, retirando el cabello de la frente sudorosa de mi hijo—. Fue un accidente y no he sido justa con Percy. ¿Pero por qué no lo has dicho, en lugar de iniciar una larga y tediosa perorata? Teniendo en cuenta que aun te falta el aliento…

—Sin embargo, en determinadas circunstancias… —jadeó Ramsés.

—¡Suficiente, Ramsés! Arriba con él, John. Yo iré inmediatamente.

John obedeció, Rose se llevó a la sollozante Violet y yo dirigí mi atención a Percy, que permanecía derecho como un soldadito a la espera del castigo. Se sobresaltó visiblemente cuando puse la mano en su hombro, y yo me apresuré a tranquilizarle.

—En esta casa no se dan golpes ni latigazos a nadie, Percy, ni a las personas, ni a los animales, ni siquiera a los niños. Lo que ha ocurrido no ha sido más que un desafortunado accidente y ha sido muy valiente por tu parte cargar con la culpa.

La sorprendida mirada del niño me dijo que no estaba

acostumbrado a un trato amable y razonable por parte de los adultos. Me hizo empeñarme aún más en demostrar la superioridad de nuestros métodos de crianza sobre los de sus padres.

Hacia el final de la semana empecé a sentirme menos optimista acerca de los beneficios que para Ramsés tenía convivir con niños educados. Percy se aficionó a vagar por la casa; cuando le presionamos admitió que se sentía solo, no solo a causa de los "queridísimos mamá y papá", sino por sus compañeros de juegos. Ramsés no quería jugar con él. A Ramsés, dijo Percy con tristeza, no le gustaba.

Me llevé a Ramsés aparte y le di una pequeña charla sobre la cortesía debida a los invitados.

—Percy echa de menos a sus papás, Ramsés, lo que es muy lógico. Debes esforzarte un poco, dejar de lado tus aficiones durante un tiempo y unirte a Percy en las cosas que le divierten.

Ramsés respondió que las ideas de diversión de Percy no eran de su gusto y que, a juzgar por los comentarios que hacía sobre su papá, no le echaba de menos en absoluto. Como odio los chismes de cualquier tipo, especialmente si vienen de la boca de niños pequeños, corté a Ramsés con bastante brusquedad.

—Percy dice que no te gusta.

—No le falta razón —dijo Ramsés—. No me gusta.

—A lo mejor te gustaría si intentaras conocerle un poco mejor.

—Lo dudo mucho. Estoy ocupado, mamá, con mi trabajo. Mis estudios sobre la momificación…

Mi réplica fue de nuevo rápida y cortante porque los estudios de Ramsés sobre la momificación ya habían provocado un incidente desagradable cuando intentó impresionar a Violet enseñándole algunos de sus mejores especímenes. El consiguiente ataque de histeria había hecho que Emerson saliera de la biblioteca hecho una furia.

Al poco tiempo, tuve la oportunidad de discutir mis preocupaciones sobre los niños con una persona cuyas opiniones sobre esos asuntos valoraba. Era una de las escasas damas del vecindario con la que me hablaba, la directora de un colegio de niñas cercano, quien compartía mi punto de vista sobre temas tan importantes como la educación de las mujeres, el voto femenino, el vestuario sensato para las mujeres y demás asuntos del estilo. Le

había enviado una nota anunciándole nuestra llegada e invitándola a pasar por casa, pero no pudo aceptar hasta el final de la semana.

Era escocesa, de cara colorada y figura robusta, con el pelo castaño veteado de gris y ojos sagaces y profundos. Mirando sus bombachos de *tweed* y las recias botas, pregunté:

—Sin duda, no habrás venido todo el camino en bicicleta, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Son apenas diez kilómetros… y —añadió con una carcajada—, las buenas mujeres del pueblo ya no me tiran piedras cuando paso por High Street.

Excusé a Emerson, explicando que estaba trabajando muy duro en su libro. En realidad no le gustaba demasiado la compañía de Helen y decía que, entre las dos, no podía meter ni una palabra. Helen aceptó las excusas con ecuanimidad, tampoco a ella le gustaba en exceso la compañía de Emerson.

—Mejor —dijo—. Así podremos tener una charla de mujer a mujer. Cuéntame tus últimas aventuras, Amelia. He leído sobre ellas en los periódicos, pero uno no se puede fiar de todo lo que oye por ese medio.

—Desde luego que no debes creer lo que se lee en los periódicos. Es cierto que pudimos ayudar a la señorita Debenham, ahora señora Fraser, en una situación crítica…

—¿Y descubrir a un asesino y liberar a un hombre inocente de la sospecha?

—Eso también. Pero cualquier otra cosa que hayas leído…

—Entonces las sensacionales pistas del Maestro del Crimen, perdón, pero no puedo evitar sonreír, es un nombre tan ridículo, directo de una novela, y el secuestro…

—Enormemente exagerado —le aseguré—. En realidad, Helen, preferiría no decir nada más sobre ello.

Le di una breve descripción de nuestras excavaciones y concluí:

—Emerson está seguro de que la pirámide perteneció a Senefru, de la Tercera Dinastía. Esperamos terminar la excavación del templo funerario la próxima temporada y quizás comenzar con la exploración del interior.

Helen me había escuchado con una mirada un tanto fría. Ella era una historiadora clásica y estaba bastante desinformada acerca de la arqueología de Oriente Medio. Cambió de tema y preguntó por

Ramsés.

—Ahora ha retomado el estudio de la momificación —dije con una mueca.

Helen rió cordialmente. Ramsés le parecía muy divertido, sin duda porque le veía muy poco.

—Es un niño notable, Amelia. No intentes convertirlo en el típico escolar inglés, esa educación es detestable.

—No se puede convertir a Ramsés en nada que él no quiera ser —dije—. Para serte sincera, Helen, estoy muy contenta de que tengamos esta oportunidad de charlar. Estoy preocupada por el niño, y tu experiencia en el tema de la infancia…

—Sólo en niñas, Amelia. Sin embargo, cualquier pequeño conocimiento que pueda tener está, como siempre, a tu disposición.

Le conté lo de la antipatía de Ramsés hacia su primo Percy.

—Se pelean, Helen. Lo sé, y las trifulcas las debe de empezar Ramsés, porque no disimula su disgusto por Percy. Y Percy está patéticamente empeñado en que sean amigos. Pensé que Ramsés se beneficiaría de la compañía de otros niños con los que jugar, pero parece que está peor.

—Lo que demuestra lo poco que sabes sobre crianza —dijo Helen amablemente—. Ramsés es un hijo único criado en… ¿cómo decirlo?… un entorno inusual. Está acostumbrado a recibir toda la atención de sus padres. Por supuesto que está resentido por tener que compartirlos con otros niños.

—¿En serio lo crees?

—Lo sé. He visto las mismas cosas con mis niñas. La llegada de un nuevo bebé a la casa trae frecuentemente cambios de comportamiento.

—Pero Percy no es un bebé.

—Y eso sólo lo empeora. Todos los niños pequeños se pelean, Amelia… sí, y algunas niñas también, aunque normalmente son más ladinas y sutiles en su forma de ajustar cuentas con aquellos que les disgustan.

Continuó contándome otras historias de las niñas a su cargo, que me hicieron alegrarme de haber decidido tratar el tema de otra manera.

Algunas de sus teorías me sonaban un poco extrañas. Ciertamente no estaban de acuerdo con las autoridades a quienes

había leído, pero en todo caso, tampoco tenía un particular respeto por las mencionadas autoridades.

Cuando llegó el momento de marcharse, sugirió que me diera una vuelta en su nueva bicicleta de seguridad, cuyo diseño recomendaba encarecidamente.

Pero cuando salimos de la casa, no había bicicleta a la vista.

—La he dejado justo ahí —dijo Helen, mirando alrededor con expresión confundida.

Entonces vi a Violet, escondida detrás de una de las altas jardineras que bordean la terraza.

—¿Qué haces ahí, Violet? —pregunté—. ¿Has visto la bicicleta de esta señora?

—Sí, tía Amelia

—No te agazapes —dije ásperamente—. Sal de ahí.

—Estás asustando a la niña, Amelia —dijo Helen

—¿Yo? ¿Asustando a un niño? Como puedes suponer…

—Déjame hablar con ella —se adelantó, con la mano extendida y sonriendo—. ¿Eres Violet? Tu tía me ha dicho que eres una niña buenísima. Ven a darme un beso.

Violet se deslizó hacia delante, con un dedo en la boca y mirándome de refilón. Cualquiera que la hubiera visto hubiera pensado que le daba una paliza diaria. Helen se agachó para envolver a la niña en un abrazo maternal.

—Dime qué le ha pasado a mi bicicleta, Violet, pequeña —susurró Helen.

—Se la ha llevado Ramsés —apuntó Violet.

La distancia desde la puerta de la casa a las verjas del parque era, por lo menos, de medio kilómetro. El camino de gravilla formaba un círculo delante de la terraza, pero debido a los árboles y arbustos plantados, la mitad más lejana del círculo y la recta final estaban ocultos a la vista. Entonces pude ver, emergiendo de los árboles circundantes, la bicicleta. Con Ramsés encaramado en el alto sillín. Sus piernas eran demasiado cortas para llegar a los pedales, salvo cuando estos estaban en la parte más alta de su circuito, así que avanzaba a base de acelerones, bandeando erráticamente de lado a lado del camino y ayudado a no caer —o eso parecía— por Percy, que corría en paralelo a la máquina.

Helen dejó escapar un jadeo de ofensa y preocupación. Mientras,

al ver acercarse el aparato, yo me di cuenta de que en lugar de ayudar a equilibrar la bicicleta, lo que Percy estaba haciendo, en realidad, era intentar pararla. A deducir este extremo me ayudaron sus gritos de "Para, primo, no debes, no pediste permiso" y similares.

Ramsés me vio. Dejo de mover las piernas y, en ese mismo instante, Percy le arrebató el manillar. Los resultados eran predecibles. Bicicleta y ciclista cayeron al suelo con un estruendo rechinante. Percy se libró de acompañarlos gracias a un ágil giro del cuerpo.

Helen corrió hacia el destrozo. Violet comenzó a chillar. Mientras sus morbosos gritos de "¡Muerto! ¡Muerto!" se oían a través del espacio, me apresuré a unirme a Helen.

A primera vista Ramsés parecía estar inexorablemente unido a la bicicleta, pero finalmente conseguimos liberarlo. Tenía los brazos y el rostro cubiertos de arañazos, sangraba y su nuevo traje de marinero estaba completamente echado a perder. Como la bicicleta.

Una vez segura de que no estaba herido, le propiné una pequeña sacudida.

—¿Qué te ha poseído para hacer semejante cosa, Ramsés? Además de tonto y peligroso, está muy mal. La bicicleta no era tuya y no tenías derecho a montar en ella sin pedir permiso.

—Violet me dijo… —empezó Ramsés.

—Ramsés, Ramsés —Helen negó con la cabeza tristemente—. Un joven caballero no excusa sus actos culpando de ellos a una señorita. Nadie te obligaba a hacer lo que Violet te había pedido.

—Disculpe, señora… tía Amelia —dijo Percy en voz baja—. Violet sólo dijo que le encantaría ver a Ramsés montar en bicicleta, él estaba presumiendo un poco sobre lo bien que puede montar. Tendría que haber evitado que lo hiciera. Me hago completamente responsable.

Ramsés se volvió y le dio una patada a su primo en la espinilla.

—¡No toleraré que te hagas responsable por mí! ¿Quién te crees que eres para responsabilizarte por mí?

Percy no protestó, aunque hizo una mueca de dolor y se apresuró a apartarse de Ramsés. Éste último hubiera ido a por él si yo no se lo hubiera impedido retorciéndole el cuello de la camisa.

—¡Ramsés, para! Estoy terriblemente avergonzada de ti. Tu

lenguaje, atacar a tu primo, haber destruido la máquina de la señorita McIntosh…

Ramsés dejó de retorcerse.

—Me disculpo ante la señorita McIntosh —jadeó, limpiándose la sangre de la cara con la manga manchada de sangre—. Se la pagaré en cuanto pueda. Actualmente poseo doce chelines, seis peniques y medio y pronto… Mamá esa manera de retorcerme el cuello de la camisa me ha presionado la tráquea de una manera que sugiere dolorosamente lo que un criminal debe experimentar cuando la soga del verdugo…

—Deja que se marche, Amelia —ordenó Helen.

Obedecí, si cabe más rápidamente, ya que el color de la cara de Ramsés se estaba oscureciendo rápidamente. No tenía intención de ser tan brusca. Helen se agachó para tocar la mejilla lacerada del niño.

—No estoy enfadada contigo, Ramsés, pero debo confesar que estoy disgustada. No por la bicicleta, tú no querías dañarla. ¿Sabes por qué estoy disgustada contigo?

Ramsés siempre había tenido cariño a Helen, a su peculiar manera, pero si me hubiera mirado a mí como la estaba mirando a ella, hubiera llamado a la policía. Entonces su maltratado rostro recuperó su habitual expresión de flemática despreocupación.

—¿Te parece que no me estoy comportando como un joven caballero? —sugirió.

—Correcto. Un caballero no dispone de la propiedad ajena sin permiso, no intenta excusar su comportamiento acusando a otros, no usa lenguaje incorrecto y nunca, nunca, da patadas a otras personas.

—Humm —Ramsés reflexionó sobre ello—. En justicia con mamá y papá, permítame decir que se han esforzado por inculcarme esas normas sin presentarlas de una manera tan pontifical, pero hasta el momento presente, nunca había considerado seriamente las dificultades de…

—Vete a tu habitación, Ramsés —exclamé.

—Sí, mamá. Pero me gustaría decir…

—¡A tu habitación!

Ramsés se marchó. Me fijé en que cojeaba.

Pedí el carruaje para Helen, felicité a Percy por sus buenas

intenciones y comportamiento adulto, hablé con Violet, que había dejado de lloriquear en cuanto se dio cuenta de que nadie le estaba haciendo ningún caso, y entré en la casa agotada.

Tuve una charla, larga y seria, con Ramsés. Permitió que le examinara la pierna y le aplicara compresas frías a la herida amoratada, pero, a juzgar por su único comentario, mi amable sermón había tenido poco efecto.

—Esto de ser un joven caballero… —afirmó, más para él mismo que para mí—. No sé si merece la pena.

Después del incidente de la bicicleta, el conflicto entre los niños disminuyó, quizás porque había confinado a Ramsés en su habitación durante tres días. Consecuentemente, pude terminar mis tareas domésticas y hacer planes para marchar a Londres. Emerson había permanecido encerrado en la biblioteca, emergiendo únicamente para las comidas y para gruñirnos a todos. Al principio solía oír sus gritos airados, resultado de descubrir otra de las revisiones de Ramsés del manuscrito, pero con el tiempo éstos disminuyeron, hasta que finalmente me informó de que había llegado a un punto en el que necesitaba consultar material de referencia en el Museo Británico. Yo le hice saber, por mi parte, que estaría lista cuando él lo estuviera.

Con el deseo de evitar cualquier posible fuente de controversia entre nosotros, no había hecho referencia alguna al extraño caso de la momia maligna; pero permanezca tranquilo, querido Lector, consultaba ansiosamente los periódicos cada día para ver qué había ocurrido, de haber ocurrido algo. Los resultados fueron en extremo insatisfactorios. El señor O'Connell y su rival ponían todo de su parte, pero el único que les proveía de material era el lunático con ropajes de sacerdote. Ningún visitante ni trabajador del museo había sufrido siquiera un corte con papel.

Me había olvidado por completo del tema cuando una mañana, creo que era martes, Wilkins vino a anunciarme que tenía una visita. La joven dama le era desconocida y tampoco había consentido en darle su nombre, "pero creo, señora, que deseará recibirla", dijo Wilkins, con una mirada de lo más peculiar.

—¿De verdad, Wilkins? ¿Y por qué lo cree?

Wilkins tosió de manera reprobatoria.

—La joven dama ha sido de lo más insistente, señora.

Su repetición de la palabra “dama” fue enfática y significativa; Wilkins, que es un snob, es muy cuidadoso haciendo ese tipo de distinciones.

—Hágala pasar, entonces —dije dejando la pluma—. O, no, mejor voy yo, así podré excusarme más fácilmente. ¿Dónde la ha llevado, Wilkins?

La había llevado a la sala de dibujo, otra indicación de clase social. Me dirigí hacia esa habitación.

La “joven dama” estaba muy ocupada examinando las fotografías de familia situadas sobre la repisa de la chimenea. Aunque me daba la espalda, la reconocí inmediatamente por la inquisitiva inclinación de la cabeza y el hecho de que estuviera garabateando en una libreta.

—¿Dijo joven *dama*, Wilkins?

Ella dejó escapar un grito y se giró rápidamente. Efectivamente se trataba de la señorita Minton, muy elegante con un traje de lana a medida y una camisa a rayas. Llevaba un sombrero marinero de paja en la cabeza.

Wilkins se retiró educadamente y la señorita Minton demostró que no era una dama.

Sin saludar ni disculparse se acercó rápidamente a mí, blandiendo la libreta.

—Debe escucharme, señora Emerson, tiene que hacerlo.

Me puse derecha.

—¿Qué YO debo, señorita Minton? ¿Sabe con quién está hablando?

—¡Pero claro que lo sé! ¡Lo sé! ¿Por qué sino estaría aquí? Discúlpeme, señora Emerson, sé que no me estoy comportando bien, pero no tengo tiempo para ser educada, de verdad que no. He alquilado el único carruaje de la estación, pero no debo subestimar sus diabólicos recursos, pronto encontrará otros medios de transporte y me seguirá…

El discurso terminó con otro gritito mientras sonaba una descarga de golpes y llamadas, claramente audibles a través de la puerta cerrada.

La señorita Minton dio un golpe con el pié.

—¡El diablo le lleve! Es más rápido de lo que hubiera creído posible. Señora Emerson, ¿sería…?

No terminó, el jaleo de fuera culminó con la brusca apertura de la puerta de la sala de dibujo. En el umbral estaba Kevin O'Connell. Sin sombrero, con el pelo alborotado por el viento, su complexión hacía juego con su cabello, si no en el tono exacto, en intensidad, tenía las mejillas cubiertas de sudor. Estaba momentáneamente privado de voz por la prisa, el esfuerzo y el enojo.

Más allá de él vi a Wilkins, sentado en el suelo del recibidor. No sabía si había resbalado, tropezado o sido empujado, pero permanecía ahí sentado sin moverse ni parpadear.

Los dos jóvenes comenzaron a hablar a la vez. La señorita Minton insistía en que yo debía hacer algo, no estaba segura de qué. Las palabras de Kevin consistían únicamente en imprecaciones dirigidas a la señorita Minton. Su frase recurrente era:

—Ay, por Dios, si fueras un hombre, yo…

No hace falta decir que no permití que esto continuara sin intervenir. Tras considerar la situación, decidí que Wilkins debía esperar; no parecía estar herido, sólo atontado. Primero cerré la puerta. Luego dije:

—¡Silencio!

Había tenido muchas oportunidades de practicar la frase con Ramsés. El silencio se hizo instantáneamente.

—Siéntense —ordené—. Usted ahí, señorita Minton, y usted, señor O'Connell, coja esa silla del otro extremo de la habitación.

Permanecí en pie mientras continuaba severamente.

—Rara vez he visto un espectáculo tan indecoroso. Usted especialmente, señor O'Connell, debería saber que se ha arriesgado a herirse gravemente irrumpiendo en la casa de esta manera. Rezo porque el profesor no haya oído este escándalo. No está de muy buen humor estos días.

Kevin se serenó con el recordatorio.

—Ciertamente, pero tiene usted derecho, señora E —dijo incómodamente—. Para ser sincero estaba fuera de mí de la ira por la manera en que he sido hecho a un lado por esta descarada…

La señorita Minton se levantó de un salto de su silla, con sus pequeños puños apretados. La empujé de vuelta a su asiento.

—¿Han perdido la cabeza? Expliquen inmediatamente esta intrusión. No, señor O'Connell, permanezca en silencio, tendrá su oportunidad de hablar.

La chica buscó en su bolso y sacó un periódico. Me lo lanzó. Tenía los ojos brillantes de excitación.

—La momia ha atacado de nuevo. ¡Ha habido otro asesinato!

Capítulo 5

Kevin y la señorita Minton continuaron intercambiando imprecaciones en susurros mientras yo leía atentamente el periódico. Se trataba de la última edición del *Mirror*, recién salido de la rotativa (de lo que daba fe la tinta que manchaba mis dedos)

La señorita Minton era culpable de hipérbole periodística al decir "otro asesinato", ya que nunca se había demostrado que la muerte del vigilante hubiera sido otra cosa que natural. Sin embargo, el último acontecimiento creaba serias dudas sobre ese diagnóstico, ya que la segunda muerte había sido sin duda un homicidio. Es posible que un hombre se corte su propia garganta, pero la gravedad de la herida que había, de hecho, seccionado la tráquea y dañado la columna vertebral, hacía poco probable una conclusión así. La segunda víctima tampoco era un trabajador de clase baja (únicamente en el sentido social de la expresión, ya que una persona de rango humilde puede ser más valiosa a los ojos del cielo que un paladín de la aristocracia). Había sido identificado como un conservador adjunto de antigüedades egipcias y asirías, un tal Jonas Oldacre.

—El cuerpo fue descubierto en el Embankment —murmuré—. No en el museo.

—¿Pero en qué parte del Embankment? —Preguntó la señorita Minton, apuntando con el lápiz—. ¡A los pies de la Aguja de Cleopatra!

—Qué pena que se conozca por ese nombre inexacto —apunté, continuando con mi análisis del periódico—. Cleopatra no tuvo nada que ver con ese monumento, cuya denominación correcta es obelisco. Fue construido y lleva el nombre del rey Tutmosis III. Si continúa garabateando en esa libreta, señorita Minton, me veré obligada a quitársela.

—Sí, señora —la joven cerró la libreta y la deslizó en su bolsillo —. Lo que usted diga, señora Emerson. Aun así es un monumento egipcio, ¿verdad?

—Obviamente. Le ruego que me deje acabar… Este supuesto trozo de papel que se encontró en la mano del muerto. ¿Tiene una copia del mensaje?

—No —admitió la señorita Minton.

—¿Entonces cómo sabe lo que decía? Porque lo ha citado aquí, palabra por palabra… y traducido al inglés.

Por primera vez la señorita Minton no tenía una respuesta preparada. Antes de que pudiera pensar en una explicación razonable, Kevin, que se había estado controlando con dificultad, estalló:

—¡Sobornó al policía! Y no sólo con dinero, yo también lo intenté y no funcionó, pero con sus despreciables artimañas de mujer…

—¡Cómo se atreve! —chilló la señorita Minton, ruborizándose.

—Sonrisas, hoyuelos y palabras dulces —continuó Kevin con enfado—. Tocando sus músculos con un dedo tímido y diciéndole lo valiente y fuerte…

La señorita Minton se levantó de un salto y corrió hacia Kevin, lo abofeteó en la cara y volvió a su asiento. No tuve moral para recriminárselo, porque yo hubiera hecho lo mismo.

—Qué vergüenza, señor O'Connell —dije severamente.

Kevin se frotó la mejilla ardiente. El bofetón debía de haber picado, desde luego había sonando lo bastante fuerte.

—Sí, bien —musitó.

Dejé el periódico en la mesa.

—No voy a preguntar cómo consiguió que le tradujeran el mensaje, señorita Minton, porque creo que lo sé. Si había un mensaje…

—Había un mensaje —dijo Kevin—. La policía ha llegado a admitir eso.

—Entonces uno de ustedes lo debió de escribir. Nunca he visto una inscripción ni remotamente parecida a esta. Humm. Los hechos del caso parecen suficientemente claros…

—Para un agudo e incisivo cerebro como el suyo, quizás —dijo Kevin—. Confieso que, personalmente, estoy completamente

perplejo.

Estaba a punto de iluminarlo cuando vi que la señorita Minton había sacado subrepticiamente el cuaderno del bolsillo y que Kevin me estaba observando con una ansiedad que tenía buenos motivos para recordar.

—Pues tendrá que seguir perplejo —corté—. Si han venido a toda prisa desde Londres con la intención de obtener una entrevista están destinados a llevarse una decepción. ¡Qué morbosos, gruñendo y lanzándose mordiscos a mí alrededor como perros en torno a un hueso!

Estallaron simultáneamente en protestas. Deduje que me había equivocado; no habían venido a entrevistarme, sino a ofrecerme fama y fortuna como asesora oficial de sus respectivos periódicos.

Era una oferta de lo más intrigante. Aun más intrigante fue la velocidad con la que subió la tarifa, de cincuenta guineas a ciento cincuenta en el espacio de unos pocos minutos. Aunque estuve tentada de callarme y averiguar con exactitud cuál era mi valor para la industria de la prensa, temía ser interrumpida por alguien que estoy segura no necesito nombrar, si el toma y daca continuaba.

—Está fuera de cuestión —dije firmemente—. Bajo ninguna circunstancia. La discusión ha terminado. Siento no poder ofrecerles un refresco antes de que se marchen, pero después de todo, yo no les invité a venir. Que tengan un buen día.

Mi negativa fue aceptada con menos problemas de los que había esperado. Deduje por el brillo en los ojos de Kevin que no se había dado por vencido y que pretendía intentarlo de nuevo en otro momento.

—Mientras no acepte la oferta de *él* —murmuró la señorita Minton.

Había esperado sacarlos fuera de la casa sin más escenas, pero por supuesto eso no iba a ocurrir. Una vez más la maltratada puerta de mi sala de dibujo se abrió bruscamente, esta vez por un brazo mucho más fornido que el de Kevin O'Connell.

Emerson cree que el confort físico es esencial para el trabajo intelectual (una opinión que yo apoyo de todo corazón), así que se encontraba en mangas de camisa, sin chaleco ni corbata. Tenía el pelo revuelto y gotas de tinta repartidas por todo el rostro, signos inconfundibles de una lucha desesperada (aunque victoriosa) con su

recalcitrante prosa. Tenía los ojos azules brillantes, las cejas bajas y un rubor de enojo añadía un tinte rosado a sus esbeltas mejillas.

—Ah —dijo suavemente—. Pensé que había reconocido su voz, señor O'Connell.

Kevin se retiró detrás del sofá, una inmensa estructura de palo de rosa tallado y tapicería carmesí. Con una educada inclinación de cabeza a la señorita Minton, Emerson se dirigió a mí.

—Amelia, ¿qué hace Wilkins sentado en el suelo del recibidor?

—No tengo ni idea, Emerson. ¿Por qué no se lo preguntas a Wilkins?

—Parece incapaz de hablar —respondió Emerson.

—No le he puesto una mano encima —exclamó Kevin—. Por Dios lo digo, no tocaría a un alma vieja como esa…

—No le ha puesto una mano encima —repitió Emerson. Comenzó a remangarse.

—No, Emerson, no —grité, pegándome a él mientras se dirigía hacia el acobardado periodista—. Si te rebajas a pegarle lo único que vas a conseguir es lo que él desea ardientemente.

Este argumento tuvo más efecto sobre Emerson que mis intentos físicos de retenerlo.

—Tienes razón como siempre, Peabody —dijo—. Pero te ruego que saques a este individuo de mi casa inmediatamente. Soy el más razonable de los hombres, pero incluso un carácter tan ecuánime como el mío cede ante tamaña provocación. La afrenta de invadir la casa de un hombre para interrogar a su mujer…

—No es lo que crees, Emerson —expliqué—. ¡Ha habido otro asesinato!

—¿Otro asesinato, Peabody?

—Bueno… un asesinato. El señor Oldacre, el conservador adjunto de Antigüedades Orientales.

—¿Oldacre? Lo conocía. Un idiota pomposo, como se esperaría de cualquier protegido de Budge… ¿Qué le ha ocurrido?

Se lo expliqué. Emerson me escuchó educadamente.

—Una triste tragedia. Pero no tiene nada que ver con nosotros. Vamos a despedirnos de estos jóvenes y volver al trabajo.

De puntillas y protegido por los muebles, Kevin se había ido moviendo hacia la puerta. Conocía demasiado bien a Emerson y no estaba nada convencido de la engañosa tranquilidad de la conducta

de mi marido. Emerson lo estaba observando por el rabillo del ojo; aunque su expresión permanecía absolutamente seria, un minúsculo gesto en los extremos de sus bien dibujados labios delataba su diversión interna. Al llegar a la puerta, Kevin se detuvo.

—¿Sí, señor O'Connell? —preguntó Emerson.

—Yo… esto… estaba esperando para acompañar a la señorita Minton… quiero decir, esperaba que me acercara a la estación.

—Ah, sí. Señorita Minton —Emerson volvió los ojos a la damisela, que se llevó una mano nerviosa al sombrero—. Puedo comprender cómo se las ingenió el señor O'Connell para invadir mi casa —Emerson continuó—. Simple fuerza bruta, usada contra un hombre lo suficientemente mayor como para ser su abuelo. Un ejemplo espléndido de modales irlandeses, ¿eh, Peabody? Pero usted, señorita Minton, ¿cómo persuadió a Wilkins para que le permitiera entrar? Porque estoy convencido de que si le hubiera presentado su tarjeta a la señora Emerson, ella no habría aceptado recibirla.

—Estás completamente en lo cierto, Emerson —le aseguré—. La señorita Minton se negó a dar su nombre. De alguna manera, no consigo imaginar cuál, convenció a Wilkins de que su diligencia era urgente.

—No consigues imaginarlo —dijo Emerson meditabundo—. Pues creo que puedo arriesgarme con una conjetura. Ese parecido tan útil… ¿Qué le dijo a Wilkins, señorita Minton? ¿Que era la hermana de la señora Emerson perdida largo tiempo atrás o el producto abandonado de una indiscreción de juventud…?

La respuesta indignada de la señorita Minton sonó apenas más alta que la mía.

—¡Emerson, cómo te atreves!

—De la primera juventud —corrigió Emerson—. ¿Y bien, señorita Minton?

—No dije nada por el estilo —replicó la señorita Minton—. Si su mayordomo decidió llegar a una conclusión equivocada no es culpa mía.

—Ah, pero yo creo que sí es su culpa —dijo Emerson jovialmente—. Márchese, señorita Minton.

La sonrisa de la joven dama se desvaneció al verlo acercarse a ella.

—No atacaría a una mujer —jadeó.

—Me duele profundamente que una idea así haya cruzado su mente —contestó Emerson—. Sin embargo, nada me impide cogerla en brazos y llevarla, cuidadosa y respetuosamente, fuera de mi casa.

—Ya me voy, ya me voy —fue la agitada respuesta.

—Hágalo —Emerson la siguió mientras ella iba de espaldas hacia la puerta. Pero allí se detuvo.

—Esta no es mi última palabra, profesor —gritó con mirada nerviosa—. No me rindo tan fácilmente.

Kevin la cogió por el brazo y tiró de ella hacia fuera. Wilkins seguía sentado en el suelo y me irritó, aunque no me sorprendió, ver a Ramsés de pie junto a él, estudiando su rígida figura con grave curiosidad. Sin ninguna duda, Ramsés había escuchado cada palabra que se había dicho, o más bien gritado, en la sala de dibujo. Al ver aparecer a la señorita Minton y el señor O'Connell, les dirigió una mirada incluso más curiosa.

—Levántese, Wilkins, y cierre la puerta. Asegúrese de poner el cerrojo —dijo Emerson.

A continuación cerró la sala de dibujo y se volvió hacia mí.

—Por Dios, Peabody, por Dios —comentó.

—De entre todas las cosas absurdas —dije—, este supuesto parecido que crees ver…

—Si te apetece negarlo, Peabody, sigue haciéndolo sin problemas. Es un tema entretenido, pero irrelevante. Confieso que casi admiro la ingenuidad de la joven para hacer uso de ello — cogió el periódico, se hundió en un sillón y comenzó a leer.

—Supongo que ahora saldrás con que esto no es más que una extraña coincidencia y no tiene nada que ver con la muerte del vigilante nocturno —comencé.

—Ya estás llegando a tus propias conclusiones de nuevo, Peabody —dijo Emerson suavemente—. Al menos déjame estudiar los hechos, perdón, el artículo del periódico, que no es lo mismo, antes de que me decida. Hummm, mmmm. Sí. Un cadáver empapado en sangre encontrado a los pies del obelisco… un trozo de papel con un mensaje acerca de la maldición de los dioses sobre los que profanen la tumba… una misteriosa figura envuelta en ropajes blancos moviéndose furtivamente por el Embankment en medio de la espesa niebla… La señorita Minton escribe con pasión,

¿no? Otro parecido entre vosotras.

—Parece que tu inofensivo lunático no es tan inofensivo —observé, ignorando el último comentario.

—La policía es tan escéptica acerca de la presencia del sacerdote como yo mismo lo sería, querida. Parece que el testigo no sobresale por su apego a los principios de la serenidad. No me sorprendería descubrir que fue el propio O'Connell quien cometió el crimen. Estos periodistas no se detienen ante nada para conseguir…

—Eso es ridículo, Emerson.

—¿Por qué? Oldacre no ha sido una gran pérdida para el mundo… Un snob afectado, constantemente adulando a los nobles, un jugador, un sátiro, un habitual de guaridas de maleantes.

—¿Antros de corrupción, Emerson?

—Estaba pensando en antros de opio y garitos de brebajes baratos y… esto… bueno, sí, se podrían llamar antros de corrupción. —Emerson tiró el periódico a un lado. Frunciendo el ceño se toqueteó el hoyuelo de la barbilla, según su costumbre cuando estaba profundamente concentrado.

Eso me pareció un signo esperanzador.

—¿De modo que opinas que el asunto merece ser investigado?

—Ciertamente requiere ser investigado y estoy seguro de que la policía ya lo está haciendo.

—¡Oh, Emerson, ya sabes a lo que me refiero!

—Sí, Peabody, sé a lo que te refieres —Emerson continuó acariciándose la barbilla—. Hay un aspecto de este caso que me tienta —dijo seriamente.

—¡El aspecto arqueológico! —grité—. Sabía que lo harías, Emerson.

—No, Peabody. El hecho de que en este caso no se percibe ni el más leve aroma de aristocracia. ¡Ni un lord, ni una lady, ni siquiera un honorable! Tan solo un humilde vigilante nocturno y luego un ayudante del conservador. Estoy prácticamente tentado de intervenir.

—Emerson, hay momentos en los que tu sentido del humor… —me quedé sin respiración—. ¡Emerson! ¿Te das cuenta de lo que has dicho? Un vigilante nocturno y *luego* un asistente… El lunático está subiendo por la escala social. ¿Dónde atacará a continuación?

La sombría cara de Emerson se iluminó.

—¡Budge! —Gritó— ¡Qué idea tan deliciosa, Peabody!

—Mi querido Emerson, si alguien te oyera usar esas expresiones inapropiadas con tanta ligereza, podrías ser tristemente malinterpretado. Te conozco mejor, realmente no te gustaría ver al señor Budge vilmente asesinado…

—No —admitió Emerson—. Preferiría verlo vivo y sufriendo.

—¿Pero y si Budge no fuera la siguiente víctima? Hay un cierto número de eruditos sobre Oriente aquí en Londres, Emerson. Pronto habrá otro… el más grande, el más distinguido de todos ellos.

Emerson, que a juzgar por su sonrisa había estado planteándose con placer los sufrimientos del señor Budge, levantó la mirada. Mi sugerencia pareció alcanzarle de un golpe. Subió y bajó sus gruesas pestañas oscuras y movió los labios, como si buscara la palabra precisa, exacta. Finalmente la encontró.

—Loca —gritó—. De todas las absurdas teorías con las que has salido y, querida Peabody, han sido unas cuantas, ésta es la mayor… la más salvaje… la… Pero… pero debo recomponerme. Debo ejercitar ese severo control refinado por años de amarga experiencia.

—Realmente debes hacerlo —estuve de acuerdo—. Tienes la cara completamente congestionada, Emerson. Controla tus emociones o exprésalas, libérate de ellas. Haz trizas el periódico, Emerson. Rompe algo. Nunca me ha gustado ese jarrón…

Emerson saltó de la silla. Fue a coger el jarrón, pero lo pensó mejor. Se quedó en pie, rígido, con los puños apretados, murmurando inconexamente para sí mismo. Lentamente, la fiera oleada de rubor que había teñido sus mejillas remitió. Soltó una risita débil.

—Por un momento me tenías, Peabody. Qué bromista eres. Tú tampoco lo crees. Tan sólo te estabas burlando de mí.

No dije nada. No podía expresar la verdad por miedo a provocar otra tormenta de ira y una mentira era imposible para alguien de mi abierta y cándida personalidad.

—Era una excusa —caviló Emerson—. Tampoco muy buena, si se me permite decirlo; habitualmente sales con razonamientos más sensatos para implicarte en asesinatos. Te vas a entrometer, ¿no, Peabody?

—Pues no, Emerson. Jamás me entrometo.

Lector, digo la verdad. Nunca me he entrometido y nunca me entrometeré en los asuntos de otros. Es una palabra que aborrezco. Hay momentos en los que un leve apunte o una útil sugerencia pueden evitar sufrimientos innecesarios y no tengo escrúpulos en utilizarlos. Pero entrometerme… nunca.

Mi querido Emerson volvía a ser él mismo de nuevo. Un sano rubor calentó sus mejillas morenas, su irresistible risa le burbujeaba en la garganta y salía de unos labios que se habían separado para mostrar unos dientes blancos y fuertes. Me envolvió en sus brazos.

—Qué fría mentirosa eres, Peabody. Apenas puedes esperar para empezar. Antes de que llevemos un día en Londres ya estarás yendo a Scotland Yard, a ver a Budge, a la momia…

—Emerson, debo protestar por tu injusta, por no mencionar frívola… —pero no fui capaz de continuar con una discusión razonada, ya que las acciones de Emerson estaban teniendo, como ocurre con no poca frecuencia, un efecto peculiar en mi capacidad de concentración. Intenté una última protesta—. Emerson. Tienes las manos llenas de tinta del periódico, estoy segura de que estás dejando tus huellas por toda mi blusa, y qué va a pensar Wilkins cuando lo vea… ¡Oh, querido Emerson!

—¿A quién le importa lo que piensa Wilkins? —murmuró Emerson. Y me vi obligada a confesar que, con su habitual perspicacia, había dado de lleno en el corazón del asunto.

Creo que "supersticiosa" no es una palabra que nadie se atrevería a aplicarme a MÍ. ¿Amelia Peabody Emerson presa de irracionales y degradantes creencias? La única posible respuesta a una idea así sería una corta y áspera carcajada.

Y aun así, querido Lector, aun así… En un momento de mi vida me vi obligada a creer en la naturaleza premonitoria de los sueños, cuando una de esas visiones se hizo más tarde realidad, hasta el último espeluznante detalle. No insisto en que ese sea siempre el caso. Podría muy bien ser, como algunas autoridades declaran ahora (en el momento en que escribo estas palabras), que lo sueños reflejan otros elementos, si cabe más repugnantes… recuerdos bajos, raciales, desagradables, deseos antinaturales reprimidos y cosas del estilo. Yo no soy dogmática; mi mente está siempre abierta a nuevas ideas, por improbables y desagradables que puedan ser.

Pero ya está bien de divagaciones filosóficas. Es suficiente con decir que esa noche soñé: una visión tan horripilante como para qué, durante muchos años, su sólo recuerdo me hiciera estremecerme incontrolablemente.

Me acurrucaba en una mohosa oscuridad, temiendo no sabía qué. A mi espalda una fría pared de roca y fría piedra bajo las plantas de mis pies desnudos. Al principio había un absoluto silencio. Entonces, tan apagado en la distancia que podía no ser más que el murmullo de mi propio pulso sanguíneo, llegó un sonido. Gradualmente se hizo más fuerte. Se convirtió en un cántico profundo y solemne. Y entonces… entonces la anteriormente mencionada sangre se convirtió en hielo en mis venas, porque conocía esa música malvada.

Un resplandor acompañaba los cánticos y crecía con ellos. Las luces provenían de antorchas, en principio visibles solo como motas de llama moviéndose en lenta procesión. Se acercaron, la oscuridad cediendo ante la fantasmal iluminación.

Yo estaba de pie, o más bien agazapada, en una alta cornisa sobre una vasta cámara excavada en la roca viva. Las paredes pulidas, suaves como la seda, reflejaban y multiplicaban la luz de las antorchas. Éstas eran portadas por figuras vestidas de blanco coronadas por monstruosas máscaras: cocodrilo, halcón, león e ibis, talladas con apariencia real. La cámara se iba iluminando al situarse los portadores en sus posiciones, rodeando un altar bajo presidido por una monumental estatua. Era Osiris, señor de los muertos, juez divino; con el cuerpo envuelto en ceñidas envolturas de momia, los brazos cruzados sobre el pecho, las manos sujetando los cetros gemelos. La alta corona blanca y los hombros de alabastro, blancos como la nieve, brillaban pálidos en contraste con el simple negro de la cara y las manos (porque era así como los paganos egipcios representaban a sus deidades, un fenómeno interesante y aún sin explicar).

Caminando lentamente tras los portadores de antorchas, venía el sumo sacerdote. A diferencia de sus subordinados, que llevaban la cabeza afeitada, llevaba una gran peluca rizada con hilera sobre hilera de tirabuzones. La máscara que cubría su cara tenía rasgos humanos, rígidos como el rostro de la muerte. Tras un jadeo de horrorizado reconocimiento dejé de prestar atención a su aparición,

porque tras él, en lo alto de una litera transportada por esclavos desnudos, viajaba una figura que conocía.

Lo habían cargado de cadenas, contra las que sus poderosos músculos luchaban en vano. Los brazos desnudos y el pecho le brillaban como bronce pulido por el aceite con el que lo habían ungido y el sudor de la lucha, enseñaba los dientes y le brillaban los ojos. Pero ni siquiera con una valentía como la suya podía vencer; mientras las profundas voces se elevaban y caían en terribles invocaciones, unas bruscas manos lo arrancaron de la litera y lo lanzaron sobre el altar. El sumo sacerdote avanzó, con el cuchillo del sacrificio en la mano. Y entonces… oh, entonces… incluso ahora me falla el corazón al recordarlo… los ojos color zafiro del maldito hombre se volvieron hacia donde yo permanecía inmóvil, encontrándome incluso en la oscuridad y sus labios formaron una palabra…

—¡Peabody! ¡Peeeeeabody!

—¡Emerson! —me estremecí.

—¿Qué demonios te ocurre? —Preguntó Emerson—. Gruñías y te retorcías como un cochinillo hambriento.

La suave luz del amanecer de primavera iluminó el amado rostro sin afeitar, el pelo revuelto, los ojos soñolientos y el familiar ceño.

—Oh, Emerson… —le eché los brazos al cuello.

—Humm… —dijo Emerson con voz satisfecha—. Ninguna objeción a un cálido, suave y contoneante pequeño…

Pero el resto de la conversación no tiene importancia en la presente narración, de hecho me temo que ya he dicho demasiado.

No creí conveniente contarle mi sueño a Emerson. Por un lado le hubiera recordado esa otra visión que él había visto convertida en realidad con sus propios ojos, cuyo recuerdo aún tenía efectos perniciosos en su tensión arterial. Por otro lado, hubiera provocado maleducados improperios y comentarios sobre intervenir. Emerson jamás me obligaba ni me impedía hacer nada, conocía la inutilidad de eso. Pero me había rogado que no me implicara en otro caso criminal más. Tenía mucho trabajo que hacer ese verano, comentó patéticamente, y se negaba rotundamente a ser distraído de nuevo.

Por supuesto todo terminaría como siempre lo hacía, con los dos mano a mano, socios iguales tanto en el descubrimiento como en la arqueología, la nariz tras el rastro de otro villano despiadado. Así,

Emerson tendría la satisfacción de hacer lo que anhelaba en secreto y la satisfacción más grande de culparme a MÍ de todo. He observado que ésta es la artimaña predilecta de los maridos, y aunque Emerson sea infinitamente superior a la mayoría de la especie, no está enteramente libre de las debilidades masculinas.

En cuanto a mí, mi decisión ya había sido tomada. El sueño espantoso no podía ser un presagio literal de cosas por venir. Aunque mi entrenado cerebro de erudita había funcionado incluso en sueños, trazando una interpretación razonable para el disfraz del sacerdote y el dios tallado, había habido varias inexactitudes en el guión. Por una cosa. Los egipcios no practicaban los sacrificios humanos, por lo menos no en el período representado. Por lo menos…

Me prometí que investigaría esa cuestión más tarde. Ahora mismo sólo podía pensar en Emerson. El sueño había sido una advertencia. No es que Emerson estuviera en peligro de ser sacrificado en un altar no existente, a un Dios cuyo último adorador murió hace varios milenios, eso sólo era el símbolo que mi mente soñadora había escogido para advertirme algún tipo de peligro que amenazaba a mi amado marido. ¿Supersticiosa? ¡No, no lo soy! Pero sería la primera en reconocer, no, en insistir, que el cariño profundo de Emerson hacia mí está atado con lazos de acero (por citar al poeta), constituye una unión profundamente mística, y bajo esas circunstancias todo es posible. Todavía no tenía pruebas reales de que mi teoría fuera correcta. Pero si lo fuera, oh, querido Lector, si lo fuera… si algún nuevo asesino homicida acechara en las calles cubiertas de niebla de Londres por la noche, buscando no a mujeres abandonadas y desgraciadas sino a egiptólogos…

Ignorar esa posibilidad habría sido faltar a mis obligaciones como esposa y arriesgar la destrucción de todo lo que estimaba (excepto, por supuesto, de Ramsés). Por lo tanto completé mis tareas restantes enseguida y a la mañana siguiente salimos para Londres.

La primera parte del viaje fue agradable, por senderos rurales hundidos donde las flores de zarzamora salvaje se trenzaban entre los setos espinosos, y por campos frescos con el verde de nuevas cosechas. Sin embargo, el carruaje era muy estrecho para nosotros cinco, especialmente cuando tres de los cinco eran niños. Diez

minutos después de atravesar las puertas de Amarna House empezaron a preguntar cuándo llegaríamos. Emerson, que se irrita con la inactividad, fue casi tan malo como ellos. Él había propuesto tomar el tren a Londres, dejando que yo llevara a los niños y el equipaje. Es innecesario decir que inmediatamente acallé esa idea. Violet, Percy y yo ocupamos un asiento, con Ramsés y Emerson enfrente. De esta manera esperaba evitar las riñas algo groseras que a menudo ocurrían entre los chicos cuando estaban juntos.

Sin embargo, Ramsés estaba de un humor sombrío ya que iba sin su compañera constante. La gata Bastet había desaparecido.

La causa de su extraña conducta se aclaró después de que llegáramos a casa. La congregación de lo que parecían ser todos los felinos machos en quince kilómetros a la redonda no dejaba lugar a dudas, por lo menos en mi mente, de lo que se estaba tramando, y aunque muestro mucha comprensión hacia la expresión de excitabilidad amatoria en hombres o bestias, debo decir que la llegada de los admiradores de Bastet se añadía considerablemente a mis dificultades. Sus maullidos apasionados llenaban la noche y se hacía imposible dormir; luchaban entre ellos y con los perros. Fue un alivio cuando por fin escogió a un pretendiente de entre el resto y se fugó con él. Pero no había vuelto cuando nos marchamos y me vi forzada a rechazar la súplica de Ramsés de que esperáramos su regreso. Nunca habría sido lo bastante cruel para decirle lo que temía, que ese acontecimiento quizás se demorara indefinidamente. No temía por su supervivencia. Era más grande y más fuerte que la mayoría de los gatos domésticos y había crecido en el inhóspito desierto egipcio. Había venido desde la naturaleza salvaje, consintiendo amablemente en compartir nuestras vidas por un tiempo; y a lo salvaje quizá había vuelto. Esta posibilidad nunca se le había ocurrido a Ramsés; él asumía que la devoción de la gata hacia él era tan profunda como la de él a ella. Una noción conmovedora e infantil… y dado que era una de las pocas nociones infantiles jamás expresadas por Ramsés, escogí no desengañarlo.

Con Ramsés hundido en un silencio meditabundo, Emerson moviéndose nerviosamente, Percy soltando preguntas como un rifle de repetición y Violet poniéndose cada vez más pegajosa por los dulces que chupaba (un suministro de estos era el único método de evitar que gimoteara), no puedo decir que disfrutara del viaje. Sin

embargo toda la angustia debe terminar por fin; los campos verdes cedieron a las casas de campo suburbanas y luego al páramo de ladrillos y mortero que es la ciudad. Después de cruzar el puente debajo del cual fluía el agua gris lentamente y de aguantar el caos del tráfico que llenaba el Strand, llegamos a la relativa paz de la plaza St. James.

Nos estaba esperando el almuerzo, pero Emerson anunció que él no lo compartiría.

—¿Vas a salir? —Pregunté.

Mi tono fue tranquilo y agradable como espero que siempre sea, pero Emerson lee los secretos más profundos de mi corazón. Retorciendo el sombrero entre las manos y tratando de evitar mi mirada atenta, dijo:

—Bien, Peabody, no hay nada que pueda hacer aquí. Si pudiera ayudarte…

—Oh, tampoco tengo algo que hacer, Emerson. Sólo acomodar a los niños, desembalar, hablar con el cocinero sobre la cena, explicar a las criadas que de ninguna manera deben tocar alguno de los experimentos de Ramsés y contestar a una docena de cartas y notas…

—¿Qué cartas y notas? —Preguntó Emerson—. Maldición, Amelia, no me distraeré con obligaciones sociales. ¿Cómo han sabido los escritores de esas notas y cartas que íbamos a estar en Londres?

—Supongo que las noticias generalmente se saben —contesté—. Evelyn informó al personal del momento esperado de nuestra llegada y sabes que los sirvientes cotillearán sobre los quehaceres de personas como nosotros.

—Y tú escribiste a todos los que conocemos invitándolos a visitarnos —se quejó Emerson.

—Sólo a esos amigos profesionales que sé que te gustaría ver, Emerson. Howard Carter y el señor Quibell, Frank Griffith, que está en el University College…

—Entonces lee tus malditas notas y cartas, y contéstalas. Pero no esperes que asista al almuerzo, al té y en el entretenimiento. ¡Tengo trabajo que hacer, Peabody!

Poniéndose el sombrero de golpe sobre la cabeza, cargó hacia la puerta.

De hecho, mi querida Evelyn había hecho todo lo posible para hacer que nuestra residencia temporal en Londres estuviera tan libre de preocupaciones como pudiera. Siembre había una cantidad mínima de personal en Chalfont House, con sueldo y alojamiento cuando la familia no estaba en la residencia. En realidad el personal era más numeroso de lo que se requería, puesto que Evelyn, que tiene el corazón más amable del mundo, siempre aceptaba a chicas jóvenes desaliñadas y les ofrecía refugio. El ama de llaves, aunque nada desaliñada y ciertamente no joven, también era un objeto de su caridad; una relación lejana de la madre de Evelyn, muerta hace mucho. Había sido la esposa de un clérigo de aldea y había quedado en la indigencia y sin ocupación con la muerte de su marido. Siendo intensamente consciente de las tribulaciones de esta clase de mujeres, damas sin educación, instrucción, o sin recursos, Evelyn le había proporcionado no sólo un refugio, sino un propósito y una ocupación. La señora Watson había respondido con una determinación agradecida por ser de utilidad para su amable empleadora. Las jóvenes chicas que instruía, algunas de ellas rescatadas de situaciones tan horribles que temería poner a prueba la compasión del lector contándolas, la miraban como a una madre, y la mayoría de ellas conseguían excelentes trabajos o matrimonios.

Sabiendo que esta buena señora tendría los asuntos bajo control, me había sentido culpable de la leve exageración cuando me quejé a Emerson; aún así, había varias cosas que discutir antes de que se estableciera la rutina tranquila y me acomodé con al señora Watson para discutirlas.

No habíamos traído a ninguno de nuestros sirvientes con nosotros. Rose era mi segundo al mano, Amarna House no podía funcionar sin ella. Wilkins daba, para ser bastante honesta, más problemas de los que valía. Había considerado traer a John, dado que estaba acostumbrado a nuestras maneras (incluso a las momias de Ramsés) pero habría sido poco amable pedirle a John que dejara a su pequeña familia.

La señora Watson me aseguró que no habría dificultades.

—Sólo nos han dejado tres de nuestras chicas, pero hay muchas más de donde vinieron.

—Desafortunadamente —dije, suspirando.

—Sí. —El ama de llaves sacudió la cabeza. Continuaba siendo

partidaria del vestido formal de su juventud y nunca la había visto sin una cofia sobre su hermosa cabeza blanca. Estas cofias traicionaban un toque inesperado de frivolidad, cada una era más extravagante que la anterior con las cintas, el encaje y los lazos. Ese día parecía que un grupo entero de grandes mariposas azul lavanda se había acomodado sobre su cabeza.

—Pondré un anuncio en el *Post* —dije—. Queremos a alguien que vigile a los niños. Una niñera para la pequeña Violet; para los chicos, alguien… eh… más firme.

—¿Un tutor?

—Un guardia —contesté—. ¿Cree que alguno de los lacayos…?

—Son buenos muchachos —replicó el ama de llaves sin estar convencida—. Pero ninguno está bien educado y sus hábitos no son precisamente lo que usted desearía que su hijo adquiriera.

—No estoy tan preocupada por educar a Ramsés como por evitar que se mate, o a su primo —dije—. No se llevan bien, señora Watson. Se lanzan constantemente a la garganta del otro.

—Los chicos siempre serán chicos —dijo la señora Watson con una sonrisa tolerante.

—Humm —dije.

—Una de las criadas, Kitty o Jane, podría hacerlo bastante bien en la guardería durante un tiempo —reflexionó la señora Watson—. Y Bob es un hombre joven y fuerte…

—Le dejaré eso a usted, señora Watson. Tengo total y plena confianza en su juicio. —Habiendo concluido estos arreglos tomé mi sombrero y mi parasol, y salí de casa.

Era un bonito día de primavera. Una brisa fuerte del noroeste había limpiado parte del humo y se veía un retazo ocasional de cielo azul. Me puse en camino con una zancada vigorosa, mirando con desprecio y compasión a las otras damas que veía enfundadas en apretados corsés y oscilando sobre zapatos de tacones altos, casi eran incapaces de moverse, mucho menos de una buena caminata saludable. Pobres víctimas insensatas de los mandatos de la sociedad, pero (me recordé) víctimas dispuestas, como las mujeres mal informadas de la India que luchan por lanzarse a sí mismas a las piras fúnebres de sus maridos bígamos. Las cultas leyes inglesas habían puesto fin de forma oficial a esa costumbre horrorosa, qué lástima que la opinión inglesa fuera tan ignorante con respecto a la

opresión de las mujeres inglesas.

Reflexionando de ese modo, no fui consciente de los pasos que llevaban el mismo ritmo que los míos hasta que una voz jadeante observó detrás de mí:

—Buenas tardes, señora Emerson.

Sin moderar mi ritmo, contesté:

—Buenas tardes, señorita Minton y adiós. No tiene sentido que me siga ya que no voy a hacer nada que interese a sus lectores.

—¿Va a detenerse un momento, por favor? Camina tan rápidamente que no puedo mantener el ritmo y hablar al mismo tiempo. Quiero disculparme.

Me vi forzada a parar, porque Regent Street, que me proponía cruzar, estaba llena de acera a acera con vehículos en movimiento. La señorita Minton dijo:

—Me comporté muy mal. Estoy muy avergonzada de mí misma. Sólo que… fue todo por culpa de él, señora Emerson. Me irrita tanto y entonces actúo sin pensar en las consecuencias.

Aprovechando una interrupción en el tráfico, avancé para cruzar la calle. La señorita Minton estaba tras mis talones, aunque un ómnibus casi la golpea.

—Presumo que se refiere al señor O'Connell —dije.

—Bien… sí. Aunque él no es peor que los otros. Es un hombre de mundo, señora Emerson, y si una mujer quiere abrirse camino, debe ser tan grosera y agresiva como ellos.

—No a riesgo de perder su feminidad, señorita Minton. Una puede tener éxito en cualquier profesión y todavía ser una dama.

—Eso es ciertamente verdad para usted —dijo la señorita Minton con seriedad—. Pero usted es única, señora Emerson. ¿Puedo confesarle algo? La he admirado desde que leí por primera vez sus aventuras en Egipto. Una de las razones por las que he seguido esta historia tan infatigablemente es que esperaba que me diera la oportunidad de conocerla, mi ídolo, mi ideal.

—Humm. Bien, señorita Minton, yo ciertamente siento simpatía por sus aspiraciones y comprendo que la profesión que usted ha escogido exige demandas difíciles en una mujer.

—¿Entonces me perdona? —preguntó la señorita, apretándose las manos.

—A los cristianos se les requiere que perdonen y espero realizar

siempre mi deber cristiano. No le guardo ningún rencor, pero eso no significa que tenga intención de cooperar con usted en su búsqueda de éxito.

—Por supuesto que no. Eh… ¿no irá por casualidad a Scotland Yard, verdad?

La miré bruscamente y vi que sus labios se habían curvado en una sonrisa.

—Ah —dije—. Una pequeña broma a mi costa. Muy divertida, ciertamente. De hecho, voy a insertar un anuncio en el *Post*. Ninguna de sus notas misteriosas en los consultorios sentimentales, sino una petición sencilla de un sirviente. Después de eso voy a encontrarme con mi marido en el Museo Británico, donde está trabajando, no en el problema misterioso de la momia, sino en su historia del antiguo Egipto. Todo muy inocuo e inocente, como ve; tiene libertad de seguirme si quiere, dado que no puedo impedírselo, pero será una pérdida de tiempo así como una larga y agotadora caminata.

La señorita Minton abrió los ojos de par en par.

—¿Va a ir caminando a Fleet Street y luego a Bloomsbury?

—Ciertamente. *Mens sana in corpore sano*, señorita Minton; un *mens sana* depende, en mi opinión, de un *corpore sano*, y el ejercicio regular…

—Oh, estoy bastante de acuerdo —exclamó la señorita Minton —. Y ahora comprendo su apariencia juvenil y su figura atractiva y en forma. Espero que no le importe que lo diga.

Negué con la cabeza, sonriendo; realmente la chica tenía unos modales encantadores, cuando elegía mostrarlos.

—Y su traje —continuó—, práctico y aún así favorecedor. De buen gusto y cómodo.

—Desearía poder decir lo mismo del suyo —contesté afablemente—. No es que su vestido no sea muy bonito. Observo que las mangas se han vuelto aún más grandes, aunque no habría supuesto que fuera posible, y la anchura de su falda le permite andar libremente sin envolver sus miembros con tejido excesivo. El color, ¿cómo lo llaman este año? azafrán, mostaza, vara de oro, se funde con su tez. Y esas trenzas en muñecas y solapas… mejor que se abotone el abrigo, señorita Minton, el viento es un poco fresco. Aquí, permítame. Sí, como sospechaba, su corsé está demasiado

apretado. Es una maravilla que pueda respirar.

Continué dándole un pequeño sermón sobre los efectos malvados de un corsé apretando los órganos internos, el cual escuchó sin intentar ocultar su interés. De repente dijo impulsivamente:

—Qué interesante es todo esto. Señora Emerson, ¿podría, sería posible que accediera en detenerse y tomar una taza de té conmigo mientras continuamos esta discusión?

Vacilé, pero verdaderamente era reacia a abandonar la esperanza de convertir a otra joven a las ventajas del vestido racional y salvar así su salud, o incluso su vida. Ella continuó de manera persuasiva:

—No perderá el tiempo, lo prometo; pero así me permitirá el gran placer de hacer un pequeño servicio por usted, como disculpa y agradecimiento estaré feliz de insertar su anuncio en el *Post*. En cualquier caso voy a Fleet Street. Esto le ahorrará un gran número de pasos, así puede ir directamente al Museo.

Gesticulando con el paraguas, indicó una tienda cercana. Reconocí el nombre; era una de la línea de cafeterías que ofrecían comida, según me habían dicho, a damas respetables de la clase profesional, de las que había un número creciente. (Aunque no tanto como debería haber habido).

Tuvimos una pequeña conversación agradable. La conversación discurrió por muchos temas, desde las modas a los derechos de las mujeres, del matrimonio (institución hacia la cual tengo ciertas objeciones graves, aunque personalmente mi experiencia ha sido casi enteramente positiva) a la profesión del periodismo. Sin embargo confieso (como el lector ya ha sospechado) que mi interés principal fue extraer sutilmente de la señorita Minton todo lo que sabía del caso de la momia maligna.

La señorita Minton estuvo de acuerdo conmigo en que la identidad del lunático con el traje sacerdotal era de primordial importancia. Su carácter esquivo hasta rayaba lo sobrenatural; decir, como hacían los relatos más sensacionalistas, que tenía el hábito de desaparecer en el fino aire era indudablemente una exageración, pero metafóricamente era una descripción razonable. Sin embargo la señorita Minton insistió en que hasta ahora había eludido la persecución principalmente porque nadie estuvo

interesado especialmente en seguirlo.

—Era solamente un loco entre muchos —dijo, sonriendo cínicamente—. Ahora, sin embargo…

—Pensaba que la policía no creía al testigo que declaraba haberlo visto cerca de la escena del asesinato.

—Eso dicen. Pero eso puede ser sólo una estratagema por parte de Scotland Yard, para tranquilizarlo con una sensación de falsa seguridad. En cualquier caso, él es objeto de considerable interés para la prensa. ¡Cómo adoraría ser la que le prendiera y lo desenmascara! ¡Qué golpe periodístico! —Los ojos le destellaron.

—Tiene un plan en mente —dije sagazmente—. ¿Implica por casualidad a su joven amigo del Museo?

—¿Eustace? —La chica rió a carcajadas alegremente—. Vaya, no. A Eustace nada le gustaría más que verme abandonar el caso y la profesión del periodismo.

—Pero usted no tiene escrúpulos en utilizarlo —dije—. Qué vergüenza, señorita Minton. Aprovecharse de los sentimientos cariñosos de un joven para extraer información es realmente… ¿Presumo que usted conocía al hombre asesinado?

—Sí. —Vaciló por un momento, pero mi alentadora sonrisa y el aire expectante fueron demasiado como para que se resistiera—. No debería decirlo, pero por lo que he oído, el señor Oldacre no fue una gran pérdida.

—Extraño. Emerson dijo lo mismo.

—Tuve la ocasión de conocerlo un poco mientras perseguía mi investigación inicial —continuó la chica. La boca suave se endureció en repugnancia—. Un bribón de habla suave, y zalamero con las manos húmedas, ya sabe lo quiero decir, señora Emerson, y ojos que parecían atravesar la ropa de una. Era excesivamente familiar con sus iguales y adulaba a los superiores, siempre tratando de imitar un estilo de vida que no podía permitirse ni apreciar…

—Ah —dije intensamente—. ¿Entonces tenía deudas?

—Constantemente.

—Entonces quizás fue un prestamista quién lo mató.

—Los prestamistas no matan a la gallina de los huevos de oro —dijo la señorita Minton—. Tampoco continúan prestando dinero sin la seguridad. Oldacre no era rico y su salario del Museo no era suficiente para mantener el nivel de vida que deseaba. Ve a dónde

voy ¿verdad, señora Emerson?

—Chantaje.

—Cierto. Y las víctimas de chantajistas a veces se vuelven contra sus torturadores.

—Pero esa teoría provoca más preguntas que respuestas —dije —. ¿A quién chantajeaba y por qué razón? ¿Y qué tiene que ver el sacerdote loco con el asunto? Razona ingeniosamente, señorita Minton, pero le falta mi experiencia en estos asuntos, y debo decirle…

Algo que al final hice, concluyendo:

—Bien, querida, le deseo suerte. Sería un placer ver a una mujer tener éxito donde los arrogantes hombres fallan.

Sus ojos brillaron.

—Si se siente de ese modo… —empezó.

—Usted no debe contar con mi ayuda, señorita Minton. No tengo ningún interés en el caso. Ni tengo el tiempo de seguirlo. Estaré muy ocupada este verano. Ayudando al profesor con su libro sobre la historia del antiguo Egipto, preparando nuestro informe de la excavación para su publicación, asistiendo a la reunión anual de la Sociedad para la Conservación de los Monumentos del Antiguo Egipto (donde he prometido leer un ensayo sobre la inundación de la cámara de enterramiento de la Pirámide Negra)… oh, un sinfín de asuntos. Así que mejor que siga mi camino.

Nos separamos con la certeza de la consideración mutua y le di las gracias otra vez por encargarse de mi recado.

Esperé hasta que su figura delgada y elegante estuviera fuera de la vista antes de empezar a andar. Nunca habría permitido que ella viera la dirección que tomaba, no hacia Piccadilly y Shaftesbury Avenue, la ruta más directa a Russell Square, sino para seguirla, al Strand y al Embakment. Caminé de manera alegre, balanceando mi parasol, puesto que me sentía bastante contenta de mí misma. No había contado ni una mentira (un hábito que deploro), pero había logrado alejarla del rastro.

Emerson habría dicho que fue por ser tan pagada de sí misma. ¿Pero quién podría haber sospechado que esa cara sonriente era capaz de ocultar tal duplicidad oscura?

Ciertamente no un individuo tan franco y honesto como yo.

Capítulo 6

Hasta ahora todas mis investigaciones criminales habían ocurrido en el Oriente Próximo, así que nunca había tenido ocasión de visitar el Nuevo Scotland Yard. Por supuesto, había observado el edificio con interés profesional siempre que pasaba por delante y no estaba de acuerdo con los ascetas que se burlaban de su arquitectura. El ladrillo rojo con bandas de piedra blanca de Portland le daba un encanto pintoresco, y los torreones redondeados en cada esquina sugerían un castillo señorial. Su apariencia puede haber estado en desacuerdo con su función sombría, pero no veo razón por la que las prisiones, las fortalezas, las fábricas y otros lugares de confinamiento, no deban parecer atractivos.

Estando acostumbrada a los caprichos de los funcionarios de la policía egipcia y a la ordinariez de sus superiores ingleses, me sentí gratamente sorprendida por la eficiencia y afabilidad con que fui recibida. Al preguntar por la persona al cargo del asesinato del señor Oldacre, fui acompañada inmediatamente a una (bastante triste) oficina con ventanas que daban al Embankment. Contenía dos escritorios, tres sillas, varios armarios y dos hombres; uno un policía uniformado, el otro un hombre enjuto y canoso tan demacrado como cualquier momia, que más bien parecía que la piel de su cara tenía mil arrugas. Cuando se anunció mi nombre se apresuró a saludarme con los finos labios estirándose como si tratara de sonreír.

—¡Señora Emerson! No necesito preguntar si usted es la señora Emerson; conozco su apariencia por los retratos que han aparecido de vez en cuando en los periódicos. Siéntese. ¿Le gustaría una taza de té?

Acepté, en parte por cortesía y en parte porque tenía curiosidad

por ver qué tipo de bebida preparaban en los recintos de Scotland Yard. Después de desempolvar la silla que me ofreció, tomé asiento, y el policía se apresuró a hacer lo que su jefe había ordenado.

—Soy el inspector Cuff —dijo el caballero canoso, sentándose detrás de su escritorio—. La estaba esperando, señora Emerson. Verdaderamente esperaba que me hiciera el honor de visitarme.

Los labios habían abandonado la lucha por formar una sonrisa, pero había un centelleo amistoso, por no decir de admiración, en sus agudos ojos grises. Estaba agradecida y así se lo dije, añadiendo:

—Me disculpo por no haber venido antes, inspector. La familia y los deberes profesionales, ya sabe.

—Lo comprendo bastante, señora. Pero usted también tiene un deber ante los ciudadanos de Inglaterra y ante la Policía Metropolitana para ayudarnos con sus famosos talentos en el área de la detección del crimen.

Bajé los ojos modestamente.

—Oh, en cuanto a eso, inspector, apenas puedo reclamar…

—No necesita ser reservada conmigo, señora Emerson. Lo sé todo acerca de usted. Tenemos a un conocido mutuo, que también es admirador suyo. El señor Blakeney Jones, que anteriormente aconsejó a la Policía de El Cairo.

—¡El señor Jones, por supuesto! Lo recuerdo bien. Me tomó declaración una vez, cuando pude entregarle un par de criminales habituales que me habían estado molestando. ¿Regresó a Londres, entonces?

—Sí, hace más o menos un año. Lamentará no haber estado aquí, actualmente está de vacaciones.

—Déle por favor mis recuerdos la próxima vez que lo vea. —Me quité los guantes, crucé las manos y miré a Cuff con seriedad—. Pero basta de cumplidos, inspector. Vayamos a los asuntos.

—Ciertamente, señora. —El centelleo fue mucho más evidente —. ¿Cómo puedo ayudarla? ¿O ha venido a ayudarme?

—Espero poder ser de utilidad, inspector. Pero en este momento, estoy buscando información. Cuénteme todo acerca del asesinato.

Al señor Cuff le dio un ataque de tos. El policía volvía en ese momento con dos pesadas tazas blancas conteniendo una infusión oscura, así que entregué una al inspector.

—Gracias, señora. Es la endemoniada, perdóneme, niebla de

Londres. Puede irse, Jenkins, no le necesitaré.

Después de que el policía saliera, Cuff se recostó en su silla.

—En cuanto al asesinato, temo que sabemos poco más de lo que sabe el público. La gravedad de la herida y el hecho de que no se encontrara ningún arma elimina la posibilidad del suicidio. Faltaban el reloj del muerto, la bolsa y otros objetos de valor…

—Pero sin duda el robo no fue el motivo para matarlo —interrumpí.

—Eso es correcto, señora Emerson. Un vagabundo errante, del tipo que ronda nuestras calles de noche, se topó con el cuerpo y lo despojó de los objetos de valor. Tenemos al hombre en custodia, de hecho; lo conocemos bien, pero no creemos que matara al señor Oldacre.

—Hasta ahora usted no me ha dicho nada más que lo que es de dominio público —dije—. Y ni eso. ¿Qué hay del extraño mensaje atrapado entre los dedos tiesos del cadáver?

—Si lo pone así —dijo el inspector Cuff con admiración—. Sí, el mensaje. Tengo una copia aquí.

El desorden de su escritorio sólo era superado por el de mi querido marido; y, como Emerson, Cuff era capaz de poner la mano instantáneamente sobre el papel que deseaba. Sacándolo de debajo de un montón de otros documentos, me lo entregó.

—Son verdaderos jeroglíficos —dije—. Pero no existe tal texto en la literatura egipcia. El mensaje parece decir, "la Muerte le vendrá con alas veloces al que invade mi tumba".

—Así me lo han dicho otras autoridades, señora.

—¿Entonces por qué me pregunta? —Pregunté, tirando el papel sobre el escritorio.

—Pensé que me había pedido verlo —dijo Cuff sumisamente—. Además, nunca duele preguntar a otro experto, especialmente a uno tan talentoso como usted misma. Quizás le gustaría llevarse esta copia y mostrársela al profesor.

—Gracias, creo que lo haré. Aunque debo advertirle, inspector, que si puedo persuadir a Emerson para que le ayude, tendrá que tratar con él con tacto. Tiene pequeños prejuicios en contra de que yo ayude a la policía.

—Así me han informado —dijo el inspector Cuff.

Seguí con mis preguntas, pero me vi forzada a creer que la

policía estaba, como de costumbre, desconcertada. La historia de que el sacerdote había sido visto cerca del cuerpo fue desechada por el inspector con su rara versión de sonrisa.

—El testigo estaba intoxicado, señora Emerson. Tiene el hábito de ver visiones, serpientes, dragones, y… eh… mujeres ligeras de ropa.

—Ya veo. Inspector, ¿se le ha ocurrido que podemos tener a otro Jack el Destripador entre manos?

—No —dijo el inspector con lentitud—. No, señora Emerson, no puedo decir que se me haya ocurrido.

Estaba claramente impresionado por mi teoría y prometió que reexaminaría la evidencia a la luz de esa sugerencia.

—Sin embargo —agregó—, a menos que, Dios lo prohíba, haya otra muerte, no creo que podamos insistir en esa teoría… todavía. Esperar y ver, señora Emerson; ese será nuestro lema, ¿eh? Esperar y ver.

Colocando el dedo a un lado de la nariz como san Nicolás, con quién no tenía ningún otro parecido, me guiñó un ojo.

Nos separamos en los términos más agradables. No podía evitar que me gustara el hombre, se expresaba tan agradablemente; pero mientras salía del edificio me permití una pequeña sonrisa irónica. Si el inspector Cuff pensaba que me había engañado con sus cumplidos y su vil taza de té, estaba lamentablemente equivocado. Sabía más de lo que me había contado. Él era como todos los otros irritantes policías con los que me había topado, no estaba dispuesto a admitir que una mujer podría igualar (la modestia me impide decir “superar”) su habilidad en la investigación. ¡Bien, como el inspector había dicho… veríamos!

Dado que se me acababa el tiempo, y no porque estuviera cansada que no lo estaba, llamé a un coche de alquiler que me llevó, con la rapidez por la que estos vehículos son justamente famosos, a Great Russell Street. Deseo poder decir que la vista del Museo llenó mi pecho de una admiración respetuosa hacia este centro del aprendizaje y tesoro arqueológico, pero de hecho no puedo. El diseño original imitando al de un templo griego era bastante atractivo, pero en la treintena de años desde que se había completado el aire mugriento de Londres lo había vuelto de un negro grisáceo profundo y deprimente. En cuanto a la condición de

las exposiciones… Bien, para estar segura, el lugar está abarrotado y siempre lo ha estado, a pesar de la constante adición de nuevas alas y galerías; pero no hay ninguna excusa para los carteles inexactos en las exhibiciones y la ignorancia de los llamados "guías", que repiten estas inexactitudes a visitantes desinformados pero honestos. Lo que se necesita en el Museo Británico, como yo siempre he dicho, es una directora femenina.

Emerson no estaba en la Sala de lectura ni en su "estudio". No había esperado que estuviera, así que continué inmediatamente a las Galerías egipcias del piso superior.

La Segunda Galería egipcia estaba aún más abarrotada de lo que lo había estado la primera vez que la visité. El conjunto era cosmopolita (e incluso políglota, ya que había presente uno o dos turbantes hindús, y los dialectos de Yorkshire, Escocia y de otros distritos remotos que apenas pueden ser considerados idénticos al inglés). Damas a la moda, cotilleando y riéndose detrás de manos enguantadas, se frotaban los codos con tenderos y empleados imperturbables, ataviados pulcramente con trajes a cuadros innombrables. Había varios niños, así como unos individuos que portaban el sello inconfundible de periodistas; e incluso un fotógrafo, con sólo sus piernas visibles bajo la capucha negra de la cámara. Requería muy poca inteligencia deducir que algún acontecimiento especial estaba a punto de suceder.

Era imposible ver, y mucho menos acercarse al célebre sarcófago de la momia. Avancé entre la multitud hasta que alcancé a un caballero de piel morena que lucía un turbante púrpura y una enorme barba negra.

—Hola, Peabody —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo, Emerson.

—Cuando vi la nota en el periódico, asumí que vendrías. El señor Budge va a dar una charla. ¿Cómo podría resistirme a la oportunidad de mejorar mi comprensión de la egiptología?

El sarcasmo feroz de su voz no puede ser descrito.

Contesté:

—Dejando eso aparte, Emerson, preferiría preguntar qué estás haciendo aquí con ese disfraz inusual. La barba es algo excesiva, ¿no crees?

Emerson se acarició el apéndice en cuestión con cariño. Había

llevado barba cuando lo vi por primera vez y se la había afeitado ante mi petición, pero yo siempre me había preguntado si la echaba de menos.

—Es una barba espléndida, Peabody. No toleraré críticas.

—No quieres que el señor Budge te reconozca, ¿verdad?

—Oh, vamos, Peabody, no me tomes por tonto —gruñó Emerson —. Estoy aquí por lo mismo que tú. El loco tiene que aparecer, debe leer los periódicos, y no podrá resistirse a un enfrentamiento como este. Pienso atrapar al bribón y terminar estas tonterías.

—La barba debería ser una gran ayuda, Emerson.

Emerson se evadió de contestarme a causa de un bullicio en la parte distante de la galería, anunciando la llegada del señor Budge. Estaba rodeado por guardias, quienes, de una manera algo brusca, despejaron un espacio entre el sarcófago en exhibición y la cámara. El señor Budge posó, un destello y la voluta de humo presagiaron la toma de una fotografía.

Uno sólo podía esperar que le favoreciera. Estaba al final de la treintena, pero parecía más viejo. Por citar a un colega norteamericano nuestro (el señor Breasted de Chicago, a quién Emerson consideraba uno de los más prometedores de la generación más joven de egiptólogos), Budge era "gordito, torpe y con una cara mustia", su apretón de manos "tenía toda la calidez amistosa de la cola de un pez". Ojos estrechos y fríos que bizqueaban sospechosamente desde detrás de sus gafas gruesas. Sus superiores en el Museo lo miraban con una mezcla de aprobación y aversión; aprobación porque llenaba los vestíbulos del Museo con objetos selectos, aversión porque sus métodos de adquirirlos atraían una mala reputación a cada miembro respetable de la comunidad arqueológica. Había escrito autoritaria e inexactamente sobre prácticamente cada tema erudito en asiriología así como en egiptología. Las historias de sus prácticas dudosas, que iban desde el soborno y el fraude aduanero al robo descarado, proporcionaban chismorreos para el té de todo el mundo erudito sobre oriente.

Ese era el hombre que se enfrentaba a su audiencia y se preparaba para dar una conferencia sobre la momificación en el antiguo Egipto.

La conferencia fue la mezcla usual de Budge de erudición prestada y fanfarronería. Siguió introduciendo referencias al Papiro

de Ani, uno de los premios del Museo que había sido adquirido por Budge bajo circunstancias que sólo podían ser descritas como dudosas en extremo. Dado que es un papiro funerario, supongo que había alguna excusa para utilizarlo en ilustrar el ceremonial de la muerte; pero la audiencia, que había ido para oír sobre princesas, maldiciones y la ciencia mágica del antiguo Egipto, comenzó a impacientarse. Las señoras volvieron a cuchichear y reír tontamente y algunos de los oyentes empezaron a vagar.

Budge hablaba de forma monótona.

—El corazón del difunto era pesado contra la pluma, emblema del Derecho y la Verdad o la Ley. Esta ceremonia era realizada…

Por una vez Emerson no avivó la conferencia con comentarios sarcásticos. Siguió rascándose la barba (supongo que el adhesivo picaba) y rastreando la sala. Como yo no tenía la ventaja de su altura poco podía ver, pero reconocí a Kevin O'Connell a pesar de que tenía la gorra bajada sobre su frente, ocultándole el cabello. No lejos de él estaba el conjunto azafrán familiar (o vara de oro), y en silencio elogié a la señorita Minton por el ejercicio perseverante de su profesión. Ella no había dejado caer su intención de asistir a la conferencia, pero yo no le había mencionado mi intención a ella tampoco.

Unas pocas personas más salieron y otras entraron. No había nadie que se lo impidiera, aunque el cuarto se estaba volviendo incómodamente abarrotado. Los guardias habían caído en ese estado de reposo vertical tan característico de su casta, y en este caso apenas se les podía culpar.

Habiendo atravesado laboriosamente los aspectos espirituales del ritual funerario egipcio, Budge se lanzó a una discusión sobre los métodos de embalsamamiento y la audiencia se animó. Las citas estándar de Herodoto fueron recibidas con estremecimientos apropiados y murmullos de horror.

—En el primero y más caro método, el cerebro era extraído por la nariz mediante una sonda de hierro, y los intestinos se sacaban enteramente del cuerpo a través de una incisión en un costado. Los intestinos se limpiaban y lavaban en vino de palma…

Pero en aquella ocasión no íbamos a descubrir qué se hacía después con esos órganos repugnantes. La mayor parte de la audiencia estaba atenta al conferenciante, sino en estado

semicomatoso; Budge sonreía burlonamente a la cámara. A la mayor parte de los presentes, la forma se les debió aparecer con una brusquedad que rayaría con lo sobrenatural, una forma envuelta de los pies a la garganta con una fluida túnica blanca y una capa de piel de leopardo.

Mis dedos se cerraron con fuerza sobre el brazo de Emerson. Sus músculos se tensaron rígidos como el granito, pero no se movió. Sabía lo que tenía en mente, mejor esperar hasta que el loco estuviera bien adentro del cuarto, con varias docenas de cuerpos entre él y cualquier salida posible. Sólo había dos, una a cada lado del cuarto.

Budge casi fue el último en vislumbrar al recién llegado. Terminó con un chillido agudo de sorpresa, y mientras la figura majestuosa avanzaba lentamente hacia él, a través de un pasillo despejado apresuradamente por los espectadores, se encogió hacia atrás.

—¡Agarradlo! —gritó—. ¿A qué estáis esperando? ¡No dejéis que se acerque más!

Estas palabras fueron dirigidas presumiblemente a los guardias, la mayor parte de los cuales habían sido atrapados desequilibrados por el aspecto de la aparición. Finalmente uno de ellos, un poco más valiente y menos soñoliento que los demás, se dirigió hacia el "sacerdote".

—¡Espera! —La voz resonó dentro de la máscara. Ramsés habría declarado que el hombre había estado practicando su papel. Su tono fue más profundo y más seguro que antes, y levantó una mano en un gesto solemne cuya dignidad habría envidiado el gran Sir Henry Irving.

—¡Tócame por tu cuenta y riesgo! —zumbó la voz profunda—. Quien coloque sus manos impías sobre el ungido de los Dioses morirá sin dudarlo.

Cayó una quietud jadeante e inmóvil, rota sólo por los intentos nerviosos del fotógrafo por insertar un nuevo negativo. Lentamente y todavía más solemnemente, el "sacerdote" entonó:

—Vengo a proteger, no a hacer daño. Oraré por la misericordia y el perdón. Sin mi intercesión, la maldición del Antiguo Egipto caerá sobre todos ¡TODOS! los que están dentro de esta sala.

—Se acabó —dijo Emerson, soltándose de mi agarre.

Desgraciadamente, él tenía razón. La amenaza, pronunciada en un tono solemne y misterioso, hizo que la multitud entrara en pánico. Todos se movieron a la vez, algunos buscando una salida, algunos la otra, unos gritando alarmados, otros chillando con risas histéricas. Una señora se desplomó desmayada. Las almas más valientes (y los periodistas) trataron de abrirse camino hacia el loco. La cámara osciló y cayó, aplastando el sombrero desarrapado de una viejecita y a un niño de cabello rubio. Emerson, cuyas inspiradas obscenidades se alzaron sobre el alboroto, no pudo moverse a causa de la dama, que astutamente había elegido su pecho firme para desmayarse.

Es innecesario decir que yo permanecí calmada. No podía moverme, verdaderamente requirió todo mi esfuerzo permanecer de pie mientras era zarandeada desde todos lados por los espectadores que huían. El loco se dirigió hacia la vitrina que contenía el ataúd y hacia Budge, que estaba a su lado. Budge intentó girarse frenéticamente y huir, pero su figura no se prestaba a movimientos rápidos, resbaló en el suelo de mármol y cayó emitiendo gritos chillones de alarma y demandas jadeantes de ayuda.

El loco no lo tocó. Deteniéndose sólo lo bastante para dirigir una observación incomprensible a la forma esculpida de la tapa de ataúd, se abrió camino hacia una cortina en la parte trasera del cuarto y desapareció detrás.

Fue mi valeroso Emerson quien evitó lo que quizás habría sido un asunto desagradable. Metiéndose a la mujer desmayada bajo un brazo, llegó al lado de Budge y se paró sobre él, salvándolo de ese modo (estoy segura) de ser pisoteado. Con la voz que le ha ganado el título orgulloso de Padre de las Maldiciones, se dirigió la multitud frenética.

—¡Silencio! —gritó—. ¡Quédense donde están! ¡Se ha ido! ¡El peligro ha pasado!

Y otras observaciones de una naturaleza asimismo alentadora. La multitud respondió, como evidentemente debía hacer ante una presencia tan dominante, y Emerson arrastró entonces al infeliz guardián y lo puso de pie. Budge había perdido las gafas, su corbata estaba torcida bajo la oreja izquierda y la cara carmesí de furia y desconcierto. Emerson le entregó a la señora desmayada. Budge se tambaleó, pero se las arregló para permanecer de pie.

—Asuma el mando usted, bobalicón —dijo Emerson—. Siempre se jacta de su capacidad de intimidar a "los nativos", veámosle ejercitar un poco de autoridad aquí.

Sin esperar respuesta, algo que en ese momento Budge era incapaz de hacer, Emerson avanzó hacia mí. Incluso mientras estaba acorralado como un león, agarrando a la dama, porque dejarla caer habría sido exponerla a heridas más graves; incluso mientras se había esforzado por proteger a los indefensos mientras con calma estoica veía su plan arruinado; incluso entonces sus ojos me habían buscado y los labios habían formado una pregunta. Al verme de pie y tranquila, con mi parasol listo, continuó con su deber. Cumplido éste, había vuelto a mí con la tierna pregunta:

—¿Todo bien, Peabody? Bien. El hombre se ha ido hace bastante, por supuesto, pero podemos seguirle el rastro.

Las colgaduras detrás de las que el sacerdote había desaparecido eran de pesado terciopelo marrón y a primera vista parecían ser de una sola pieza. Después de un intervalo de manosear y maldecir, Emerson localizó el espacio por el que el loco pasó. Empujó el terciopelo a un lado. Detrás había una pared de mármol.

Emerson sabía (también yo) que no había forma de salir de la sala excepto por los pasadizos de ambos extremos; pero, siendo Emerson, se negó a creer lo obvio. Desapareciendo, siguió la pared a donde terminaba la cortina. Un revoloteo y un ondeo de terciopelo marcaban su progreso y levantaba mucho polvo.

Acompañado por un par de guardias, Budge se dirigió afanosamente hacia mí.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —demandó—. Señora Emerson, insisto en que…

La cabeza de Emerson apareció de repente a la vista desde detrás de las colgaduras. Lo fulminaba con una mirada llena de odio.

—Cuide su lenguaje en presencia de mi esposa, Budge.

Budge gesticuló con un puño rechoncho.

—¡Salga de ahí, Profesor!

El resto de Emerson siguió a su cabeza.

—Nada más que una pared vacía —murmuró.

—Y una vasta cantidad de polvo —agregué, sacudiendo la manga de Emerson—. De veras, señor Budge, el mantenimiento de

su casa…

Budge gesticuló con ambos puños.

—¡Fuera! —gritó, poniéndose lívido—. ¡Fuera de aquí, todos ustedes! Esta galería ahora está cerrada al público…

—Eso tiene sentido —coincidió Emerson. Observó a las únicas otras personas que habían permanecido en la habitación, aquellos dedicados periodistas, O'Connell y la señorita Minton, y un tercer individuo que no me resultaba familiar.

—Malditos reporteros —dijo Emerson—. Échelos a la calle.

Ambos se mantuvieron tercamente donde estaban y el tercer individuo se adelantó, sonriendo muy seguro de sí mismo. Su ceñida levita negra exponía una figura esbelta y atlética, pero que no se encontraba en su primera juventud. Profundas arrugas marcaban su alta frente y mejillas cetrinas, y tenía bolsas de piel marchita debajo de los ojos. Su sombrero de copa y níveo lino eran de la más fina calidad, y hacía girar un bastón de empuñadura de oro entre los dedos enguantados.

—Estoy seguro de que su prohibición no se extiende hasta mí, señor Budge —dijo arrastrando las palabras.

Las maneras de Budge cambiaron abruptamente. Se puso a farfullar, le dedicó una radiante sonrisa e hizo de todo menos postrarse a sus pies.

—Ciertamente que no, Su Señoría. Su Señoría siempre es bienvenido. Si Su Señoría condescendiera a…

—Es un buen tipo, Budge —dijo Su Señoría, con la condescendencia que Budge había requerido—. ¿No me va a presentar? Conozco la reputación de esta dama y de este caballero, quién no lo hace, pero no he tenido el placer de conocerlos personalmente.

El señor Budge tartamudeó las presentaciones mientras Su Señoría me estudiaba a través del monóculo. Me agarré firmemente de Emerson, quien es conocido por desaprobar violentamente los monóculos, las miradas impertinentes y los miembros de la aristocracia; pero él sólo dijo afablemente:

—Lord Saint John Saint Simon. ¿El hijo menor de Canterbury, según creo?

Su Señoría se quitó el sombrero e hizo una reverencia. Aunque unas largas hebras de cabello habían sido cuidadosamente

adheridas en su sitio con pomada, no disimulaban la zona calva en la coronilla de su cabeza.

—Me halaga, Profesor. No había esperado que las actividades de un aficionado como yo pudieran ser de interés para usted.

—Sus actividades han sido extensamente comentadas —dijo Emerson—. Creo que tiene usted una estrecha relación con el joven cuyo padre ofreció el famoso ataúd al museo.

Esto era nuevo para mí y comencé a ver por qué Emerson estaba allí parado charlando cuando yo hubiera esperado que saliera inmediatamente en persecución del falso sacerdote.

—Sí, sí —dijo Budge dándose importancia—. Lord Liverpool es un joven espléndido y un generoso patrocinador; ¿puedo atreverme a esperar que lo haya acompañado a usted hoy, Su Señoría?

—Se encuentra en algún lado por aquí cerca, creo —dijo Lord St. John, ocultando un bostezo detrás de su impecable guante.

—¿En serio? ¿Está por aquí? Entonces debo encontrarlo. Presentarle mis respetos…

Emerson continuaba mirando fijamente a Su Señoría, y finalmente incluso un arrogante caballero como aquél mostró signos de incomodidad. Haciendo girar su bastón, preguntó:

—Y bien, Profesor ¿y ahora qué? Esperaba que ya estuviera en activa persecución del sacerdote. ¡Hala! ¡A la caza! y ese tipo de cosas. ¿O está usted de acuerdo con alguno de los reporteros en que posee poderes sobrenaturales y es capaz de desvanecerse sin dejar rastro?

—Patrañas —dijo Emerson.

—Oh, absolutamente, Profesor. Y sin embargo, se metió detrás de esta cortina y no volvió a salir. Le oí decir que no hay puerta, ni una salida…

—Sin duda la respuesta es obvia, Su Señoría —dije—. Todo lo que tendría que hacer sería quitarse la máscara y la peluca, las cuales constituyen una sola pieza, y la túnica, uniéndose al resto de los espectadores. Había tal confusión que…

—En cuyo caso debe haber salido de la habitación a través de esa puerta —dijo Emerson, señalando—. Mezclándose entre los otros, hubiera pasado por la Tercera Galería Egipcia y desde allí a las escaleras. Éstas llevan hacia la Galería de las Esculturas, desde allí podría alcanzar la entrada principal que se encuentra sobre

Great Russell Street. De todas formas, también podríamos seguirlo. Uno de los guardias puede haber notado a alguien llevando un paquete o un bolso grande.

—¿Conteniendo el disfraz? —Dijo Su Señoría—. Excelente, Profesor. Señora Emerson, ¿me permite que le ofrezca el brazo?

—Como puede ver, Su Señoría, ya tengo uno, o, para ser más precisa, tres, ya que además de mis propios apéndices, mi esposo me ha prestado el suyo.

La sonrisa de Lord St. John se hizo más amplia.

—Usted tiene un ingenio encantador, señora Emerson. ¿Señorita Minton, entonces?

—Es mejor que la señorita Minton salga sola —dijo Emerson, con el ceño fruncido.

Budge se vio forzado a coincidir.

—Sí, sí, ya te puedes retirar, jovencita. Y usted también, O'Connell. Estoy siempre dispuesto a hablar con la prensa si se hace la solicitud apropiada, pero no permito que los periodistas comunes…

—La señorita Minton no es un periodista común —dijo gentilmente Su Señoría—. Con seguridad no supondrá usted que cualquier jovencita común y corriente sería contratada por un periódico a menos que tuviera una extraordinaria influencia. Su abuela…

—No se atreva a contarlo —gritó la señorita Minton.

—… es la Duquesa viuda de Durham y en otros tiempos fue una amiga… eh… cercana del dueño y editor del *Morning Mirror*. La anciana dama es una encarnizada defensora de los derechos de la mujer y apoya completamente las aspiraciones de la señorita Minton, de la Honorable señorita Minton…

Su discurso fue interrumpido por el grito de:

—¡Miserable! —y por una pequeña mano enguantada que golpeó sus labios con airada fuerza. Luego, la señorita Minton echó por tierra el soberbio efecto de su reconvención al echarse a llorar y salir corriendo de la habitación.

Su Señoría comenzó a reír.

—¡Dios bendiga a las damas y sus encantadoras contradicciones! Demandan ser tratadas como los hombres, pero luego reaccionan como mujeres.

—Por mucho que me desagrade hacerlo, debo estar de acuerdo con usted —dije—. Las lágrimas de la joven eran lágrimas de rabia, estoy segura, pero resultan degradantes. Tendré que tener una pequeña charla con la señorita Minton.

—No, no lo harás —gruñó Emerson. Y añadió vehementemente —: ¡Maldición! ¡Maldición!

Luego sus ojos se enfocaron sobre O'Connell, el cual, excepto por un murmurado:

—¡Por Dios! —al ser revelada la identidad de la señorita Minton, había permanecido pensativo y en silencio.

—Y bien, señor O'Connell —dijo afablemente—. ¿Por qué no ha ido en busca de la joven para consolarla?

—Por que me golpearía con su parasol —dijo O'Connell.

—Muy posible. Las mujeres pueden ser unas criaturas diabólicas ¿no es cierto?

—Sí señor. Me alegro tanto de que no esté enfadado conmigo, Profesor. Usted sabe que sólo estaba intentando hacer mi trabajo…

—Oh sí, sin duda —Emerson le dedicó una radiante sonrisa—. Y la próxima vez que mi nombre, o el de la señora Emerson, aparezcan en ese periodicucho suyo, me dirigiré a su oficina y le daré tal paliza que lo dejaré medio muerto. Buenos días, señor O'Connell.

O'Connell desapareció precipitadamente.

—Y con eso terminamos con la condenada prensa —dijo Emerson con satisfacción—. Budge, usted también podría marcharse, no es de ninguna ayuda. Su maldito servilismo obsequioso y su vana cortesía ya me han retenido demasiado tiempo.

Budge se marchó, farfullando indignado y echando humo. Por mi parte, sentí que las acusaciones de Emerson eran un tanto injustas. La cortesía nunca lo ha detenido cuando no desea que lo detengan. Continuó demostrando una sorprendente tolerancia hacia Su Señoría, no puso objeción cuando éste último nos siguió, comentando en tono agradable que siempre había querido observar a un famoso detective en acción.

No obstante, nuestras averiguaciones demostraron ser en vano. Una vez en la Tercera Galería Egipcia, el fugitivo tenía abiertas varias rutas de escape: a lo largo de la galería oeste del piso

superior hacia la escalera principal, o bajando las escaleras de atrás y a lo largo del piso inferior hasta la salida. Ningun o de los guardas había notado a nadie llevando un paquete grande, o, según mi sugerencia, a un individuo inusualmente obeso.

Su Señoría no dijo casi nada, pero observaba cada movimiento de Emerson. Parecía más alerta y menos altanero, y las pocas sugerencias que hizo evidenciaron una aguda inteligencia. Emerson siempre saca a la luz lo mejor en todos aquellos que se asocian con él, por más brevemente que sea.

Cuando alcanzamos la entrada principal, con Su Señoría aún siguiéndonos de cerca, nos encontramos con los últimos rezagados marchándose y a los guardias preparándose para cerrar el museo. Emerson conocía personalmente a muchos de los guardas; mientras conversaba con ellos, intentando refrescarles la memoria, un hombre joven se separó del pilar contra el que había estado recostado y caminó tranquilamente hacia nosotros.

—Así que ahí estabas —dijo arrastrando las palabras con una débil voz ronca—. Has tardado una condenada eternidad, Jack. Estoy a punto de gritar de aburrimiento.

—Es tu culpa, Ned, por ser tan holgazán —respondió Su Señoría —. Te perdiste toda la diversión.

—¿Ah sí? —El joven levantó el bastón hasta su boca, como un infante chupando su anillo de morder y nos miró con ojos soñolientos.

Había deducido inmediatamente que el afeminado joven debía de ser el Conde de Liverpool, y así resultó ser. Su Señoría llevó a cabo las presentaciones con una elegancia natural, agregando:

—El Profesor Emerson y su esposa son los famosos detectives arqueológicos sobre los que te he hablado, Ned. Acabo de pasar un rato de lo más interesante observándolos investigar.

Emerson frunció el ceño ante este comentario, el cual desde luego parecía contener un toque de sarcasmo. El conde soltó una aguda risita.

—Caramba ¿eso es cierto?

Aunque estaba vestido con extrema elegancia, aún mayor que la de su amigo, con grandes diamantes centelleando en el pañuelo del cuello y en los dedos, no tenía la presencia del hombre mayor; era extremadamente delgado y de pecho hundido. Su rostro era de un

color amarillento pastoso, y cuando reía sus labios abiertos dejaban ver unos dientes tan marrones y podridos como los de un anciano.

—No somos detectives, Lord Liverpool, sino arqueólogos —corregí—. Hemos estado examinando el féretro que su difunto padre donó al museo. Fue un gesto generoso, aunque debo decir que los efectos han sido desafortunados.

—¿De veras? Eh… sí, supongo que lo han sido. Es una lástima. El pobre y viejo gobernador se sentiría… esto… tremendamente sorprendido…

—Y angustiado —dijo fluidamente Lord St. John.

—Esto… sí. Con seguridad. —El conde chupó su bastón y se quedó mirándola—. Señora Emerson… usted es la dama que desentierra estas… he… esas momias ¿no es usted? Parece… eh… una idea extraña ¿no?

—Pero qué bromista eres, Ned. —Su Señoría tomó a su amigo por el brazo—. La señora Emerson es una erudita muy distinguida. Tal vez te gustaría invitarla a visitar Mauldy Manor y que viera la colección de tu padre.

—Esto… ¿qué? Ah, sí. —El conde sonrió medio dormido—. Muchas más de esas… momias y… bueno, no, no momias, ésa era la única que tenía el gobernador, pequeñas botellas y estatuas y cosas por el estilo. Estaré encantado, les aseguro. En cualquier momento.

—No tenemos tiempo —ladró Emerson, antes de que yo pudiera expresar mi agradecimiento por la invitación, como iba a hacer—. No tenemos tiempo para esas cosas. Supongo que es amable de su parte, pero tenemos mejores cosas que hacer.

—Oh, estoy seguro de que usted y la señora Emerson encontrarán objetos de interés en Mauldy Manor —dijo Su Señoría.

—Bastante, bastante —coincidió el conde, con otra lánguida chispa de regocijo.

Pero la paciencia de Emerson se había agotado. Con la más breve de las despedidas me apartó de allí.

Una pesada masa de nubes oscuras se había desplazado sobre la ciudad. A través de una fisura en aquella sombría cortina, un destello carmesí señalaba la senda por la que descendía el sol; y mientras los observábamos, los dos hombres caminaron hacia el oeste con el más menudo de ellos apoyándose sobre el brazo de su amigo; parecían estar encaminándose a la ardiente condenación que

seguramente le esperaba al menos a uno de ellos.

—Es un consumidor de opio, Emerson —murmuré—. Pobre tipo, la droga le ha afectado el cerebro, apenas le queda algo de sentido.

—No es el opio sino su enfermedad lo que le está pudriendo el cerebro, Peabody. Es casi lo suficiente como para que uno crea en el Dios de la Ira y la Venganza. Sean cuales sean los pecados del muchacho, y son infinitos, no se merece una muerte como la que le espera. —Luego triunfó el natural optimismo de mi querido Emerson; dándose una pequeña sacudida, remarcó—. En fin, hombres y mujeres mejores que ese patético vástago de la nobleza encuentran diariamente destinos peores que ese. Necesito mi té, Peabody. O algo más fuerte, tal vez.

Dado lo avanzado de la hora, estuve de acuerdo con la sugerencia de Emerson de alquilar un coche. Estos vehículos, con su olor a humedad y sus asientos de cuero rajado, tenían un extraño efecto en mi cónyuge; quizás se trate del suave ritmo del trote de los cascos del caballo, o de la sensación de estar acogedoramente encerrados en un lugar oscuro y privado. Independientemente de lo que fuera, apenas estuvimos dentro cuando comenzó a hacer demostraciones de tal naturaleza y que me distraían tanto que tuve alguna dificultad para persuadirlo de que las pospusiera el tiempo suficiente como para que quitarse la barba, la cual era incluso más hirsuta e incómoda al tacto de lo que hubiera sido una barba natural. Aunque sus atenciones fueron tan diestras y diligentes como siempre, sentí la agitada frustración que hervía dentro de él e intenté aliviarla con una broma simpática.

—Parece ser, mi querido Emerson, que el elemento aristocrático se ha introducido en el caso, después de todo.

—Sí, maldita sea —refunfuñó Emerson—. Me había creído a salvo al menos de los periodistas. Haz un favor a tu sufrido marido, Peabody. No tomes a la joven señorita bajo tu protección. Me he resignado al peligro y a la distracción, pero no podré soportar otro de tus sentimentales rescates de jóvenes amantes.

—Dudo que se presente esa eventualidad, Emerson —repliqué dulcemente—. La señorita Minton no parece tener un interés romántico con nadie. A no ser que Su Señoría…

—¡Buen Dios, Peabody, ella lo golpeó en el rostro!

—Careces de experiencia en estos asuntos, Emerson. Tales

demostraciones no son infrecuentes indicativos de afecto. Si recuerdas algunos de nuestros primeros…

—No quiero recordarlos, Peabody.

—Entonces ahí tienes al joven Wilson, que estaba con ella la otra noche —continué—. Dijiste que sabías que él…

—Probablemente resultará ser el príncipe de Gales —dijo Emerson con pesimismo—. Digo basta ante los miembros de la familia real, Peabody. La aristocracia ya es lo suficientemente mala.

Cuando el coche de alquiler se detuvo ante la casa, Emerson me ayudó a bajar y se volvió para pagar al conductor. Una fina llovizna, más hollín que lluvia, oscurecía el crepúsculo; al principio, me pareció que el objeto sin forma al lado de la verja era una bolsa de basura. Luego se movió y lo reconocí como uno de los pobres vagabundos que frecuentan las calles de Londres, su único hogar. Normalmente los agentes de servicio mantienen a estos infortunados alejados de la plaza de Saint James y otros barrios elegantes. Aparentemente, éste había eludido a la ley.

Mientras nos aproximábamos a la verja de entrada, la figura se incorporó sobre sus pies y tendió la mano en muda súplica. Con lástima, dije:

—Es solo un niño, Emerson. Podríamos…

Emerson ya estaba hurgando en sus bolsillos.

—No podemos acogerlos a todos, Amelia —refunfuñó, no con su gruñido usual, sino aquel sonido más suave que expresaba lástima y enojo impotentes—. Aquí tienes, muchacho —las monedas tintinearon pesadamente con el sólido repiqueteo de la plata— cómprate algo de cenar y encuentra un lugar para pasar la noche, el guardia pronto pasará por aquí, así que es mejor que te marches.

Un gemido de gratitud sin palabras fue la respuesta, mientras la pequeña mano se cerraba con fuerza sobre el generoso regalo de Emerson. Emerson maldecía suavemente mientras nos dirigíamos hacia la casa.

—Sí —coincidí—. Es un mundo triste, Emerson. Esperemos que exista un mundo mejor en algún lugar para personas así.

—Patrañas —gruñó Emerson.

—Dices eso, querido, pero ni siquiera tú puedes estar seguro de ello. Al menos esta noche, un pequeño muchacho tendrá una comida caliente y una cama tibia. ¡Qué tarde llegamos! Nuestros

propios adorados pequeños estarán esperando su té; debemos dar gracias por lo que tenemos y enseñarles a hacer lo mismo.

Pero sólo dos adorados pequeñuelos esperaban en el salón. Los voluminosos volantes de Violet y su ancha faja la hacían lucir casi tan ancha como alta. Percy se puso de pie de un salto cuando entramos en la habitación.

—Buenas tardes, señor. Buenas tardes, tía Amelia.

—Buenas tardes, Percy —respondí—. Siento mucho que lleguemos tarde. Señora Watson ¿podría enviar a una de las doncellas a llamar a Ramsés?

El ama de llaves se retorcía las manos.

—Oh, señora…

—Ah —dije—. Ha desaparecido otra vez ¿no es así?

—No se cómo puedo haber salido —gimió la pobre mujer—. No le quité los ojos de encima, conozco los hábitos del querido niño…

—Mi estimada señora Watson, Ramsés ha eludido a guardianes más astutos que usted —le aseguré—. Emerson, siéntate y deja de arrancarte los cabellos.

—No me sentaré —respondió Emerson furiosamente—. Fíjate, Amelia, la calma que demuestras no dice mucho a tu favor. Lo sé, Ramsés ha hecho esto antes y nunca ha sufrido ningún daño, pero siempre existe una primera vez, y esta condenada ciudad…

—Supongo que entonces es mejor que vaya a buscarlo —dije, levantándome—. Toma un sándwich de pepino, Emerson, te calmará el ánimo.

Pero por supuesto, Emerson me siguió al vestíbulo, y también lo hicieron los demás. Siguiendo mis órdenes, el mayordomo abrió la puerta, intentó alcanzarme el abrigo, pero lo despedí con un gesto.

Hice bien en actuar cuando lo hice; el desdichado niño mendigo no había escapado, sino que se hallaba retenido por un guardia enorme. Sus estridentes objeciones se confundían con los rugidos del oficial de policía.

—Vete de aquí, muchacho, no puedes permanecer aquí. ¡Ay!… eh, no lo harías, ni lo intentes, tú pequeño…

—Guardia —lo llamé, apresurándome por el sendero —. Deje ir al chico.

—Pero señora, estaba aquí al acecho, esperando para…

—No, me imagino que intentaba volver a entrar en la casa —

respondí—. Ramsés ¿le diste una patada al policía?

—Me vi forzado a morderlo, dado que no estoy usando zapatos —contestó Ramsés.

—Oh, querido. Emerson, podrías…

Las monedas tintinearon otra vez. El policía se tocó el sombrero y se marchó, sacudiendo la cabeza. Alargué la mano hacia el cuello de mi hijo pero luego lo pensé mejor, le hice gestos para que entrara por la puerta sin tocarlo. En un silencio de mal agüero volvimos a la casa.

Bajo el brillo de la iluminación artificial el efecto de la apariencia de Ramsés era poco menos que impresionante. Tuve que darle crédito, cuando hacía algo lo hacía a conciencia. Los pies desnudos estaban negros y azules, negros por la suciedad y azules por el frío, ya que por la tarde había enfriado bruscamente. Llevaba los harapos más indescriptiblemente horribles que había visto jamás, grandes desgarrones en la camisa, y los pantalones tenían enormes agujeros y se mantenían precariamente por medio de alfileres inmensos; la tela estaba empapada con una mezcla vil de lluvia, hollín y barro. Olía tan mal como parecía. La señora Watson retrocedió, pellizcándose la nariz.

Ramsés se quitó la gorra. (Estuve complacida de ver que mis sermones sobre el tema de los modales había tenido algún efecto). Buscando dentro de su camisa asquerosa, alargó un ramo destartalado de narcisos seleccionados, no tenía ninguna duda, de los pulcros parterres del parque, y se los tendió a Violet.

—Te he traído… —empezó.

Violet retrocedió, moviendo las manos, como si desviara un ataque de abejas o avispas. Tenía la cara retorcida.

—Puaj, puaj, desagradable, desagradable —chilló—. Puaj, desagradable…

La cara de Ramsés decayó, pero dominó su desilusión varonilmente. Girándose hacia mí, sacó otro ramo miserable (en su mayor parte tallos) de dentro de su camisa.

—Para ti, mamá.

—Gracias, Ramsés —dije, tomando la ofrenda babosa de entre las puntas de los dedos—. Ha sido un agradable pensamiento, pero me temo que vamos a tener que embargar tu paga para pagar las *pourboires* que estamos forzados a ofrecer a las personas que has

ofendido. Es hora de subir, Emerson.

Emerson había estado abriendo y cerrando la boca como una rana.

—¿Por qué está vestido así, Peabody? —preguntó débilmente.

—Practico mis disfraces —explicó Ramsés—. Recuerdas, papá, que me disteis permiso para coger las cosas que encontramos en la guarida de ese maestro del disfraz, la persona conocida por el sobrenombre de…

Me apresuré a interrumpirlo, ya que la cara de Emerson estaba tan sombría como una nube de tormenta. Cualquier recordatorio de ese episodio increíble y ese hombre aún más increíble tenía un efecto deplorable en la tensión de mi digno cónyuge.

—Nunca debes salir de casa sin permiso, Ramsés —dije, sabiendo perfectamente que la prohibición era inútil, puesto que Ramsés ya estaba considerando maneras de sortearla—. Sube las escaleras y… espera un momento. ¿Qué es esa raspadura en tu frente? Y no me digas que Percy te lo ha hecho.

—No tenía intención de hacerlo —dijo Ramsés.

Percy carraspeó y dio un paso hacia delante.

—Pero es mía la culpa, señor y tía Amelia, que Ramsés saliera de casa sin permiso, quiero decir. Estuve molestándolo para que jugara conmigo, yo quería ir al jardín a buscar mariposas para mi colección ¿sabe? y cuando él no quiso, pude haber dicho algo acerca de que tuviera miedo de salir sin una niñera o su mamá… Fue sólo una broma, señor, pero acepto toda la responsabil…

Ramsés se volvió contra su primo con un gruñido que habría dado crédito a su admirable padre. Emerson lo agarró por el cuello.

—No lo sacudas, Emerson —grité—. Por amor de Dios, no lo sacudas…

Pero fue demasiado tarde.

Todos subimos las escaleras para cambiarnos. La única que había evitado la salpicadura de líquido indecible fue Violet. Como Ramsés merodeaba por delante de ella, le señaló con un dedo blanco rellenito.

—Puaj —dijo—. Desagradable.

La cabeza desaliñada de Ramsés bajó aún más.

El té de esa tarde se retrasó bastante, pero yo estaba decidida a seguir con el ritual, ya que mis teorías sobre educar a los niños

requerían que nos juntáramos como una familia durante una hora al día, si era posible. Era un sacrificio, pero uno que me sentía obligada moralmente a hacer. Emerson no se sentía obligado moralmente pero lo hizo de todos modos, porque insistí.

Violet se sentó a jugar con su muñeca favorita, un objeto tan grande como ella con cabeza de cera que sonreía tontamente y (la verdad me obliga a observar) de forma sorprendentemente parecida a ella con su sonrisilla de porcelana y espesos rizos dorados. Fingió alimentarla con un pedazo de sándwich y sorbos de té (con mucha leche, como estoy segura que no debo mencionar). Observando la mirada fija de Ramsés, le sonrió y le invitó a unirse a ella y a su "amiga Helen", agregando:

—Siento haber sido grosera con las flores, primo Ramsés. Pero sabes, eran muy, muy desagradables.

Esperé que Ramsés respondiera con un desdén cortés, pero aceptó la invitación y fue tan lejos como para montar a la muñeca sobre su rodilla y acariciar sus rizos dorados. No se hizo ninguna referencia respecto a su desventura, no estoy de acuerdo con las recriminaciones interminables, y Ramsés ya había aceptado su castigo, la confiscación de todos los trozos y pedazos de los disfraces que, a pesar mío, le había permitido sacar de la sede secreta del Maestro del Crimen. Estos consistían en su mayor parte en pinturas, polvos y tintes diseñados para cambiar el color del pelo y la piel. Había también algunas almohadillas ingeniosas que podían ser insertadas en la boca para cambiar la forma de la cara, varios conjuntos de dientes postizos, bigotes, barbas y pelucas, todas construidas astutamente con cabello humano. Entre las pelucas había una de señora que podría haber sido la envidia de cualquiera; una masa de ondas y rizos dorados, suaves como la seda y lisos como la miel. Ramsés había preferido alterarla de forma inteligente para que encajara sobre su propia cabeza, recortando el pelo y acolchando el interior.

Emerson trató valientemente de charlar con Percy, pero la conversación sensata era imposible con un muchacho que no sabía nada sobre alfarería pre-dinástica o los principios de la estratificación, así que lo dejó pronto. Recogiendo el periódico nocturno, abrió las páginas y yo observé:

—No encontrarás ninguna mención de la aventura de hoy,

Emerson, esa edición debe haber ido a la imprenta antes de que sucediera.

—¿Aventura, tía Amelia? —Exclamó Percy—. ¿Qué aventura, si puedo preguntar, señor?

Habría preferido mantener a los niños, especialmente a Ramsés, en la oscuridad, pero Emerson, que no tiene mi comprensión sensible de la mente juvenil, emprendió inmediatamente una animada narración. Imagino que sus comentarios sarcásticos acerca del señor Budge se malgastaron en Percy, pero el muchacho escuchó boquiabierto la descripción de Emerson del sacerdote loco y el disturbio subsiguiente.

—¡Digo, señor, que excitante!

—Desagradable —murmuró Violet.

—¿Desagradable? —repitió Emerson indignadamente.

—Quiere decir las momias, señor. Ya sabe cómo son las chicas, señor. Creo que fue tremendamente valiente, señor. Qué lástima que no pudiera atrapar al hombre.

Ramsés carraspeó.

—El individuo en cuestión parece tener un excelente sentido del tiempo y una apreciación de lo que podría llamarse los hábitos de la muchedumbre. Anticipó un gran gentío y contó con ser capaz de utilizarlo para eludir la persecución. Le hace a uno preguntarse si la palabra "lunático", que ha sido aplicada descuidadamente, encaja realmente con un hombre tan listo como ese.

Continuó acariciando los rizos de la muñeca mientras hablaba. Encontré el espectáculo tan alarmante como ridículo, si Ramsés caía en tal locura, su encaprichamiento con su prima debía ser más grande de lo que yo había supuesto.

—Una idea interesante, Ramsés —dijo su padre pensativamente —. Sin embargo, los llamados lunáticos no son de inteligencia débil. Tienen una rareza o una aberración mental, y su inteligencia general no debe verse menguada de ese modo.

—Como ese Jack el Destripador —sugirió Percy—. Nunca lo atraparon tampoco, ¿verdad, señor?

—Cielos, Percy —exclamé—. Me sorprende que tu padre y tu madre te permitan oír sobre esos sucesos horribles.

—Los sirvientes todavía hablan de ello, tía Amelia. Ya sabe como chismorrean.

—Desagradable —dijo Violet. Agregó pensativamente—, muerto.

—¡Buen Dios! —dijo Emerson, contemplando a la niña con manifiesto horror.

—Ella no sabe lo que dice, Emerson —le aseguré, esperando estar diciendo la verdad.

—Confiemos —dijo Ramsés—, que esto no sea un caso similar. Si el asesino es un maníaco homicida con un odio obsesivo hacia una profesión particular, nadie conectado con el Museo estará a salvo.

Esta declaración levantó tantas posibilidades horrorosas que toqué la campanilla y ordené que retiraran los artículos del té. No tenía deseos de oír a Ramsés explicar cómo había llegado a saber de Jack el Destripador, y más especialmente cómo había averiguado que el matarife homicida de jóvenes mujeres desgraciadas tenía un odio obsesivo hacia lo que sólo podía ser llamado de manera indirecta como una "profesión" en particular.

Habiendo observado la reacción de Emerson ante la mención de Ramsés de la frase "maníaco homicida" (un término que lo afecta casi tan dolorosamente como "Maestro del Crimen"), decidí darle tiempo para calmarse antes de sacar el tema otra vez. Esperé hasta que estuviéramos a mitad de la cena antes de hacerlo.

—Por mucho como deploro el interés de Ramsés en tales asuntos, tiene un cierto (posiblemente heredado) don para el crimen —observé—. ¿Has observado, Emerson, que ha propuesto la misma teoría que yo?

Emerson estaba a punto de atacar un trozo bastante duro de carne de vaca. El cuchillo resbaló y la carne de vaca se deslizó al suelo.

—Una lástima que la gata Bastet no esté aquí para limpiar —observó, mirando cómo Gargery se arrastraba bajo la mesa para recuperar el alimento—. ¿Has sabido algo de ella, Peabody?

—Todavía no. Instruí a Rose para que enviara un telegrama tan pronto como regresara. No trates de cambiar de tema, Emerson. Yo no lo haré. La situación es demasiado seria.

—Eres la que siempre me está diciendo que no discuta asuntos serios delante de los sirvientes —replicó Emerson—. Siempre he pensado que era una regla absurda. Gargery, aquí presente, está tan interesado en una conversación sensata como cualquier otro

hombre, ¿no es cierto, Gargery?

—Eh… ciertamente, señor —contestó el mayordomo, retirándose al aparador.

—Hace mucho que abandoné cualquier esperanza de convertirte y de que corrijas tu conducta, Emerson —dije—. Y bajo las presentes circunstancias, las reglas de esa clase de necesidad deben relajarse. Cuando considero el peligro que te amenaza…

—Bah, tonterías, Peabody —gritó Emerson—. La idea de un maníaco homicida no tiene más sentido viniendo de Ramsés que de ti. Dos muertes, una de ellas natural, no constituye una ola de crímenes. —Entonces agregó, mirando al mayordomo—, no le hagas caso a la señora Emerson, Gargery. Ella siempre es así. No estoy en ningún peligro.

—Estoy… estoy aliviado de oírlo, señor —respondió Gargery con seriedad—. ¿Tomará más rosbif, señor?

Emerson se sirvió él mismo.

—El sacerdote no tuvo nada que ver con el asesinato de Oldacre —anunció—. Un hombre como ese debe haber tenido docenas de enemigos. A mí tampoco me gustaba. En cuanto a los tejemanejes del Museo, son o el producto de una mente trastornada o una broma extraña.

—Ah —murmuré—. ¿Entonces esa posibilidad se te había ocurrido?

—Ahora reclamarás que pensaste en ello primero —se quejó Emerson—. Siempre lo haces. Pero no podrías haberlo hecho, Peabody, no se me ocurrió hasta después de que me diera cuenta de que Lord Saint John estaba mezclado en el asunto. Es el tipo de cosa que un degenerado depravado como él podría encontrar divertido. Sabes quién es él, ¿verdad?

Dado que la pregunta era obviamente retórica, no me molesté contestar, y Emerson continuó haciendo un breve apunte biográfico de Su Señoría. Teniendo en cuenta los prejuicios de mi cónyuge y los circunloquios, era una imagen fea, y en cierto modo trágica. Dotado de belleza, riqueza y una inteligencia por encima de la media, Lord St. John había sido considerado como una gran promesa. Había pasado por la universidad sin tacha, excepto por esas escapadas y bromas groseras (la mayoría de las cuales implicaba la colocación de útiles de baño en lugares públicos) algo

que se considera normal para un joven de buena familia; y había servido con distinción en la campaña de Jartum del 84. Luego se juntó con un cierto grupo que se centraba alrededor de ese golfo real, el Príncipe Albert Víctor de Gales, el presunto heredero al trono después de su padre. La muerte prematura del príncipe había traído una pena mezclada con alivio a la nación y a sus padres; no es ningún secreto (de ahí mi falta de reticencia ante el tema) que la conducta del Príncipe "Hedí" había despertado las dudas más serias en cuanto a su capacidad de reinar.

Fue después de la muerte del príncipe en el 92 cuando Lord St. John había atraído al joven conde (entonces Vizconde Blackpool) a su "grupo". El resultado (dicho por Emerson) lo había visto yo misma. No había vicio, natural o antinatural, al que no hubiera sido expuesto el joven a manos de su mentor maquiavélico.

—Natural o antinatural —repetí—. Para ser bastante honesta, Emerson, no estoy segura de la distinción, cuando se aplica al vicio.

Emerson me dirigió una mirada helada.

—La distinción no es algo que te incumba, Peabody.

—Ah —dije—. Creo que comprendo. ¿Estás sugiriendo, Emerson, que Lord Saint John es el sacerdote?

—No —respondió Emerson de mala gana—. No puede serlo. Lo vi entre los espectadores poco antes de que el sacerdote hiciera su entrada.

—¿Estás seguro que no se deslizó fuera y asumió el disfraz en el último momento?

—Imposible, mi querida Peabody. Mira —Emerson se sacó un lápiz del bolsillo (se había negado, como de costumbre, a vestirse para cenar) y empezó dibujar sobre el mantel—. La túnica cubriría una multitud de pecados, inclusive pantalones; era larga hasta el suelo. Las mangas llegaban por debajo del codo, se podrían enrollar o levantar las mangas del abrigo y la camisa bajo esa túnica. Esas operaciones llevarían sólo unos pocos segundos, pero luego tendría que ajustarse la piel de leopardo, bajarse la máscara sobre la cabeza, quitarse los zapatos y calcetines, y deslizar los pies en las sandalias.

—Sí —estuve de acuerdo—. De hecho, no era una mala copia del traje de la Decimonovena Dinastía. Excepto que el original habría sido de tela transparente y la peluca no se ve a menudo en

las representaciones de sacerdotes, quienes generalmente se rasuraban las cabezas.

—Las modificaciones fueron dictadas por la necesidad de ocultarse, obviamente —contestó Emerson impacientemente—. Y al contrario de Budge y esa sobrecotizada autoridad de Herodoto que describía, no siempre exactamente, las costumbres predominantes dos mil años después del período en cuestión, ¿qué se puede decir?

—Hay descripciones de individuos llevando el disfraz de sacerdote *sem* y una peluca recargada —contesté—. No es que importe; como dices, la autenticidad tenía que ceder al espíritu práctico.

—Cierto. Pero hay una cierta sugerencia de erudición en su conducta, Peabody. ¿Oíste lo que le dijo a la momia?

Habiendo observado que Gargery había abandonado toda pretensión de servir la cena y que estaba inclinado sobre el hombro de Emerson tratando de ver lo que había dibujado sobre el mantel, anuncié que nos retiraríamos al salón. Gargery soportó la desilusión valientemente.

Después de que nos sentáramos cómodamente, contesté a la pregunta que Emerson había formulado antes.

—No, no oí lo que el lunático le dijo a la momia, Emerson. Había mucho ruido.

—Pero yo estaba más cerca —contestó Emerson—. Y, como sabes, soy bastante experto en leer los labios. Éste es mi mejor recuerdo de sus observaciones.

Como no tenía ningún mantel a mano, y era demasiado impaciente para buscar artículos de escritorio, garabateó en su puño, pronunciando los jeroglíficos en voz alta mientras los escribía.

—Humm —observé—. Muy bien, Emerson. ¿Pero por qué hablas egipcio antiguo si el sacerdote habló en inglés?

—Él no habló en inglés, Peabody.

—Cielo santo, asombroso. Pero eso significa… eso sugiere…

—No sé lo que significa, Peabody, y tú tampoco.

—Habló en inglés antes.

—Precisamente. No hay consistencia en su conducta, que es lo que uno podría esperar de un lunático ¿eh? Es obvio que está algo familiarizado con la egiptología, pero cualquier aficionado

inteligente podría adquirir esa información, especialmente si, también podría ser el caso, si ha estado obsesionado con el tema toda la vida.

—Qué bien te expresas, Emerson. —Tomé su mano y la giré para poder leer los jeroglíficos otra vez—. Es un egipcio bastante aceptable.

—Una fórmula memorizada, Peabody. "Mil panes y mil frascos de cerveza para el espíritu de la Dama Henutmehit". La fórmula estándar de la ofrenda a los muertos.

Entrelazó los dedos con los míos, sosteniéndolos con rapidez. Ese gesto tierno y su interés por un tema sobre el que anteriormente había jurado nunca hablar otra vez, me persuadió de compartir algo con él.

—Quizás es una fórmula estándar, pero esto no. —Busqué en el bolsillo y le alargué la copia del mensaje que había sido encontrado en la mano muerta de Oldacre.

Emerson juntó las cejas.

—¿Dónde has conseguido esto, Peabody? Supongo que de uno de tus malditos amigos periodistas; maldición, Peabody, te dije… Humm. Qué extraña mezcolanza. Ciertamente no es una fórmula estándar, nunca he visto tal inscripción.

—Ni yo, Emerson. ¿Puede haber sido tomado de las inscripciones del ataúd en cuestión? No hay tal cosa en el exterior, pero quizás en las superficies interiores…

—Ahora comienzas a sonar como una maldita periodista, Amelia. Por lo que yo sé, el ataúd nunca ha sido abierto. ¿Estás sugiriendo que el loco tiene clarividencia?, o no, mejor, aquí hay un complot: es la reencarnación del escriba que decoró originalmente el ataúd para su amada. ¡Ja, ja! Me pregunto si tu amigo íntimo O'Connell no ha pensado eso.

Los ojos le brillaban con diversión y los labios expresivos se curvaron en una sonrisa a la que yo no podía dejar de responder.

—Muy bueno, Emerson. Estoy contenta de verte con un espíritu tan animado, querido.

—Humm —dijo Emerson, llevándose mi mano a los labios y besando cada dedo—. Espero estar de un espíritu aún mejor próximamente, Peabody. Vamos…

Fuimos. Pero para mí, las atenciones de Emerson de esa noche

tuvieron una intensidad más grande, ya que me recordó lo que podía perder si la teoría de Ramsés, y la mía, resultaban ser correctas. Este pensamiento me guió, creo, a una respuesta aún más incondicional de lo normal, y Emerson expresó su aprobación con términos seguros. Sin embargo, su última observación fue una risita somnolienta y un murmurado:

—Peabody, ¿olvidarás alguna vez cuán tonto parecía Budge, tumbado de espaldas, pateando como un escarabajo pelotero y balando como una cabra?

Capítulo 7

Emerson salió de la casa inmediatamente después de desayunar, comentando que tenía intención de encargarse de una gran cantidad de trabajo ese día y que no estaría en casa para el almuerzo. Estaba de un humor excelente (por razones sobre las que no necesito extenderme) y me cuidé de no echarlo a perder permitiéndole ver el periódico de la mañana. Contenía un entusiasta relato del disturbio en la Sala de la Momia y una fotografía de Emerson agarrando a la dama desmayada, de tal forma que parecía Jack el Destripador contemplando a su próxima víctima.

Yo iba por la segunda taza de té cuando Mary Ann entró con un telegrama. Era de Rose, anunciando el regreso de Bastet y añadiendo:

Informen señorito Ramsés.

Totalmente sana y feliz.

Desearía estuviesen aquí.

No le envidié su pequeña extravagancia en la verborrea (y el gasto), pues las noticias eran ciertamente las mejores que me había atrevido a esperar. Subí de inmediato a cumplir con las instrucciones de Rose. La puerta de Ramsés estaba cerrada con llave y tuve que identificarme antes de que consintiera en abrirla.

—No me gusta esta costumbre de cerrar las puertas, Ramsés —le dije—. ¿Qué ocurriría si te pusieras enfermo?

—Ese es ciertamente un argumento en contra —dijo Ramsés, acariciándose la barbilla en una imitación inconsciente de su padre —. Pero es improbable mamá que esté tan repentina y violentamente afectado como para ser incapaz de pedir ayuda. Y comparando tanto los argumentos en contra, como mi necesidad de privacidad, que siempre has sido lo bastante buena como para reconocer y la posibilidad de que alguien moleste a mis

especímenes…

—Muy bien, Ramsés. Aunque —añadí, con una mirada de asco al espécimen que sujetaba por su larga cola desnuda—, me parece que es muy improbable que nadie en sus cabales quiera tocar tus especímenes. ¿Dónde conseguiste éste?

—De Ben, el ayudante del jardinero. La colocación de trampas, en particular en los establos, dónde tales criaturas abundan, es uno de sus deberes. Aún cuando aborrezco el uso de trampas, o el asesinato innecesario de cualquier animal, debo inclinarme ante la necesidad en este caso puesto que las ratas se comen el cereal y también son portadoras de pulgas, que algunos entendidos creen…

—Basta, Ramsés.

—Sí, mamá. ¿Te importaría inspeccionar algunos de los especímenes? El proceso de desecación está ya muy adelantado en algunas de las variedades más pequeñas, confirmando mi creencia de que es mejor el natrón sólido en vez del líquido…

—No, gracias.

Miré hacia la mesa junto a la ventana, donde reposaban los especímenes de Ramsés, cada uno en su propio contenedor pequeño. Había otras cosas sobre la mesa que elegí no examinar tampoco. Conociendo el acercamiento totalmente lógico de Ramsés a las cuestiones de la egiptología, estaba segura de que no había pasado por alto ningún método posible de preparar un cuerpo para el paso final mediante el proceso de momificación.

Me apresuré a contar a Ramsés las buenas noticias, añadiendo que lo habría hecho de inmediato si no me hubiera distraído con su conferencia sobre la momificación. Respondió con una de sus extrañas sonrisas.

—No es que dudara en serio de que ella regresaría si era capaz —comentó—. Pero la vida, como indica el Corán…

—No me cuentes lo que indica el Corán, Ramsés. Debo irme ahora, tengo mucho que hacer. Sólo me detuve un momento a contarte lo de Bastet.

—Estoy profundamente agradecido, mamá. ¿Puedo preguntar si ha habido algún nuevo avance sobre lo que algunos podrían denominar el misterio del Museo Británico?

—Creo que no, Ramsés.

—La teoría que expuse ayer por la noche era algo exigua —dijo

Ramsés pensativamente—. De todos modos, mamá, me sentí aliviado al saber que en tu opinión, no existe la más mínima posibilidad de que papá corra ningún peligro por parte de ese peculiar individuo.

Su voz era tan calmada como siempre, su semblante impertérrito. Con unas palmaditas en sus rizos apretados, le dije en tono reconfortante:

—Estoy segura de que papá no corre ningún peligro, Ramsés. Y aunque así fuera, lo que, como digo, considero improbable, es muy capaz de defenderse a sí mismo con suma habilidad y energía. Simplemente concéntrate en tus queridas momias y no te preocupes por papá.

Había llovido durante la noche, pero cuando dejé la casa el sol estaba intentando penetrar a través del perpetuo manto de humo de Londres. Estaba agradecida por mis recias botas mientras chapoteaba en los charcos y cruzaba velozmente por las calles enlodadas. Mientras me dirigía hacia el este a lo largo del Strand, el tráfico se hizo más denso y el ruido se elevó hasta unas proporciones ensordecedoras. Los carruajes y los ómnibuses retumbaban, las pezuñas de los caballos traqueteaban, los vendedores callejeros proclamaban sus mercancías. Pero la escena tenía un cierto encanto bullicioso, y por encima de todo, como un comentario celestial sobre la vanidad del alboroto humano, la gran cúpula de St. Paul se elevaba contra el cielo, con sus curvas castamente disimuladas por grupos de nubes.

Las oficinas del *Daily Yell* estaban en Fleet Street. Nunca había tenido ocasión de visitarlas y no estaba segura de a qué hora podría encontrarse allí el señor O'Connell, pero pensé que de todos modos podría hacer el intento. Sus jefes seguramente tendrían su dirección particular.

Según el recepcionista de servicio en la puerta principal del edificio, el señor O'Connell estaba dentro sin duda. El recepcionista me dirigió escaleras arriba hasta una sala grande, abarrotada y sumamente sucia repleta de escritorios, la mayoría de los cuales estaban ocupados. El aire era denso debido al humo de puros y cigarrillos y (si se me permite una metáfora grosera) deprimente debido a las palabrotas. Era evidente que ese temperamento se formaba en lo profundo de los pulmones del orador y sin malicia

aparente. Gran cantidad de invectivas estaban dirigidas contra los jovencitos que corrían de escritorio en escritorio, efectuando la entrega y recogiendo papeles de un tipo u otro.

La mayor parte de los "caballeros" del cuarto poder estaban en mangas de camisa y varios llevaban sombreros posados sobre sus cabezas. Mi llegada no pasó enteramente desapercibida, pero nadie se quitó el sombrero, se puso la chaqueta, se levantó de su silla o preguntó cómo podría ayudarme. No me incomodé. Por una vez, era agradable encontrar a un grupo de hombres que tenía peores modales que mi propio hijo.

Mirando con atención a través de las nubes de humo azul, vislumbré un brillante pelo castaño rojizo. Fue sólo un destello, nada más, pero fue suficiente. Exclamé:

—¡Señor O'Connell!

Toda conversación cesó bruscamente. En el profundo silencio, pudo oírse un sonido como el de unos pasos arrastrándose.

—Puedo oírle, señor O'Connell —grité—. Venga aquí de inmediato, por favor.

Un hombre en el lateral de la sala se reclinó sobre su silla y dirigió un comentario en voz baja a alguien que era invisible para mí. Después de un momento, O'Connell se puso tímidamente en pie y el hombre detrás de cuyo escritorio había estado escondiéndose, dijo con una sonrisa:

—Aquí está, señora. ¿Qué ha hecho?… ¿dejarla embarazada?

—Si ése es un ejemplo de humor periodístico, no lo aprecio demasiado —contesté, mientras Kevin dirigía al humorista una mirada indignada—. Venga aquí, señor O'Connell. No sea tan cobarde, sólo quiero hablar con usted.

—Cobarde, ¿yo? No ha habido nunca un O'Connell, varón o hembra, al que le diera miedo afrontar…

—Sí, seguro. Sólo dése prisa.

Kevin arrancó su chaqueta del respaldo de una silla, aplastó el sombrero sobre su cabeza y se acercó a mí.

—Dése prisa, por supuesto —masculló—. Ha arruinado mi reputación con toda seguridad, señora E.

Una vez fuera, Kevin exhaló el aliento en un largo suspiro.

—Me disculpo, señora Emerson. Tendré unas palabras con Bob más tarde. Pero ciertamente, ya sabe, no debería entrar en lugares

así.

—He estado en sitios peores —contesté—. Y ¿qué hay de la señorita Minton? Ella está empleada en un lugar así.

—Oh, vamos, no supondrá que una señora tan elegante compartiría la misma sala con periodistas comunes y corrientes.

—No supongo que los periodistas comunes y corrientes la quieran en el mismo cuarto —dije secamente—. No pueden haber perdido todos los instintos caballerosos; la presencia de una dama podría hacerlos sentirse incómodos, por increíble que pudiera parecer. ¿Dónde está ella, entonces, si no está en las oficinas del *Mirror*?

—Ella vive con una señora viuda en Godolphin Street —contestó Kevin—. Envía sus artículos al periódico mediante mensajero, la vieja viuda pretende ser una sufragista, pero no aprobaría que la nieta de un *Honorable* se codeara con hombres rudos y vulgares. Fue por puro accidente que la muerte del vigilante se convirtiera en una causa célebre, su editor sólo le asignó la historia para mantenerla apartada de cualquier daño, esperando sin duda que se cansara pronto de su pequeño pasatiempo…

—Tonterías. Ella fue la que convirtió la historia en algo sensacional, usted mismo lo dijo. Y escribe muy bien… periodísticamente hablando.

—Está aprendiendo —dijo Kevin a regañadientes—. Pero son las conexiones familiares y su relación con ese remilgado palo con gafas del Museo…

—¡Celos, señor O'Connell! Simples celos, y su ceguera masculina hacia las habilidades superiores de las mujeres. Creo que proseguiré hasta su domicilio y veré si está en él. ¿Cuál es la dirección?

—Iré con usted, si me lo permite. Hace un día luminoso y agradable, y demasiado apacible para estar encerrado.

Conocía sus verdaderos motivos; pero me congratula que él obtuviera tan poco de mí como yo, lamentablemente, pude aprender de él. La única vez que se olvidó de sí mismo y habló sin cortapisas fue cuando mencioné a Lord St. John.

—¡Ese sucio gandul! ¡Ojalá que las cabras… esto… se sienten sobre la tumba de su abuela!

—¿Qué tiene contra Su Señoría? —pregunté.

El señor O'Connell tenía mucho en contra de Su Señoría.

—Nos enteramos de cosas que nunca podremos imprimir, señora Emerson, ni siquiera en el *Daily Yell*. No es tanto una cuestión de qué noticias son apropiadas para los ojos de damas y niños, sino un procedimiento legal. Si le contara todo lo que sé de Su Señoría…

—Dudo que me sintiera conmocionada o asombrada —contesté tranquilamente—. Aunque él da una impresión favorable, ¿no cree?

—¡Oh, es encantador con las damas! Y —dijo Kevin a regañadientes— se ha mantenido medianamente tranquilo el último año o dos. Dice que se ha reformado. Tal vez haya pasado página, tal como proclama, pero tengo mis dudas.

Godolphin Street estaba en un barrio anticuado, entre el río y la Abadía. La bordeaban por ambos lados filas de casas construidas en el último siglo, incluyendo aquella en la que residía la señorita Minton. Eran casas altas y estrechas, casi respetables en apariencia de una manera amenazadora y desagradable, con unas escalinatas empinadas que conducían hasta la puerta principal. Mientras nos acercábamos, la puerta se abrió y salió el señor Eustace Wilson.

Iba inmerso en sus pensamientos, frunciendo el ceño sobre un papel que sujetaba en la mano y no me vio hasta que estuvimos casi cara a cara.

—¡Oh! —Exclamó, quitándose el sombrero—. ¿Es usted, señora Emerson? No esperaba…

—He venido a visitar a la señorita Minton.

—Igual que yo. Íbamos a almorzar juntos. Pero no está aquí.

—¿Rompió una cita con usted?

Los labios del joven se relajaron en una sonrisa tímida, casi simpática.

—Eso no sería nada nuevo, señora Emerson. Ella… pero ya sabe cómo son las damas jóvenes. Fue lo bastante amable como para dejarme una nota, diciendo que se veía repentinamente obligada a salir de Londres por tiempo indeterminado.

—Ah, bien, en ese caso hay alguna excusa para su rudeza. Quizá su abuelita se ha puesto enferma.

O'Connell se había mantenido a distancia hasta que oyó que la señorita Minton no estaba allí. Ahora estaba junto a nosotros, con las manos en los bolsillos, la gorra calada y en una postura desgarbada que sugería que estaba tratando de verse lo más diferente posible al atildado joven Wilson.

—Sin duda ha huido para ocultar su vergüenza —dijo en tono burlón—. Después de que el secreto de su nacimiento saliera a la luz…

—Ella no tiene nada de qué avergonzarse, señor O'Connell —dije con seriedad—. Una posición social elevada no implica culpa, ella tiene el mismo derecho que un plebeyo a ser respetada.

—Muy bien dicho, señora Emerson —dijo el señor Wilson con una mirada indignada a O'Connell—. La señorita Minton merece respeto por negarse a usar su posición para obtener favores especiales. Aunque yo, en primer lugar, odie verla en una profesión tan repugnante, degradante…

—Degradante, ¿no? —O'Connell cerró los puños—. ¡Vuelva a usar esa palabra, mi delicado gallito y se la haré bajar por su flaco cuello!

—Bien, no me diga —exclamó el señor Wilson, ajustándose las gafas.

—Vamos, chicos, no se peleen —dije—. Al menos no en la vía pública.

—Me disculpo, señora —dijo el señor Wilson educadamente—. Podría decir que celebro que usted no resultara herida ayer. Y su marido fue realmente el héroe del día, según tengo entendido.

—El señor Budge ciertamente no lo fue —contesté.

Wilson sonrió.

—Él estaba de un humor abyecto esta mañana. Me complació reclamar mi medio día de trabajo y escapar.

—Espero que sus nervios estén un poco alterados —dije—. Y los suyos deberían estarlo, señor Wilson. El maníaco parece guardar rencor al Museo Británico y sus empleados.

La sonrisa de Wilson se marchitó.

—¿Qué demonios quiere decir, señora Emerson? El tipo es bastante inofensivo.

—No esté tan seguro, señor Wilson. Ha habido dos muertes ya… ¡y las dos conectadas, no sólo con el Museo, sino con el Departamento Oriental! El sacerdote puede ser inofensivo, o puede no serlo; puede o no ser el asesino, pero parece muy probable que el asesino sea un hombre que siente algún motivo de queja contra los orientalistas. Quizá un erudito resentido, cuyas teorías hayan sido desdeñosamente descartadas, o un estudiante al que omitieron en

una promoción o reconocimiento, o… Pero bueno, estoy hablando demasiado libremente. Son sólo teorías no probadas hasta ahora, señor Wilson. Puedo estar equivocada por completo.

—Dios mío —jadeó el señor Wilson.

—Discúlpeme, señora E. —O'Connell avanzó más cerca—. Está usted diciendo… ¿Le he oído usar las palabras "maníaco homicida"?

—No, no lo ha hecho, y si me cita a tal efecto… —Levanté mi parasol en un gesto travieso. O'Connell ni siquiera parpadeó. El fervor periodístico había vencido su miedo a mi opinión y a mi parasol. El señor Wilson estaba manoseando sus anteojos y mascullando, "Dios mío, Dios mío" como el Conejo Blanco en A*licia en el País de las Maravillas.*

—¡Qué idea! —exclamó O'Connell—. ¡Me pregunto por qué no pensé yo en eso! De hecho… ¡Por Dios, sí pensé en eso! No la citaré, señora E., querida mía; le agradezco que me haya recordado mi teoría. ¡Ajá! ¡Esperen a que la Honorable Señorita Minton lea el *Daily Yell* de mañana!

Riéndose con diabólica satisfacción, se fue trotando.

—¿Hablaba en serio, señora Emerson? —preguntó Wilson. Estaba bastante pálido.

—Prefiero no comprometerme, señor Wilson. Pero le prometo esto. El profesor Emerson y yo estamos sobre la pista, y todavía nunca hemos dejado de capturar… bueno, al menos nunca hemos dejado de frustrar a un enemigo. Lo que no es un cumplido, en particular para nosotros, puesto que la mente criminal es tan inferior. No tenga miedo, señor Wilson. Usted no puede ser la siguiente víctima. Quizá lo sea el señor Budge.

El señor Wilson no pareció especialmente animado por la sugerencia.

Cuando se marchó, con los hombros inclinados y la cabeza gacha, estuve tentada de llamarlo de regreso y ofrecerle un consejo amistoso para tratar con señoritas del tipo de la señorita Minton, pues estaba claro para mí que sus sentimientos hacia ella iban más allá de los de un amigo. Sin embargo, opté por no tomarme la molestia. Era demasiado tímido e inseguro como para tener éxito con semejante jovencita… ni, en mi opinión, lo merecía.

Pasé algunas horas en las tiendas, pues mi guardarropa estaba

tristemente necesitado de renovación. Los vestidos adecuados para las vigorosas actividades de una excavación no han lugar en Londres. También encargué camisas para Emerson, que tiene el despistado hábito de arrancárselas a tirones cuando le urge desvestirse, y varios trajes para Ramsés, cuyos hábitos son tan destructivos para la ropa como los de su padre, aunque no, como difícilmente necesito añadir, por las mismas razones.

Regresé a casa temprano, pues sentía que necesitaba un breve tiempo de sosiego y reflexión antes del encuentro con los niños a la hora del té. La señora Watson y Gargery estaban esperándome, la señora Watson para informarme de que se había tomado la libertad de confinar a Ramsés en su cuarto por derribar a Percy y saltar sobre él, y Gargery para anunciar que había un caballero esperando para verme.

Me sentí tan feliz de posponer la inevitable visita a Ramsés que me dirigí al salón verde. Esta sala con nombre tan formal y elegante (llamada así por la seda verde de China que cubría paredes y techos) era usada muy raramente; deduje que el visitante debía ser alguien distinguido y con título para serle concedido tal honor por parte de Gargery y como se demostró, estaba en lo cierto.

Lord Saint John estaba absorto en la contemplación de un excelente retrato hecho por Gainsborough del tercer Duque, que colgaba sobre la repisa de malaquita de la chimenea. En cuanto entré, se apresuró a disculparse por su intrusión.

—Fue una libertad injustificada por mi parte, señora Emerson, pero su mayordomo insistió en que se esperaba que volviera enseguida y tengo algo importante que quiero contarle.

—No se preocupe, Su Señoría. Por favor siéntese. —Llamé a una doncella y la envié a traer el té—. Pero no a los niños —añadí rápidamente—. Al menos aún no.

—No deje fuera a los pequeños por mi causa —rogó Su Señoría —. Me sentiría honrado de conocer a sus hijos.

—No sabe lo que dice —le aseguré—. De hecho, el Profesor y yo sólo tenemos un hijo, pero cuidamos a los dos hijos de mi hermano durante el verano.

—Qué amable por su parte. Pero es lo menos que podría haber esperado; su amable corazón, señora Emerson, es tan bien conocido como su incansable búsqueda de conocimiento.

La sonrisa cambió su aspecto por completo, alisando las arrugas de cansancio (o, como probablemente habría dicho Emerson, de disipación). No obstante, me congratulo de ser una mujer con demasiado mundo como para dejarme engañar por unos modales educados y una sonrisa insulsa. Admití su cumplido con una inclinación de cabeza, disculpé la ausencia de Emerson y serví el té.

—¿Aunque quizá Su Señoría preferiría algo más fuerte? ¿Puedo ofrecerle un whisky con soda?

—No, gracias —añadió, con una risilla astuta—, me he reformado, señora Emerson. La mayoría de la gente diría que ya era hora de que lo hiciera.

Me sentí un poquitín disgustada por su negativa; me habría unido a él con mi taza en ese brindis, pero difícilmente podía quedarme sentada bebiendo licor mientras él sorbía su té educadamente. Aceptando su taza y un emparedado de berros, continuó más seriamente:

—He sido un bribón lamentable toda mi vida, señora Emerson. La mayoría de los jóvenes han sembrado sus campos de avena salvaje…

—Y los suyos, según tengo entendido, cubrirían la mayor parte de Inglaterra.

Su Señoría se rió con ganas.

—Bravo, señora Emerson. Es tan refrescante encontrar una mujer, o un individuo de cualquier sexo, que no tenga pelos en la lengua. Su franco candor me sienta bien. Sí, estoy muy avergonzado de algunos episodios de mi pasado. El tiempo nos madura y nos mejora, si somos sabios. Es hora de establecerme. Estoy descubriendo los placeres de aprender; busco a una buena mujer con quien pueda deslizarme suave y pacíficamente a la mediana edad.

—¿La señorita Minton, quizás?

—¡Cielo santo, señora Emerson! El camino de la señorita Minton nunca será suave y pacífico. Requiero alguien más tranquilo, más consciente de los placeres sencillos de la vida. —Se inclinó hacia adelante y colocó su taza y el platillo en una mesa—. Esa es una de las razones por la qué me he aventurado a visitarla, señora Emerson, para explicarle mi conducta desvergonzada de ayer. Conozco a Margaret desde niños, nuestras familias provienen de la

misma parte de Gloucestershire. Me siento como un hermano para ella y no puedo quitarme el hábito de gastarle bromas fraternales. ¡La pobre se toma a sí misma tan seriamente! Pero fue demasiado malo que expusiera su secreto, aunque apenas puede ser un secreto para la mayoría de la gente…

—Fue demasiado malo para usted. ¿Me haría el favor de entregarme su taza, Su Señoría? Gracias. Pero es la señorita Minton, no yo, quien se merece su disculpa. Y si ese es el asunto tan importante que quería consultarme…

—No, en absoluto. Aunque su buena opinión, señora Emerson, es importante para mí. —Su Señoría sonrió de manera amistosa a la criada que había pasado con la bandeja de bocadillos. Ella se ruborizó frenéticamente, era muy joven y bastante bonita, y dado que era la primera vez que la veía, asumí que acaba de ascender a una posición más alta en la casa después de la marcha de las chicas que la señora Watson había mencionado.

El tiempo seguía pasando; Emerson regresaría pronto y aunque encontraba la conversación de Su Señoría interesante en extremo, me vi forzada a indicar que debía continuar con ella.

—Entonces… —incité.

—Quería consultarle acerca de los extraños incidentes del Museo, por supuesto. ¿Es verdad que usted y el profesor investigan el caso? No me aventuraría a preguntar, sino como patrocinador del Museo y un amigo del señor Budge…

—No necesita explicar su interés. Pero sería una exageración declarar que estamos investigando algo. Como tantos otros, tenemos curiosidad. El asunto es muy extraño. Sin embargo, no hemos sido abordados formalmente por las autoridades.

—Tengo razones para creer que podría suceder, en un futuro próximo.

—¿De verdad?

—El señor Budge está… para ser bastante honesto, está asustado. Esta noción de vendetta, o enemistad contra egiptólogos…

—Yo tampoco soy la única a quien se le ha ocurrido esa interpretación —exclamé—. ¡Ja! Es la única explicación sensata, Su Señoría; pero ¿ha sucedido alguna otra cosa que apoye mi teoría? ¿Algún ataque asesino, alguna carta amenazante?

—No que yo sepa —dijo Su Señoría lentamente—. Pero el destinatario de una carta anónima no lo daría a conocer, por temor al ridículo.

—Cierto. Pero aún así tengo razones para creer…

En ese momento, fuimos interrumpidos por la última persona que había esperado ver, mi progenitura errante, Ramsés. Abrió la puerta de golpe y se detuvo jadeando, sin aliento para hablar.

—Ramsés, te dije que te quedaras en tu cuarto.

—Yo di por hecho que… las excepciones habituales… prevalecían —jadeó Ramsés—. Mamá, mi cuarto…

—Vuelve arriba inmediatamente.

—Mi cuarto está ardiendo —dijo Ramsés.

Y verdaderamente lo estaba. La verdad de la declaración de Ramsés fue confirmada tan pronto como alcancé el vestíbulo, por los gritos escaleras arriba y por el olor penetrante a lino quemado. Corriendo por las escaleras, seguida de cerca por Su Señoría y Ramsés, encontré a un grupo de agitados sirvientes acurrucados en la puerta del cuarto del chico, mientras uno de los lacayos, hábilmente ayudado por Percy, derribaban las ennegrecidas cortinas en llamas.

Un examen rápido me aseguró que no había ocurrido gran daño, pero que sólo un pensamiento rápido y una acción aún más rápida habían evitado un fuego más serio. Elogié al lacayo, quien contestó:

—Es al señorito a quien debería darle las gracias, señora. Tenía las llamas controladas cuando llegué aquí.

Percy se había retirado modestamente al rincón. Sus manos y cara estaban manchadas de hollín, pero me aseguró que no se había quemado.

—Sólo ha sido un poco de fuego, tía Amelia. Verá, ayudaba a Ramsés a realizar un experimento químico. Fue mi culpa, mi mano golpeó la lámpara Bunsen. Asumo toda la responsabilidad.

Alcancé a Ramsés, anticipando que la frase tendría su efecto habitual, pero él simplemente permaneció mirando a Percy.

—La responsabilidad es mía —dijo con voz tranquila—. No debería haber permitido que Percy me ayudara con el experimento.

—¿Qué tipo de experimento? No, no me lo digas, no quiero saberlo. Bien, Ramsés, no te prohibí recibir un huésped en tu cuarto, y como nunca se me ocurrió que llevarías a cabo

experimentos químicos, me descuidé en prohibir la lámpara Bunsen; así que supongo que no te puedo hacer responsable. Puedes darle las gracias a tu primo por ser exonerado con tanta indulgencia.

Los labios de Ramsés se movieron; pero como no pronunció la palabra en voz alta, escogí no tomar nota de ello.

Su Señoría, repantigándose en la puerta, rió entre dientes suavemente.

—¿Qué decíamos acerca de la avena salvaje, señora Emerson? Siento bastante afinidad con estos dos muchachos. ¿Cuál es el suyo?

Presenté a los chicos, que respondieron del modo típico: Percy con una reverencia y una disculpa por no estrecharle la mano, la palma cubierta de hollín demostró ser excusa suficiente; y Ramsés con una inspección impertinentemente larga de Su Señoría, de pies a cabeza y regreso. Estaba a punto de empezar uno de sus discursos interminables cuando un chillido penetrante desde el pasillo hizo girar todas las cabezas en esa dirección. Era el estribillo familiar e inquietante:

—Muerto, muerto, oh, muerto…

—Maldita niña —dije, sin pararme a vigilar mis palabras—. Llámala, Percy, y asegúrale que no estás herido, antes de que tenga otro de sus ataques.

Fue Lord St. John sin embargo quien interceptó hábilmente al bulto agitado que chillaba y lo cogió en brazos.

—Shhh, cosita —dijo cariñosamente—. Nadie ha muerto, sólo ha sido un pequeño fuego, y tu querido hermano no está herido en lo más mínimo.

Los chillidos de Violet pararon como si hubieran sido cortados con un cuchillo. Al mirar su sonrisilla, la risita y como enroscó los brazos alrededor del cuello de Lord St. John, estuve tentada de sacarla de esos brazos y sacudirla hasta que sus rizos se soltaran de los lazos.

—Vuelve a tu cuarto inmediatamente, Violet —dije severamente —. Bájela, Su Señoría, siento que haya presenciado tal espectáculo.

Su Señoría le dio a Violet un abrazo. Ella gritó con delicia.

—Por favor no se disculpe, señora Emerson. Adoro a los niños. Especialmente a las niñitas.

* * *

Mi querido Emerson afirma despreciar los trabajos del señor

Dickens (“junto contigo, Peabody, el más sentimental alborotador con el que jamás me he topado”), pero advierto que lo cita a menudo. El domingo por la mañana, cuando nos sentamos alrededor de la mesa del desayuno, emprendió una diatriba sobre el domingo inglés, y aunque no mencionó la fuente, la reconocí como un pasaje de *La pequeña Dorrit*.

—Todo lo que podía proporcionar la posibilidad de alivio a las personas agotadas de trabajar estaba cerrado y enrejado. Nada que ver excepto calles, calles y calles. Nada que respirar excepto calles, calles y calles… Nada que hacer para el trabajador agotado, sino comparar la monotonía del séptimo día con la monotonía de sus seis días, pensar en la vida agotada que llevan y hacer lo mejor, o lo peor, según sus probabilidades.

Emerson (y el señor Dickens) tenían razón. El domingo, por supuesto, debería estar dedicado a descansar, reflexionar y a la persecución de ideales más altos; pero la misma gente que no veía nada malo en requerir un cochero para que les condujeran a la iglesia y les devolviera a una cena abundante preparada por sus sirvientes, eran inexorables acerca de permitir al obrero cualquier acceso a los medios del espíritu o del entretenimiento sano, incluyendo el Museo Británico, que era, según sospechaba, la principal fuente de descontento de Emerson.

Ramsés, por supuesto, quiso saber qué quería decir el señor Dickens con “lo peor”. Ante mi consejo, Emerson se negó a contestar.

Emerson nunca asiste a los oficios religiosos, ya que se opone a la religión organizada de cualquier forma. Yo siempre llevaba a Ramsés cuando estábamos en casa, en Kent, aunque no supuse que sacara provecho de los sermones, ya que el viejo y estimado señor Wentworth, que había sido vicario de St. Winifred desde tiempos inmemoriales, estaba tan decrépito que uno no podía comprender ni una palabra de las que decía. Sin embargo, el murmullo de su voz suave era muy tranquilizador y los miembros de la congregación aprovechaban el tiempo para dormitar o meditar, según sus hábitos.

Ese domingo había llevado a los niños a St. Margaret en Westminster para oír al archidiácono Frederick William Farrar, uno de los predicadores más famosos del país. Fue un discurso muy edificante y esperé que el tema “el amor fraternal” tuviera efecto en

mis beligerantes compañeros, ya que el proceso de llevarlos a la iglesia había puesto a prueba toda mi paciencia. Violet había sido la peor. Sus chillidos de rabia me habían molestado mientras me vestía, cuando llegué a la guardería, esperando encontrar a Ramsés ofreciéndole un ratón momificado o un fémur antiguo (de su colección de tesoros), encontré a la niñera encogida en un rincón y a Violet encima de un montón de prendas de vestir desechadas, chillando que todas eran demasiado feas, demasiado estrechas o que estaban demasiado arrugadas. Ciertamente para entonces estaban arrugadas, puesto que las había estado pisoteando. El tema de su ropa era uno de los pocos temas que la despertaban de su pereza tonta; pero incluso antes de ese episodio ya había comenzado a preguntarme si reformar a Violet estaba más allá de mis capacidades.

El sermón, todo lo que fue claramente audible, no tuvo ningún efecto notable. Violet gimoteó todo el camino de vuelta a casa sobre su vestido y Ramsés llamó a Percy coprolito confundido.

—¿Dónde has aprendido esa palabra? —pregunté.

—En una guía de Londres que está en la biblioteca —contestó Ramsés—. De acuerdo con tu sugerencia, procuraba ampliar mis intereses y pronto me topé con una frase que decía, "El estrato superior de la tierra del Strand está compuesto de una tierra amarillo rojiza que contiene coprolitos". Naturalmente consulté el diccionario, ya que siempre estoy ansioso de ampliar mi vocabulario y estaba interesado en descubrir…

Confiné a Ramsés a su cuarto durante el resto del día. Después de una breve reflexión también confiné a Percy y a Violet a sus cuartos. Esto era injusto, pero necesario para mi cordura.

Emerson había salido, dejando recado de que volvería cerca de las seis y media. Pasé la tarde en la biblioteca examinando su manuscrito y haciendo unas pocas y pequeñas correcciones, y luego tuve un té tranquilo y agradable completamente sola, en mi cómodo y acogedor cuarto.

Poco después de la hora designada me complació oír los queridos pasos. La puerta se abrió de golpe, pero en vez de entrar, Emerson se demoró en el descansillo, y la primera frase que oí dejó claro que no estaba solo.

—Bueno, señora Watkins, no puedo imaginarme por qué está

armando tanto jaleo. Este cubo es demasiado pesado para la chica, que no es más grande que un gatito. Debería haber enviado a uno de los lacayos para que lo llevara.

—Pero, Profesor, ella se ofreció…

—Muy encomiable. Pero ella debería saberlo. Aquí, démelo a mí, ahora, si se aparta amablemente del camino…

Antes de poder continuar, fue detenido por la llegada de Gargery.

—Esto es para usted, Profesor. Un mensajero lo acaba de entregar.

—Bien, no te quedes ahí parado blandiéndolo delante de mí —le contestó Emerson—. ¿Cómo esperas que lo coja cuando tengo ambas manos ocupadas con el cubo de agua? Dáselo a la señora Emerson.

Entró en la sala, me ofreció un alegre "Buenas tardes, Peabody," y pasó al cuarto de baño. Siguieron un porrazo y una salpicadura; Emerson surgió, cepillándose imprecisamente las manchas mojadas de su abrigo y pantalones.

—Buenas noches, mi querido Emerson —contesté.

La señora Watson se había retirado (sacudiendo la cabeza, estoy segura, ante la conducta rara del profesor). La criada apartó la cabeza con un desconcierto entendible y avanzó tímidamente hacia el cuarto de baño; Gargery avanzó hacia mí llevando una bandeja de plata y pareciendo muy compuesto y digno excepto por la sonrisa que no podía ocultar. Estaba demasiado claro que él, como tantos otros, había sucumbido a la personalidad carismática de Emerson (que por alguna razón es más apreciado por los sirvientes y otros miembros de las clases más bajas que por sus iguales).

—Gracias, Gargery —dije, tomando el objeto que reposaba sobre la bandeja de plata. No era una carta, como había supuesto, sino un pequeño paquete envuelto, atado y sellado.

Emerson se tiró sobre una silla junto a la mía y puso los pies sobre los guardafuegos.

—Ah —dijo, con un largo suspiro—. Es bueno estar en casa, Peabody. Especialmente sin… es decir, ¿dónde están los niños?

Se lo expliqué. Desgraciadamente, Emerson estuvo más divertido que sorprendido por la más reciente adquisición de vocabulario de su hijo.

—¡Coprolito! En serio, Peabody, podría ser peor. Aparte de eso, querida, ¿has tenido un día agradable?

—Parte de él ha sido agradable —contesté—. ¿Y tú, mí querido Emerson? ¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Fui a dar un largo paseo. Luego visité a Budge.

—¿Al señor Budge? Cielos, Emerson, ¿por qué? ¿No puedo recordar que hayas visitado jamás a Budge?

—Él también pareció sorprendido —dijo Emerson, con una sonrisa malvada—. Imagínate, Peabody, ese maldito idiota…

—Por favor, Emerson, vigila tu lenguaje. —Indiqué la puerta del cuarto de baño.

—¿Por qué diablos debería hacerlo? Ah. ¿Esa chica todavía está allí? ¿Qué dem… qué está haciendo?

—Llenar el baño, como hace todas las noches, Emerson. Y limpiando detrás de ti. No importa, ¿qué te incitó a visitar al señor Budge?

—Bien, le hice una oferta —contestó Emerson, estirándose hasta que sus huesos crujieron—. Para desenvolver la momia. *La* momia.

—Desenvolver… ¿Para qué diablos?

—Vigila tu lenguaje, Peabody —dijo Emerson, sonriendo—. Me vino la idea mientras caminaba por… eh… el parque. Sí, Hyde Park. El incidente en el Museo de la otra tarde podría haber sido mucho más grave. La histeria pública ha alcanzado tal tono… A propósito, ¿sabías que uno de tus amigos periodistas ya ha impreso una historia acerca de la reencarnación del amante sacerdotal de la princesa? Me indigné cuando lo leí, puesto que había esperado vender la idea por una gran suma.

—No seas chistoso, Emerson. Te estás yendo por las ramas.

—Lo soy. —dijo Emerson agradablemente—. Bien, entonces me parece que es hora de que pongamos fin a estas tonterías, antes de que alguien salga gravemente herido. El Museo no debe sufrir por tales incidentes; sin importar de qué manera incompetente sea dirigido, no queremos que se convierta en campo de batalla y de disturbios, ni en escenario de actuaciones teatrales.

—Estoy bastante de acuerdo, Emerson. ¿Pero qué tiene que ver el desenvolver la momia con eso?

—Porque es la manera más lógica de terminar con las especulaciones absurdas. Veremos qué inscripciones, si es que

existen, hay en el interior del ataúd; expondremos la marchita piel de la dama y la sonrisa descarnada. Ya sabes, Peabody, que incluso una momia en buen estado es claramente fea. Las fantasías románticas acerca de hermosas princesas deben marchitarse, como la carne de la dama, bajo el resplandor despiadado de la verdad científica. Puede tener dientes con abscesos, Peabody. Puede ser… ¡de mediana edad! ¿Podría haber algo más destructivo del sentimiento que una mujer de mediana edad y canosa con dolor de muelas?

Puse los pies en los guardafuegos al lado de los de Emerson y busqué su mano.

—Emerson, lo he dicho antes y lo diré otra vez, tu perspicacia académica sólo es excedida por tu profunda comprensión de la naturaleza humana. ¡Brillante, querido, brillante!

He encontrado que los maridos aprecian estos pequeños cumplidos. Emerson sonrió de oreja a oreja y me besó la mano.

Lo que no dije, porque tengo mejor sentido, es que sospechaba que sus motivos no eran enteramente altruistas. Emerson no es tan apasionado de las momias como yo lo soy de las pirámides, pero le gustan, y uno de mis recuerdos más queridos y más tempranos de él, es el entusiasmo con el que se dedica a desenvolver una momia. (Es de Emerson, apenas debo explicar, de donde deriva la fascinación de Ramsés con las momias, llevada, como a menudo es el caso de Ramsés, al exceso).

—También podrías aprovecharte de la oportunidad de dar una conferencia sobre el tema de las antiguas maldiciones egipcias —sugerí—. E indicar que no había tal cosa.

—Bien, pero eso no sería estrictamente verdad, Peabody. Recuerda el texto de la mastaba de Khentika: "Con respecto a todos los hombres que entrarán en esta, mi tumba, siendo impuros, habiendo comido abominaciones…" ¿Cómo sigue?

—No puedo recordar las palabras exactas. Algo acerca de abalanzarse sobre él, como sobre un pájaro, y ser juzgado por ello en el tribunal del Gran Dios. Apenas una amenaza de muerte, Emerson, puesto que el tribunal se refería al que encaran todos los devotos egipcios *después* de la muerte. Además, ese texto y otros como él se dirigían contra los vigilantes negligentes de la necrópolis.

—Luego están los textos de maldiciones escritos en tazones y pedacitos de alfarería —reflexionó Emerson—. “En cuanto a Fulano, el hijo de Mengano, morirá…” Un ejemplo clásico de magia comprensiva, cuando el tazón fue aplastado, el individuo pereció.

—Ciertamente podrías mencionar tales casos —estuve de acuerdo.

—Podría —dijo Emerson con tristeza—, si fuera a dar una conferencia y desenvolver la momia.

—¿Budge rechazó el plan?

—Oh, pensó que era una excelente idea.

—Entonces por qué…

—Porque, mi querida Peabody, el maldito… eh… confundido bast… bribón ¡lo hará él mismo!

—Oh, querido —dije con comprensión—. Después de anhelarlo tanto… ¿Pero cómo puede él? Después de todo, no tiene sentido desenvolver metros y metros de vendas a menos que uno tenga suficiente conocimiento de anatomía como para hacer un examen de los restos, determinar el sexo, la edad y… eh… ese tipo de cosas.

—Tendrá a algún lacayo del Colegio Real de Cirujanos a su lado —dijo Emerson, apretando los dientes—. Mientras que todo lo que él hace es hablar e hipnotizar a la audiencia haciéndoles creer que sabe lo que está pasando.

—Quizá cambie de opinión, Emerson.

Emerson levantó las cejas y su risita alegre llenó el cuarto.

—Sé lo que estás pensando Peabody y lo prohíbo terminantemente. No vas a visitar a Budge e intentar persuadirlo para que cambie de opinión.

—Yo sólo…

—Lo sé, mi querida Peabody. Pensabas en mí y no te puedo decir cuánto me conmueve tu tierna preocupación. De hecho, creo que Budge tenía dudas. Sucedió una cosa extraña justo antes de que me fuera.

—¿Y qué fue?

Emerson se sentó más cómodamente.

—Fue bastante dramático, querida. Imagina a Budge detrás de su escritorio, soltando las tonterías pagadas de sí mismo de costumbre. Su humilde sirviente, caminando vigorosamente arriba y abajo del cuarto…

—Soltando críticas —sugerí.

—Manteniendo una conversación civilizada —corrigió Emerson —. Entra un sirviente llevando un paquete. Budge se estira a por ese abrecartas absurdo al que le tiene tanto cariño, el que declara que encontró en una tumba en Assiut, y corta el papel. Se queda pálido, su voz se desvanece en el silencio, mira con horror a…

—¿Una oreja humana cortada? —Sugerí, entrando en el espíritu del asunto—. ¿Un miembro momificado?

—¿Miembro? —repitió Emerson con sorpresa—. ¿En qué órgano particular del cuerpo humano has…?

—Una mano o un pie, ¿qué sino?

—Oh. Bien, no era nada tan horripilante. Una antigüedad bastante fina, de hecho un *ushebti*. Aunque no fue el *ushebti* lo que asustó a Budge. Fue el mensaje adjunto.

—¿Qué decía el mensaje, Emerson?

—No lo sé. Budge se negó a mostrármelo, o permitir que examinara el *ushebti*. Pero estaba desconcertado, Peabody; estaba decididamente desconcertado. Aunque confieso que no exhibió los signos violentos de terror que he descrito.

Reía entre dientes alegremente mientras hablaba, pero una sensación de frío horror evitó que me uniera a su inocente diversión

—Emerson —empecé.

—¿Sí, Peabody?

—Emerson… el paquete que Gargery ha traído…

—¡Por Dios! —Emerson se puso en pie de un salto—. ¿Dónde está, Peabody? ¿Qué has hecho con él? ¡Maldición, por eso creía que había algo familiar en esa cosa!

—Está allí sobre la mesa a tu lado, Emerson.

—Oh. —Emerson volvió a su silla. En vez de arrancar la envoltura con su habitual manera vigorosa, se sentó muy quieto, girando el objeto una y otra vez en sus manos—. Sí, parece igual —observó después de un momento—. Envuelto en papel de estraza, la dirección en mayúsculas y con tinta china negra, con una pluma cuya punta necesita afilarse. Y por un hombre con algo de educación.

Aunque estaba ansiosa por contemplar el contenido horroroso del paquete mortal, no pude evitar distraerme por esas declaraciones generales.

—Te estás inventando eso, Emerson. Especialmente la parte sobre la educación. ¿Cómo es posible que puedas decir algo acerca de la educación del remitente o incluso el género?

—La escritura es masculina, osada, extendida, fuerte. En cuanto a lo otro, tengo mis métodos, Peabody, me llevaría mucho tiempo explicarlos.

—Qué tontería —exclamé indignadamente.

—Eso parece ser todo lo que hay que saber sobre la envoltura externa —continuó Emerson—. No obstante, la quitaremos con cuidado… para… preservarla para un futuro examen. Dentro encontramos… ¡Ja! Justo lo que sospechaba.

—Qué, Emerson, ¿qué?

—Una caja de cartón.

Me hundí en mi silla.

—Estás malgastando tu intento de humor, Emerson. Estoy enferma de aprensión por ti y tú haces chistes.

—Ruego tu perdón, Peabody. Humm. La caja no tiene nada distintivo. Excepto… —La levantó hasta la nariz—. Un débil olor a tabaco. Y tabaco bueno, además. Lo recuerdo de mis días de fumar en pipa…

—Emerson, si no abres esa caja, gritaré.

—He estado pensando en retomar la pipa otra vez —reflexionó Emerson—. Es propicia para la meditación. Peabody, estás exhibiendo una impaciencia impropia de alguien que declara ser investigador de crímenes. Debemos proceder lenta y metódicamente, no dejando pasar ningún indicio posible.

Le arrebaté la caja de la mano y arranqué la tapa. Una capa gruesa de algodón ocultaba el contenido, pero no por mucho. Lanzándolo al suelo, saqué el objeto de dentro.

—Un *shawabty* —grité.

—No lo agites de ese modo tan teatral —dijo Emerson con serenidad—. Es de fayenza y se romperá si lo dejas caer.

Las figuras *shawabty* (o *ushebti*, Walter, entre otros, es partidario de la última denominación) eran ejemplos pintorescos de la actitud soñadora pero práctica de los egipcios hacia los requisitos de la vida después de la muerte. Para explicar su función, creo que no puedo hacer nada mejor que citar el hechizo inscrito en las pequeñas figurillas (tomado del Capítulo VI del llamado Libro de los

Muertos). "*¡Oh, tú shawabty!, si Osiris Senmut* (o cualquiera que fuera el nombre del propietario) *es llamado a hacer algún trabajo que deba ser realizado en el Inframundo: cultivar los campos, irrigar el desierto, llevar arena al Este o el Oeste. "¡Aquí estoy yo! ¡Lo haré"! Dirás."*

El *shawabty* se hacía con variedad de materiales, desde piedra y madera dorada a la fayenza, pero siempre imitaban la forma humana momificada. A veces una tumba podía contener docenas, incluso centenares de las pequeñas figuras de sirvientes. Sin embargo, este ejemplo era inusual ya que era de un faraón portando el tocado de *nemes* y sosteniendo los dos cetros. Una línea de jeroglíficos identificaba al propietario, pero les puse poca atención en aquel momento.

—¿Es el mismo que el de Budge? —Pregunté.

—Parece ser idéntico. Pero no puedo decir que lo sea, dado que no me dio la oportunidad de examinarlo. —Emerson me había quitado la caja. Ahora extrajo un trocito de papel cubierto con signos finamente escritos—. Bien, bien, qué extraña coincidencia —observó, después de una mirada rápida—. Estábamos hablando justo de esto. Aquí, Peabody, echa un vistazo.

Una premonición horrorosa hizo que mis manos temblaran tanto que apenas pude sostener el papel. Con voz hueca leí las palabras en voz alta:

Si algún hombre entra en esta, mi tumba, me abalanzaré sobre él como sobre un pájaro…

—Abalanzarse parece un poco juguetón y frívolo para un documento de tal solemnidad —comentó Emerson—. ¡Puede sugerir "caer sobre" o "apoderarse…"

—¡Oh, cállate, Emerson! Aquí viene lo peor. *"En cuanto a Emerson, el Padre de las Maldiciones, ¡morirá!"*

Los ecos de esa palabra horrible apenas se habían desvanecido antes de que fueran seguidas por un sonido metálico duro, como el de un gran címbalo. Me sobresalté violentamente; Emerson comenzó a reír entre dientes y la criada, llevando el cubo de agua vacío (cuya tapa colocada apresuradamente había producido el sonido resonante) avanzó furtivamente como un cangrejo por el cuarto y salió.

—No deberías haber gritado, Peabody —observó Emerson—.

Probablemente asustaste a muerte a la pobre chica.

—Olvidé que estaba allí —admití—. Uno lo hace, ¿verdad? Un comentario triste sobre nuestro perverso sistema social. ¿Cómo puedes estar tan fresco, Emerson? Esto es una amenaza directa, una amenaza de muerte, o peor…

—No puede haber nada peor, Peabody —contestó Emerson, con tal indiferencia sublime al peligro que me abstuve de mencionar ejemplos que habrían demostrado que estaba equivocado.

—Perdona mamá, perdona papá…

Ramsés no podría haber aparecido en peor momento. Tal era el estado de mis nervios que me giré hacia él con un fuerte grito.

—¿Ramsés, qué haces fuera de tu cuarto? Te dije…

—Técnicamente, sé que es una infracción de las órdenes, mamá; sin embargo, creí que podría aventurarme a salir lo bastante para saludar a papá, puesto que no le he visto desde el desayuno y al oír lo que sonaba muy similar a un eco de amenaza de muerte por el pasillo…

—No podrías haberlo oído a menos que escucharas tras la puerta —dije con brusquedad.

—No importa, Peabody. Relaja tus reglas por una vez. —Emerson sonrió cariñosamente a su hijo, que había entrado de manera cautelosa en la habitación. Parecía engañosamente joven e inocente con su largo camisón blanco, los pies descalzos asomando por debajo del dobladillo y los ojos oscuros fijos en la cara de su padre.

—Bien —dije.

Eso fue suficiente para Ramsés, que trotó al lado del Emerson y se agachó en el suelo a su lado, al estilo egipcio. Creo que apenas debo agregar que estuvo hablando todo el tiempo.

—Confío, mamá, que mi preocupación por papá dispensará este desprecio aparente hacía tus órdenes, las cuales bajo casi cualquier otra circunstancia por supuesto que yo…

—Sólo son tonterías, hijo —dijo Emerson, tocando los revueltos rizos oscuros—. Otra broma.

—Si se me permitiera examinar…

—Bien puedes mostrárselo, Emerson —dije con resignación—. Seguirá hablando hasta que lo hagas.

Así pues, Emerson entregó el *ushebti* y el mensaje, y después de

darle a lo anterior una mirada rápida lo desechó con el comentario:

—Un ejemplo fino de su tipo —Ramsés arrugó la frente juvenil sobre el mensaje—. ¡Ah! —observó después de un intervalo breve —, el mensaje parece ser una combinación de dos textos diferentes; el primero deriva, si la memoria no me falla, de una tumba de la Decimoctava Dinastía en Tebas. El segundo, como estoy seguro no necesito contaros, puede ser una adaptación de un llamado texto de maldición, escrito sobre tazones de alfarería o figurillas que luego eran aplastadas…

—No necesitas decírnoslo —dijo Emerson.

—En cuanto a la ortografía —continuó Ramsés—, el escritor parece haber seguido las reglas que el señor Budge ha plasmado en su popular libro sobre la gramática egipcia. En mi opinión el uso de la hoja de caña al deletrear el nombre propio "Emerson"…

—Para alguien que se supone que está lleno de ansiedad sobre la seguridad de su padre, eres muy frío —dije críticamente.

—Ten la seguridad, mamá, que mi preocupación no es menos profunda al estar rígidamente controlada. Humm. ¡Poco más se puede saber del mensaje sino que fue escrito por un hombre con algo de educación…

—¡Oh, por Dios! —exclamé.

—Con una pluma cuya punta necesita afilarse. De hecho, mamá, la situación no es tan grave como me temía; si el señor Budge ha recibido también tal *ushebti*, la maldad del escritor no se concentra únicamente sobre papá. Sería curioso saber si algún otro erudito o los funcionarios del Museo han recibido tal mensaje.

—Exactamente —replicó Emerson, aprovechando la pausa de Ramsés para respirar—. Te lo he dicho, Peabody, es sólo otra broma grosera. Estas cosas se alimentan unas a otras, un artículo periodístico puede haber inspirado a que algunos otros lunáticos se unieran a la diversión…

—Pero si ese es verdaderamente el caso, como sospecho…

—A la cama, Ramsés —dije.

—Sí, mamá. Gracias por tu indulgencia al permitir tranquilizarme…

—Ahora, Ramsés.

Después de abrazar a su padre y a mí, Ramsés finalmente hizo lo que le pedí. No fue hasta después de que se marchó que me di

cuenta que se había llevado *shawabty* con él.

—Deja que lo tenga —dijo Emerson con indulgencia—. Pobrecito, probablemente quiere realizar algunas de sus pintorescas pruebas químicas sobre ello. Peabody, diría que la suya fue una buena idea. Creo que saldré y visitaré a Petrie y a Quibell para preguntarles si recibieron…

—Ahora no, ahora, Emerson. El cocinero tiene la cena, has llegado muy tarde.

—En ese caso —dijo Emerson—, mejor que no nos tomemos el tiempo de vestirnos para cenar.

* * *

Espero que algún día alguien haga un estudio de los medios por los cuales la información se distribuye en casas como la nuestra. Por supuesto Ramsés es un caso único; a veces una persona supersticiosa podría creer, como ciertos de nuestros trabajadores egipcios, que puede oír a través de las paredes y ver a través de ellas también. Tanto si fue Ramsés, o la criada que había estado en el cuarto de baño, o alguna otra fuente, Gargery lo sabía todo sobre el *shawabty* y el mensaje amenazante, incluso antes de que Emerson se lo contara. Fue lo bastante amable para estar de acuerdo con Emerson en que podría ser ventajoso saber si algún otro individuo había recibido tales objetos.

—Si quiere empezar las indagaciones esta tarde, señor, me encargaré de que se entregue cualquier carta que desee escribir.

—Muy bien, Gargery —dijo Emerson.

—En absoluto, señor.

Después de que Gargery salió del cuarto para supervisar la entrega del siguiente plato (un excelente capón a la Godard), me dirigí a Emerson con severidad.

—De verdad, Emerson, ¿crees que es conveniente darle a Gargery esa confianza que le das? Estoy segura de que a Evelyn no le gustará que su mayordomo se una a la conversación en la mesa del comedor.

—Bien, pero Gargery no es como Wilkins; nunca puedo conseguir que ese hombre diga nada excepto “realmente no podría decirlo, señor”. Gargery ha hecho una sugerencia útil. Me pregunto…

—¿Sí, Emerson?

—Me pregunto si tendrá una pipa extra que pueda prestarme. Podría reemplazarla mañana después de que abran las tiendas.

Después de cenar nos retiramos a la biblioteca para escribir las cartas que Gargery había sugerido. Pero nunca completamos esa tarea. Apenas nos sentamos con pluma, papel y una pipa, que Gargery estuvo verdaderamente complacido en proporcionar, reapareció el mayordomo.

—Alguien quiere verlo, Profesor, señora Emerson.

—¿A esta hora? —exclamó Emerson, tirando su pluma—. ¡Qué presunción infernal!

—Estábamos perfectamente dispuestos a enviar a mensajeros a tus amigos a esta hora —le recordé—. ¿Quién es, Gargery? Dame su tarjeta.

—No tenía tarjeta, señora —dijo Gargery, con una mueca de burla que casi era la de Wilkins—. Pero insiste que el asunto es urgente. Su nombre es O'Connell…

—¿O'Connell? ¿O'Connell? —Emerson bajó las cejas—. Coge al señor O'Connell y… pero requerirás ayuda Gargery; eres, si me disculpas por decirlo de este modo, del lado flaco. Trae al más grande de los lacayos, pídele que coja al señor O'Connell por el cuello y que lo tire…

—No, espera Emerson —dije, ya que la expresión de Gargery sugería que estaba listo y dispuesto para llevar a cabo cualquier sugerencia que hiciera su ídolo—. El señor O'Connell no vendría aquí a una hora tan tardía, a menos que tuviera noticias apremiantes. ¿No deberíamos oír lo que tiene que decir?

—Un punto, Peabody. Siempre puedo echarlo a la charca de los lirios más tarde y tener la satisfacción de hacerlo yo mismo. Dile que entre, Gargery.

—Sí, señor.

Gargery salió. Emerson se inclinó hacia delante, los ojos brillando con anticipación, si por la información que O'Connell pudiera traer o por la esperanza de ser capaz de perpetrar el ultraje descrito sobre su persona, no sabría decirlo.

Por una vez O'Connell no mostró los signos de nerviosismo que generalmente mostraba en presencia de Emerson. Estaba tan ansioso por hablar con nosotros que empujó a Gargery antes de que el mayordomo pudiera anunciarlo apropiadamente. Con el

sombrero en la mano y el pelo salvajemente despeinado, gritó:

—Ha habido un arresto en el caso del homicidio. ¡Señora Emerson, Profesor, tienen al hombre equivocado!

Capítulo 8

Persuadí al señor O'Connell para que tomara asiento y se nos uniera con un whisky con soda.

—Aunque —expliqué—, su anuncio dramático ciertamente ha captado nuestra plena atención, yo apreciaría una narración cuidadosa y ordenada, algo que de momento usted no parece en estado de hacer.

También esperaba, por medio de esta pequeña estratagema, mejorar las relaciones de Emerson con Kevin O'Connell. Una vez que un hombre ha tomado una bebida en tu casa, en una silla de tu salón, es menos probable que lo eches a una charca.

Gargery nos sirvió y luego se retiró. Pero advertí que dejaba la puerta entreabierta.

Una vez que Kevin hubo bebido cierta cantidad de whisky, sus instintos de reportero regresaron y contó una historia coherente, aunque algo morbosa.

El hombre que había sido detenido era un miembro de la comunidad egipcia de Londres, un tal Ahmet, que era distinguido de sus numerosos compatriotas del mismo nombre por el epíteto significativo de “el Piojo”. Se describía a sí mismo grandilocuentemente como comerciante, pero según Kevin sólo era un pequeño comerciante, y uno fracasado, probablemente porque consumía mucha de su mercancía.

—Opio, hachís y otros bienes populares de ese tipo —dijo Kevin —. Oh, admito que es un personaje completamente repugnante. Hará cualquier cosa por dinero y cuando está desesperado por la droga, delataría a su propia madre. Le he utilizado yo mismo en alguna ocasión. Pero es un pequeño cerdo patético a su manera, sin el valor o la fuerza física para cometer un asesinato tan brutal.

—Entonces será liberado a su debido tiempo —gruñó Emerson

alrededor de la boquilla de su (de Gargery) pipa.

—La policía ha estado bajo mucha presión para resolver el caso desde el disturbio en el Museo —insistió Kevin—. Los fideicomisarios han presionado al Ministro de Interior, quién ha presionado al Comisario, quién ha tenido a sus subordinados sobre la alfombra; y ese tonto de Cuff ha seleccionado a Ahmet como cabeza de turco. Nadie saldrá en su defensa…

—Eso es absolutamente correcto, Kevin —exclamé—. El pobre hombre está en gran peligro. No quedé nada impresionada con la perspicacia del inspector Cuff.

Acariciándose el mentón bien modelado, como es su costumbre cuando medita profundamente, Emerson no estaba tan inmerso en los pensamientos como para perderse ese tropiezo de mi lengua.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué has dicho? Cuando…

—Eso no importa ahora, Emerson. El señor O'Connell tiene razón. Ningún criminal inculto e insignificante ha planeado esta serie de crímenes.

—Humm —dijo Emerson—. Bien, pero…

Kevin se inclinó hacia delante.

—Debe intervenir, Profesor, en interés de la justicia. La Policía Metropolitana no conoce el carácter egipcio como usted. Incluso aquellos que han vivido en El Cairo han tenido poco que ver con los nativos, no hablan el idioma, no…

—Sí, Emerson, sí —grité—. Es nuestro deber ayudar a la policía en este asunto. Cuando pienso en ese pobre sufriendo el interrogatorio, siendo empujado y golpeado por policías grandes…

—Qué, oh vamos, Peabody, la policía no tortura a los sospechosos —gruñó Emerson. Pero estaba intranquilo toqueteándose el hoyuelo del mentón. Continuó—: ¿Qué espera que haga yo? Sin duda, señor O'Connell, no espera que visite un fumadero de opio…

Terminé la frase.

—Un domingo. Aprecio tu seriedad, Emerson, pera como soy bien consciente, tales consideraciones no pesan mucho sobre ti. Sin embargo, el domingo termina a medianoche y esa hora sabemos que es un buen momento para encontrar tales guaridas funcionando, aunque me han asegurado que operan a todas horas, puesto que sus despreciables clientes de día y noche son parecidos.

—¿Quién ha dicho nada acerca de fumaderos de opio? —tartamudeó Kevin.

—Peabody —bramó Emerson—, no voy a llevarte a un fumadero de opio un domingo ni cualquier otro día.

—Tu sintaxis te traiciona, Emerson —contesté, con una sacudida juguetona del dedo—. No niegas que *tienes* la intención de visitar un fumadero de opio. ¿No supondrás que te permitiré ir sólo a tal lugar? "¡Adonde tú vayas, yo iré, y donde tú vivas, yo viviré; tu pueblo será…!"

—¡Ah, cállate, Peabody! ¡Y no me cites las Escrituras!

—Muy bien, si eso te molesta. ¿Un poco más de whisky, querido? Estoy segura que al señor O'Connell le gustaría otro vaso.

Se lo quité de la mano floja del periodista.

—¿Le importa que le pregunte por qué está hablando de fumaderos de opio? —preguntó débilmente.

Me atreví a instruir al joven, puesto que Emerson había caído en una clase de estupor y estaba murmurando para sí. De vez en cuando una frase era audible:

—¿Encerrarla en una habitación? Absurdo… encontraría una salida, siempre lo hace… y los sirvientes supondrían… ¡Oh, por Dios!

—Sin duda, Kevin, debe ver que un fumadero de opio es el lugar más obvio para comenzar nuestra investigación. Ahmet es un comerciante de opio y un consumidor. Sus amigos, si tiene alguno, y colegas probablemente se encuentran en establecimientos que proveen mercancía al comercio. No estoy familiarizada con esas ubicaciones particulares en Londres, favorecidas por egipcios que se regodean en el opio. Como dice el dicho, Dios los cría y ellos se juntan. Pero tienden a congregarse juntos como hacen, supone cualquiera, los egipcios y otros grupos de expatriados. Sin embargo, la amplia experiencia de Emerson y su conocimiento de una variedad de… Emerson, deseo que dejes de hablar entre dientes. Me distraes.

—… atada y amordazada… Pero nunca oiría el final de eso…

—¿Qué estaba diciendo, señor O'Connell?

—Estaba explicando sus razones para… para visitar un fumadero de opio —dijo Kevin, luchando por controlar las contracciones nerviosas de los labios.

—Ah sí, gracias. Es la conexión egipcia, ve. He dejado pasar este aspecto puesto que el asunto parecía tener un reparto claramente europeo, por no decir inglés. Pero nadie ha visto la cara del sacerdote falso; ¿y si él no es inglés sino un egipcio, mejor educado que algunos de sus compañeros, pero no enteramente libre de las supersticiones paganas que continúan prosperando a pesar de los esfuerzos educativos de los ingleses? Nos hemos encontrado con tales fenómenos en otros casos. ¿Recuerdas, Emerson, al *mudir* que trató de evitar que abrieras la tumba de Baskerville?

Perdido en el ensueño, Emerson no respondió, pero Kevin exclamó:

—Es cierto. Lo recuerdo bien. Sus propios trabajadores estaban tan atemorizados de la supuesta maldición que se negaron a entrar en la tumba hasta que el Profesor Emerson realizó uno de sus famosos exorcismos. *La Maldición de los Faraones*. Pero digo yo, señora E, si la superstición es verdaderamente el motivo para el asesinato, eso no presagia nada bueno para el pobre y viejo Ahmet.

—Mencioné que era sólo una posibilidad entre muchas —dije—. Pero es una que debería ser investigada. Mi marido tiene amigos y conocidos en varios lugares raros, sabe. Siendo un individuo singularmente modesto, no se jacta de sus conexiones, pero yo no estaría del todo sorprendida si descubriera que conoce el hábitat de los egipcios que residen aquí en…

Los ojos de Emerson se centraron de nuevo.

—Olvídate de esa idea, Peabody. No vamos a visitar ningún fumadero de opio.

—Pensaba disfrazarme como un joven —expliqué—. Una mujer sería más evidente en tal ambiente y la conveniencia de los pantalones…

Emerson me miró, de la cabeza a los pies y vuelta.

—Peabody —dijo—, bajo ninguna circunstancia posible y con ningún disfraz concebible puedes hacerte pasar por un hombre. La prominencia de tus…

—Uno de los lacayos debe tener algo que pueda pedir prestado —reflexioné—. Henry es de mi altura. Señor O'Connell, parece que tiene algo en la garganta. Beba su whisky más lentamente.

—Yo… eh… he tragado por el otro lado —dijo Kevin con voz ronca—. Ejem. Estoy mejor. Su plan es brillante, señora E. Estoy

seguro que puede manejar la… eh… dificultad que el profesor ha mencionado, y en cualquier caso, estará oscuro. Tendremos cuidado de que nadie se acerque lo bastante para mirarla de cerca.

—Nosotros —repetí.

—Sí, señora, nosotros. El profesor puede protestar todo lo que quiera, pero la conozco, señora E, y sé que lo hará a su manera. Y adónde usted vaya, señora Emerson, iré yo.

—Oh, querido —dije, con una mirada llena de disculpas hacia Emerson—. ¡Lo siento! No debería haber hablado tan libremente. Olvidé, en mi entusiasmo…

—No importa, Peabody —contestó Emerson lentamente—. El señor O'Connell nos… tiene el derecho. No podemos evitar que nos sigua, así que muy bien podemos llevarlo con nosotros. Otro hombre sano quizás sea útil.

—Excelente —exclamó O'Connell, con los ojos brillantes—. Gracias, Profesor. No lo lamentará, se lo aseguro.

—Estoy seguro que no —dijo Emerson—. Pero en deferencia a la susceptibilidad de la señora Emerson debemos esperar hasta la medianoche, así que bien podemos relajarnos. ¿Otro whisky, señor O'Connell?

Habría esperado que un miembro de una profesión conocida por su cinismo sospechara más de la amabilidad repentina de Emerson, pero en defensa de Kevin debo decir que cuando Emerson se molesta en ser amable, nadie es más amable que mi querido marido. Callada por el disgusto ante mi inusual falta de reticencia, me mantuve en silencio y dejé que Emerson hablara. ¡Hombre admirable! Ni una vez, con la palabra o la mirada, me hizo reproches. En su lugar, se esforzó por ganarse la confianza de Kevin y porque bajara su guardia, con éxito inmediato. Coloquialmente, casi con negligencia, mencionó el mensaje amenazante que había recibido antes.

Kevin cayó sobre ello como un pez sobre un gusano.

—Digo yo, Profesor, pero eso… abre todo tipo de posibilidades, ¿no cree? Por una parte, Ahmet estaba bajo custodia policial… No, eso no colará, ya que no hay manera de saber cuándo fueron enviados los mensajes, ¿eh? Por otro lado… —Se frotó la frente—. Estoy confundido, he olvidado lo que iba a decir.

—Tómese su tiempo, señor O'Connell, tómese su tiempo —dijo

Emerson con una sonrisa benévola—. No tenemos prisa.

—Gracias, señor. Digo, señor, que aprecio su confianza. Espero que esto sea el comienzo de una amistad firme, señor. Yo siempre he admirado su… su…

—Tome otro whisky —dijo Emerson.

—Gracias, Emerson, viejo compañero. Excelente whisky… ahora recuerdo lo que estaba a punto de decir. Estos *usherbis-shaberis*, oh qué más da, sabe lo que quiero decir. Esas pequeñas *egtatuas*. Si usted y el señor Budge *lag* tienen, ¿quizá alguno de los otros tipos también, eh?

Emerson exclamó:

—¿Ves, Peabody? Te dije que el señor O'Connell era un joven agudo. Habíamos comenzado a preguntarnos lo mismo, señor O'Connell, y de hecho, estábamos a punto de enviar notas para preguntar. Ya teníamos hasta una lista de posibles destinatarios antes de que sus noticias sorprendentes nos distrajeran.

—Qué historia —murmuró Kevin, ayudándose con el whisky, puesto que Emerson había colocado la licorera cerca de su codo.

—Sí, es verdad —dijo Emerson—. Es una lástima que no haya bastante tiempo para hacer las indagaciones inmediatamente. Uno preferiría conseguir las reacciones iniciales de los destinatarios, antes de que tengan tiempo de pensar y quizás de negarse a hablar con la prensa.

Con alguna dificultad Kevin extrajo el reloj de su chaleco y bizqueó.

—Hay tiempo —declaró—. Tiempo de sobra. Sí. No van a salir hasta después de la medianoche…

—Los escrúpulos religiosos de la señora Emerson lo prohíben —dijo Emerson con seriedad.

—Sí, bien. Muy agradable, también… Le diré algo, mi querido compañero, ¿no le importa que le llame querido compañero?

Emerson contestó con la sonrisa más malévola que jamás había visto en un semblante humano y con un golpe en la espalda que casi propulsó a Kevin fuera de su silla.

—Lo que quiera, mi chico.

—Viejo Emerson —exclamó Kevin—. ¿Me esperará, eh? Yo… yo iré corriendo, realizaré mis recados y regresaré aquí. ¿Me esperará, eh? Me daré prisa, eso es lo que haré. ¿Eh?

—Hágalo —contestó Emerson—. Gargery, el señor O'Connell se marcha, traiga su abrigo, por favor.

Apenas O'Connell había dejado la habitación cuando Emerson se puso en pie.

—Rápido, Peabody.

—Pero Emerson —exclamé, apenas capaz de contener la risa—, mis escrúpulos religiosos…

Emerson me agarró por la muñeca.

—¿Qué escrúpulos religiosos? ¿Qué escrúpulos? No tienes ninguno, Peabody y lo sabes.

—No cuando el deber y el honor llaman —contesté algo jadeante, puesto que Emerson me arrastraba a toda prisa—. Todas las consideraciones menores deben ceder, Emerson, por favor, estos malditos volantes me hacen tropezar.

Apenas sin detenerse, Emerson me cogió en brazos con volantes y todo, y subió la escalera corriendo. Al alcanzar nuestro cuarto, me dejó sobre mis pies de golpe.

—Peabody —dijo, sosteniéndome por los hombros—, accedo a tu esperanza absurda sólo porque la alternativa es peor, que me sigas con algún disfraz ridículo. Lo cuál harías, ¿verdad?

—Ciertamente. —Coloqué mis brazos en torno a su cuello—. Y a ti no te gustaría de ninguna otra manera.

—Bastante correcto, mi querida Peabody. ¿Por qué supones que te quiero tanto?

—Bien —dije, bajando los párpados—, había pensado que quizás…

—Correcto otra vez, Peabody. —Emerson me dio un beso sonoro en los labios, luego me soltó y salió disparado hacia su abrigo—. De prisa, Peabody o te dejaré atrás.

Las luces de gas fantasmales resplandecían entre la niebla mientras nos apresurábamos en la oscuridad tomados de la mano. Me aventuro a decir que nunca ha habido un ambiente más conveniente para la aventura misteriosa que las calles malolientes, oscuras y sucias del viejo Londres. Había pisado los callejones viles del viejo El Cairo después del anochecer y perseguido una sombra sin cara a través de la extensión del desierto iluminado sólo por las estrellas lejanas, todas ellas experiencias que no me habría perdido por nada del mundo, y ésta era otro tanto. Además de ser muy

pintoresca, la niebla tiene muchas ventajas para los que desean moverse sin ser vistos.

No nos habíamos alejado ni treinta metros cuando ya éramos invisibles para cualquiera que pudiera estar vigilando la casa.

No obstante, Emerson impuso un ritmo rápido hasta que alcanzamos el Strand, donde cogimos un cabriolé. Las calles cerca de la plaza St. James estaban desiertas, pero mientras continuábamos hacia el este, un nuevo mundo extraño se hizo patente ante mi interesada mirada.

Muelles alineados al lado norte del Támesis, al este del Puente de Londres. Fue aquí donde el coche de alquiler se detuvo y Emerson me ayudó a bajar. Había advertido la extraña mirada que el conductor dio a Emerson cuando este mencionó nuestro destino, lo comprendí mejor ahora. Incluso a esa hora y en ese día santo, los habitantes despreciables del East End habían salido en busca de placer y olvido, arrastrándose como roedores a las fábricas de ginebra (y peor) en los viles callejones. Emerson me dirigió a un pasaje estrecho. Me recordó a otra noche en un clima bastante diferente; la noche que vagamos por los callejones del Khan el Khaleel y encontramos el cuerpo del comerciante de antigüedades colgado como un saco de patatas de la viga del techo de su tienda. (*El sarcófago de la momia*) El mismo hedor asqueroso y la oscuridad impenetrable, los mismos líquidos innombrables aplastándose bajo los pies… Si acaso, los olores de Londres eran más ricos y más espontáneos. Me sentí llena de una apreciación cariñosa tan abundante que no me negaría a expresarla.

—Emerson —susurré—, éste puede no ser el momento más apropiado para tal declaración, pero debo decirte, querido, que soy bien consciente que pocos hombres demostrarían tal confianza y respeto hacia una esposa como tú estás demostrando al permitirme compartir…

Emerson me apretó la mano.

—Cállate, Peabody. Recuerda lo que te dije.

La advertencia no había sido necesaria, pero sí válida. Mi voz era baja para una mujer, pero nunca pasaría por la de un hombre; por lo tanto estuve de acuerdo en permitir que Emerson dijera lo que fuera necesario y en abstenerme de comentar nada.

Un tramo de escaleras bajaba a una entrada muy oscura.

Después de manosear un momento, Emerson encontró el picaporte y la puerta se abrió.

La única lámpara cerca de la puerta apenas penetraba la penumbra del interior. El cuarto era estrecho, cuánto no podría decirlo, pero la parte lejana estaba perdida en la sombría oscuridad. Literas de madera se alineaban a ambas paredes. Los ocupantes eran visibles sólo como fragmentos de cuerpos, una cara pálida boca arriba aquí, un brazo colgando sin fuerza allí. Como los ojos de bestias agachadas, los pequeños círculos rojos del opio ardían brillando débilmente en los tazones de las pipas de metal mientras los fumadores inhalaban el veneno. Había un murmullo bajo de sonido, nada de conversación, pero un gran número murmuraba entre dientes, roto de vez en cuando por un grito suave o el jadeo agudo de una risa maníaca.

En el corredor estrecho entre las filas de camas, aproximadamente a tres metros de la entrada, había un brasero llenó de carbón, cuyo hedor se mezclaba con el humo fragante de la droga. Estaba atendido, ¡qué horror!, por una mujer. No era más que un bulto de harapos mientras se agachaba al lado del repugnante pequeño fuego. Tenía una tela mugrienta sobre su cabeza, como una parodia del *tarhah* de fina muselina usado por las damas egipcias. Por debajo asomaban unos toscos mechones canosos que ocultaban la cara que había hundido sobre los senos.

La noción de Emerson del disfraz se dirige hacia las barbas. Llevaba la que había llevado en el Museo, pero no había hecho nada más por cambiar su apariencia, excepto cubrirse la cabeza con una gorra y arrugar su abrigo de tweed más viejo enrollándolo en una pelota y pisoteándolo. La gorra, pedida prestada a Gargery, era demasiado pequeña para él, y la anchura de sus hombros prohibía la adquisición a uno de los sirvientes de cualquier otro artículo de vestir. En cualquier caso habría sido imposible que ocultara ese físico espléndido o su voz reposada y resonante. Su intento de suavizar la última característica mencionada tuvo como resultado un gruñido grotesco.

—¡Dos pipas!

La mujer levantó la cabeza bruscamente y se tapó la parte inferior de la cara con una esquina del *tarhah*. La uniformidad serpentina de sus movimientos traicionó la falsedad de su disfraz y

los ojos que se fijaron en Emerson eran los de una mujer en la flor de la vida, oscuros como un cielo de medianoche, ardiendo con fuegos suprimidos. Ella le conocía y él la conocía. El golpe de asombro y de reconocimiento que recorrió el cuerpo de Emerson fue tan palpable como un estremecimiento.

Un siseo de risa irónica salió de los labios ocultos por el *tarhah*.

—¿Dos pipas, *effendi*? Para Emerson, el Padre de las Maldiciones y su… su…

Ladeó la cabeza sobre el largo cuello esbelto, mientras se inclinaba a un lado en un esfuerzo por verme más claramente. Emerson me empujó detrás de él.

—Tu gusto ha cambiado desde la última vez que nos vimos, Emerson —continuó con voz burlona—. No te gustaban los chicos entonces.

—Te oirán —murmuró Emerson, indicando las formas laxas sobre las camas cercanas.

—Están en el Paraíso, sólo oyen los murmullos de las *houris*. Dime a qué has venido y luego vete. Este no es lugar para ti ni para tu…

—Hablaría contigo. Si no aquí, dime dónde.

—¿Has olvidado a Ayesha? Tus palabras llegan a mi herido corazón abandonado como un bálsamo… —Un arranque de risa burlona terminó la frase. Entonces ella siseó—, tu cara no está hecha para ocultar tus pensamientos, Emerson. Los leo ahora como los leía antes. No esperabas encontrarme aquí. ¿Qué quieres? ¿Cómo te atreves a venir aquí, ostentando a tu nueva amante y poniéndome en peligro con tu presencia?

Es innecesario decir que yo estaba absorta en todas las palabras y encontraba la conversación, por no decir otra cosa, repleta de sugerencias provocativas. Desafortunadamente en el punto más interesante Ayesha se calló. Nunca supe qué oyó o vio. Con una torsión suave y serpentina, se puso en pie de un salto y desapareció en las sombras llenas de humo de la parte trasera del cuarto.

—Diablos —exclamó Emerson—. ¡Rápido, Peabody!

Pero la puerta por la que Ayesha había salido solo la conocía ella. Emerson todavía estaba pateando la pared y jurando cuando una inundación de hombres bajaron rápidamente por la escalera y entraron en el cuarto. Las insignias plateadas de los cascos brillaban

y la explosión de silbidos de policía desgarró el aire.

Los ocupantes confundidos de los sofás fueron arrastrados hasta ponerlos de pie y sacados fuera a toda prisa. La mayoría estaban demasiado desorientados como para protestar, los pocos que lo hicieron fueron dominados con rudeza. No había nada que hacer excepto someterse y esperar un momento más propicio para explicar nuestras identidades y exigir nuestra liberación, yo ciertamente no necesité el recordatorio de Emerson:

—Si pronuncias una palabra, Peabody, en inglés, árabe, o en cualquier otro idioma conocido, te estrangularé.

Le perdoné el tono perentorio, puesto que no había tiempo para discusiones. (Hay otras cosas que puedo o no puedo perdonar, una vez que he tenido tiempo de considerarlas). Aunque nuestras esperanzas de conseguir información se habían visto frustradas por la redada, todavía podríamos aprender algo de nuestros compañeros presos si nos creyeran prisioneros como ellos y si ignoraran el hecho de que comprendíamos su lengua nativa.

En la oscuridad y la confusión pasamos inadvertidos, especialmente porque no éramos (aunque me ruborizo al decirlo) los únicos ingleses presentes. Después de hacernos subir por la escalera, fuimos empujados a un vehículo que esperaba junto con una docena más. Apenas había espacio para estar de pie, mucho menos para sentarse, después de azuzar a los caballos, el carruaje se sacudió violentamente sobre los adoquines y sólo la presión de los cuerpos a nuestro alrededor evitó que cayéramos al suelo. Mi querido Emerson había envuelto sus brazos a mi alrededor, sosteniéndome cerca y soportando lo peor de los empujones, pero no pudo hacer nada por protegerme del olor a opio, a cuerpos sucios y a otros elementos que vacilo en mencionar.

Excepto en sus fases finales, el opio no embota los sentidos del usuario. Los hombres a nuestro alrededor habían sido sacudidos fuera de sus estupores felices, ahora eran completamente capaces de vocalizar y se dieron el gusto. Emerson siguió intentando taparme los oídos con las manos. Con esa desventaja y el jaleo general, los gemidos y las maldiciones en el interior y el golpear de las ruedas del carruaje, no pude darle mucho sentido a lo que se decía, pero una observación despertó un interés considerable.

—¡Malditos sean los incrédulos! Es por su causa que estamos

aquí, a la policía nunca le hubiera importado si no fuera por…

Pero en esa coyuntura el carruaje se detuvo bruscamente y el orador (cuyos adjetivos he eliminado) se desequilibró y no dijo nada más.

Arrastrados fuera del vehículo con tanta rudeza como habíamos sido empujados dentro, fuimos escoltados por un patio cuyas baldosas brillaban de manera grasienta a la luz de las lámparas que flanqueaban la puerta a un cuarto grande y abarrotado. Parecía muy brillante después de la oscuridad de afuera, las lámparas de gas jugaban sin piedad con las caras enfermas y los harapos hechos jirones de los presos. Se estaban golpeando los pechos, retorciendo las manos y gimiendo al modo egipcio; los oficiales maldecían y gritaban órdenes. Era una locura muy a lo Bedlam.

Emerson me atrajo dentro del círculo protector de su brazo.

—Aguanta, Peabody —susurró—. Anunciaré mi identidad y pronto podremos…

Terminó con un grito débil, y por primera vez, vi la palidez del temor drenar de color la cara de mi galante Emerson. Sus ojos, fijos y brillantes, estaban centrados en el objeto que había sacudido su espíritu valiente —una cámara.

No sabía cómo los periodistas habían conseguido olerse el asunto. Pensé que quizás los inspectores jefes de policía, deseosos de aclamación pública, lo habían notificado a la prensa con antelación. En todo caso, estaban allí puntuales, con ojos agudos como aves de rapiña.

—Oh, maldición —dijo Emerson en voz ronca—. No anunciaré mi identidad, Peabody. No hasta que pueda encontrar un modo de hacerlo en privado.

Los policías estaban alineando a los presos en fila. Dos de ellos se nos acercaron. En esa multitud multicolor y despeinada, Emerson destacaba como un león entre chacales, aunque la barba se le había aflojado y colgaba en ángulo. Incluso los policías reconocieron su calidad. Uno le dio un codazo el otro y se detuvieron, mirando con fijeza.

—Ahora mantente fría y no pierdas la paciencia, Peabody —murmuró Emerson—. Eh… agente…

—Vaya, no es bonito —dijo el individuo dirigiéndose, no a Emerson sino a su compañero—. Una vista conmovedora ver que

este caballero protege a su…

Nunca dijo la palabra. El puño de Emerson le golpeó limpiamente en el mentón y lo derribó.

—Cómo se atreve a hablar así en presencia de una dama —rugió Emerson—. No sólo una dama, canalla, sino mi… mi… ¡oh, dios mío!

Una explosión de luz y una nube de humo negro provocaron este comentario final. Desafortunadamente la acción de Emerson había captado el grado de atención que me había advertido que evitara.

Di un paso adelante y me dirigí al policía más cercano.

—Por favor, llévenos inmediatamente a mí y a este caballero a un cuarto privado. Debemos comunicarnos con el inspector Cuff de Scotland Yard, le ruego que envíe a alguien a por él.

Me atrevo a decir que fue el inconfundible acento cultivado y la educación en mi voz, tanto como el nombre del inspector Cuff, lo que evitó que el oficial colocara las rudas manos sobre Emerson, quien había asumido una postura de defensa al mismo tiempo que mantenía uno ojo vigilante en la cámara. El brazo del oficial cayó a un lado, y los otros que corrían a ayudarlo se detuvieron de golpe. Busqué en mi bolsillo.

—Mi tarjeta —dije.

—En nombre del cielo, ¿qué te ha poseído para traer tus tarjetas de visita a esta expedición? —preguntó Emerson.

Nos sentaron en el cuarto privado que había solicitado, un pequeño cubículo sin ventanas que contenía sólo unas pocas sillas y una mesa de pino. El aire estaba viciado con los aromas acumulados de innumerables años de temor y desesperación, terror y pena. Emerson había encendido su pipa, lo que añadía otra dimensión al olor, pero no creí apropiado protestar.

—Me prohibiste traer mi cuchillo, Emerson. Pensé que podría surgir alguna eventualidad donde sería útil poder demostrar nuestra identidad. Como así ha sido.

—¿Por qué no repartiste el resto de las malditas cosas a la prensa? —preguntó Emerson.

—Como he tenido ocasión de mencionar en el pasado, querido, el sarcasmo no se te da bien. Una vez que golpeaste al policía a tu modo inimitable y típico, cualquier esperanza de ocultar nuestra identidad desapareció. ¿Cuál era esa palabra a la que te oponías con

tanta fuerza? No la oí.

—No importa —gruñó Emerson.

Me quité la gorra que ya no era suficiente para mantener mi cabello en su lugar, parecía haber perdido bastantes horquillas en el transcurso de la noche, entre una cosa y otra. Me alisé los mechones lo mejor que pude y comencé a trenzarlos.

—¿Quién era esa mujer, Emerson?

—¿Mujer? —Emerson sacó una caja de cerillas del bolsillo. Golpeó una y acercó la llama a la cazoleta de su pipa—. ¿Qué mujer?

—Debe haber sido muy hermosa hace tiempo.

—Humm —dijo Emerson, golpeando otra cerilla.

—Te conocía, Emerson.

—Un gran número de personas me conocen, Peabody. —Emerson encendió una tercera cerilla.

—Tu pipa ya está encendida —indiqué—. ¿*Cuándo* la conociste, Emerson? ¿Y *cómo* de bien?

La puerta se abrió. Emerson se puso en pie de un salto y saludó al recién llegado como a un amigo perdido hace mucho tiempo.

—¿Inspector Cuff, supongo? Perdón por haberle hecho levantarse. Aprecio gratamente que venga a esta hora.

—Controla tu entusiasmo, Emerson —dije con serenidad—. Después de todo, nosotros estamos aquí a esta hora de la noche, ¿verdad? El inspector Cuff sólo cumple con su deber.

—Cierto, señora. —Cuff liberó su mano del agarre de Emerson y se sopló los dedos enrojecidos—. He esperado mucho tiempo para conocerlo, Profesor. Pero apenas había anticipado que sería bajo unas… esto… circunstancias tan excepcionales.

—Humm —dijo Emerson—. Estaría encantado de conocerle mejor, inspector, pero no, como usted dice, bajo estas circunstancias. Si fuera tan amable de confirmar nuestras identidades, llevaré a la señora Emerson a casa para…, esto es, a casa.

—Bueno, Emerson —exclamé—. Estoy sorprendida de ver que le ocultas información a la policía oficial, después de todos los sermones que me has dado. El objeto de nuestra expedición esta noche, inspector, como puede haber supuesto, era obtener evidencias de que el desafortunado egipcio que ha detenido es

inocente del crimen. Por lo menos, es decir, del crimen de asesinato, puesto que no dudo que sea tan indeseable como…

—Lo es, señora —estuvo de acuerdo el inspector, tan amablemente que no pude guardarle rencor por interrumpirme—. ¿Pero qué le hace suponer que es inocente del asesinato?

—No lo supongo, lo sé. Díselo, Emerson.

—¿Decirle qué, Peabody? —Emerson se rascó el mentón. La barba se soltó en su mano, frunció el ceño y la metió en el bolsillo.

—Lo que oímos por casualidad en el… creo que el término es "coche celular".

—Ah. Con su permiso, señora… —El inspector sacó una silla y se sentó. Indicó otra a mi marido, pero Emerson cruzó los brazos, y se quedó mudo—. Por supuesto, comprende su idioma. ¿Bien, señora?

—Oí muy poco —admití—. Pero la referencia a los heréticos malditos cuyas actividades habían revuelto a la policía y despertado un interés inoportuno por su comunidad, deben ser sugerentes.

—Sugerentes, verdaderamente —dijo el inspector cortésmente —. No, señora, no necesita explicarlo, capto todas las implicaciones. ¿Tiene algo que agregar, Profesor?

Emerson sacudió la cabeza. No miraba al inspector, sino a mí, y en comparación la Medusa era un mero aprendiz en el arte de las miradas glaciales.

Era obvio que Emerson ocultaba algo. Para mi asombro el inspector, que debía haber desarrollado instintos igualmente agudos, no lo observó y tampoco persiguió el asunto.

—Muy interesante, Profesor y señora Emerson. Tengan la seguridad de que su teoría será investigada con toda mi habilidad. Y ahora es tarde y deben estar cansados. Haré que uno de los agentes vaya a por un carruaje de alquiler.

—No estoy cansada en absoluto, inspector. Quiero discutir con usted sus razones para detener a Ahmet. Quizás sea conveniente que lo traiga aquí para que pueda interrogarle…

—Buen Dios, Peabody —empezó Emerson. Pero no pudo decir más, la indignación le ahogaba.

—Usted no querría despertar el pobre tipo a esta hora, ¿verdad, señora? —dijo el inspector Cuff—, estaré encantado de hacer los arreglos para que entreviste al preso más tarde; mañana, si quiere.

Y allí me vi forzada a abandonar el asunto. No es de extrañar que el mundo esté en una forma tan despreciable, con hombres gestionando sus asuntos.

El inspector nos guió a la salida trasera, ya que, según observó, todavía había varios periodistas pasando el rato con la esperanza de entrevistarnos. Allí encontramos un carruaje esperando y después de darle las gracias y asegurándole que le visitaría el día siguiente, permití que Emerson me ayudara a subir. Una vez dentro, inmediatamente descansó la cabeza contra la pared y comenzó a roncar. Tomé esto como una indicación de que no tenía ganas de conversar, así que no lo molesté.

Al recordar los acontecimientos de esa interesante noche confieso un cierto sentido de disgusto. Por increíble como pueda parecer fui culpable de algunos errores secundarios de juicio. Uno de ellos fue mi muestra de excesivo interés por la mujer del fumadero de opio. Los celos son una emoción que aborrezco. Es una emoción que nunca podría abrigar en mi pecho, puesto que la confianza en mi marido es tan ilimitada como mi ser. No estaba celosa. No obstante, quizás algunas personas podrían haber interpretado mi interrogatorio bajo esa luz y siento haber ofrecido esa impresión. Además, es un error capital intentar intimidar a un marido para que confiese una culpa, especialmente a un marido como Emerson. Es innecesario decir que tenía toda la intención de descubrir quién era la mujer y cuál había sido su relación con mi marido, pero no dudaba que había otros métodos que se demostrarían más efectivos.

El segundo error de esa noche no ocurrió hasta que alcanzamos Chalfont House. Lo lamento aún más amargamente, pero debo decir en mi defensa que cualquiera podría haberlo cometido.

Emerson me sacó bruscamente del carruaje y le tiró una moneda al conductor. La niebla amortajaba los árboles empapados y hacía que las barandillas de hierro brillaran como recién pintadas. El alba no estaba lejos, aunque se veía más como una disminución de la oscuridad que como un aumento de la luz. No obstante, ni la oscuridad ni el intento de Emerson de meterme prisa pudieron evitar que observara a la figura acurrucada al lado de las puertas.

—Oh, buen Dios —exclamé—. De todos los… no puedo creerlo…

Agarrando a la figura por un trozo de tela flojo y húmedo, tiré para ponerla de pie y lo empujé por la cancela que Emerson había abierto.

—Date prisa y cierra la cancela, Emerson —exclamé—. ¡Esto es el colmo! Espera que estés dentro, jovencito.

—Pero, Peabody —empezó Emerson.

—No puedo excusar esto, Emerson. Di órdenes estrictas.

Gargery nos estaba mirando. Abrió la puerta antes de que pudiera llamar con ojos llenos de consternación, mientras yo arrojaba al vestíbulo al mugriento niño chorreante que se retorcía.

No era Ramsés.

Ni siquiera el estiércol que le manchaba la cara podía emborronar los rasgos tan distintivos de mi hijo. La nariz de este niño era un mero botón, los ojos que brillaban como los de un hurón entre unos párpados que bizqueaban eran de un azul pálido y límpido.

—Emerson —dije—. Despertarás a toda la casa al reír con tanta fuerza. No veo nada divertido en esta situación.

Empecé a subir la escalera. Emerson permaneció en el vestíbulo, oí el tintineo de monedas, su panacea inevitable para la pena social, y un coloquio murmurado con Gargery, roto por gorgoteos de risa exasperante. Sin embargo, pronto me alcanzó y puso un brazo sobre mis hombros.

—¿Dispuesta para la cama, Peabody? Bueno, bueno. Debes estar muy cansada. Creo que iré a…

—Si vas a ver a Ramsés, te acompañaré. No creeré que el niño está donde se supone que debe estar hasta que lo vea con mis propios ojos.

Ramsés estaba donde se suponía que debía estar, en el sentido legal estricto de la frase, aunque no en su cama. Su puerta estaba abierta y él estaba parado en el umbral, con los pequeños dedos descalzos justo tocando el umbral.

—Buenas noches, mamá, buenas noches, papá —empezó—. Al oír la voz de papá abajo, me he aventurado a…

—Acuéstate, Ramsés —dije.

—Sí, mamá. Puedo aventurarme a preguntar…

—No, no puedes.

—Conociendo vuestro destino —dijo Ramsés, cambiando de

táctica—, *estaba* algo preocupado por vuestra seguridad. Confío en que no….

—Oh, por Dios —grité—. ¿Nada escapa a tu curiosidad insaciable, Ramsés?

—Ssssh —dijo Emerson, poniendo el dedo sobre los labios—. Despertarás a los niños, Amelia. No tengo ninguna duda de que todos los sirvientes de la casa han estado cotilleando sobre nuestra expedición, ¿no observaste a Gargery acechando en la puerta de la biblioteca mientras hablábamos con O'Connell? Puesto que estás despierto, Ramsés, y comprensiblemente preocupado, ven abajo y papá te lo contará. Le prometí a Gargery…

—Ramsés está confinado en su cuarto —le recordé a Emerson. Mi voz era, como espero que siempre sea, bastante tranquila.

—Ah, sí —dijo Emerson—. Lo había olvidado. En ese caso, pediré a Gargery que suba aquí. Le prometí…

Soy la más tolerante de las mujeres, pero unirme a mi marido, a mi hijo y a mi mayordomo para discutir sobre nuestra noche en un fumadero de opio y en Bow Street era demasiado. Me fui a la cama sabiendo perfectamente que una de las razones de Emerson para tal cordialidad grosera por su parte era evitar las preguntas que esperaba sobre cierto tema que yo me había prometido no mencionar otra vez.

Capítulo 9

No puedo decir cuánto tiempo continuó la discusión; pero sé que las criadas se quejaron al día siguiente del fuerte olor a humo de pipa y a cerveza en la habitación de Ramsés, y me vi obligada, en justicia, a librarlo de la acusación imputada. Cuando desperté, Emerson estaba a mi lado, durmiendo tan dulcemente como si no tuviera nada en su conciencia, y sonriendo de un modo que provocaba la sospecha directa. Se había guardado de molestarme cuando vino a la cama.

Aunque había dormido pocas horas, me sentía bastante fresca y llena de ambición. La justa indignación tenía ese efecto en mi carácter.

Mientras me sentaba ante el desayuno repasando el correo matutino me complació encontrar cartas de Evelyn y Rose. La última se explayaba en la recuperación de Bastet en términos que dejaban claro el afecto de la escritora por aquél estimado animal, y me tranquilizaba sobre su salud. Las conjeturas de Rose concernientes a las razones de la ausencia de la gata y el subsiguiente regreso no hace falta repetirlas aquí, porque ya he hecho referencia a ellas; y los acontecimientos siguientes le estaban probando a ella… y a mí… que eran bastante correctas. (Aunque nadie había explicado nunca a mi satisfacción cómo un felino con una inteligencia tan sobresaliente podía estar tan retrasado en esta área de interés en particular).

La carta de Evelyn contenía las acostumbradas noticias domésticas amables, pero desafortunadamente había visto los informes del disturbio en el Museo, y su alarma y desasosiego llenaban varias páginas de notas. Me urgía a abandonar Londres al instante; “porque”, mientras escribía, “nadie puede estar seguro de lo que ocurrirá cuando están involucradas personas de mente

enfermiza, y tú, mi querida Amelia, tienes una propensión extraordinaria a atraer a tales personas".

Me prometí a mí misma que debía escribirle inmediatamente para tranquilizarla… no sólo sobre lo que había leído en las noticias, sino sobre lo que estaba a punto de leer. Sólo podía esperar que ella y Walter no cogieran el *Morning Mirror*. No es que el individuo despeinado de la fotografía tuviera el más leve parecido con mi apuesto marido. Su disfraz rufianesco, su mueca feroz y la barba falsa aflojada (cuya posición daba la impresión de que un pequeño animal peludo le hubiera agarrado por la garganta) lo habrían hecho irreconocible, si no fuera por el pie bajo la foto que eliminaba cualquier posible malentendido por parte del lector ("El Profesor Radcliffe Emerson, el famoso egiptólogo, derribando a un agente de la comisaría de policía de Bow Street"). El texto acompañante hacía un buen número de alegaciones difamatorias y no dejaba de mencionar el establecimiento en el cual habíamos sido encontrados (casi pude oír a mi querida Evelyn gritar de horror: ¡Un antro de opio! Walter, ¿qué harán a continuación?)

La historia de Kevin en el *Daily Yell* no hacía ninguna referencia al asunto de Bow Street (por razones que deberían ser evidentes); pero sí una bonita y chocante narración del Asunto de las Estatuas Siniestras; como él lo llamaba. Los *shawabtys* habían sido recibidos por varios estudiosos más, pero, como podría haberse esperado, de nuevo Emerson fue el jugador prominente.

Pobre Evelyn. Sin embargo, uno supondría que ya debería haberse acostumbrado.

Indiqué a la criada que se llevara los periódicos, pues aunque sabía que no podía evitar que Emerson los viera, esperaba posponer el momento doloroso hasta después de que hubiera disfrutado de un desayuno tranquilo. Apenas llegué a tiempo; Mary Ann salía de la habitación cuando entró Emerson, y la saludó con su acostumbrada afabilidad.

—Hola, Susan (tenía dificultad para recordar los nombres de los sirvientes). ¿Por casualidad son esos…? Bueno, no importa, no tengo tiempo para leerlos, esta mañana tengo mucha prisa.

Me saludó con la misma alegría… pero tuvo cuidado de evitar sostenerme la mirada.

—Buenos días, buenos días mi querida Peabody. Qué espléndida

mañana (la niebla era demasiado espesa para que nadie pudiera ver más allá de la verja del parque). Buenos días… er… Fran (el nombre del lacayo era Henry) ¿Qué tenemos esta mañana? Arenques… no, gracias, odio a esas criaturas, son todo huesos y espinas. Huevos y bacón, si no le importa, John (el nombre del lacayo no había cambiado, todavía era Henry). Esta mañana tengo mucha prisa.

Mientras hablaba revisaba sus cartas, abriéndolas y echándoles un vistazo muy por encima antes de lanzarlas sobre su hombro.

—¿Adónde vas con tanta prisa, Emerson? —Inquirí—. Joh… er… Henry… trae tostadas frescas. Ésta está bastante correosa.

—¿Qué? al museo, por supuesto —replicó Emerson—. Debo terminar ese manuscrito, Peabody; ahí hay otra pregunta impertinente de la imprenta, deseando saber cuándo pueden esperar recibirlo. ¡Maldita sea su impertinencia!

Y la comunicación de la *Editorial de la Universidad de Oxford* siguió a las demás cartas al suelo.

Era bueno que hubiera decidido mantener un silencio digno sobre *todos* los asuntos, porque Emerson nunca me dio la oportunidad de hablar.

—¿Y cómo están los queridos niños esta mañana? Los has visitado, lo sé; tu devoción maternal es tan… er… tan… ¿No está de acuerdo, señora Waters?

El ama de llaves, que estaba esperando para discutir los arreglos domésticos del día, asintió con la cabeza y sonrió.

—Sí, señor. Los niños están bien, señor. Excepto por el amo Ramsés, que todavía duerme, y aunque lamento mucho mencionarlo, hay un olor peculiar a…

—Esto, ejem, sí —dijo Emerson—. Lo sé, señora Watkins. No pasa nada.

—Eso me recuerda —dije, dirigiendo mi comentario al ama de llaves—, la señorita Violet parece haber ganado peso a un ritmo asombroso la semana pasada. ¿Qué ha estado comiendo?

—De todo —dijo brevemente el ama de llaves—. Su apetito es bastante increíble, y sospecho que está comprando dulces y tartas y cosas así cada vez que sale. Su padre ha debido darle una gran cantidad de dinero para gastar.

—Eso no suena muy digno de mi cuñado —comentó Emerson.

Yo ignoré el comentario.

—Dígale a la niñera que no le permita comprar tales cosas. Demasiados dulces no son buenos para ella.

—Se lo he dicho, señora, pero es joven y bastante tímida; y la señorita Violet es…

—Sí, lo sé, señorita Watson. Tendré una pequeña charla con la señorita Violet, ¿y tal vez otra niñera? He olvidado cuál es, Kitty o Jane.

—Jane, señora. Kitty expresó ciertas dudas sobre su habilidad para manejar las tareas requeridas.

—Supongo que eso fue después de que hubiera conocido a la señorita Violet. Bueno, señora Watson, inténtelo con otra de las criadas. ¿Ninguna de las solicitantes que respondieron a mi anuncio era adecuada?

—No, señora. Contraté a una joven para reemplazar a Jane; tenía excelentes referencias, de los Dowager…

—Muy bien, señora Watson. Como de costumbre, se lo dejo a usted. Emerson…

—Debo marcharme —exclamó Emerson, metiéndose el resto de su tostada en la boca—. Que tengas un buen día, querida. ¿Tienes algún plan en particular?

Lo miré. Mi mirada fue severa y sin sonrisa, pero aunque me ocupo de no admitirlo nunca ante Emerson, por miedo a volverle vanidoso, pocas veces su visión deja de aliviar mi resentimiento. Los penetrantes ojos azules, ahora con un insignificante entrecejo a causa de la ansiedad, los labios firmes, ahora revestidos de una sonrisa tentativa, la frente ancha con sus ondas revueltas de pelo negro… cada contorno de su cara tocaba acordes de tiernos recuerdos.

—Voy a ir a Scotland Yard, Emerson —dije tranquilamente—. Me pregunto por qué tienes que preguntar, ya que me oíste fijar la cita con el inspector Cuff.

—No oí tal cosa —gritó Emerson indignado—. Pero podría haber sabido que irías. Supongo que no sirve de nada pedirte que no vayas. No. Creo que no. ¡Oh, maldita sea!

Salió a zancadas, me complació observar que con todo su antiguo vigor. No me gustaba ver a Emerson sojuzgado y arrepentido; estas pequeñas diferencias de opinión que añaden

tanta diversión al matrimonio carecen de su salsa especial cuando no se enfrenta conmigo en términos de igualdad. (Y debo decir que tales oportunidades son sumamente raras).

—¿Scotland Yard, señora Emerson? —dijo el ama de llaves intranquila—. Confío en que no tenga quejas concernientes a ninguno de los sirvientes.

Cómo la querida mujer inocente se las había arreglado para permanecer ignorante de nuestras actividades es algo que no puedo imaginar. Me apresuré a tranquilizarla.

—No, señora Watson, es otra cuestión totalmente distinta. Voy a entrevistar a un hombre falsamente acusado de asesinato y liberarlo del cautiverio.

—Qué… amable, señora —dijo la señora Watson.

* * *

La niebla se estaba alzando para cuando alcancé New Scotland Yard. El inspector Cuff estuvo encantado de verme.

—¡Mi querida señora Emerson! Confío que no sufra ninguna enfermedad como consecuencia de la aventura de la noche pasada.

—No, gracias, gozo de excelente salud. Me estaba esperando, supongo.

—Oh, sí, señora. De hecho, en previsión a su visita hice que el sospechoso fuera traído aquí desde Bow Street.

—¿Sospechoso? Está bajo arresto por asesinato…

—¿Mi querida señora Emerson? —Cuff sonrió de forma angelical —. No sé de dónde saca su información. Tal vez su informante sea culpable de cierta cantidad de exageración dramática. Simplemente hemos pedido al señor Ahmet que nos asista en nuestra investigación. Sabe que de acuerdo a los estándares de la justicia británica, todo hombre es inocente hasta que se pruebe su culpabilidad.

—Un discurso muy bonito, inspector. Aunque el hecho es que el señor Ahmet está bajo custodia policial, y que usted todavía tiene que explicarme por qué decidió arrestarle. ¿Cuál es su evidencia? ¿Qué, en su sin duda honesta, pero incuestionablemente desacertada opinión, fue su motivo para asesinar a Oldacre?

—Tal vez preferiría usted hablar con él y formarse sus propias opiniones. —Dijo Cuff, con la mayor cortesía imaginable—. Por aquí, señora Emerson, tenga la amabilidad.

Un robusto alguacil uniformado vigilaba al cautivo, pero una mirada me aseguró que tal precaución era innecesaria. Ahmet tenía todos los estigmas del consumidor de drogas desde hacía largo tiempo… la cara pastosa y amarilla, la delgadez extrema, las manos trémulas y la mirada vaga.

—*Salamm aleikhum*, Ahmet if Kamleh —dije—. ¿Me conoce? Soy *Sitt* Emerson, algunas veces llamada *Sitt Hakim*; mi señor —desafortunadamente, la palabra árabe para "marido" carga esta connotación— es Emerson *Effendi*, Padre de Maldiciones.

Me conocía. Una chispa apagada de inteligencia despertó en sus ojos; se puso en pie tambaleante e hizo una profunda, aunque inestable, reverencia.

—La paz sea contigo, honorable *Sitt*.

—*U'aleikhum* es-*sdlam* —contesté—. *Warahmet Allah wabarakdtu*. Aunque no parecía probable, Ahmet, que puedas esperar piedad, ni siquiera del Todo Misericordioso. ¿Qué dice el Libro Sagrado, el Corán, del pecado de asesinato?

Sus ojos se movieron.

—Yo no maté al *effendi*, *Sitt*. No estaba allí. Mis amigos se lo dirán.

Fue una declaración de inocencia particularmente poco convincente. No obstante, la creí.

—Pero sabe algo que no me ha dicho, Ahmet. Si guarda silencio, será colgado por asesinato. Sálvese. Confíe en mí.

No se movió o habló, pero capté una mirada de reojo en dirección al alguacil.

—No entiende árabe —dije.

—Eso —dijo Ahmet cínicamente—, es lo que dicen… que no entienden. Pero tienen espías entre nosotros, *Sitt* Hakim. Algunos de ellos hablan nuestra lengua. —Escupió, repentina y sorprendentemente.

—Entonces les pediré que se vayan.

El alguacil objetó, como cualquiera habría esperado, pero pronto vencí sus escrúpulos.

—¿Supone usted que esta ruina miserable de hombre se atrevería a amenazarme, alguacil? Aparte del hecho de que estoy completamente armada… —Blandí mi parasol, para visible alarma de ambos alguaciles y Ahmet—, él conoce a mi marido, Emerson

Effendi; conoce la terrible venganza que caería sobre las cabezas de toda su familia si un sólo cabello de la mía fuera alborotado.

Esta amenaza no cayó en saco roto con Ahmet. Sus prolijas y trémulas protestas (dirigidas, algunas, a la sencilla ventana con barrotes, como si sospechara que Emerson pudiera estar revoloteando fuera como un espíritu incorpóreo) convencieron al alguacil.

Una vez se fue éste, indiqué a Ahmet que tomara asiento.

—Siéntese y tranquilícese, amigo mío. Le aseguro que no sufrirá ningún daño; he venido a ayudarlo. Sólo responda a mis preguntas y será devuelto a su familia y amigos.

Esta perspectiva feliz obviamente no atraía a Ahmet. Una expresión de profunda tristeza se extendió por sus rasgos poco atractivos.

—¿Qué quiere saber, *Sitt*?

Me aclaré la garganta y me incliné hacia adelante.

—Hay cierta mujer… su nombre es Ayesha… que algunas veces se la puede encontrar en el antro de opio de la calle Sadwell. Quiero… quiero saber…

Me refrené a tiempo. ¿Estaba yo, Amelia Peabody Emerson, a punto de preguntar a esta pequeña criatura miserable si mi marido, el temido y digno Padre de Maldiciones, tenía el hábito de visitar a una mujerzuela de la calle? En realidad, lo estaba. ¡Qué degradante y despreciable!

Había tenido algún tipo de ataque, aunque gracias al cielo no el que yo temía. Ahmet me miraba cautelosamente.

—Ayesha —repitió—. No es un nombre raro, *Sitt*, pues Ayesha bint Abi Bekr fue la honorable esposa del Profeta, en cuyos brazos él murió…

—Lo sé. Y conoces a la mujer que digo, Ahmet. No intentes negarlo. ¿Quién es? No tiene aspecto de una adicta al opio. ¿Por qué va a ese lugar?

Ahmet se encogió de hombros.

—Es la propietaria, *Sitt*.

—¿Del establecimiento de opio?

—Del edificio, *Sitt*.

—Qué curioso. —Ponderé este retazo de información. Por increíble que pudiera sonar, no había ninguna razón por la que

Ahmet debiera mentir en esto—. Entonces es una mujer rica… o al menos, una mujer con dinero. ¿Por qué viste harapos y se sienta con miserables fumadores de opio?

Otro encogimiento de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo, *Sitt*? Los caminos de una mujer están más allá de mi entendimiento.

—Aventura una opinión, amigo mío —dije, colocando mi parasol sobre la mesa entre nosotros.

Pero Ahmet insistió en que nunca se permitía sostener opiniones. Considerando las condiciones de su cerebro empapado de opio, uno podía sentirse inclinado a creerle. Más preguntas, sin embargo, llevaron a la admisión reluctante de que Lady Ayesha no vivía en el local, sino que tenía su propia casa, en algún lugar de Londres.

—¿Park Lane? —repetí escéptica—. Ese es uno de los mejores vecindarios de Londres, amigo mío. Una mujer como esa… la propietaria de un antro de opio… no se codearía con la aristocracia.

Ahmet mostró una mirada lasciva.

—¿Codearse, *Sitt*? Eso no es todo lo que hace.

Los hombres nunca se resistían a la oportunidad de hacer una broma vulgar. Casi tan pronto como las palabras abandonaron su boca, una mirada de terror transformó sus rasgos y traicionó el hecho de que había dicho más de lo que pretendía. Sin embargo, se negó a dar detalles y no me atreví a insistir. Había límites de decencia más allá de los cuales una dama no podía ir, ni siquiera cuando iba en pos de un asesino.

Estaba a punto de marcharme cuando recordé que no le había preguntado por el señor Oldacre. Sobre este tema fue incluso menos cooperativo, insistiendo en que no conocía al hombre, que nunca había oído hablar de él, que nunca lo había visto, y que no tenía ninguna opinión sobre nada. Cité el comentario que había oído sin intención en el coche policial. Ahmet puso los ojos en blanco.

—Vienen —murmuró—. Auténticos creyentes y herejes, hombres y mujeres, príncipes y mendigos. *Hashish* y el opio son los grandes niveladores, *Sitt*, proporcionan su gratificación a todas las criaturas de Alá. Incluso un insecto bajo y arrastrado como Ahmet… ha pasado mucho tiempo… demasiado… desde que soñé… encuéntreme opio, *Sitt*… y una pipa… sólo una… Hablaremos y

soñaremos juntos.

Ya estuviera su mente divagando o sólo fingiéndolo, había encontrado una buena forma de terminar con la discusión. Convoqué al alguacil y dejé a Ahmet a su conciencia, fuera cual fuera esta; pero, por supuesto, no antes de haberle ofrecido mi protección y urgirle a llamarme a cualquier hora del día o de la noche.

Cuff estaba esperándome en el pasillo.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Por qué pregunta? —repliqué—. Observé la abertura en la pared izquierda, inspector. ¿Quién estaba escuchando fuera? ¿El señor Jones?

El inspector sacudió la cabeza admirado.

—Es usted demasiado astuta para mí, señora Emerson. Jones no; se lo dije, está de vacaciones. Tenemos varios oficiales que hablan árabe, aunque ninguno de forma tan fluida como usted. ¿Por qué está tan interesada en esa mujer, Ayesha?

Respondí con otra pregunta.

—¿Qué sabe de ella, inspector?

—Nada que justifique una investigación oficial —replicó Cuff—. Le suplico, madame, que no se aproxime a esa persona. No es compañía apropiada para una dama como usted.

—No tengo intención de invitarla a cenar, inspector —dije irónica—. Sin embargo, obviamente es una persona de influencia en la comunidad egipcia, incluyendo a su parte criminal… aunque las personas que poseen y gestionan antros de opio difícilmente puedan ser llamadas pilares de la sociedad. No puedo entender por qué está siendo usted tan evasivo. Debería interrogar a esa mujer inmediatamente. Es más…

Habíamos descendido las escaleras hasta el piso inferior. Aquí Cuff se detuvo, y, girándose para enfrentarse a mí, dijo seriamente:

—Señora Emerson, siento el más grande de los respetos por su carácter y sus habilidades. Pero en lo que concierne al Departamento, es usted una civil y una dama… ambas, atributos que hacen imposible para mí depositar mi confianza en usted. Si lo hiciera sin el permiso explícito de mis superiores, me arriesgaría a una reprimenda, la degradación, y posiblemente incluso a la pérdida de mi posición. He pasado treinta años en la fuerza policial.

Espero retirarme pronto con mi bien ganada pensión a mi casita en Dorking, donde, siguiendo el ejemplo de mi respetado padre y mi eminente abuelo, pasaré una vejez pacífica cultivando mis rosas. Está verdaderamente más allá de mis poderes…

—Ahórreme el resto del discurso, inspector —le corté—. Lo he oído antes… las mismas viejas excusas basadas en la arrogancia masculina y el desprecio a las mujeres. No lo culpo, no es usted ni mejor ni peor que el resto de los hombres, y no dudo de que sus superiores estén tan ciegos y llenos de perjuicios como usted.

La cara cetrina de Cuff cobró una apariencia de profundo desasosiego. Presionándose la mano contra el corazón.

—Señora Emerson, por favor créame…

—Oh, creo que sus intenciones son las mejores. Perdóneme si me he acalorado. No soporto las enemistades. De hecho, cuando atrape al auténtico asesino se lo entregaré. No quiero ningún crédito salvo la satisfacción de cumplir con mi deber. Buenos días, inspector.

Cuff estaba demasiado emocionado para hablar. Se inclinó profundamente, y permaneció en esa posición hasta que abandoné el edificio.

Ondeando mi parasol, llamé a un cabriolé de alquiler. Mientras éste se alejaba vi entrando en Scotland Yard a una figura extrañamente familiar, pero antes de poder echar una buena mirada, se desvaneció en el interior.

¿Emerson en Scotland Yard? De algún modo no me sorprendía.

¿Dónde ir a continuación? Difícilmente pueda suponer el lector que tuviera alguna duda al respecto. Era posible que Ahmet se hubiera inventado una dirección falsa para librarse de mí, pero de todos modos valía la pena intentarlo.

En los últimos años las calles que bordeaban Hyde Park, habían experimentado una transición de la aristocracia elegante a la pura ostentación. Este cambio era debido en gran parte a la gente como los Rothschild y su buen amigo, el Príncipe de Gales. Por qué su Real Majestad prefería la compañía de millonarios advenedizos a la de sus pares, era todo un misterio. Algunos afirmaban que era una ordinariez de carácter inherente, o más bien, una ausencia de la delicada sensibilidad que a uno le gustaría en un monarca británico. Pero si ése era el caso, se presentaba la pregunta inevitable: ¿De

dónde derivaba esta tendencia deplorable? Desde luego no de su padre, el más estirado y correctísimo príncipe de todos los tiempos. Ni de su Graciosa Majestad, su madre… Puede que fuera tediosa, pedante y algo inferior en inteligencia, pero ¿vulgar? ¡Nunca! (No doy ningún crédito a los asquerosos rumores concernientes a Su Majestad y a un cierto señor Brown). Reconozco que sus sirvientes algunas veces se aprovechan de su buen humor para elevarse por encima de su condición. Brown desde luego lo había hecho, y su último favorito, Abdul Karim, que se llamaba a sí mismo, Munshi, era casi igual de arrogante e impopular. Pero que fueran algo más que sirvientes favorecidos es algo que yo negaría vehementemente.

Mientras el cabriolé procedía a lo largo de Park Lane, vi la opulenta mansión de piedra gris propiedad de Leopold Rothschild, donde, se decía, el príncipe se entretenía con frecuencia al estilo ostentoso al que se había acostumbrado demasiado. No lejos del opulento contorno de Aldford House, que había sido ocupada, desde que estuve en Londres por última vez, por un magnate sudafricano del diamante. Otro millonario sudafricano había arrendado Dudley House, y en el número 25 estaba en proceso una estructura que, según los rumores, superaría a todas las demás en gastos y fastuosidad. El constructor, un tal Barney Barnato, había nacido como londinense de clase baja en los barrios bajos de Whitechapel. De tal forma había caído la dignidad de Park Lane, de duques y condes a nuevos ricos. Tal vez Ayesha no estuviera tan fuera de lugar después de todo. Ella y Barney Barnato debían llevarse bien.

El carruaje se detuvo delante de una bonita casa antigua no lejos de la esquina de Park Lane y la calle Upper Brook. Una pulcra criada respondió a mi llamada. Vestía el acostumbrado hábito negro, delantal blanco crespo, la gorra fruncida, pero su complexión olivácea y líquidos ojos negros traicionaban su nacionalidad. Evidentemente Ahmet era más de confianza de lo que yo había esperado.

Le di mi tarjeta.

—Dile a tu señora que me gustaría hablar con ella.

El comportamiento de la sirvienta evidenció demasiado el hecho de que no estaba acostumbrada a visitantes como yo. Sobreponiéndose a su sorpresa, tomó mi tarjeta y me invitó a entrar en la sala mientras iba a ver si “la señora” estaba.

Si para entonces no hubiera estado segura de haber encontrado a mi presa, la habitación en la que entré debería haber hecho que me lo replanteara, porque no había en ella ni un sólo objeto que no pudiera haber sido encontrado en el salón inglés más de moda y mejor amueblado. De hecho, una persona cínica podría preguntarse si no pretendía ser una caricatura de un moderno y bien amueblado salón inglés. Las paredes estaba profusamente cubierta de pinturas y espejos en marcos dorados tan amplios que empequeñecían el espacio encapsulado. Uno apenas podía ver la alfombra a causa del mobiliario: sofás profusamente tallados, sillas categóricamente tapizadas y cojines, mesas, mesas y todavía más mesas… todo castamente encortinado con pesadas telas que ocultaban sus "extremidades inferiores", como damas estiradas de tiempos que no nombraré.

No mucho después volvió la criada e indicó que debía seguirla. Ascendimos una escalera hasta el primer piso y proseguimos por un pasillo alfombrado. Abrió una puerta y me indicó que entrara.

Fue como pasar del siglo diecinueve al quince, cruzando de una sola zancada los miles de kilómetros que separaban Londres del antiguo El Cairo.

Alfombras persas cubrían el suelo en despreocupada profusión, capa tras capa de ellas. Paredes y techo estaban cubiertos de brocado dorado, incluso las ventanas… si había ventanas, porque no entraba ni un rayo de luz. La única iluminación provenía de lámparas colgantes perforadas en patrones intrincados, y suspendidas de cadenas tan finas que el más ligero movimiento de aire las hacía balancearse y enviar motas doradas de luz que atravesaban la penumbra como estrellas cayendo, o los pequeños insectos feroces que habitaban el continente occidental.

Al principio pensé que no había nadie allí; pero después de que mis ojos se ajustaran a la luz tenue divisé una forma, sentada inmóvil como una estatua en un diván contra la pared más alejada. Mis manos se tensaron inconscientemente sobre el mango del parasol. No tenía ninguna razón para temer un ataque, yo no sabía nada que pudiera amenazarla, pero la atmósfera me recordaba, dolorosa y vívidamente, a otra habitación similar en la cual recientemente había pasado varias de las horas más incómodas de mi vida (*El león en el valle*) y el humo dulce de un bracero bajo,

junto al sofá sobre el cual ella estaba reclinada, hizo que mis sentidos flaquearan.

Pero sólo por un momento. Recordé mi misión; recordé quién era yo y qué era ella. Según la costumbre oriental, el inferior espera a que se le dé permiso antes de hablar. Me aclaré la garganta y me dirigí a ella.

—Buenos días. Me disculpo por la intrusión. Soy…

—Sé quién es usted. —Gesticuló… un movimiento de gracia exquisita—. Siéntese ahí.

Lo que señaló no fue una silla, sino un cojín bajo. Supongo que la mayoría de las inglesas habrían encontrado la posición incómoda; si no verdaderamente imposible de lograr. Yo me senté prontamente y me arreglé las faldas con pulcritud.

Ahora ella estaba a sólo unos pasos de distancia, pero todavía no podía divisar sus rasgos claramente, ya que llevaba un burka largo, o un velo de cara, que colgada de una banda enjoyada alrededor de su frente. Este velo suele ser de seda o muselina blanca, y normalmente no se lleva en presencia de otras mujeres. Sólo podía asumir que Ayesha tenía intención de insultarme sutilmente de algún modo, pero para mí era demasiado sutil; no entendía lo que significaba. Su velo era tan fino que perfilaba el óvalo perfecto de su cara, la nariz fuertemente modelada y la barbilla firme. Su cabeza estaba desnuda. Las trenzas ondeantes que caían sobre sus hombros brillaban como satén negro. Sus vestiduras eran del tipo que vestían las damas egipcias nobles en la privacidad de su harén… pantalones sueltos de seda a rayas y un chaleco largo y apretado que se aferraba a la parte superior de su cuerpo y brazos. Dejaba la mitad del pecho desnudo, pero no vestía ninguna camisa interior debajo. Todas las áreas así definidas, o expuestas, eran bastante admirables en contorno y textura; su piel brillaba como ámbar pulido.

Su postura era negligente, incluso desafiante. Apoyada sobre un codo, la rodilla levantada y la prenda sedosa deslizándose hacia atrás, desnudando una extremidad tan bien proporcionada como la de una ninfa. Los pantalones… al contrario de la costumbre habitual… estaban abiertos de la cadera al tobillo.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó.

Hablaba inglés, sólo con el más ligero trazo de acento. Las

costumbres orientales eran sutiles y astutas. Las mujeres especialmente, a quienes se les negaba el derecho a hablar en público sobre casi cualquier tema, habían desarrollado sus propios métodos de expresar desdén. Su uso de mi idioma… dado que ella sabía que yo hablaba el suyo… era una forma de reafirmar su superioridad, y la pregunta en sí misma implicaba mucho más de lo que decía realmente. (Por el bien de mis lectores más torpes lo deletrearé. No preguntando por qué había venido, confirmaba que yo tenía razón para hacerlo. Qué razón podía haber sido esa, incluso el lector tonto debería saberla).

No me sentía inclinada a aceptar el desafío, o a traicionar a Ahmet, quien, consideraba yo, ya tenía bastantes problemas.

—Dice conocerme, Ayesha. Entonces también debe saber que tengo formas de encontrar a la gente. La vi anoche, y mis ojos agudos vieron más allá de su disfraz.

—¿Anoche? —Su cuello largo se curvó, colocándose como el de una cobra a punto de atacar—. En el… *¡Wahyat en-nebi!* ¿Era usted?

—Era yo —dije con tranquilidad—. Sus ojos no vieron más allá de *mi* disfraz.

—Entonces él la llevó allí. O al menos permitió…

Un súbito estallido de luz hizo que me protegiera los ojos. Cuando bajé la mano vi que había encendido una lámpara de aceite. Había sido colocada de forma que el rayo cayera directamente sobre mi cara, y entonces supe porqué me había dicho que me sentara en este asiento en particular.

Me estudió en silencio durante lo que pareció mucho tiempo. Yo permanecí inmóvil y la dejé mirar a gusto. Sabía lo que veía… ni mechones ondulantes ni extremidades flexibles, ni rasgos de exquisita belleza… pero yo ya sabía antes de ir que no podría competir con ella y ganar en ese terreno. No tenía intención de intentarlo.

Al fin un sonido suave y sibilino que podría haber sido una risa o un siseo de desprecio escapó de sus labios.

—La llevó allí —repitió pensativamente—. Había oído… Pero lo encontré difícil de creer. Entonces, *Sitt Hakim*, esposa del gran Emerson *Effendi*… me ha encontrado. Honra usted mi pobre casa. ¿Qué desea de mí, la más humilde de sus esclavas?

Ignoré esto como la ironía que indudablemente era, y procedí

con mi pequeño discurso, que había planeado cuidadosamente con antelación.

—Quiero su ayuda, señorita… er… madame Ayesha, para atrapar a un asesino. Seguramente es consciente de que uno de sus paisanos ha sido arrestado bajo sospecha de matar al señor Oldacre.

—Lo sé —reconoció.

—Y también es consciente de que Ahmet es inocente.

—Eso no lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Oh, vamos, querida… es decir, madame Ayesha. No nos batamos a espada una con la otra. Ambas sabemos que la policía, siendo meros hombres, no son excesivamente inteligentes. Sin embargo, no pueden ser tan tontos como para creer que un gusano miserable como Ahmet cometió el crimen. Este es alguno de sus trucos. He dado vueltas a la cuestión y llegado a la conclusión de que la única razón por la que le pedirían que "les ayudara en sus pesquisas", como lo han expresado, es porque sospechan que alguna persona… o varias… de la comunidad egipcia están involucradas en el delito. Ahmet es un tonto, un señuelo, o un informador potencial.

Escuchó atentamente, con sus grandes ojos oscuros fijos en mi cara. Cuando hice una pausa, invitándola a replicar, fue lenta en responder. Finalmente masculló:

—Es posible. ¿Pero en qué me concierne eso a mí? No temo a esos chapuceros de Scotland Yard. Tengo amigos poderosos…

—Estoy segura de eso. Pero algunas veces las amistades se demuestran falsas cuando amenaza el peligro o la deshonra. Cuando menos las atenciones de la policía deben perturbar su… esto… actividades de negocios, como fue el caso de anoche. Ahora bien, yo estoy segura de que el asesino no es egipcio, sino un inglés…

—¿Qué? ¿Por qué cree eso?

—Hace usted preguntas, pero no las contesta, *sitt*. —Ahora hablé en árabe—. Creo que sabe más de lo que admite. ¿Cómo puede ignorar lo que ocurre entre su propia gente, rica e influyente como es usted?

Se sentó erguida, cruzando las piernas, y descansó la barbilla en su mano esbelta.

—Soy ignorante en esta cuestión, al menos. No me cree…

—Si está diciendo la verdad, *sitt*, sugiero respetuosamente que haría bien en empezar a hacer pesquisas… por su propio bien.

Juntas podríamos lograr mucho. Como mujeres… y mujeres de considerable habilidad, cada una en su propia esfera…

Su pequeño siseo de risa… porque eso decidí que debía ser… me interrumpió.

—¿Nos compara, *Sitt Hakim*? Debe desear mucho algo, para rebajarse a eso.

—En absoluto; sólo le concedo su mérito. Estoy familiarizada con las costumbres de oriente y soy bien consciente de las dificultades que ha tenido usted que superar para lograr riqueza e independencia…

—¡Está loca! ¿Como podría saberlo, cómo podría empezar a imaginar…? ¡Ah, yo también estoy loca, hablando de tales tonterías! —Se lanzó hacia atrás contra los cojines, con las manos aferradas con fuerza.

Yo había dicho, o hecho, algo que había destruido el tenue vínculo de entendimiento que había empezado a construirse entre nosotras. No se me ocurría qué podía haber sido. A menos…

—El inglés —repetí—. ¿Hay un hombre así, o no? Usted lo conoce. Tal vez lo conozca. ¿Tiene miedo de ese hombre? Si lo tiene, Emerson y yo la ocultaríamos a nuestra sombra. ¿Es su amante? El amor es una flor frágil, *Sitt* Ayesha. Los hombres lo pisotean bajo sus pies cuando el frío aliento del peligro marchita sus pétalos.

—¿Todos los hombres, *sitt*? ¿El suyo también? —Escupió las palabras.

—En realidad —empezó—, equivoca mis…

—¡Equivocar! Inventa historias estúpidas sobre un lord inglés asesino… es una historia entretenida, *Sitt* Hakim, pero no es por eso por lo que ha venido. Vino a preguntarme si Emerson *Effendi* es desleal. ¿Quién puede leer su corazón mejor que yo?

—Debería creer que un gran número de gente —dije fríamente —. Míreme, Ayesha. Si puede leer mi corazón… o mi semblante, qué es una guía más accesible… verá que nunca ni por un instante dudaría de Emerson. Nosotros somos uno y siempre lo seremos.

—Pero yo lo conocí una vez —ronroneó—. Conozco la fuerza de esos grandes brazos suyos, el tacto de sus labios, sus caricias. ¿Todavía…?

Espero no haber traicionado, y creo que no lo hice, por mirada o

movimiento, las sensaciones que me asaltaron… sensaciones que no son más dignas de repetición que las frases que Ayesha procedió a utilizar, acompañando sus palabras con gestos gráficos de sus delgadas manos color café y el ondular de su cuerpo. Pero su deseo de herirme fue su perdición, y (como los moralistas comentarían correctamente) su rencor recayó sobre su propia cabeza lustrosa. En su excitación se deslizó gradualmente hacia delante hasta que su cara casi tocó la mía, y la luz de la lámpara de aceite iluminó sus rasgos por primera vez. Ni el velo traslúcido ni la gruesa capa de cosmético que se había aplicado pudo ocultar la herida rasgada que había cortado una de las lisas mejillas hasta el hueso, dejando una cicatriz púrpura.

Demasiado tarde comprendió lo que había hecho. Se apartó con un jadeo y se retiró a las sombras.

Por un momento fui incapaz de hablar. La furia, el disgusto, y… sí… la pena… me ahogaron. Conquistando estas emociones con mi acostumbrada eficiencia, carraspeé.

—Perdonará si declino emular su candor, madame. Lo que pasa entre mi marido y yo es una cuestión privada. Sin embargo, puedo asegurarle que no tengo nada de lo que quejarme en ese campo… ni en ningún otro… y que Emerson comparte mis sentimientos.

Una de sus manos salió disparada y me agarró de la muñeca, sus uñas largas y pulidas se hundieron en la carne.

—¿Nada te conmueve, inglesa como un pescado frío? ¿Qué puedo hacer para herirte? ¡Eres de hielo, eres de piedra! ¿Qué poderes mágicos tienes, para ganarte a un hombre semejante y retenerlo?

—No puedo imaginarlo —admití—. Sin embargo, hay muchas cualidades aparte de la belleza física que atraen a la gente del sexo opuesto hacia otro y cimienta los vínculos del afecto matrimonial. Un día puede que sea usted lo bastante afortunada para descubrirlo. Espero sinceramente que lo haga. Lo que me lleva de vuelta al tema del lord inglés…

—¿Qué lord inglés? No existe semejante hombre. —Apartó mi brazo de golpe—. Déjeme, *Sitt Hakim*. No puedo derrotarla. Ni siquiera puedo luchar con usted en el mismo terreno, posee usted armas más allá de mi comprensión. Déjeme.

—Muy bien —Me puse en pie… sin su gracia, tal vez, pero sin

tambalearme o esforzarme—. No esperaba que estuviera usted dispuesta a confiar en mí en mi primera visita.

—Primera…

—Por favor, tenga en mente que estaré lista para ayudarla de cualquier modo posible. La vida que lleva no puede ser buena para usted. Debería considerar retirarse al campo. No hay nada más consolador para un espíritu herido que la soledad y la contemplación de la naturaleza…

Ayesha puso los ojos en blanco y enterró la cara en los cojines. Tomándome esto como una señal de que la conversación estaba llegando a su fin, fui hacia la puerta.

—Recuerde lo que he dicho. Envíame un mensaje en cualquier momento.

—*Sitt Hakim*. —No se movió, su voz estaba amortiguada y era irregular.

—¿Sí?

—Reconocerá a mi mensajero si aparece. Pero no le prometo que aparezca.

—Muy bien. Espero que venga.

—¿*Sitt Hakim*?

—Sí.

—Antes de la pasada noche no había visto a Emerson Effendi desde hacía muchos años. Yo estaba en Egipto cuando lo conocí. No en Inglaterra. Nunca me había visitado aquí.

—Oh, ¿de veras? Bueno, espero que se pase por aquí pronto.

Esta vez no me llamó.

Después de recuperar mi capa de manos de la criada, crucé Park Lane y encontré un asiento en el parque, de cara a la casa que acababa de abandonar. ¿Vendría Emerson? No estaba segura de que lo hiciera. Mi disparo de despedida había estado dirigido por el resentimiento y un deseo de parecer astuta (pues aún sucumbo a tales fallos de carácter a veces, y considerando la provocación, considero que en general me comporté muy bien).

Estaba segura de que había sido Emerson el que viera entrar en Scotland Yard. Sabiendo que yo planeaba ir allí, probablemente había esperado a verme salir. Si hubiera esperado un poco más no habría reparado en él, pero eso no era muy propio de Emerson; la impaciencia era una de sus mayores debilidades.

Ojo por ojo, Profesor Emerson, pensé. Yo también esperaría un rato, para ver si Emerson estaba siguiendo el mismo rastro que había seguido yo. Pero tal vez no por las mismas razones…

No llevaba mucho tiempo allí cuando un coche aparcó y Emerson salió de un salto. Tan pronto como entró en la casa tomé la precaución de llamar a otro coche. Entrando, dije al cochero que esperara. Emerson no estuvo dentro ni cinco minutos. Emergió incluso más precipitadamente de lo que había entrado y se quedó de pie en el pavimento mirando alrededor de forma suspicaz. Obviamente Ayesha le había hablado de mi visita, y temía que yo pudiera estar acechando cerca.

Le dije a mi cochero que procediera. Asomándome por la ventanita sucia, observé a Emerson cruzar la carretera y empezar a rondar el parque. Estaba enfrascado en un altercado con una dama de mi tamaño y forma, cuyo bonete anticuado y con forma de pala había intentado arrancar, cuando el coche giró la esquina hacia la calle Upper Brook, y no vi más.

* * *

Es imposible expresar completamente la mezcla de emociones dentro de mí tras la entrevista con Ayesha (especialmente en las páginas de un diario que un día podría ser publicado, aunque por supuesto no antes de que tenga lugar un gran trabajo de edición). Mi cerebro era un caldero hirviente de especulación.

Si Ayesha había dicho la verdad, no tenía nada que reprochar a Emerson. Habría sido totalmente irrazonable hacerle responsable de nada que hiciera, dijera, sintiera o pensara antes del momento inolvidable en que se comprometió conmigo, cuerpo y alma, corazón y mano.

¿Pero había dicho la verdad? Pobre belleza arruinada, había tenido toda la razón para mentir y ninguna para tranquilizarme. Me pregunté si ella sentía la misma simpatía reluctante por mí que yo por ella. Teníamos algo en común además de Emerson (y confieso libremente que por sensible que pudiera ser mi razonamiento sobre este tema, mi respuesta emocional no me concedía ningún crédito). Ella era una mujer fuerte que había superado obstáculos aún mayores que los que yo había enfrentado. Si mi conocimiento sobre fisonomía no se equivocaba, tenía sangre inglesa o europea. Una mestiza… porque tal es el término abyecto… conlleva una carga

doble, despreciada por la gente de su madre, no reconocida por la de su padre. Añada a esto la posición de las mujeres en su mundo… incluso más baja que la de las mujeres en la Inglaterra "iluminada"… y apenas podía culparla por usar la única forma posible de salir del degradante abismo de semiesclavitud que habría sido su destino de haber seguido la carrera convencional de una mujer egipcia… matrimonio prematuro, maternidad incesante, aburrimiento, miseria y muerte temprana.

Era una mujer astuta, pero en su agitación había cometido un pequeño desliz. Quedaba por ver cómo de significativo sería, pero desde luego abría nuevas posibilidades que yo pretendía explorar.

Al llegar a casa descubrí que me había perdido al señor O'Connell. Se había quedado algún tiempo… "paseándose a zancadas arriba y abajo por la alfombra del salón de dibujo y hablando solo" según Gargery… antes de abandonar su empresa, pero había dejado una nota. Aunque estaba dirigida a mí, había en ella algunos improperios que obviamente iban dirigidos a Emerson.

—Pues bien, la verdad —dije, lanzando la nota a un lado—. Lamento mucho averiguar que el señor O'Connell es tan mal perdedor. Él me ha jugado a mí peores pasadas. Todo vale en el amor, la guerra y el periodismo, Gargery.

—Me tomé la libertad de decirle algo por el estilo al señor O'Connell —dijo Gargery—. Aunque no lo expresé tan amablemente, señora. El profesor y usted tienen una forma de decir las cosas, señora, si no le importa que lo diga.

A la hora del té Emerson no había vuelto. Después de esperar un cuarto de hora más, pedí que trajeran el té y dije a la señora Watson que podía llamar a los niños. Percy y Violet fueron los primeros en aparecer. Ambos parecían muy limpios y pulcros, aunque los botones tirantes de la espalda de Violet me recordaron el sermón que tenía intención de darle. Procedí a hacerlo así y la informé de que de ahora en adelante estaba restringida a una galleta o trozo de pastel en el té. Habiendo engullido la cantidad permitida y tras intentar en vano persuadirme para que cambiara de opinión, se retiró en silencio tétrico a una esquina.

Percy había decidido que en lugar de mariposas, que eran escasas en Londres, empezaría a coleccionar escarabajos. Procedió a hablarme de ello con gran detalle, y confieso que la llegada de

Ramsés se convirtió en tal alivio que le di la bienvenida con más afecto de lo habitual en mí, a pesar del hecho de que olía fuertemente a algún producto químico asqueroso que había quemado varios agujeros a través de sus pantalones.

—Estaba efectuando pruebas en el *ushebti*, mamá —explicó, ofreciéndome el objeto—. Ahora estoy convencido de que es genuino. La pasta antigua arde con una llama amarilla, mientras que la imitación moderna…

—Aceptaré tu palabra, Ramsés —repliqué—. Nunca dudé de que el *shawabty* fuera genuino.

—Tus instintos eran bastante acertados, mamá —contestó Ramsés con inefable condescendencia—. Sin embargo, me sentí impelido a hacer las pruebas, dado que, como probablemente sabes, los *ushebtis* reales son bastante escasos, incluso en los museos.

Percy rió de forma juvenil.

—Eres un tipo chistoso, Ramsés. Curioso que sepas todo eso. —Dio a Ramsés un codazo juguetón.

Viendo moverse el codo de Ramsés, dije agudamente.

—No peleéis, chicos. Ramsés, ven aquí y siéntate a mi lado. Y dame el *shawabty*; no quiero que se rompa.

Ramsés obedeció. Me retiré un poco de él, ya que el olor no mejoró con la cercanía.

—Así que es un *shawabty* real. Eso pensaba, pero no leí la inscripción.

—Mem-maat-Re Sethos Mer-en-Ptah —dijo Ramsés—. Es una coincidencia interesante, mamá. El nombre de Sethos no nos resulta poco familiar.

—Desafortunadamente, estás en lo cierto, Ramsés.

—No hay ninguna posibilidad, presumo, de que una vez más midamos ingenios con el desconocido genio del crimen, ese maestro del disfraz, el Maestro…

—Ciertamente espero que no, Ramsés. Y te aconsejo que no repitas esa idea, o cualquiera de las frases que acabas de utilizar, a tu querido papá.

—Nunca haría eso, mamá, ya que he observado que tales referencias enfurecen a papá hasta un punto que va más allá incluso de sus expresiones normales de irritabilidad. Nunca he entendido por qué.

—Porque Sethos se nos escapó, por eso —dije.

Ramsés asintió seriamente.

—Esa posibilidad se me había ocurrido, pero no explica completamente el carácter peculiar de la furia de papá. Desde luego, el tipo tuvo la audacia de retenerte prisionera, mamá, y el cariño de papá hacia ti es tan grande que naturalmente desearía tomar venganza contra cualquiera que amenazara tu vida….

—Perfectamente, Ramsés. Sentiría lo mismo si hubieras sido tú el secuestrado.

—Y aún así —insistió Ramsés—, hay un elemento indescriptible aunque persistente que me elude. Por ejemplo, mamá, la carta que dejó Sethos contenía varias frases inexplicables. Parecía culparte por los actos criminales que contemplara en el futuro. La conclusión obvia es que hay algo que tú podrías haber hecho que le habría apartado de sus costumbres malvadas. Pero no se me ocurre qué podría ser.

—¿No? —Dejé escapar un largo suspiro de alivio—. Bueno, gracias a Dios que hay algunas cosas… No importa, Ramsés. No volveremos a ver a Sethos, estoy segura de eso. Este asunto carece de su toque característico. Y —añadí, mirando fijamente a Percy—, preferiría no discutir el tema.

Sin embargo, Percy no estaba prestando ninguna atención a la conversación. Había sacado algo de su bolsillo y lo estaba examinando con una sonrisa complacida. Era un bonito reloj, que parecía de oro sólido, y estaba a punto de comentar lo inapropiado que era que un chico de su edad poseyera semejante objeto cuando algo respecto a él me resultó familiar.

—Ese parece tu reloj, Ramsés. El que te dio la señora Debenham.

La sonrisa de Percy se amplió.

—Es el reloj de Ramsés, tía Amelia. O más bien, lo era; me lo dio. Por mi cumpleaños.

La cara de Ramsés estaba, si era posible, incluso menos expresiva de lo habitual. Había parecido encantado con el reloj, el cual Enid Debenham (ahora Enid Fraser) insistió en regalarle, y que yo, no es necesario decirlo, había guardado hasta el momento en que fuera lo bastante mayor y cuidadoso para llevarlo. Al parecer se había cansado de él, o su apego por la joven dama había decrecido tras el matrimonio de esta, el cual Ramsés no había aprobado.

—No deberías haber dado un regalo de una amiga, Ramsés —dije.

Percy me ofreció inmediatamente el reloj.

—No pensé en eso, tía Amelia. Caracoles, lo siento. Aquí tienes, Ramsés debería recuperarlo.

—No, si te lo dio, es tuyo. Fue un gesto generoso. Sin embargo, es un objeto demasiado valioso para ser llevado por un muchachito. Yo lo cogeré y se lo daré a tu madre cuando venga, te lo guardaré.

—Por supuesto, tía Amelia. Pretendía pedirte que lo hicieras. Sólo quería llevarlo un ratito, porque es tan bonito y porque… porque es mi cumpleaños.

Aunque su desilusión era obvia, se había comportado tan bien que lo lamenté por él.

—No sabía que era tu cumpleaños, Percy. Desde luego debemos hacer algo para conmemorar la ocasión. En caso de que todos lo celebremos, mañana. ¿Qué te gustaría hacer?

Violet se removió.

—Si Percy tiene un pastel y un montón de cosas para comer en el té, ¿puedo tomar dos trozos de pastel? ¿O tres?

—Ya veremos —contesté cortante—. Es el cumpleaños de tu hermano, y es decisión suya lo que vamos a hacer. Piénsalo, Percy, y házmelo saber mañana por la mañana.

Los labios de Percy se estremecieron.

—Oh, tía Amelia, eres tan buena y amable. Gracias, gracias. Y tú también, primo Ramsés… por el precioso reloj.

Dio a Ramsés una palmada amigable en el hombro. Ramsés se la devolvió, y aunque era bastante temprano, envié a todo el mundo a su habitación.

* * *

Había decidido vestirme para cenar. La honradez me obliga a admitir que tomé esa decisión para molestar a Emerson, que odia vestirse para cenar. Acostumbrada como estoy al estilo libre y fácil que mantenemos en casa, consigo olvidarme de que la mayoría de casas de clase alta siguen horarios estrictos, los cuales a veces pienso que están diseñados más para la conveniencia del personal que de los señores. Cuando abrí la puerta de mi habitación, sorprendí a una de las criadas agachada en el hogar.

Dejó salir un chillido de sorpresa y se curvó en una pelota. Antes

de poder tranquilizarla, la señora Watson se apresuró a entrar. Pareció molesta. Molesta conmigo por haber subido temprano, pero como por supuesto no podía decírmelo empezó a regañar a la criada.

—Deberías haber terminado con el fuego para cuando la señora Emerson llegara. Vete abajo y trae el agua caliente.

La chica se escabulló fuera.

—No hay prisa, señora Watson —dije—. Es pronto. ¿Dijo el profesor cuándo regresaría?

—No, señora, pero estoy segura que estará aquí dentro de poco, puesto que siempre es tan considerado en decirme cuándo espera llegar tarde para cenar. ¿Espero hasta que él llegue para subir el agua caliente?

Como tantas otras "conveniencias" modernas, el dispositivo que había sido instalado con la esperanza de que produjera agua caliente estaba constantemente roto, así que Evelyn había vuelto a las costumbres antiguas. Informé a la señora Watson que yo no esperaría. Luego me senté con los pies en el guardafuegos. Había comenzado a llover y la tarde era fresca.

Había decidido no mencionar mi visita a Ayesha, ni indicar por la más ligera alteración de mi conducta que había ocurrido tal acontecimiento. Emerson debía saber que había estado allí. Era Emerson quien debía introducir el tema.

Si no tenía nada en su conciencia, *introduciría* el tema. Después de todo, seguí diciéndome, él no era responsable de sus acciones antes de conocerme. Sabía que nunca, ni una vez desde entonces, había vacilado su devoción; sí, lo sabía porque mi confianza en él era absoluta y también porque no había tenido muchas oportunidades. Por lo menos no cuando estábamos en Egipto. Por lo menos…

Hubo ocasiones cuando él y Abdullah se iban juntos para supuestamente visitar la última aldea cerca de El Cairo. Abdullah no vacilaría en mentir por el hombre al que admiraba sobre todos los otros.

Ayesha había dicho que Emerson nunca la había visitado en Inglaterra. Pero ella no había dicho cuándo había venido a Inglaterra y no me parecía una persona que prefiriera ir a la hoguera por contar una mentira. Durante los años que vivimos en

Kent antes de reasumir nuestras excavaciones, Emerson siempre se acercaba a Londres durante el día o durante varios días. Había estado dando clases en la Universidad y trabajando en la Sala de lectura del Museo. Ninguna de esas actividades necesitaba llenar un día entero.

Sacada con sobresalto de mis pensamientos deprimentes por un chirrido extraño, miré por todas partes antes de darme cuenta de que provenía de mí, específicamente, de mis dientes. Relajé las mandíbulas y recordé las excelentes resoluciones que había tomado. No insultaría a mi amado y devoto cónyuge insinuando, ni siquiera del modo más indirecto, tales sospechas injustas. No. Esperaría a que él sacara el tema Ayesha. Sería natural que él lo hiciera. Sería poco natural si no lo hacía. Gracias a la salida precipitada de Emerson esa mañana, y gracias a su larga ausencia, no habíamos tenido oportunidad de discutir la aventura de la noche anterior y especular, como era nuestra agradable costumbre, sobre varias teorías y soluciones. Sería muy extraño bajo estas circunstancias que el nombre de Ayesha no surgiera.

Emerson está bajo el engaño cariñoso de que puede andar de puntillas. Hace tanto ruido al andar de puntillas como al andar de forma normal, y fui consciente de que se acercaba antes de que alcanzara la puerta. Se paró fuera durante bastante tiempo. Estaba segura de que estaba planeando qué enfoque tomar y esperé con interés a ver cuál sería.

Abrió la puerta de golpe, vino directamente a mi lado y me sacó de mi silla para darme un abrazo cariñoso.

—Esta noche pareces encantadora, Peabody —murmuró—. Este vestido que llevas… debe ser nuevo, te sienta bien.

—No es un vestido, es un traje para tomar el té —contesté tan pronto como pude hablar—. El mismo vestido que llevaba anoche y en varias ocasiones anteriores. Lo llevo porque… ¡Oh, Emerson! Esa es ciertamente una de las razones, pero… Emerson…

Me costó más esfuerzo del que puedo describir poner fin a las demostraciones que el diseño del vestido de té facilitaba, pero comenzaba a sospechar de los motivos de Emerson y el resentimiento reforzó mi voluntad. Retirándome detrás de la silla en la que había estado sentada, dije severamente:

—Estoy a punto de vestirme para cenar y tú también debes

hacerlo. Me atrevo a decir que el agua caliente ya está tibia. Si no te das prisa se enfriará.

—No voy a vestirme para cenar —dijo Emerson.

—Sí, lo harás.

—No, no lo haré.

—Bien, entonces, quizás yo tampoco me cambiaré. —El placer que surgió en la cara de Emerson debería haberme hecho sentir vergüenza pero lamento decir que no lo hizo. Continué—: puedes llevar ese hermoso batín corto que te compré en El Cairo, el que juraste que no te verían usar a menos que estuvieras muerto e incapaz de protestar.

—Humm —dijo Emerson—. ¿Peabody, estás molesta conmigo por algo?

—¿Yo? ¿Molesta? Mi querido Emerson, vaya idea. Y el fez pequeño que va a juego.

—Qué, maldición, Peabody ¿debo hacerlo? La maldita borla sigue metiéndose en mi boca.

Gargery admiró tanto el batín corto, que Emerson se puso de un ánimo ligeramente mejor. Admiró el fez aún más; con una mirada desafiante, Emerson se lo arrancó de su cabeza y se lo entregó al mayordomo.

—Ahora, Peabody —dijo, cuando Gargery se alejó con su premio —, se acabó este juego del escondite, ¿eh? Sé abierta conmigo. ¿Qué te pasa? ¿Han estado los niños excepcionalmente salvajes hoy?

—No más que de costumbre, Emerson, gracias por preguntar. Violet está enfurruñada porque he restringido su consumo de dulces, pero Ramsés y Percy parecen estar llevándose mejor. Ramsés ha comprobado el *shawabty* y declara que es auténtico.

—Bien, sabía que lo era, Peabody.

—Yo también, Emerson.

Emerson se sirvió coles de bruselas.

—¿Supongo que no has oído nada de tu estimable hermano o su esposa?

—No, todavía no.

—Es malditamente raro, Peabody. Cualquiera pensaría que la mujer tendría la simple cortesía de escribirte para darte las gracias y preguntar por sus niños.

—Creo que está bajo los cuidados de un doctor. Puede habérselo prohibido.

—Y el querido James está a salvo en alta mar, fuera de nuestro alcance —se quejó Emerson—. Cómo es posible que tengas unos familiares tan despreciables…

—Por lo menos ellos no están avergonzados de mostrar las caras —repliqué—. Aunque la honradez me obliga a confesar que probablemente deberían. ¿Te das cuenta, Emerson, de que excepto Walter, no he conocido a ningún familiar tuyo? Tu madre ni siquiera tuvo la cortesía de asistir a nuestras nupcias.

—Maldita suerte para ti que no lo hiciera —contestó Emerson, apuñalando con violencia su cordero—. Perdona, Peabody. Te dije que me expulsó hace años…

—Pero nunca me has dicho por qué.

Emerson dejó de golpe su cuchillo sobre la mesa.

—¿Por qué diablos estamos hablando de nuestras familias? Estás unida a mí, Peabody.

—Has sido tú quien ha sacado el tema, Emerson.

—Peabody, mi querida Peabody… —La voz de Emerson bajó de tono y adoptó uno engatusador—. No necesitamos a nuestras malditas familias. Tú, Ramsés y yo… todos para uno y uno para todos ¿eh? Ahora dime cómo ha ido el día.

—Déjame ver. Oh, sí, casi lo olvido. Te perdiste al señor O'Connell. Yo también. Dejó una nota.

—Lo sé. La leí. —Emerson curvó los labios—. No sé de qué se queja, ganó a todos sus competidores con su historia sobre los *ushebtis* malditos. Aunque deletreara la palabra mal. Otros seis los recibieron, Petrie, Griffith, el director del museo…

—Lo sé, Emerson. Yo también he leído la historia del señor O'Connell. Pero gracias a ti, se perdió una historia más grande y sus jefes no pueden estar contentos con él.

—Se lo merece. Le enseñará a no dejarse llevar por el espíritu o a confiar en egiptólogos que tienen regalos.

—Ciertamente eso espero, Emerson.

Me serví coles de bruselas. Emerson pinchó las suyas y me miró por el rabillo del ojo.

—¿Te gustaría discutir el caso, Peabody?

—¿Por qué, Emerson? —dije, con una pequeña risa—. ¿Qué te

pasa? ¿Con qué frecuencia has insistido que: a. no hay caso; y b. no deberíamos tener nada que ver con ello?

—No he dicho tal cosa —exclamó Emerson, con tal sinceridad que si yo no le hubiera oído con mis propios oídos, le habría creído —. Por lo menos… indudablemente hay un caso de algo, sólo el cielo sabe qué, por lo tanto propongo que discutimos el asunto. En cuanto a no tener nada que ver con ello, ¿quién fue lo bastante amable para llevarte a un fumadero de opio anoche, Peabody?

—Fue amable de tu parte, Emerson.

—Sí, Peabody, lo fue.

—Pero sólo te rendiste porque sabías que iría de todos modos.

—Humm —dijo Emerson—. Bien, ¿quieres hablar de ello o no?

—Ciertamente, Emerson. ¿Nos retiramos a la biblioteca, o prefieres quedarte en la mesa para que Gargery pueda unirse a nosotros?

El sarcasmo fue tan sutil que pasó limpiamente sobre la cabeza de Gargery, que sonrió agradecido. Emerson frunció el ceño.

—La biblioteca, entonces. No te importa, ¿verdad, Gargery?

—Emerson —dije entre dientes.

—Sí, Peabody. Inmediatamente.

El cambio en su comportamiento era aterrador, ningún fuego, ninguna protesta, sólo un asentimiento cortés. Era una mala señal para la confianza que esperaba, pero no abandoné la esperanza. Si Emerson confesaba de plano y se lanzaba en busca de mi misericordia, o, incluso mejor, si lo confesaba todo y me decía que no era de mi incumbencia, entonces podríamos discutir a fondo el asunto y deshacernos de ello. Pero la confianza debía provenir de él, el nombre fatal debía salir de sus labios primero.

Nos asentamos ante el fuego.

—Bien, Peabody —dijo Emerson—. ¿Te gustaría empezar?

—No, gracias, Emerson.

—Ah. Bien, entonces… humm. Hasta ahora tenemos, porque quién sabe lo que traerá el mañana, tres grupos de individuos diferentes y aparentemente separados. Primero, los conectados con el Museo, Oldacre y el vigilante nocturno, Wilson, Budge y los eruditos que recibieron los *ushebti*. En segundo lugar, la… eh… conexión egipcia, como tú la llamaste.

Se detuvo y esperé con el corazón atronando a ver si lo

explicaba. En vez de eso fingió carraspear y continuó:

—Tercero, los aristócratas disolutos. Creo que nos corresponde discutir si dos de los tres, o todos ellos, están conectados de algún modo. Los malditos aristócratas están conectados obviamente con el Museo, por la donación de la momia y el interés que Lord Saint John profesa por la arqueología. También están conectados con el comercio del opio y posiblemente de ese modo con el grupo dos. Pero hay un gran número de fumaderos de opio en Londres, la mayoría dirigidos por chino o indios. No hay nada que sugiera que Lord Liverpool obtenga su opio de un egipcio.

—Excepto por la observación que oímos por casualidad acerca de los incrédulos —dije con serenidad.

—Los ingleses frecuentan esas viles guaridas. Vimos a varios de ellos anoche.

Y eso no fue todo lo que vimos anoche, pensé. Lo haría ahora….

No lo hizo.

—No se puede llamar al sacerdote lunático un cuarto grupo, puesto que sólo es él. ¿Cuál es su conexión con cualquiera de los susodichos? ¿O es un factor superfluo?

Me levanté con dignidad de la silla donde estaba sentada.

—No le veo sentido a continuar con este debate, Emerson. No tenemos bastante información en la que basar una opinión, mucho menos una teoría. Debo trabajar en mis papeles de la Sociedad para la Conservación de los Monumentos del Antiguo Egipto.

—Pero —dijo Emerson—. ¿No… no tienes nada que añadir a lo que he dicho, Peabody?

—Nada. ¿Y tú no tienes nada más que conf… decir?

—Pues… creo que no.

—Entonces te dejaré con tu manuscrito, Emerson y empezaré el mío.

Emerson fue sumisamente a su escritorio. Miró su manuscrito.

—¡Condenación! —gritó.

—¿Pasa algo, querido? —Pregunté.

—¡Sí! De todos los… eh, humm. —Su esfuerzo por sonreír retorció sus rasgos hasta una extensión alarmante—. Eh, no, querida. Nada en absoluto.

Lector, mi corazón enfermó en mi interior. El viejo Emerson habría despotricado por el cuarto, tirando plumas contra la pared y

diciéndome en términos nada dudosos lo que pensaba sobre mi confundida presunción por atreverme a revisar su trabajo. Este nuevo Emerson era un hombre al que apenas reconocía, un hombre al que despreciaba. Sólo culpa y el temor a ser descubierto podría producir tal cortesía aborrecible.

Emerson volvió a su trabajo. Los gruñidos amortiguados y el temblar violento de los hombros anchos continuó transmitiendo los sentimientos que no se atrevía a expresar en voz alta. Yo no podía concentrarme en mis papeles, aunque la fecha para mi aparición fuera dentro de quince días. Cómo puedo pensar en la cámara inundada de enterramiento de la Pirámide Negra sin recordar algunos de los momentos más exquisitamente tiernos de mi matrimonio, cuando Emerson y yo prometimos perecer en los brazos del otro (siempre que, por supuesto, no pudiéramos encontrar una salida de donde habíamos sido sepultados, algo que esperaba hacer, como resultó ser el caso).

Creo que mis labios temblaron de manera incontrolable pero brevemente, ya que dominé mi emoción y me había vuelto a prometer que nunca mancillarían mis labios una pregunta o una palabra de reproche, labios que nunca habían presionado otros que los de mi marido (aunque había tenido algunos escapadas por poco). Decidí distraerme escribiendo unas pocas notas sobre el caso del Museo Británico.

En el pasado tuve ocasión de probar varios métodos para organizar mis ideas, pero no los encontré útiles, probablemente porque mi cerebro trabajaba demasiado rápido para ser organizado con facilidad. Decidí intentar una nueva técnica, anotando primero las preguntas que permanecían sin respuesta y a continuación los posibles modos de enfocarlo. Por lo tanto, dividí una hoja de papel en dos columnas y encabecé una con PREGUNTAS y la otra con QUÉ HACER CON ELLAS.

La primera pregunta, por orden cronológico, se refería a la muerte del vigilante nocturno, así que escribí:

1. ¿Quién es Ayesha, dónde y cómo la conoció Emerson? Preguntar a Ayesha…

Las palabras no eran las que había querido escribir. Las taché.

Emerson me miró por encima de su trabajo.

—Tu pluma necesita afilarse, querida.

—Gracias por mencionarlo, Emerson.

Empecé otra vez.

1. ¿La muerte del vigilante nocturno fue resultado de causas naturales?

Al lado escribí: ¿Solicitar al Ministro del interior la exhumación del cuerpo?

Puse un signo de interrogación porque dudaba que el Ministro del interior, que después de todo sólo era un hombre, respondiera a tal sugerencia sensata sin más evidencias de juego sucio que las que yo podía ofrecer.

2. ¿Cuál era el significado, si es que lo había, de los extraños restos encontrados cerca del cuerpo?

La línea de acción obvia a seguir aquí era en preguntar al señor Budge cuándo se había barrido por última vez la sala. Los restos podrían haber sido la acumulación de días o semanas (o meses), a juzgar por lo que había visto de la administración de Budge.

3. ¿Las salpicaduras de líquido oscuro eran sangre humana?

¿Preguntar al inspector Cuff? Tenía intención de hacerlo, aunque no esperaba resultados significativos. La inepta policía podría no haber advertido el líquido seco y el inspector Cuff podría no contarme la verdad.

Esas parecían ser todas las preguntas relacionadas con el vigilante nocturno. Por lo tanto, continué al siguiente incidente, el asesinato del señor Oldacre.

4. ¿Era un consumidor de drogas? Y, si la respuesta era afirmativa, ¿era un habitual del fumadero de opio que habíamos visitado?

Preguntar al inspector Cuff. Y esperar que por una vez se dejara de sonrisas y reverencias y contestara a una simple pregunta.

O, ¡un pensamiento útil!, preguntar al señor Wilson. Había estado relacionado con el muerto. La señorita Minton, quien parecía saber todo lo que el señor Wilson sabía, era otra posible fuente de información. De hecho, puesto que era una mujer, me correspondía intentarlo con ella primero, dado que era más que probable conseguir una respuesta sensata de ella.

5. ¿Era él el chantajista? ¿A quién chantajeaba y por qué causa?

Era improbable en extremo que el inspector Cuff contestara a esas preguntas, incluso si supiera las respuestas. Otra vez, el señor

Wilson y la señorita Minton podrían responder a los interrogantes.

Ahora inspirada y sintiendo los flujos intelectuales fluyendo libremente, garabateé pregunta tras pregunta.

6. ¿Quién es el lunático de la piel de leopardo?

La solución obvia era atrapar al sinvergüenza en el acto, pero eso no era tan fácil como parecía. Emerson ya lo había intentado y había fallado; después del disturbio en el Museo, el hombre podría no mostrar la cara en público otra vez. Atraerlo al exterior entonces, y preparar una emboscada. ¿Pero cómo? No se me ocurría nada útil en ese momento así que lo aparté durante un tiempo y continué a la siguiente pregunta.

7. ¿Quién ha enviado los *shawabty* a Emerson y a los demás? ¿Es el mismo lunático?

No parecía ninguna acción de la que pudiera sacar la respuesta, pero estaba inclinada a creer que la respuesta era sí. Hasta ahora el lunático no había cometido ningún acto de violencia. La advertencia de los *shawabty* tenía el mismo sello que sus actividades en el museo, siniestro en apariencia e inocuo en realidad. Como Ramsés, cada vez estaba más inclinada a creer que el hombre no era un lunático, sino un hombre con un sentido del humor retorcido y los medios para darse el gusto. Como Ramsés había dicho (maldito niño) los *shawabty* reales no se conseguían fácilmente.

El peso de la evidencia, tal como era, parecía señalar a Lord Liverpool o a Lord St. John o a uno de su "grupo". Pero, gracias al saqueo descontrolado de los antiguos yacimientos de Oriente Medio por comerciantes de antigüedades y turistas frívolos, había muchas colecciones privadas de antigüedades en Inglaterra. O el "sacerdote" los había cogido el museo. Parecía saber lo que hacía y a causa de la organización despreciable del lugar probablemente había cientos de objetos olvidados en los sótanos polvorientos y cuartos de almacenamiento. La familiaridad del sacerdote con el antiguo egipcio me sugería que no era un estudioso de poca monta sino un erudito, pero era difícil de creer que alguno de mis conocidos pudiera comportarse de esa manera extraordinaria. El joven señor Wilson había estado con nosotros cuando el sacerdote hizo uno de sus apariciones. Petrie… ciertamente no Petrie, el hombre no tenía absolutamente nada de sentido del humor.

8. (Acababa de pensar en esto, así que no estaba en el orden

cronológico apropiado). ¿Justificaban algunas de las circunstancias que rodeaban la adquisición de la momia lo que sucedía?

Por improbable como parecía, en mi opinión la pregunta debía ser explorada y la fuente obvia era Lord Liverpool. Me había invitado a visitarlo, ¿por qué no aprovechar la invitación? Y mientras estaba allí, echar un vistazo para buscar una vitrina vacía que hubiera contenido *ushebtis*.

9. Su Señoría era un consumidor de opio. ¿Qué fumadero de opio frecuentaba? ¿Él y sus amigos eran los incrédulos mencionados por el hombre en el coche celular?

Con firmeza escribí debajo de QUÉ HACER RESPECTO A ELLO: “Preguntar a Ayesha”.

Capítulo 10

Los poetas siempre han ponderado los beneficios del sueño, al que consideran “¡una cosa suave, amada de polo a polo!” [2], y como aquél que “desenreda la enmarañada madeja del desasosiego” [3] etcétera, *ad infinitum*. Yo siempre lo he considerado como una pérdida de tiempo espantosa. Existiendo tantas otras cosas interesantes que hacer, me parece una pena desperdiciar un tercio del día en un estado de inconsciencia. Sin embargo, desperté a la mañana siguiente descansada y con un estado de ánimo ligeramente más alegre. El confeccionar una ordenada lista había aclarado mi cabeza y me había sugerido varias líneas útiles de investigación. Estaba meditando sobre ello e intentando decidir qué tarea realizar primero cuando Emerson se volvió y me rodeó con su brazo.

Aún estaba dormido. El movimiento había sido reflejo, habitual e inconsciente. ¿En esto se había convertido nuestro matrimonio? ¿Nada más que un hábito adormecido por parte de él? Un gemido escapó de mis labios. Sin atreverme a mirarlo salí de la cama.

No fue hasta que estudié mi lista que recordé que no podía hacer nada ese día. Había prometido sacar a los niños en honor al cumpleaños de Percy. No rompería mi promesa, estoy orgullosa de mantener mi palabra, incluso a los niños, pero fue un golpe amargo. ¿Me atreveré a admitir qué pensamiento disminuyó mi dolor? Me siento avergonzada de hacerlo, pero supongo que puedo decirlo. Fue el conocimiento de que Emerson lo odiaría incluso más que yo.

Sin embargo, primero le permití tomar su desayuno, ya que no soy una persona despiadada, ni siquiera cuando me provocan. Él se refugió inmediatamente detrás de su periódico y no habló hasta que Percy preguntó:

—Tío Radcliffe, señor… ¿cuándo debemos estar listos para marcharnos?

—¿A dónde os dirigís? —preguntó Emerson, echando un vistazo por encima del periódico.

Se lo expliqué.

—Es el cumpleaños de Percy, Emerson. Prometí que llevaríamos a los niños a una pequeña excursión para celebrarlo.

El rostro de Emerson mostró su turbación.

—¿*Tú* lo prometiste? Pero, Peabody…

—No han visto ninguna de las vistas de Londres, Emerson. Aunque ésta no fuera una ocasión especial, deberíamos hacerles conocer los monumentos históricos y artísticos de la capital de su nación. Su educación ha sido descuidada en esta última semana…

—Contrata un tutor —gruñó Emerson.

—Ese es un tema en el que me pienso explayar contigo, es algo que requiere mucha más consideración que una mera suposición descuidada. Tu presencia, Emerson, haría la aventura mucho más fácil y más agradable para todos nosotros.

—Ah —dijo Emerson—. Bien, en este caso, Peabody… ¿A dónde queréis ir?

—Al Museo Británico —dijo Ramsés puntualmente.

Viendo el expresivo rostro de Percy, agregué:

—Eso podría ser divertido para ti, Ramsés, y estoy segura que complacería a tu papá, pero Percy debe elegir, ya que es su cumpleaños. ¿Qué es lo que has decidido, Percy?

—Iré a cualquier lugar que usted crea que será mejor, por supuesto, tía Amelia. Pero si usted no se opone… ¡Papá nos llevó a la exposición de Madame Tussaud el año pasado, cuando estuvimos en Londres, ¡y oh, fue divertido! Creo que también le gustaría a Ramsés si es que nunca ha ido.

Emerson contempló a su sobrino. Luego su rostro se calmó y se rió entre dientes.

—Vaya que lo hará. ¿Pero, y tu hermana, muchacho? Algunos objetos expuestos…

—Evitaremos la Cámara de los Horrores, naturalmente —agregué—. Las exposiciones históricas son completamente educativas. Ramsés pasa demasiado tiempo obsesionado con sus morbosas aficiones, le hará bien aprender algo de historia moderna.

—Algo moderno y alegre como la Revolución Francesa —dijo Emerson—. ¿Madame no fue obligada por el gobierno

revolucionario a modelar las cabezas que le llevaban desde la guillotina?

—Sí, señor, incluso la cabeza de la pobre reina —dijo Percy con impaciencia—. A la que madame conoció bien. ¡Sólo imagínese, señor, cuán horroroso!

—Muerto —murmuró Violet.

A pesar de los tristes pensamientos que oscurecían mi espíritu sentí un atisbo de orgullo cuando contemplé a nuestra (temporalmente ampliada) familia reunida para su excursión. Emerson había consentido en llevar una levita y un alzacuello, aunque se quejara de que éste le rozaba la mandíbula. Ningún argumento mío pudo convencerlo de completar la elegancia del traje con un sombrero de copa, y debo admitir que la pipa parecía una bagatela extraña sobresaliendo de entre sus fuertes y blancos dientes. Sin embargo, Emerson se ve magnífico en cualquier momento y con cualquier vestimenta.

Los muchachos iban vestidos iguales, con trajecitos de marinero y gorras. El contraste entre ellos nunca había sido más asombroso: el fresco cutis inglés de Percy y el ligero castaño de sus mechones contra la rebelde maraña de rizos de ébano y las mejillas bronceadas de Ramsés. Estoy obligada a confesar que el traje no favorecía a mi hijo más de lo que habría favorecido a Emerson. Tenía una apariencia sepulcral, un adulto en miniatura vestido con ropas de niño. El traje de marinero tenía, sin embargo, la ventaja de ser lavable. Esa ventaja, con Ramsés, era para tener en cuenta.

Violet iba tan envuelta en volantes que era difícil estar segura de que una niña estaba dentro de ellos. Los adornos en su gorrito no habían sido correctamente almidonados, colgaban y escondían la mayor parte de su cara. En vez de una muñeca llevaba un cordero de peluche, que reconocí como uno que le habían regalado a Ramsés cuando tenía tres años. Estaba en una condición prístina, ya que nunca había jugado con él. (Nunca olvidaré la expresión de su rostro cuando, después de contemplarlo en silencio durante varios minutos, lo colocó con esmero en el estante y regresó al estudio de sus jeroglíficos).

Mientras íbamos en el carruaje señalé los monumentos de interés histórico y me sentí complacida de ver que Ramsés observaba con tanta ilusión como cualquier otro chico. Mientras

avanzábamos por Baker Street hacia Portman Rooms, donde se ubicaba la exhibición de Madame, continuaba sacando la cabeza por el carruaje como si buscara algo, pero cuando le pregunté que era, sólo sacudió la cabeza.

Confieso que nunca he sido capaz de entender el atractivo de las figuras de cera, a pesar de lo exacto con que pueden conservar los rasgos y las formas de los individuos. Es la vivacidad lo que da interés a un semblante… los movimientos de los ojos delatan culpabilidad, los labios temblorosos de alguien acusan sospecha.

Sin embargo los cuadros históricos eran interesantes y di una pequeña conferencia sobre cada uno. Particularmente conmovedor era uno que mostraba a Su Majestad como una muchachita de diecisiete años, con el cabello suelto sobre los hombros de su modesto camisón blanco, como una mortaja, desafiante ante los dignatarios arrodillados que esperaban su turno para besar su pequeña mano y aclamarla como su reina. (Ya que ella, como el Lector puede o no saber, había sido despertada de su inocente sueño). ¡Y qué tiernos recuerdos evocaban el cuadro vivo que representaba la masacre del gallardo Gordon! Yo estuve en Egipto ese año —mi primera visita a las tierras de mi destino, mi primer encuentro con mi consorte predestinado. Miré a Emerson.

—Qué recuerdos evoca este cuadro, Emerson.

—Humm —dijo Emerson, mordiendo la boquilla de su pipa.

La crema y nata de la colección era incuestionablemente la serie de cuadros vivos sobre la Revolución Francesa y las cabezas cortadas modeladas por madame en persona bajo las condiciones espeluznantes que Percy había descrito. Uno sólo puede imaginar el horror con que la infeliz artista debía haber contemplado los rasgos pálidos del rey y la reina, que la habían tratado tan graciosamente. Pero la historia había vengado a María Antonieta; junto a ella, en una fila horrorosa, se encontraban las cabezas de sus asesinos: Fouquier-Tinville, Hebert y el mismo Robespierre, llevados desde su prisión hasta el estudio de Madame Tussaud. Un cuadro vivo particularmente espantoso, tomado de la vida real, mostraba a Marat asesinado en su baño, con el puño del cuchillo sobresaliendo de su costado. (Estoy segura que no necesito recordar al lector que el valeroso asesino fue una mujer).

No obstante, el lector puede preguntar por qué consentí que los

niños vieran estas escenas terribles. La respuesta es simple: no lo hice. Las salas de exhibición se encontraban atestadas, no sólo con los visitantes, también con sus ropas voluminosas, y un niño pequeño podía ocultarse con facilidad entre las amplias faldas y los pesados abrigos. Ramsés fue el primero en escabullirse. Cuando se notó su ausencia, Percy rápidamente sugirió una explicación.

—Espero que haya ido a ver la Cámara de los Horrores, tía Amelia. Debo ir a buscarlo, ¿verdad?

Sin esperar una respuesta, se alejó.

—Los seguiré, Emerson —dije—. Quédate aquí con Violet… y muéstrale el cuadro vivo de Su Graciosa Majestad, el Príncipe Alberto, y sus encantadores hijos.

Pero Violet tiró de la mano de su tío.

—Quiero ver a la gente muerta, tío Radcliffe.

—Violet, querida —comencé.

—Los ha visto antes, Amelia —dijo Emerson, dejando que la pequeña tirana lo arrastrara—. La sed de sangre de los niños inocentes es una cosa absolutamente natural, como sabes; frecuentemente lo he observado, y no puedo entender por qué las así llamadas autoridades modernas rechazan admitirlo.

Sabía por qué Emerson era tan agradable. Como yo, a menudo se había preguntado si el interés de su hijo por las momias y los huesos antiguos era un signo de alguna profunda y peligrosa perturbación mental. Descubrir la misma característica en niños supuestamente normales como Percy y Violet lo tranquilizaba.

—Bien, no lo apruebo, Emerson, pero si insistes, debo rendirme por supuesto.

—Bah —dijo Emerson—. También quieres ver la Cámara de los Horrores.

Los muchachos habían descubierto de inmediato al más espantoso de todos los objetos expuestos; su antipatía mutua por una vez estaba ausente, estaban lado a lado contemplando a los “Más Célebres Asesinos”.

Una figura recientemente añadida era la de Neill Cream, que había sido ahorcado por administrar estricnina, legítimamente llamada el más agónico de los venenos, a una serie de desafortunadas mujeres caídas. Sus ojos bizcos y el ostentoso bigote pelirrojo, su cabeza calva y siniestra mirada lasciva formaban un

semblante tan horrible que cualquiera se preguntaría por qué alguna mujer, caída o no, aceptaría algo de su mano.

—Aléjate de ahí, Ramsés —exclamé.

Sosteniendo a Violet de la mano, Emerson se unió a Percy ante la efigie del doctor Pritchard. Este réprobo había traicionado no sólo su juramento médico, sino sus votos matrimoniales al someter a su esposa a la lenta tortura del envenenamiento con ácido tartárico. (También había despachado a su suegra, probablemente porque ésta sospechaba de los extraños síntomas de su hija). Todos estaremos de acuerdo que hay algo extraordinariamente vil en el uxoricidio; y Pritchard con seguridad era uno de los mayores hipócritas de sangre fría en los anales del crimen, ya que no sólo había compartido la cama de su esposa en todas las etapas de su enfermedad y la sostuvo en sus brazos cuando ella falleció, sino que también insistió en abrir su ataúd para así poder abrazarla por última vez.

—Con seguridad —comenté a Emerson—, no hay ejemplo más infame de un beso de Judas como cuando ese villano, con el rostro mojado en lágrimas de cocodrilo, presionó sus labios sobre los rígidos labios de la mujer a la que tan asquerosamente asesinó, traicionando el más tierno de todos los lazos humanos.

Habría sido difícil discrepar con esta declaración; pero Emerson estaba de un humor perverso ese día.

—Pritchard tenía sus razones —observó él—. Encuentro difícil despreciar totalmente a un hombre que podía ufanarse de haber "arrancado a los aguiluchos de sus aguileras en los desiertos de Arabia y de haber cazado leones de Nubia en las praderas de Norteamérica".

—Emerson —exclamé—. Debo protestar por tu actitud frívola. Los niños, Emerson… recuerda a los niños.

De hecho, ninguno estaba prestando la más mínima atención. Ramsés había logrado alejarse de mí otra vez y estaba perdido en algún lugar entre la muchedumbre. Percy estaba boquiabierto ante Charles Peace, y Violet chupaba la oreja de su cordero y observaba, con ojos abiertos de par en par, la sonrisa hipócrita en el rostro del doctor.

Concediendo la sabiduría de mi observación, Emerson abordó a Percy y se llevó a Violet y a al muchacho a ver a Marat en su baño

mientras yo iba tras Ramsés. En un principio estuve algo distraída, ya que las observaciones de Emerson sobre el doctor Pritchard me habían sorprendido. Aquí estaba un hombre que profesaba la mayor indiferencia hacia el crimen y el desprecio más alto hacia aquellos que cometían uno, y que aún así podía citar una oscura referencia (que yo no conocía) sobre un famoso envenenador. Emerson debía haber estudiado el caso; ¿con cuántos otros, me pregunté, estaba familiarizado? La hipocresía de su actitud me horrorizó y puso en serias dudas su veracidad en otras áreas.

Finalmente vi a Ramsés dirigiéndose hacia la salida. Junto a la puerta, y parcialmente bloqueada por esta, había una efigie que no había notado antes. Ésta se parecía a un caballero en su traje formal de mañana y no a una de las creaciones más hábiles de madame, aunque el rostro era en particular rígido y se parecía a una máscara. Aún así era bastante realista para engañar a una mirada casual y supuse que se trataba de una broma, como el uniformado "guardia" en uno de los salones superiores al que los visitantes se dirigían a menudo en busca de información antes de darse cuenta de que le hablaban a una figura de cera.

Ramsés le habló a la imagen, pidiendo (supuse) su perdón por pasar delante de él. Quizás él no se sorprendió, pero ciertamente yo sí, cuando la efigie repentinamente lo agarró de los brazos y se lo llevó rápidamente del salón.

Tan asombrosa fue la metamorfosis que me quedé congelada en el lugar. Pero sólo por un momento. Sin importar los gritos de dolor y protesta de las personas que por descuido empujé, fui a su encuentro. Sabía que no podía demorarme, ni siquiera para convocar a Emerson en mi ayuda. El sinvergüenza enmascarado iba vestido como un caballero, lo cual haría que los testigos del hecho dudaran en detenerlo (tal es el esnobismo de nuestra sociedad), y a menos que me moviera aún más rápido que éste, su presa y él se habrían ido antes de que pudiera alcanzarlo.

Su trayecto era fácil de seguir, ya que iba marcado por indignadas conversaciones y algunos cuerpos caídos. Con igual indiferencia a la cortesía me abrí camino hacia la salida a empujones. A pesar de lo rápido que avancé, era demasiada lenta. Cuando salí al pavimento no estaban a la vista por ninguna parte.

Agarré el brazo de un mozo de cuadra que pasaba.

—¿Ha visto a un caballero llevando a un muchachito en brazos, mientras corría o caminaba rápidamente? ¿Qué camino siguió?

El hombre sólo me miró, pero su compañera, una mujer vestida con un encaje escandaloso y satén sucio, contestó:

—Ése camino, señora, hacia Gaiety Bar.

Desconocía el establecimiento que había mencionado, pero su mano me indicaba la dirección, con un asentimiento de agradecimiento corrí hacía allí. Sin embargo, apenas doblé la esquina contemplé a Ramsés caminando hacia mí. Su gorra había desaparecido, estaba lleno de mugre y se frotaba la cabeza despeinada.

Lo detuve.

—¡Ramsés! ¡Gracias al cielo! ¿Estás bien? ¿Cómo has escapado?

—No me he escapado —contestó Ramsés, su disgusto era evidente—. Me dejaron ir. Me dejó caer… sobre mi cabeza, para ser preciso… en un callejón no lejos de aquí. Juro, mamá, que no fue una distracción para separar a nuestro grupo y causar el mayor daño posible a otro integrante de este; ya que parece evidente…

Parecía evidente que no habían hecho daño a Ramsés, así que le dije que se callara y lo conduje tan rápidamente como pude hasta Baker Street. Ya podía oír la voz penetrante de Emerson gritando mi nombre y el de Ramsés en una alternancia conmovedora.

Incluso en su agitación no había descuidado su deber, con una mano sostenía a Violet y con la otra a Percy. Me apresuré a su lado. Entonces y sólo entonces soltó a sus cargas, y… descuidando incluso a su heredero secuestrado arrojó sus brazos a mi alrededor.

—Peabody, desearía infernalmente que no te marcharás así —masculló él cerca de mi oído.

Me di cuenta de que ignoraba la necesidad extrema que había provocado mi desaparición. Mi explicación precipitada hizo que el color se esfumara de su cara y evocó varias exclamaciones incoherentes y profanas. No fue hasta después de haber subido al carruaje y estar camino de casa que empezó a calmarse lo suficiente para tener sentido.

—Debemos dar gracias de que no sucediera nada serio —dije—. Quizás fue un caso de identidad errónea o una broma peculiar.

No es que creyera alguna de esas teorías, pero preferí no discutir las implicaciones más oscuras del acontecimiento hasta que

Emerson y yo estuviéramos solos. Pero debería haber sabido que no engañaría a Ramsés con una suposición tan necia.

—No creo que sea un caso de identidad errónea —afirmó Ramsés—. El hombre sabía quién era yo. Y si se supone que eso fue una broma, el sentido del humor del individuo es retorcido. Poco antes que me tirara dijo: "Mis saludos a tu padre, joven amo Emerson. Dile que la próxima visita será para él".

—Ah, señor —gritó Percy—. Digo: ¡qué emocionante!

Con lo cual Ramsés se giró y le pegó un puñetazo en el estómago a Percy. Para ser estrictamente exacta, no fue en el estómago. Percy cayó del asiento y se dobló con un chillido de angustia. Emerson agarró a su hijo del cuello.

—¡Ramsés! Dónde aprendiste…

—De ti, papá —jadeó Ramsés—. El invierno anterior, cuando buscábamos a mamá, que había sido secuestrada por… fue cuando nos introdujimos en la casa detrás del *khan*, y el hombre con el gran cuchillo fue a por ti y tú…

—Ah —dijo Emerson—. Bien, eh, Humm. Eso fue un asunto totalmente diferente, Ramsés. Cuando uno se está defendiendo de un infame criminal armado con un cuchillo… esto. Sí. Los caballeros solucionan sus diferencias de una forma muy diferente, Ramsés.

—Emerson —exclamé, ayudando al joven gimiente para que regresara al asiento del carruaje—, ¿cómo puedes hablar con tal tranquilidad? Ramsés golpeó primero, sin provocación y…

—Y torpemente —dijo Emerson, frunciendo el ceño—. Ven aquí, Ramsés; dobla tu pulgar sobre los dedos cerrados…

—Ramsés —dije con cansancio—, estás castigado en tu cuarto hasta próximo aviso.

Para mi disgusto, Emerson rechazó tomar el incidente en serio.

—Los muchachos se pelean, Peabody. No puedes cambiar la naturaleza humana. Unas cuantas lecciones de boxeo pueden ser una idea excelente. Humm, sí. Con mi supervisión, por supuesto…

En honor al cumpleaños de Percy tuvimos pastel de ciruela para el té. Violet comió tres trozos. Yo estaba demasiado turbada para impedírselo.

Mis esperanzas de hacer algo útil ese día no se vieron completamente decepcionadas. Logré enviar varias cartas

importantes y telegramas, y por supuesto el ataque contra Ramsés no estuvo exento de interés. Cuando fuimos a cambiarnos para la cena, Emerson consintió sin un murmullo ponerse sus ropas de noche, y mi corazón se contrajo dolorosamente. Aunque pudiera deplorar su reticencia, todos los agravios menores habían sido temporalmente olvidados. Emerson podía haber sido desleal… como aún podía serlo. Pero cuando el peligro lo amenazaba encontré que mi lealtad era tan fuerte como siempre y que la angustia por su seguridad se elevaba triunfante sobre todo.

Estábamos casi vestidos y la criada vaciaba el baño, cuando hablé.

—Estás… estarás… Tendrás cuidado, Emerson, ¿verdad?

—¿Tener cuidado? —Se dio la vuelta tras cepillarse el cabello para contemplarme con sorpresa—. ¿Por qué, Peabody?

—Por tu vida y seguridad, por supuesto. Eso fue otra amenaza, Emerson.

—Ramsés fue el único al que se llevaron, Peabody.

—Ramsés no recibió daño alguno… salvo un golpe en la cabeza y la tiene demasiado dura para que le hieran con facilidad. La amenaza estaba dirigida a ti. Sabe cuán precioso es Ramsés para ti…

Emerson cruzó la habitación con unos cuantos largos pasos y me atrajo hacia él.

—Hay un único objeto aún más precioso para mí que Ramsés —dijo él con voz ronca—. Mi querida Peabody…

Con una punzada que no puedo describir me liberé suave, pero firmemente.

—No estamos solos, Emerson.

—¿Esa maldita… eh… esa muchacha está aquí otra vez? —Exclamó Emerson—. Maldita sea, ¿no tiene nada más que hacer? Vamos, Peabody, bajemos. No hay nada de intimidad en este maldito mausoleo. ¿Cuánto tiempo más debemos quedarnos aquí?

—Hasta que termines tu manuscrito —contesté, tomando su brazo mientras alcanzábamos la escalera.

—¡Maldito sea el maldito manuscrito! Te quiero fuera de esto, Peabody. Quiero que tomes a los niños y te vayas a casa, a Kent.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué, Emerson?

—Maldita sea, Peabody, sabes por qué. Hola, Gargery; ¿cómo

estás esta noche? No me gusta la forma en que funciona la mente de este gandul. Nadie me atacará. Nadie ME ataca. Intentará golpearme a través de aquellos a los que amo, y como mencioné antes, Peabody…

—Sí, no lo he olvidado. Pero nunca antes has tratado de alejarme del peligro.

—No es cierto, Peabody, no es verdad. Siempre lo intento. Nunca he tenido éxito, pero siempre lo intento.

—Perdóneme, señor y señora. —Gargery puso un plato de sopa ante Emerson—. Sé que no debería preguntar, pero en vista del respeto profundo que siento por ambos, debo preguntar si hay algún peligro inminente, y de ser así, lo que los criados podemos hacer para ayudar.

Me sentí tan conmovida por la preocupación de Gargery que nunca habría herido sus sentimientos recordándole que se abstuviera de participar en la conversación. Emerson estaba igualmente afectado, sus ojos brillaban con emoción y palmeó al mayordomo en la espalda.

—Eres muy amable al decir eso, Gargery. La señora Emerson y yo lo apreciamos. Y ya ves, lo que pasó…

Terminé mi sopa mientras Emerson contaba todos los detalles a Gargery. Los ojos de Gargery destellaron.

—Señor y señora, no hay un criado en la casa que no arriesgaría la vida y el cuerpo en su defensa. No se preocupe, señor, no dejaremos que este tipejo se acerque a la señora Emerson. Aquí tiene una idea, señor; ¿supongamos que Bob… el más fiero de los lacayos, señor… supongamos que acompaña a la señora Emerson en sus pequeñas diligencias y demás? Podría encontrarle un pequeño inofensivo revólver, señor…

—No, no, nada de armas de fuego —dijo Emerson, negando con la cabeza—. No las tendré en casa; conoces al señorito Ramsés, se dispararía a sí mismo o la vajilla antes de que pudieras decir “Jack Robinson”. Quizás una fuerte porra…

—Tonterías —exclamé furiosamente—. Nadie irá a todas partes conmigo en ninguna diligencia de algún tipo. Gargery, puede llevarse la sopa y traer el siguiente plato.

Apenas tuve oportunidad de decirle a Emerson:

—Si pones guardaespaldas tras de mí, Emerson, nunca… —antes

de que Gargery estuviera de vuelta, sin aliento y burbujeando ideas.

—¿Se le ha ocurrido, señor —dijo el mayordomo, dejando caer ruidosamente una bandeja de rodaballo con salsa de langosta delante de mí—, que este incidente puede no estar dirigido contra usted personalmente? Como esos *ushbers*… *shabters*…

—Ese es un interrogante que estaba a punto de hacerme —dijo Emerson—. ¿Estamos de acuerdo, o no, que el rapto, temporal, de Ramsés fue perpetrado por el mismo individuo que envió los *ushebtis*?

—Soy de esa opinión, señor —dijo Gargery juiciosamente.

Miré ceñuda a Gargery.

—Si puedo hablar, en mi propia mesa…

—Le pido perdón, señora —dijo Gargery, retirándose al aparador.

—Gracias, Gargery. Estoy de acuerdo… si la humilde opinión de una mujer es de algún valor en presencia de vuestros dos grandes intelectos… que la misma persona es responsable de ambos incidentes. —Gargery y Emerson intercambiaron miradas. Emerson se encogió de hombros y puso los ojos en blanco, yo continué—: Sugeriría la conveniencia de averiguar si las otras personas que recibieron los *ushebtis* han experimentado algo inusual.

Gargery permaneció en silencio discretamente. Emerson exclamó con falsa cordialidad:

—Una excelente sugerencia, Peabody. Iré y devolveré algunas visitas después de la cena. ¿Te gustaría acompañarme?

—No, gracias, Emerson. Tú y Gargery pasáoslo bien.

A la mañana siguiente, en el desayuno, comenté a mi marido:

—Podrías haberte ahorrado el esfuerzo de devolver las visitas, cosa que generalmente te disgusta, Emerson. Está todo aquí en el *Morning Mirror*.

—¿Qué? —Emerson se apoderó del periódico—. Oh, buen Dios. ¿Cómo averiguaron lo de Ramsés y Madame Tussaud?

—¿A quién se lo mencionaste, Emerson?

Emerson frunció el ceño al periódico.

—Budge, Petrie, Griffith y… a Pritchett no, no estaba en casa. Declararon, como ya habrás leído, que no les ha ocurrido nada desafortunado.

—Lo cual sugeriría que el desconocido ha decidido concentrarse

en ti, Emerson.

—No necesariamente. Salvo Budge, que buscaría publicidad en el funeral de su madre, los demás no desearían mencionar algo muy fuera de lo común. Sobre todo Petrie… ya sabes cuán estirado y aburrido es…

—¿Así que no te enteraste de nada por ellos? —No habíamos hablado la noche anterior; era muy tarde cuando Emerson fue a acostarse, apestando a tabaco. Fingí estar dormida.

—Griffith me dejó echar un vistazo a su *ushebti*. Era igual al que recibí, Peabody. Alguien, en algún lugar, ha robado una rara y valiosa colección de antigüedades. Si pudiéramos rastrearlas…

—Ciertamente sería una pista útil —concordé cortésmente, recordando mi pequeña lista (la cual estaba guardada en un cajón de mi escritorio para mayor seguridad)—. ¿Asumo que nadie conocía tales objetos?

—No. Lo cual sugiere contundentemente que provienen de una colección privada. Incluso Budge notaría su desaparición del Museo.

—Y qué hay del University College, de Manchester, Birmingham…

—Con seguridad puedo averiguarlo.

—Hay algo más que puedes hacer —dije, recibiendo el correo matutino de las manos de Mary Ann, quien acababa de traerlo.

—¿Y qué es, Peabody?

—La mayoría de los ciudadanos informarían a la policía sobre un ataque similar al perpetrado contra nuestro hijo.

Emerson pareció sorprendido y se acarició la barbilla.

—Supongo que lo harían. Me pregunto, Peabody, si nos hemos acostumbrados demasiado a hacerlo todo por nuestra cuenta.

—Ah, no, Emerson; considerando quién y qué somos, nos comportamos con completa lógica. Aquí tienes tus cartas.

—Gracias. —Emerson las abrió con su habitual estilo vigoroso, comentando solamente—: Condenada *Editorial de Oxford* —mientras lanzaba su misiva—. Quizás podría dejarme caer en Yard más tarde —dijo él casualmente.

—Qué idea tan buena, Emerson.

—¿Te gustaría acompañarme?

—No veo razón para que ambos tengamos que ir, Emerson.

—Porque yo… yo disfrutaría de tu compañía, Peabody.

—Gracias, Emerson, eso fue muy amable. Sin embargo, tengo otras cosas que hacer.

—¿Ah?

—Sí.

—¿Cómo progresas con tu manuscrito?

—Muy bien, gracias.

Emerson tiró su servilleta y sus cartas restantes al suelo y se levantó de un salto. Su silla cayó con estrépito.

—Maldita sea —gritó y salió presuroso de la habitación.

—Intenta estar en casa para el té, Emerson —grité tras él—. Espero a un invitado.

Los pasos de Emerson se detuvieron. Volvió a la puerta y miró dentro.

—¿Quién? —preguntó él aprensivamente.

—El señor Wilson. Ha sido muy amable al aceptar mi invitación.

—Oh —dijo Emerson—. Oh, ya veo. Estaré aquí, Peabody.

No dudé que mi respuesta le había tranquilizado. ¿Qué nombre, me pregunté, había esperado y… temido? ¿El de Ayesha?

* * *

Al no recibir ninguna respuesta a la nota que había enviado a la señorita Minton, decidí visitarla personalmente. El artículo en el *Morning Mirror* me hizo sospechar que aún se encontraba fuera porque éste no llevaba su nombre; pero fui de todos modos ya que deseaba el ejercicio. Como había esperado, el andar enérgico me calmó, pero la visita fue en vano; la casera me dijo que no la había visto o tenido noticias de su inquilina y que no tenía idea de cuándo volvería.

Consulté mi lista. La señorita Minton tendría que esperar. El señor Wilson tenía prioridad. Una pronta (y lisonjera) respuesta a mi carta a lord Liverpool me invitaba a almorzar con él al día siguiente y ver su colección. Bajo el título *QUÉ HACER CON ESTO* permanecían tres nombres: Budge (con sus métodos de limpieza), el inspector Cuff (con una variedad de preguntas que probablemente no contestaría) y otro más.

Las siguientes horas las pasé sentada en Hyde Park, frente al número 4 de Park Lane. Nunca olvidaré esas horas y me aventuro a creer que fueron únicas en mi experiencia; ¡ya que yo, Amelia P. Emerson, permanecí durante ese largo periodo de tiempo en un

estado de indecisión y vacilación! Creo que la anomalía es digna de ser registrada.

El tiempo era (para Londres) magnífico, y muchas personas se encontraban en el parque disfrutando de las flores y la luz del sol (de Londres). Sin embargo, no esperaba pasar inadvertida. Alguien que se sienta en el mismo lugar durante más de dos horas, sin beber, comer, leer o moverse, está obligada a llamar la atención; dos policías y una bondadosa dama mayor se detuvieron para preguntar si necesitaba ayuda, y una persona del sexo masculino se detuvo para hacer preguntas de otra clase. Si Ayesha tomaba nota de posibles espías (ya que ella entre todas las personas tenía una buena razón para hacerlo), debía haberme visto. Cuatro veces decidí cruzar el camino y llamar a su puerta. Cuatro veces cambié de opinión.

Ella no tuvo visitantes. No incluyo a los variopintos comerciantes, que por supuesto acudían a la puerta trasera. Uno de éstos fue un individuo alto y musculoso que llevaba una cesta de pescado y usaba una barba negra muy voluminosa. Me levanté y llamé a un coche de alquiler.

Exactamente a las cuatro y media me sentaba en otro coche de alquiler fuera de un modesto edificio de Half-Moon Street. Y a exactamente a las cuatro treinta y cuatro minutos el señor Wilson salió de la casa, echó un vistazo al carruaje, vio que estaba ocupado y caminó a la esquina, donde tuvo éxito al encontrar otro medio de transporte. Se marchaba temprano. Era inoportuno. Esperaba que Emerson llegara a tiempo para recibirlo.

Le dije al cochero que esperara y golpeé la aldaba de la puerta del número 17. Una campechana mujer maternal abrió la puerta, cuando me vio agitó rápidamente su delantal y pidió disculpas.

—Creí que era el panadero, señora. Esa bendita muchacha nunca está aquí para abrir la puerta cuando la necesito…

Sus esfuerzos de asegurarme su gentileza fueron en vano.

—He venido a ver al señor Wilson —dije, subiendo la escalera —. ¿Sus habitaciones están…?

—En la primera planta, señora. Pero, señora, acaba de salir.

—¿En serio? Qué irritante. —Consulté mi reloj—. Volverá pronto, espero. Tenía una cita con él a las cuatro y media. Esperaré.

Ella se movió rápidamente para interrumpir mi camino.

—Perdóneme, señora. El señor Wilson es muy exclusivo sobre sus visitas a menos que me diga con anticipación que espera a alguien.

—Ah, que tonterías —dije con impaciencia—. Aquí tiene… mi tarjeta.

Había esperado no tener que darla, pero no había otra forma. La casera tomó la tarjeta.

—¿Señora Emerson? —Entonces su ceño de preocupación fue sustituido por una amplia y encantada sonrisa—. ¡La señora Emerson! ¿La señora que ha estado en todos los periódicos?

—Eh… sí —contesté.

—Pero usted es quien desentierra todas las momias y cosas en la India…

—Egipto.

—Sí, señora, Egipto. Ah, señora, es un placer conocerla. ¿Cómo está su pequeño y pobre muchacho?

—¿Mi pequeño y pobre…? Gracias, está completamente bien.

Ella me detuvo durante mucho más tiempo de lo que me habría gustado, pero finalmente logré escapar; y cuando subí la escalera no pude menos que sonreír irónicamente cuando me di cuenta de que no era mi aspecto respetable lo que me había ganado la entrada, sino la notoriedad que yo había deplorado.

El señor Wilson tenía un pequeño y agradable conjunto de habitaciones, probablemente el mejor de la casa a juzgar por su localización. El salón daba a la calle, tras este se encontraba un pequeño y pulcro dormitorio. Aunque agradables y cómodamente amueblados, no eran lujosos. Algunas antigüedades estaban dispersas por allí, salvo una pequeña y encantadora cabeza de alabastro de una reina anónima —cuyos rasgos guardaban cierto parecido a los de la señorita Minton— ninguna era excepcional y no pude determinar si faltaba algo. La casera por lo visto quitaba el polvo con regularidad.

Una investigación adicional, la cual era reacia a realizar, pero que sentí necesaria, indicó que los hábitos del señor Wilson eran tan apropiados como su aspecto. Un tantalus en el aparador sostenía decantadores de brandy y whisky, y había puros en una caja cercana, pero no encontré rastro de drogas. Sólo una cosa me derrotó —un cajón cerrado con llave en su escritorio, para el cual

no pude encontrar la llave y al que temía manipular. Alguien puede inventar fácilmente una excusa por visitar a un hombre joven, pero es un poco difícil explicar por qué se aventuró a romper un cajón cerrado con llave.

Todo el asunto llevó sólo diez minutos, ya que puedo moverme como un rayo cuando debo hacerlo. Al bajar la escalera llamé a la casera —a quien podía oír manipulando cacharros en la cocina— para decirle que no esperaría por más tiempo, y luego escapé antes de que pudiera envolverme de nuevo en su conversación.

Sólo llegué cuarenta minutos tarde. Cuando me vio, el rostro de Gargery se sonrojó con placer.

—Ah, señora Emerson, comenzábamos a preocuparnos. El caballero está aquí…

—Sí, gracias —dije, entregándole mi parasol y abrigo—. Voy enseguida.

No sé quién se sintió más aliviado al verme, si Emerson o el señor Wilson. Sabía porqué Emerson estaba aliviado y supongo que el señor Wilson se sentía complacido de liberarse del implacable interrogatorio sobre egiptología de Emerson. Después de intercambiar saludos, disculpas y ceños (por parte de Emerson) dije alegremente:

—Llego tarde por un error tonto, señor Wilson. De alguna manera tuve la noción de que era yo quien tomaría el té con usted, en vez de lo contrario. Lo esperé durante media hora antes de notar mi error. ¿No es absurdo?

La única respuesta posible era "Sí, ciertamente lo es", pero el señor Wilson por cortesía no lo dijo, masculló algo y sonrió tontamente.

—Humm —dijo Emerson, dirigiéndome una mirada dura—. Sí, ciertamente lo fue. Te perdiste una discusión muy interesante sobre la alfarería de la dinastía del periodo temprano en Quesir, Peabody. El señor Wilson estuvo allí hace dos años. Sin embargo, no parece recordar…

—Siento habérmelo perdido, Emerson. Sin embargo, si el señor Wilson no se opone, me gustaría hablar de otro tema.

El señor Wilson se apresuró a asegurarme que no tenía la más mínima objeción.

—No me excuso por introducir el tema, señor Wilson, ya que el

asunto se ha vuelto tan serio que exige una acción inmediata. Quiero que me diga todo lo que sabe sobre el señor Oldacre.

Había esperado tener que explicarme, la mayoría de las personas pierden el tiempo innecesariamente en discutir lo obvio, pero el señor Wilson demostró ser superior a la mayoría de las personas. Recostándose en su silla, sonrió ligeramente.

—Ya veo. Siento decepcionarla, señora Emerson, ya que creo entender sus razones para tocar el tema y simpatizo completamente con ellas. Pero sólo conocía ligeramente a Oldacre. Él no era la clase de hombre que pudiera ser un amigo cercano mío. Quizás si me hiciera preguntas sobre…

—Excelente —dije secamente—. Me gusta la forma como funciona su mente, señor Wilson. ¿Era adicto a alguna droga?

—No que yo sepa —fue la pronta respuesta—. No me sorprendería enterarme de que se interesaba superficialmente por ellas… es lo que está en boga en algunos círculos… pero no mostró síntomas de ser un consumidor habitual.

—¿No sabe, entonces, si visitaba una guarida de opio?

—A duras penas me habría invitado a acompañarlo a un lugar así —fue la sonriente respuesta.

—¿Quiénes eran sus amigos… íntimos?

Wilson mencionó algunos nombres, los cuales me eran desconocidos, añadiendo:

—Como he dicho, no era su amigo íntimo. Con poca probabilidad sabría…

—Sí, de acuerdo. ¿Y Lord Saint John?

Wilson se rió. Era un joven bastante agraciado cuando se encontraba a gusto, como se sentía en ese momento; sus dientes eran blancos y uniformes, y sus rasgos estaban elegantemente cincelados.

—Si Su Señoría tuviera algo que ver con Oldacre, no sería como un amigo. Posee un profundo sentido de su posición social, vaya si lo tiene Lord Saint John.

—Sin duda tiene razón. ¿Bien, entonces, no tiene nada que sugerir? ¿Malos hábitos, deudas, juegos de azar, mujeres?

Wilson pareció algo temeroso.

—En cuanto a mujeres… Me es difícil mencionar el tema en presencia de una dama…

—Ah, entiendo. ¿Mujeres caídas, no es así?

—Esto… sí. El asunto habitual, ya sabe…

—Humm —dije.

—Exacto, señora Emerson. Yo mismo nunca… en cuanto a otros hábitos… sí, él jugaba; siempre se jactaba de ser un invitado de uno u otro club exclusivo y sé que a menudo perdía ostentosamente… ya que se jactaba de eso también, como si fuera algo de lo que estar orgulloso. Y lo he visto bajo los efectos del abuso del alcohol. Pero en realidad, sabe, eso no es más de lo que la mayoría de los jóvenes hacen.

—Cuan cierto… y cuán triste que cosas semejantes deban ser tan comunes. Bien, es muy decepcionante, pero no su culpa, señor Wilson. ¿Emerson, tienes alguna pregunta que formular?

—No —dijo Emerson lacónicamente.

—Entonces podemos volver a la discusión sobre alfarería predinástica.

El señor Wilson sacó su reloj de su bolsillo, le echó un vistazo y se puso de pie rápidamente.

—Dios mío, no tenía ni idea de que fuera tan tarde. Debo irme. Tengo que asistir al señor Budge con su conferencia esta noche…

—¿Es esta noche? —Pregunté—. Lo había olvidado por completo.

—Sí, adelantó la fecha por alguna razón. Que no me ha explicado —añadió Wilson, con su atractiva sonrisa—. Me dice lo que debo hacer y lo hago. Esta noche debo asistirle con la famosa momia. Quizás los vea allí. Gracias, señora Emerson… Profesor… ha sido sumamente placentero… y la próxima vez deben visitarme.

—Se lo haré cumplir —dije, estrechando su mano cordialmente.

—Puede contar con ello —dijo el señor Wilson, sonriendo.

Después de que se fuera, Emerson gruñó:

—Bien, Peabody, maldita seas, espero que estés orgullosa. Me has preocupado infernalmente…

—Y a Gargery —dije—. En particular siento haber preocupado a Gargery.

Emerson apretó los dientes, pero la curiosidad venció su cólera.

—¿Encontraste algo de interés en las habitaciones del señor Wilson?

—No.

—¿Me lo contarías si fuera el caso?

—Por supuesto, Emerson. Tú harías lo mismo conmigo, ¿no es así?

Los ojos de Emerson se replegaron. Esforzándome por conquistar mis emociones, dije:

—Haré que sirvan la cena dentro de media hora. Planeas asistir a la conferencia, ¿verdad?

—Sí. ¿Me acompañarás?

Sofoqué un bostezo.

—Creo que no, Emerson. Estoy algo cansada, y como sabes, las momias tienen poco atractivo para mí. Vete y diviértete.

Emerson empezó a subir la escalera. Entonces se detuvo.

—Si cambias de opinión, Amelia, no serás capaz de entrar. Esta no es una conferencia, sino una demostración científica; no está abierta al gran público y se necesita invitación.

—¿Ha… sí? —La curiosidad me estrangulaba, pero habría muerto antes que admitirlo—. Bien, me contarás todo cuando llegues a casa.

Esperé unos diez minutos después de que Emerson se marchara antes de llamar a Gargery y pedirle que ordenara el carruaje. Emerson se había ido a pie; la Royal Society, donde se realizaría la demostración, estaba en Somerset House, no muy lejos.

Tenía mis razones para usar el carruaje y no tenían nada que ver con el peligro o la propiedad de una dama caminando sola por las oscuras calles de Londres. Emerson era ese algo. No había ido a Somerset House para oír al señor Budge exponer sobre el tema de la momificación. Ni siquiera habría cruzado una habitación para oír al señor Budge sobre el tema de la momificación. Él, en un momento anterior, me había explicado por qué sentía que sería oportuno desenvolver la momia, pero yo había sospechado incluso entonces que tenía otros motivos que no me había contado. Cualesquiera que fueran, sabía que él no quería que yo asistiera. Si lo hubiera querido, me habría prohibido asistir.

Había otra posibilidad, que odiaba contemplar, pero para la que estaba preparada. Emerson podía pensar en no asistir a la conferencia. Podría ir… a otra parte. Si no lo veía en Somerset House, lo seguiría, y… no estaba segura de lo que haría. Si mis sospechas resultaban ser correctas, rechazaba ser responsable de lo

que pudiera hacer.

Capítulo 11

La candidez del sexo masculino nunca deja de asombrarme. Pensaba que sabía por qué Budge había cambiado la fecha de su conferencia. De esa manera esperaba evitar las atenciones del sacerdote falso; su último encuentro con ese individuo se había demostrado embarazoso en extremo y quizás también esperaba evitar las atenciones de Emerson. Por supuesto, esta era una esperanza vana. Emerson era un experto reconocido en el tema y alguien le contaría lo del cambio de fecha, como ciertamente ocurrió.

Si Emerson hubiera estado manejando el asunto, como debería haber sido el caso, se habría cerciorado de que el "sacerdote" no tuviera un compromiso previo. No lo había admitido ante mí, pero requería muy poca inteligencia deducir que esa era una de sus razones para querer desenvolver la momia en público y con la fanfarria más grande posible. En dos ocasiones había fallado en capturar al bribón, estaría más decidido a tener éxito al tercer intento.

Si no lo hubiera sabido, habría supuesto que Henry me había conducido en la dirección equivocada, a Covent Garden de noche o a una cena en una gran mansión. Un carruaje tras otro transportaba y descargaba ocupantes, hombres vestidos de etiqueta, mujeres resplandecientes en sedas y joyas. Aparentemente Budge había invitado a cada persona prominente y con título de Londres para asistir a su actuación. Pero al hacerlo así, (como la criatura vana que era), había anulado su propósito original; pero supongo que él no sospechaba, como hacía yo, que el falso sacerdote era muy posiblemente uno de esos aristócratas cuyo favor cortejaba.

Avancé entre la multitud. Nunca tengo ninguna dificultad para abrirme camino entre una multitud. Gran parte del crédito se debe

a mis siempre útiles parasoles, de los cuales poseo un buen número, de estilos y colores diferentes. El que llevaba esa noche era un parasol formal de rico tafetán negro, que hacía juego con mi vestido de noche y capa. (El parasol) tenía un mango de plata y volantes ribeteados con encaje. Me gustaban especialmente los volantes. Daban a la herramienta una apariencia frívola y enmascaraba su verdadera función, puesto que el mango era de acero templado y la punta bastante afilada.

Me había divertido la advertencia solemne de Emerson de que no podría entrar sin una invitación, pera suponía que no tendría problemas. De hecho, un funcionario intentó evitar que entrara pero se rindió ante el anuncio imperioso de mi identidad y mi parasol.

No sabía si Budge había sido lo bastante tonto como para invitar a la prensa, pero no habría importado; había varios periodistas. Casi la primera persona a la que vi fue a Kevin O'Connell, estaba a las puertas del aula garabateando afanosamente en su libreta.

Cuando me reconoció hizo un movimiento brusco, como si se retirase, pero los volantes le tranquilizaron. Al recordar que él tenía (o pensaba que tenía) alguna causa para estar ofendido, se enderezó y me miró con desaprobación.

—Buenas noches, señora Emerson —dijo de forma distante.

Le di un pinchazo amistoso con el parasol.

—Vamos, Kevin, no se enfurruñe. La cuenta aún no está saldada, ha utilizado más trucos conmigo de los que he utilizado yo con usted, y sabe perfectamente bien que usted habría hecho lo mismo si hubiera estado en nuestros zapatos.

—Humm —dijo Kevin.

—Está muy guapo esta noche —continué—. La ropa de noche le queda bien, especialmente con su pelo a lo Tiziano. ¿Ha alquilado el traje?

Trató de mantener su aire de dignidad ofendida, pero no estaba en su naturaleza guardar rencor. Sus ojos comenzaron a centellear y la boca a curvarse hacia arriba.

—¿Y cuándo ha ido a Irlanda por última vez, señora E? Porque está claro que ha besado la piedra Blarney [4]. No, no he alquilado el traje.

—Eso creía. Le queda demasiado bien.

—¿Dónde está el profesor? Confío que no esté enfermo.

—No, no lo hace; le encantaría verlo postrado y retorciéndose de dolor. —Kevin sonrió, y yo continué—: Me retuvieron. Debería haber llegado antes que yo. ¿No lo ha visto?

—No. Pero tampoco he visto al señor Budge y debe estar por aquí. Supongo que entró por una entrada privada, como puede que el profesor haya hecho. Yo —dijo Kevin, con un aire de profunda indignación— estoy tomando nota de los huéspedes prestigiosos. Esto está degenerando en un acto social triunfal, señora E; deberían haber enviado a Lady Whatworth, que escribe la columna social para *The Queen*. Perdón, me estoy implicando, bla, bla.

—Quizás echa de menos a su rival —dije con astucia.

—Ella agregaba cierto ánimo —reconoció Kevin—. Pero nunca esperé que se atascara; se ha rendido y ha huido a casa de su abuela. Están a punto de cerrar las puertas, señora E. Debemos entrar.

—Me sentaré con usted, si puedo.

Kevin me disparó una mirada sospechosa.

—¿Qué está tramando, señora Emerson? ¿Por qué no está usted con el profesor?

—Deprisa, Kevin, o no encontraremos asiento.

El vestíbulo estaba lleno al completo. Había un pasillo a ambos lados y otro que recorría el centro, dividiendo las filas de asientos. Lámparas de gas iluminaban el escenario, donde había varias sillas, una mesa larga, un atril y un par de caballetes. La prensa ocupó una sección reservada en la parte delantera, los asientos del centro eran para que los ocuparan los más distinguidos de los invitados. Los colegas de Kevin me hicieron sitio de forma galante y apenas nos habíamos sentado cuando dos hombres llevaron el ataúd al escenario y lo colocaron con cuidado sobre los caballetes.

Budge fue el siguiente en aparecer. Tomando una de las sillas del escenario, cruzó las piernas de una manera afectada y fingió estudiar los papeles que había traído con él.

Detrás de él aparecieron otros caballeros, Sir William Appleby, uno de los fideicomisarios del Museo, el señor Alan Smythe-Jones, miembro de la Royal Society, y de un hombre robusto y calvo con ropa de noche que asumí que debía ser el cirujano. No había ningún egiptólogo presente y Emerson no aparecía.

Después de esperar a que la expectación subiera al rojo vivo,

Budge se levantó y fue al podio.

—Damas y caballeros —empezó y luego se lanzó a la misma conferencia interminable que ya había dado anteriormente.

Sus oyentes aguantaron muy poco antes de mostrar signos de impaciencia. Habían venido a ver cómo desenvolvían una momia y no estaban interesados en Herodoto ni en el Libro de los Muertos. Evidentemente unas pocas personas de clase baja habían conseguido pasar por delante de los guardianes, puesto que la primera voz que se oyó por encima del murmullo creciente de aburrimiento fue inconfundiblemente cockney.

—Eh, amigo, quítale la ropa a la chica, ¿vale?

Fue contenido por sus vecinos, pero la siguiente interrupción no fue tratada con tanta amabilidad. Budge acababa de mencionar "el baño de natrón líquido donde se sumergía el cuerpo del difunto durante noventa días," cuando una voz gritó:

—¡La estupidez más absoluta, Budge! ¿Por qué no le entregas el podio a alguien que sepa de lo que está hablando?

Mi corazón que había estado bajando lentamente a mis zapatillas (de charol negro, bordadas con oro, acero, cuentas grises y perlas blancas), dio un salto repentino. ¡No había error en esa voz! Estaba presente; no había ido… a otra parte. Mis mayores temores se demoraron, si no se aliviaron.

El murmullo fuerte de aprobación de la aburrida audiencia forzó a Budge a dejar de hablar monótonamente. Ajustándose las gafas escudriñó el cuarto. Sabía quién había hablado al igual que yo, pero fingió no saberlo.

—Si puedo continuar —empezó.

—No, zoquete, no puede —tronó la misma voz y Kevin, que se había girado para mirar, dio una carcajada de delicia—. ¡Es el profesor! ¡Hurra! puede que esta noche no vaya a resultar mortalmente aburrida después de todo.

En el lado opuesto del cuarto, hacia la mitad, una forma se levantó. No era la forma robusta de mi marido errante pero adorado. Era un chico de cabello negro vestido, me afligió observar, con una chaqueta de Eton muy polvorienta y cuello arrugado. Como si levitara, esta aparición se alzó vigorosamente en el aire. Observé que estaba encaramado en los hombros de su padre.

Ramsés, como el lector debe haber supuesto, fue el que gritó:

—Con todo el respeto debido, señor Budge, está equivocado. Mis propios experimentos han demostrado lo que sospechaba desde el primer…

Budge se recuperó.

—De todos los… esto es más… ¡Siéntese, Profesor! ¡Cállese, jovencito! Cómo se atreve a permitir…

—Deja que el chiquillo hable —gritó una voz en la parte trasera del cuarto. Un coro de risas de aprobación apoyó al orador y Emerson avanzó al frente del cuarto. Ramsés, como apenas debo mencionar, todavía estaba hablando. Podía ver sus labios moverse, pero sus palabras y las protestas frenéticas del señor Budge eran ahogadas por las risas de la sala. A mi lado, Kevin balbuceó con diversión mientras escribía rápidamente.

Frente a la audiencia, Emerson levantó una mano para pedir silencio. El ruido decreció y la voz de Ramsés fue audible.

—… el olor fuerte a putrefacción, los tejidos de cuerpo descoloridos y dilatados, y de una consistencia como de pulpa o jalea. Por otro lado, el natrón en su forma sólida con proporciones altas de carbonato de sodio y bicarbonato de sodio, producía…

La hermosa cara de Emerson resplandeció con orgullo paternal mientras escuchaba a su hijo escupir esa información exacta pero repugnante. Murmuré:

—Oh, por Dios —no sabiendo si reír o ceder a una emoción de otra clase.

—Ssssh —dijo Kevin, garabateando frenéticamente.

Budge debía haber sabido que nada excepto algo de violencia física podría callar a Ramsés, pero su furia era tan grande que yo medio esperaba que se abalanzara sobre la absurda pareja sacudiendo los puños. Sin embargo, no fue su intervención lo que terminó la conferencia de Ramsés. Fue otra clase de demostración.

Emerson vio al recién llegado antes que yo, se tensó de forma perceptible pero antes de que pudiera moverse, el chillido penetrante de una mujer en una de las filas de atrás hizo que la audiencia se pusiera en pie. El hombre había entrado por la puerta principal y estaba, cuando lo vi, corriendo por el pasillo central hacia el escenario.

¿Pero qué era esto? No estaba en el pasillo, estaba en el escenario… No, al otro lado de la sala… Había por lo menos seis de

ellos, todo con túnicas y máscaras de mirada fija, todas idénticas. Con sacerdotes saltando por todas partes y corriendo en todas direcciones, los espectadores se volvieron locos. Chillando y golpeando lucharon por escapar de la sala.

Lo que fuera que Emerson había esperado, no era esto. Con los labios apretados y la frente fruncida, bajó a Ramsés del hombro y se lo metió bajo un brazo.

Yo me había levantado con los demás. Equilibrando el parasol, me mantuve firme entre los periodistas que pululaban, tratando de ir por varios caminos a la vez. La mayor parte me sacaban una cabeza o más; pero los ojos de Emerson fueron directamente hacia donde yo estaba y un estremecimiento me atravesó cada miembro cuando vi la angustia en esos agudos orbes azules y percibí la lucha dolorosa de deseos opuestos que lo mantenían inmóvil.

Los brazos de Kevin me rodearon la cintura y me levantaron.

—Aguante, señora E, la sacaré de aquí —gritó.

Durante un momento perdí la pista de lo que estaba sucediendo mientras Kevin avanzaba, no a la salida más cercana de la sala, la cual estaba bloqueada por los espectadores que huían, sino a un espacio relativamente despejado no lejos del escenario.

El escenario mismo estaba sitiado. Todas las formas enmascaradas habían convergido sobre el ataúd. Ante mis ojos desorientados parecía haber docenas de ellos y apenas se podía imaginar el efecto de pesadilla de esas imágenes multiplicadas. En medio de la lucha estaba Emerson. Sólo su gran cabeza era visible, pero estaba rodeado por completo por pliegues de muselina que revoloteaban y se hinchaban. Una figura grotesca se tambaleó, agarrándose a su cuerpo y vislumbré a mi heroico cónyuge golpeando a diestro y siniestro con todo lo que podía. Sin el estorbo de Ramsés, quien todavía estaba a su lado, quizás se hubiera impuesto. Pero había demasiados para él; luchaba solo, los invitados respetables y Budge habían desaparecido, no se sabía dónde. Continuó bajo un torbellino de puños y remolinos de tela. Los caballetes cedieron. El ataúd cayó con un estruendo, esparciendo su contenido horripilante por el suelo, donde fue pisoteado.

Golpeé el brazo de Kevin.

—¡Suélteme! ¡Suélteme inmediatamente! Debo ir con él. Oh, por

Dios, temo lo peor…

Las mejillas de Kevin estaban ruborizadas por el entusiasmo y tenía los labios estirados en una feroz sonrisa de pelea.

—¡Pardiez! —bramó—. Ese es el espíritu, señora E, vamos con ellos, ¿eh? ¡Arriba los O'Connell!

—Y los Peabody —grité, blandiendo mi parasol.

—¡Y los Peabody! ¡Vamos, entonces!

Luchamos lado a lado camino al escenario. De hecho no fue una lucha tan desesperada después de todo, pues para entonces las cabezas frías (de las cuales había unas pocas) se impusieron y el tumulto se calmó, ayudado en gran parte por la presencia de varios hombres firmes con el sello inconfundible de detectives de paisano. Los enmascarados también los habían visto. Cuando alcanzamos la escena de batalla, sólo quedaba un guerrero, mi marido. No cuento a Ramsés, que sujeto por la forma postrada de su señor poderoso, pateaba frenéticamente y desgarraba el aire con preguntas agitadas.

Enfrentado con el dilema más grande de un periodista, varias cosas sucediendo a la vez, Kevin estuvo inseguro de si perseguir a los enmascarados, como la mayor parte de sus colegas había hecho, o entrevistar a Emerson. Me gustaría creer que la bondad así como sus instintos periodísticos le guiaron a tomar la decisión. Ayudó a Emerson a incorporarse, a pesar de mis protestas; puesto que mi instrucción médica advertía en contra de un movimiento tan precipitado.

—Tienes una herida en la cabeza, Emerson —exclamé, empujando contra su pecho—. Quédate postrado hasta que pueda establecer…

La respuesta vigorosa de Emerson me tranquilizó.

—¡Manos fuera, Peabody! ¡Simplemente porque muchos pobres egipcios ignorantes, que no tienen ninguna otra ayuda médica disponible, te permitan experimentar con ellos… ¡oh, maldición! ¡Ramsés! ¿Dónde está Ramsés?

—Aquí, papá. —Ramsés estaba comprensiblemente sin aliento, pero por lo demás ileso excepto por unas pocas raspaduras y magulladuras. Se arrastró al lado del Emerson—. No puedo expresar con meras palabras mi sensación de abrumador alivio al oírte…

—Gracias, hijo. —Emerson apartó el delicado pañuelo con el que yo intentaba contener la sangre que manchaba de carmesí la

frente ancha.

—Peabody, si no paras de…

—Aquí, Profesor. —Kevin ofreció un pañuelo blanco inmenso. Emerson lo ató alrededor de su frente y se levantó.

Uno de los detectives se le acercó.

—Perdone, Profesor…

Emerson lo detuvo con una mirada furiosa.

—Maldita sea, Orlick, ¿cómo ha permitido que sucediera esto? Supongo que no ha atrapado al sacerdote, a ellos, ¿a alguno de ellos?

El hombre grande arrastró los pies y pareció tímido.

—No, señor. Perdón, señor. Pero usted nos dijo que estuviéramos atentos a un hombre. Sólo éramos tres y las probabilidades eran de dos a uno, señor, y entonces estalló tal follón…

—Bien, al menos mantén a los malditos periodistas lejos de mí —exclamó Emerson, intentado golpear al hombre bajito y moreno que le estaba clavando el codo y balaba:

—Profesor, cuales fueron sus sensaciones cuando percibió…

—Sí, señor. —El oficial apartó al periodista. Emerson giró su mirada llameante sobre Kevin O'Connell.

—Me apartaré yo mismo —dijo con rapidez—. No hay necesidad de llamar a la policía…

—Se confunde —dijo Emerson—. Estaba a punto de darle gracias. ¡Por Dios, joven, ¡gracias! Ha sacrificado su oportunidad de una historia por proteger a la señora Emerson. No lo olvidaré, señor O'Connell. Estoy en deuda.

—Y yo —agregó Ramsés—. Déme la mano, señor O'Connell, y recuerde que si alguna vez estoy en posición de serle de utilidad, puede contar conmigo.

Kevin luchó por suprimir una sonrisa mientras bajaba la mirada hacia la forma pequeña pero digna de Ramsés, y tomaba la mano que el último le había tendido. Le habría advertido que no lo hiciera si hubiera tenido la oportunidad, pero a Kevin no pareció importarle, aunque los dedos se le pegaron a los de Ramsés y sólo se separaron con alguna dificultad. (No tengo ni la menor idea de qué sustancia era; Ramsés estaba cubierto con frecuencia, en parte o por completo, con algo pegajoso).

—No ha perdido nada por su galantería —continuó Emerson—. Dudo que cualquiera de sus colegas haya conseguido alcanzar a los enmascarados.

—Pardiez, pero eso huele a magia negra —murmuró Kevin, limpiándose la mano en sus pantalones—. ¿Todos desaparecidos en el fino aire?

—La artimaña no es tan difícil —contestó Emerson—. Seguimos sin tener en cuenta que las máscaras son objetos frágiles hechos de pasta y papel. Endurecidas parecen lo bastante sólidas, pero un golpe con el puño o el pie las reducirían a pedacitos. Llevaría sólo unos pocos segundos quitarse la túnicas, aplastar la máscara bajo los pies y mezclarse con la multitud.

—Usted estaba más cerca de ellos que nadie más —dijo Kevin—. Y es un observador agudo. ¿No vio nada que ayudara a identificar a alguno de ellos?

—Estaba ocupado en ese momento —dijo Emerson cáusticamente—. Y parece que fallé en proteger a la momia.

Girándose inspeccionó los restos sobre el escenario.

Madame Tussaud no ha tenido una exhibición más horripilante. La madera con la que había sido construido el ataúd era delgada y estaba seca por siglos de calor. No se había roto, estaba hecho añicos, astillado. Los fragmentos estaban esparcidos por todas partes, una sección de la cara rota yacía no muy lejos, y el ojo negro pintado parecía mirarme fijamente. Pero la peor parte de los restos eran los de la momia. Los vendajes de lino y los huesos habían sufrido la misma desecación que había reducido la madera a un frágil esqueleto. Había pedazos y trozos indescriptibles dispersos por todas partes, algunos todavía en las envolturas, algunos despojados de ellas en toda su desnudez marrón. El cráneo había rodado y descansaba contra la pata de una silla. Estaba cubierto con piel parecida al cuero marrón y el pelo que se adhería a la marchita calavera era de un rubio pálido y rojizo.

—Qué el Señor nos proteja —murmuró Kevin, mirando fijamente—. ¡Un irlandés!

—El color es debido a la henna —explicó Ramsés—. El color original era blanco o gris.

—Aquí está tu mujer de mediana edad, Emerson —dije—. No te desanimes, no tuvieron éxito en apoderarse de la momia.

—No querían a la maldita momia —dijo Emerson—. Tuvieron éxito, Peabody. Esto es lo que esperaban hacer.

—¿Destruirla? ¿Pero por qué, Profesor?

Emerson miró el cuaderno de Kevin.

—La gratitud tiene sus límites, O'Connell. No conseguirá más de mí esta noche.

Me felicité ante mi previsión de traer el carruaje, nos estaba esperando y no perdimos tiempo buscando un coche de alquiler. Henry, el cochero, casi se cayó del pescante cuando nos vio acercarnos y se apresuró a bajar y correr para prestar un brazo fuerte a Emerson. Por una vez Emerson no desdeñó la ayuda. El golpe lo había dejado mareado e inestable.

Cuando llegamos a casa, algo que hicimos en tiempo record gracias a la conducción inspirada de Henry, entregué mi cónyuge herido a Gargery y luego me arrodillé junto a Ramsés.

—Debo ir con papá, Ramsés. Dime primero si estás herido, si necesitas atención…

—Papá tiene más necesidad que yo, puesto que aceptó la fuerza del ataque mientras me protegía de los golpes aleatorios con lo mejor de su habilidad, como sabes…

—Se breve, Ramsés, te lo ruego —lo toqué mientras hablaba, buscando cualquier signo de huesos rotos.

—Sí, mamá. Los pocos arañazos y moratones que he adquirido provienen de cuando papá cayó sobre mí. Son superficiales. Creo que como mejor puedo ser de utilidad es yendo inmediatamente a mi cuarto y manteniéndome fuera de tu camino, aunque el cariño natural insiste en que corra al lado de papá.

—Tenías razón la primera vez Ramsés. —Me levanté y lo tomé de la mano—. Iré contigo más tarde, no sólo para atender tus magulladuras sino para tranquilizarte sobre papá. Estoy segura de que no debes preocuparte, está débil por el golpe y la pérdida de sangre, pero no parece ser nada grave.

Omito la respuesta de Ramsés, que no contenía nada de importancia y continuó hasta que nos separamos en lo alto de la escalera.

Mi diagnóstico resultó correcto, como solía ser generalmente. El cariño natural había triunfado sobre mis instintos médicos y también sobre las sospechas oscuras que me habían obsesionado.

Ver a Emerson debilitado y herido, apartar con suavidad el espeso pelo oscuro de la fea cuchillada en su cabeza, enjuagar la sangre de la mejilla bronceada y sentir sus labios rozando mi palma mientras trabajaba sobre él, ¿hay alguien que se asombre de que durante un momento olvidara todo excepto cuán querido era él para mí? ¿Y hay alguien que se asombre porque Emerson gimiera más bien fuerte y fingiera sentirse más débil de lo que en realidad estaba? Ambos disfrutamos mucho de ello y después de atender a mi otro paciente y meterlo en la cama, Emerson y yo nos acomodamos ante el fuego con un espíritu de amistad casi tan completo como el que siempre nos había unido.

—Ahora —dije—, explícame, apenas puedo culparte por negarte a hacerlo delante de Kevin, ya que como expusiste tan bien, incluso la gratitud tiene sus límites… Explícame, por favor, por qué los hombres enmascarados no quisieron robar la momia.

—Con placer, Peabody. —Emerson bebió el brandy que yo le había prohibido estrictamente tomar—. Tenía varias razones para querer echar un vistazo al interior de ese sarcófago. Te conté algunas de ellas, pero también esperaba atraer al falso sacerdote fuera de su escondite ya que supuse que no podría resistirse a asistir a la demostración.

—Ciertamente acertaste en eso —dije con una sonrisa.

—¡Más allá de mis sueños más salvajes! ¡No uno, sino seis de ellos! Maldición, Peabody, el hombre tiene imaginación, le debo eso. El golpe fue brillantemente concebido y brillantemente ejecutado. Tomé la precaución de forzar… eh… persuadir a Budge para que cambiara la fecha de su conferencia sin previo aviso…

—¿Fue idea tuya, Emerson?

—Sí. Estoy seguro de que comprendes mi razonamiento, Peabody.

—Por supuesto, querido. Esperabas que el desconocido oyera del cambio de fecha, así se vería forzado a actuar deprisa, sin tiempo para una preparación elaborada. ¿Sabías entonces que pensaba destruir, no robar, la momia?

—No —admitió Emerson con un candor inusual (presumiblemente la pérdida de sangre y el brandy habían hecho que bajara la guardia)—. Estaba seguro de que haría algo y se me ocurrió una idea, tan débil y esquiva que no puedo ni admitirla

para mí mismo. Quizá él quería evitar que alguien abriera el ataúd.

—¿Y cuál fue tu idea débil y esquiva?

—Dije que no podía admitirla, Peabody. Incluso mientras combatía con esos demonios para mantenerlos lejos del ataúd, creí que pensaban escaparse con él. Pero cuando vi los fragmentos… tú también los viste, Peabody. ¿Cuál es la conclusión inevitable?

Había sido sincero conmigo y yo no podía ser menos.

—No lo sé, Emerson —murmuré—. Dime.

—Pues que obviamente la momia ya había sido perturbada y parcialmente desenvuelta. Una caída semejante la habría dañado de manera extensa, los huesos se habrían separado y quizás roto. Pero el contenido no se habría dispersado tanto y no se habría hecho añicos de esa forma horrorosa si los huesos no hubieran sido ya liberados de las vendas.

—Por supuesto —exclamé—. Es cierto, Emerson. Debería haberlo observado yo misma y no dudo que lo habría hecho, si no hubiera estado tan preocupada por ti. Las momias están en varios estados de deterioro, por supuesto; pero recuerdo bien la dificultad que tuviste a la hora de separar las vendas que estaban pegadas, formando en muchos casos un caparazón sólido debido a las resinas aplicadas al cuerpo y a las vendas.

—La condición que describes es más común en momias posteriores —contestó Emerson—. Pero incluso en otros períodos, inclusive al que pertenece esta momia, la extensa cantidad de lino empleado habría acolchado los restos hasta cierto punto, así que incluso si los huesos hubieran sido desarticulados, habrían permanecido dentro de las vendas. No hay duda, Peabody; la momia había sido desenvuelta. ¿Pero cuándo? ¿Y por qué razón?

Era como en los viejos tiempos, sentados uno junto al otro ante un fuego moribundo, ocupados en un debate amable y fascinante. Pensativamente contesté:

—La momia quizás fue perturbada por ladrones de tumbas en tiempos antiguos, y luego envuelta de nuevo. Se conocen tales casos. Pero te inclinas por sospechar, como yo, que el alboroto fue mucho más reciente. Obviamente no ocurrió después de que la momia fuera regalada al museo. Mañana preguntaré a Lord Liverpool…

—Mañana —repitió Emerson—. ¿Tienes una cita, Peabody, o

estás planeando otro de tus pequeños robos?

Su voz tenía el ronroneo siniestro que indicaba que se avivaba su genio.

—Oh —dije, riendo ligeramente—. Olvidé mencionarlo. Lord Liverpool nos ha invitado a almorzar y a ver su colección.

—¿Cuándo hizo eso?

No vi razón para mencionar que yo había hecho el primer acercamiento.

—He recibido la carta esta mañana —contesté con sinceridad.

—Esta mañana. Humm. Entonces no puede ser… —Pero no acabó la frase. En vez de eso, dijo con una voz más amable—. Bien hecho, Peabody. Conociéndote, sospecho que fue idea tuya y no de Lord Liverpool, pero es buena. Sólo espero que Su Señoría no se moleste demasiado cuando vea que voy contigo.

* * *

Estoy segura de que no necesito explicar a ningún lector sensato (es decir, a una mujer) por qué desperté a la mañana siguiente absolutamente furiosa con Emerson. Tales son las vacilaciones del corazón humano; y he observado que cuanto más va uno en una dirección, más violentamente se balancea en sentido contrario. En el estrés de la emoción yo había ido bastante lejos la noche anterior.

Emerson, por su parte, estaba preocupado y distante. En el desayuno se ocultó detrás de un periódico, ignorando las preguntas ansiosas de Percy, que había oído (asumí que de Ramsés) algo sobre nuestras más recientes aventuras. Sus reiteraciones de “digo, ¡qué excitante!” eran irritantes.

—Qué navaja tan bonita —dije, puesto que Percy se la había sacado del bolsillo y la estaba toqueteando de un modo que hacía despertar aprensiones horribles en la madre de un niño—. Ramsés tiene una muy similar. Su padre se la dio, con la condición de que nunca corte los muebles.

—Yo nunca haría eso, tía Amelia —me aseguró Percy—. Mi padre me la dio. ¿No es espléndida? Mira, tiene tres hojas y un anzuelo…

—Muy bonita, Percy. No, Violet, ya has tomado dos panecillos y eso es uno de más. Ramsés…

Pero por una vez Ramsés no hacía nada que no debiera estar haciendo. Las magulladuras habían florecido en un esplendor

multicolor por la noche y su cara era casi tan introspectiva como la de su padre.

—¿Sí, mamá? —dijo Ramsés, con un sobresalto.

—Nada. ¿Emerson, hay algo de interés en los periódicos?

—Ningún hecho que no sepamos ya, Peabody. Las observaciones del *Standard* de que las atrocidades sin ley de ese tipo nunca podrían ocurrir bajo un gobierno conservador, y el *Daily News* observa que debe haber sido una broma inocua cometida por unos pocos señoritos animados.

—Qué lástima que no pudiera atrapar al hombre, tío Radcliffe —dijo Percy—. Es la segunda vez que ha permitido que huyera, ¿verdad?

Los ojos estaban tan abiertos y eran tan inocentes como los de un bebé.

* * *

Mauldy Manor, la antigua residencia de los condes de Liverpool, está al lado del río, cerca de Richmond. Tenía ganas de verla, puesto que según todos los rumores era una mole pintoresca y venerable, cuyos cimientos fueron colocados al mismo tiempo que las estructuras más tempranas de la Torre de Londres. Además de la distinción arquitectónica tenía los reclamos habituales de la fama histórica; Carlos II se ocultó allí una noche antes de escapar a Holanda (de ahí el predomino de los rasgos distintivos de los Stuart en ese área); Eduardo II había sido torturado en uno de los calabozos antes de ser llevado a Berkeley y prácticamente todos estaban conectados de algún modo con la Guerras de las Dos Rosas que había sitiado el lugar. (Los condes de Liverpool eran conocidos por su facilidad para cambiar de bando). Ninguna colección de cuentos sobrenaturales podría estar completa sin referencias al repertorio orgulloso de Mauldy: la Dama de blanco, el Perro negro, el cortesano isabelino sin cabeza y el carruaje fantasmal conducido por esqueletos de caballos.

Emerson estaba resplandeciente con la levita, el sombrero de copa y los pantalones oscuros. Había asumido este traje sin que yo le apremiara a que se lo pusiera, lo que me hizo preguntarme qué estaba tramando. Yo no había tenido dificultades para decidir qué llevar. El honor de Emerson-Peabody exigía mi mejor vestido y el parasol, pero el buen sentido de lo último sugería que podría ser

conveniente un traje más práctico, ya que podría encontrarme obligada a batirme en rápida retirada o a defenderme de algún ataque. Después de todo, Su Señoría era uno de mis sospechosos. No podía imaginarme por qué habría querido matar a Oldacre, ni hacer varias de las otras cosas que habían ocurrido, pero no obstante era un sospechoso, y aventurarme a los restos recónditos de su castillo ancestral cubierto de hiedra sin mi fiel cinturón quizás fuera insensato.

La decisión de Emerson de acompañarme alivió mi preocupación en ese aspecto y me decidí por un vestido que mi modista acababa de terminar. (No he descrito mis visitas a su establecimiento, puesto que tales detalles no son dignos de inclusión en un diario dedicado a las actividades intelectuales y detectivescas, pero el Lector debe recordar que tan pronto como llegué a Londres hice arreglos para un nuevo guardarropa). El conjunto, llamado vestido de visitas, era de muaré rosa con un cinturón ancho y negro de cuero de Marruecos, y una trenza negra de diseño militar en solapas y mangas. Un cuello alto me enmarcaba la cara con volantes y el sombrero a juego era una mero almohadilla de cintas de raso, rosas de raso y hojas de raso. Para estar más segura, llevaba mi parasol negro de volantes en vez del rosa, cuya forma no era tan robusta.

Tuvimos una conversación vacilante durante el viaje. Emerson meditó. Tuvo la mano constantemente sobre el mentón, acariciándolo como era su costumbre cuando estaba desconcertado o molesto, ni siquiera mi mención sobre la alfarería predinástica inspiró algo más que un murmullo abstraído de acuerdo.

No fue hasta que dejamos atrás la ciudad y viajábamos atravesando un cinturón de casas de campo suburbanas que se despertó.

—Veamos, Peabody —empezó, casi a su viejo estilo—, ¿qué andas tramando? Si no intercambiamos impresiones antes de llegar podemos encontrarnos con un diálogo de sordos, y en el pasado eso nos ha guiado a situaciones embarazosas por no decir peligrosas.

—Seré perfectamente sincera contigo, Emerson —empecé.

—Ja —dijo Emerson.

—No tengo nada particular en mente.

Emerson se preocupó del mentón.

—Conociéndote como te conozco, Peabody, estoy inclinado a

creer esa declaración. De hecho, no puedo concebir qué puedes estar buscando. ¿Un taller donde se fabrican una cadena interminable de máscaras de cartón piedra?

—Apenas puedo suponer que Su Señoría vaya a ser lo bastante insensato como para mostrarme tal lugar, asumiendo, por supuesto, que exista. Si hubiera alguna manera de que pudieras mantenerlo ocupado mientras echo un vistazo…

—Sácatelo de la mente, Amelia. Por lo que he oído sobre Mauldy Manor, llevaría a diez hombres durante diez días explorar cada rincón de esa ruina en decadencia. Y si los *ushebti* provienen de la colección de su padre, él no dejaría la vitrina vacía con la etiqueta todavía puesta.

—Bien, claro que no, Emerson. Simplemente tendremos que estar alerta por si sucede algo interesante. Tengo esperanzas de que, suponiendo que Su Señoría sea el hombre tras el que vamos, deje escapar algo en el curso de la conversación. Soy una gran creyente de permitir que las personas hablen libremente y sin interrupción…

—¿Tú? —dijo Emerson—. ¿La de lengua afilada cuyo discurso no desfallece?

Tuve la sensación de que pasaría mucho tiempo antes de que oyera lo último de esa cita apropiada por casualidad, pero me sentí obligada a indicar que no había más que eso.

—Él no podría haber sabido que tendríamos audiencia ese día, Emerson. Puesto que Henutmehit fue una sacerdotisa de Isis, el discurso probablemente fue diseñado para que se dirigiera a ella.

—Humm —dijo Emerson.

El sol brillaba sobre los prados cubiertos de hierba de Richmond y toda la belleza de la primavera se extendía ante nosotros, flores por doquier, pequeños corderos jugueteando en los campos, pájaros balanceándose y cantando sobre ramas floridas. Sólo podía comenzar a imaginar qué aspecto tendría Mauldy Manor en una noche de niebla y lluvia; puesto que incluso a la luz del sol sus torres en ruinas sugerían los peores excesos del romance gótico, y el velo de suaves vides verdes que se adherían a las paredes erosionadas no suavizaba sus bordes crueles.

La casa era la típica mezcolanza de estilos arquitectónicos, un ala era de piedra y otra de ladrillo y madera al estilo Tudor. Sólo un ala parecía estar habitada y fue a la puerta de esa ala, una

estructura relativamente moderna del siglo XVIII, a donde se dirigió el carruaje. Mientras descendíamos del cupé, un sirviente surgió para saludarnos y para dirigir al cochero hacia la parte trasera.

He visto semblantes más atractivos que el del mayordomo, pero sus modales fueron perfectamente correctos cuando tomó el sombrero y el bastón de Emerson y trató de coger mi parasol, algo que por supuesto no permití. Luego nos mostró el camino a un bonito salón que tenía ventanas anchas que sea abrían a un tramo de césped y a una rosaleda, cuyos arbustos estaban sin hojas ya que todavía no portaban flores.

Mi plan para conseguir que Su Señoría hablara habría funcionado bien, si hubiera tenido algo pertinente que decir. Apenas le reconocí como el joven débil y letárgico que habíamos conocido en el museo. Todavía parecía enfermo. El rubor de falsa salud en las mejillas era causado por los cosméticos y estaba esqueléticamente delgado. Pero la animación con que nos saludó, el vigor con que se levantó de su silla, la energía frenética de su conversación, todo era tan diferente de su personaje anterior como la noche y el día.

Presentó a los otros huéspedes, nuestro conocido Lord St. John y un joven llamado Barnes, quien destacaba principalmente por la prominencia de los dientes y porque nunca terminaba una frase, aunque asentía y sonreía incesantemente.

Lord St. John se inclinó sobre mi mano.

—Cuán valiente por su parte aventurarse fuera hoy, señora Emerson. Teníamos miedo de que estuviera abrumada por la experiencia espantosa de anoche.

Miré los periódicos en una mesa cercana, un pequeño pedazo de desorden que parecía fuera de lugar de forma significativa en un cuarto por lo demás pulcramente ordenado.

—Lo tomo cómo que no pudo asistir, Lord Saint John.

—Desafortunadamente no supe a tiempo el cambio de fecha —dijo Su Señoría suavemente—. Aparte de eso, estaba comprometido. Pero no sé si habría escogido asistir en cualquier caso. Encuentro algo desagradable y antiestético el exponer los restos humanos de esa manera.

Lord Liverpool ofreció una de sus risitas agudas.

—En menudo viejo moralista estirado te has convertido, Jack.

Era por un buen propósito, ¿verdad, señora? El avance en los conocimientos y todo ese tipo de cosas.

—Esa era la intención —asentí—. Como sin duda ha leído en los periódicos, la cuestión es que no salió de esa manera. Es una lástima que no estuvieran allí, caballeros, habrían podido ayudar a mi marido que no pudo, a pesar de unos esfuerzos que habrían sido imposibles para la mayoría de los hombres, proteger al espécimen.

—Ah, sí —murmuró Lord St. John, mirando el cuadrado de venda que adornaba la frente de Emerson.

—Es un gran alivio para sus amigos, Profesor, entre quienes espero que podamos contarnos, ver que no está seriamente herido. Había pensado preguntarle a la señora Emerson sobre usted.

—Muy amable, estoy seguro —dijo Emerson, sentándose directamente en el centro exacto del sofá—. Supongo que no esperaba verme. No he sido invitado. Pero aquí estoy.

—Y estamos encantados de verlo —dijo Lord St. John.

El conde rió tontamente.

Nos sirvieron un almuerzo excelente, del que nuestro anfitrión no comió casi nada, aunque bebió una cantidad considerable de vino y habló constantemente. Una pregunta mía referente a la historia de la casa incitó su arranque de locuacidad y me sorprendió encontrar que el joven holgazán e inculto estaba bien informado y muy interesado. Su monólogo continuó durante tres platos, recordando historias que ya había oído y otras que no.

La reina Elizabeth había dormido en la Gran Cámara y había sido entretenida con una mascarada, con una caza a la luz de la luna y las oraciones habituales. El cortesano sin cabeza era un recuerdo de esta visita; según Lord Liverpool, había sido descubierto por el entonces conde en la cámara de la reina, en el acto de forzar sus atenciones sobre ella. La reina ciertamente había gritado lo bastante fuerte, pero no hasta después de que entrara el conde. Culpable o inocente, el aspirante a violador había ido al cadalso como un caballero, sin traicionar a su reina; nadie podía culparlo por descargar su molestia sobre los descendientes del hombre que había sido la causa de su inoportuno fallecimiento.

—Qué vergüenza, Ned —dijo Lord St. John, riéndose—. Esa no es una historia conveniente para una dama como la señora Emerson.

Le aseguré que no estaba en absoluta ofendida.

—No admiro mucho a Elizabeth. Me parece que ha exhibido toda la crueldad despiadada de sus antepasados Tudor, pero de un modo típicamente femenino. Estoy segura de que el pobre caballero sin cabeza era inocente, de esa ofensa en cualquier caso.

—La solución al misterio está más allá de sus poderes —dijo Lord St. John con una sonrisa caprichosa—. Hace tanto de eso…

—Ningún misterio es insoluble, Lord Saint John —contesté con serenidad—. Se trata simplemente de cuánto tiempo y esfuerzo está uno dispuesto a gastar.

Lord St. John levantó su vaso en muda capitulación. La sonrisa leve y torcida quizás fue vista por algunos como decididamente siniestra.

Mientras el conde continuaba su narración, yo comencé a comprender su humor. Estaba orgulloso del linaje que le inspiraba; sus ojos brillaban y las delgadas mejillas resplandecían con un color febril mientras hablaba de la larga línea intacta de hombres valerosos y hermosas damas que eran sus antepasados. (La historia tiene una manera bondadosa de paliar los pequeños defectos como el bandidaje, la matanza, la piratería y asaltos a mujeres, especialmente cuando los perpetradores poseen títulos y propiedades rurales).

No comenté esto, como quizás habría hecho, puesto que era demasiado aparente que el joven miserable no podía admitir, ni siquiera para sí mismo, que era el último de su linaje. Firmemente y con un aire extraño de desafío, habló de casarse y de sostener en brazos un hijo que heredara su nombre y títulos. Un sentimiento semejante al dolor me cubrió mientras escuchaba. Este chico nunca viviría para ver a su hijo. Incluso si consiguiera engendrar un heredero, el niño y su infeliz madre se infectarían con la misma enfermedad que le estaba matando lentamente. Lord St. John, que estaba delante de mí en la mesa, pareció asimismo afectado; su cara perdió la sonrisa burlona y cuando Liverpool mencionó a cierta señorita como la que podría tener el honor de convertirse en Condesa de Liverpool, Lord St. John se mordió el labio con tal vigor que apareció una línea de gotitas carmesí.

No me fue difícil persuadir a Lord Liverpool de que nos mostrara la casa, cuyo mobiliario y diseños alabé por todo lo alto, para su

obvio placer. Sólo el ala del siglo XVIII estaba en uso; pero la Cámara de la Reina había sido preservada en su estado, aunque los cortinajes colgaban en harapos y un susurro agitado traicionó la presencia de ratones en el colchón.

Al final de la Larga Galería en el ala Tudor, llena de pinturas de mérito dudoso pero de edad indudable, advertí una puerta pesada cuyas vigas de madera de roble oscuro y las pesadas bisagras hablaban de una antigüedad venerable. A mi manera impulsiva probé el picaporte.

—Está cerrada —exclamé—. ¿Son los cuartos del tesoro y los calabozos, Su Señoría? ¿Veré esqueletos colgando de cadenas oxidadas y herramientas horribles de tortura?

A Lord Liverpool se le escapó mi pequeño chiste. Se detuvo mirándome con consternación aparente, pero Lord St. John estalló en carcajadas.

—Eso sería de su gusto, ¿no, señora Emerson? Temo que los esqueletos están en los armarios, no en los calabozos. Esa puerta lleva a la parte más vieja de la casa, pero ha estado cerrada durante muchos años. No le gustaría ir allí. Está llena de telarañas, ratones e incluso unos pocos murciélagos.

—Los murciélagos no me molestan en lo más mínimo —le aseguré—. Las pirámides y tumbas de Egipto están infestadas con esas criaturas y estoy bastante acostumbrada a ellos.

—Ah, pero los pisos podridos y el yeso caído le molestarían —dijo Lord St. John—. ¿No es correcto, Ned?

—¿Qué? Oh, sí, correcto. No querría torcerse uno de esos bonitos tobillos, señora Emerson. Eh… espero que no le importe que diga eso, ¿Profesor?

—En absoluto —ronroneó Emerson—. La señora Emerson tiene unos tobillos bien bonitos. Me alegro que lo haya notado, Su Señoría.

Alejé apresuradamente a Emerson.

Había dicho muy poco hasta entonces, pero entró en lo suyo cuando inspeccionamos la colección de antigüedades del difunto conde. Nada despertaba tanto su pasión como el saqueo gratuito y la dispersión de las antigüedades que habían prevalecido en el período más temprano de la exploración egipcia y que todavía sucedía, a pesar de los esfuerzos del Departamento de Antigüedades

por detenerlo.

—Debería haber sido colgado —exclamó Emerson, refiriéndose al difunto conde—. ¡Él y todos sus iguales! Mira esto, Peabody, Imperio Antiguo seguro, semejante al estilo de las mastabas de Ti y Mereruka, robado de Dios sabe dónde…

El objeto al que se refirió en tales términos vigorosos era un bloque de piedra caliza cubierto con un bajo relieve exquisito. Representaba parte de una escena de caza en los pantanos. La figura central era un gato con un pez en la boca, representado con un afecto juguetón y un refinamiento detallado que lo situaba entre la categoría de obras maestras artísticas. Los antiguos entrenaban a estos animales para que les ayudaran en la caza. Éste llevaba un collar y su parecido con la gata Bastet era asombroso, o quizás no tanto, puesto que ella era una descendiente del mismo linaje. ¿Quizás una descendiente de este gato? Una especulación divertida y fascinante…

Su Señoría estaba más entretenido que ofendido por la crítica de Emerson.

—Sí, el viejo era un ladrón. Pero mire, Profesor, todos lo hacían.

Viendo que Emerson estaba a punto de hacer una observación enojada intervine, puesto que no era de nuestro interés molestar al joven.

—Ciertamente no es culpa de Lord Liverpool, Emerson. ¡Qué pieza más encantadora! Hace un año nos trajimos un gato de Egipto, Su Señoría; esta es la imagen de Bastet.

—De verdad, ¿señora?

—Ned —dijo Lord St. John con una voz sin expresión—, es muy aficionado a los gatos.

—Oh sí, sí. Adoro a las criaturas pequeñas. Los establos están llenos de ellos —añadió Lord Liverpool algo imprecisamente.

No había nada más en la colección que rivalizara con el relieve de piedra caliza, aunque por supuesto Emerson se agitó y echó humo sobre cada escarabajo. Luego el conde indicó una puerta en la parte lejana del cuarto.

—Lo siguiente es la última morada de la pobre y vieja momia —dijo con una sonrisa—. No queda mucho ahora que se ha ido, algún día quiero convertir la sala en una salita, después de que me case.

Abrí la puerta y miré dentro.

—Ah, más interesante. Era en esta cámara donde se oyeron los lloros y los gemidos la noche de luna llena y donde las baratijas se rompieron espontáneamente.

Lord Liverpool se rió, echando la cabeza atrás. Los tendones del cuello delgado se destacaron como cuerdas.

—Un cuento atractivo, ¿eh? La chica fue echada, no por mí, no trato con tales cosas, sino por el ama de llaves, dijo que era perezosa. No puede culparla por ganar unos pocos chelines a nuestra costa.

Me fijé en la desigualdad de su discurso y en su cara pálida, miré a Emerson. Él asintió ligeramente. Después de hacer una visita rápida por el cuarto que, como Su Señoría había dicho, no contenía nada de interés a excepción de un conjunto fino de vasos canopes, con las tapas talladas como las cabezas de las deidades de la muerte, le dimos las gracias y nos marchamos.

* * *

Un suspiro involuntario escapó de mis labios cuando el carruaje rodó suavemente por el camino cubierto con grava.

—¿Cansada, Peabody? —preguntó Emerson, tirando el sombrero sobre el asiento y aflojándose la corbata.

—No tanto físicamente como inexpresablemente triste, Emerson. ¡Cuán opresiva es la atmósfera de esa casa!

—No sueltes tonterías góticas —se quejó Emerson—. La parte habitada de la casa es brillante, moderna, bien mantenida… Peabody, te dije que no tocaras ninguno de los muebles del cuarto isabelino, tienes hollín o grasa en las manos.

—Creo que es aceite —observé, limpiándome los dedos en el pañuelo—. Pero no hablaba de la casa, Emerson; me refería a su propietario. Sea cuales fueren sus defectos, es trágico ver a un joven frente a la muerte inevitable e inminente.

—La enfermedad ya le ha atacado el cerebro —murmuró Emerson—. Observaste la excitabilidad típica. Podría tener ataques homicidas, Peabody.

—Yo no tuve esa impresión, Emerson.

—Las impresiones no cuentan. Te estás ablandando hacia el joven bribón porque está enfermo y porque dice que le gustan los gatos.

—Es una cualidad simpática, Emerson.

—Eso depende —dijo Emerson de forma enigmática—, de cuánto le gusten.

Capítulo 12

Henry detuvo el carruaje frente a la casa para dejarnos salir antes de ir hacia las caballerizas. Cuando bajamos, Emerson giró y agitó el puño.

—¡Eh, tú, granujilla! No lo intentes otra vez; te romperás una pierna.

—Confío en que no me estés hablando a mí —le comenté en broma.

Emerson hizo un gesto hacia un golfillo harapiento que se retiraba a toda velocidad.

—Otro de esos árabes callejeros. Se cuelgan en las partes traseras de los carruajes y calesas, es peligroso.

El desdichado chiquillo, que ahora había desaparecido de la vista, despertó recuerdos desagradables.

—Será mejor que subamos y veamos qué ha estado haciendo Ramsés.

—Ese no era Ramsés, Amelia. ¿Cómo podría serlo?

—No dije que lo fuera. Sólo dije que quería ver en qué anda Ramsés.

Cuando Gargery nos dejó entrar, estaba tan repleto de noticias que apenas pudo esperar a coger nuestras cosas antes de contarlas.

—Han tenido varias visitas, señor, señora. Ese periodista ha venido dos veces…

—¿El señor O'Connell?

—Sí, creo que ese es su nombre, señora —dijo Gargery, con la nariz levantada—. Parecía en un estado de desasosiego y dijo que volvería más tarde.

—Si espera presumir de mi buen carácter —empezó Emerson con enfado.

—No sería tan tonto, Emerson. ¿Quién más, Gargery?

—Un joven caballero del museo, señora. El señor Wilson. Aquí está su tarjeta de visita. También dijo que vendría más tarde con la esperanza de encontrarla. Luego esta carta que fue entregada en mano, parece ser algo importante.

Mi corazón pegó un gran brinco. Ayesha había dicho que conocería a su mensajero. Bien, no había estado aquí para verlo. El sobre era bastante convencional, de lino grueso, caro y de color crema, llevaba mi nombre escrito a mano con letra fluida, obviamente femenina.

Lo rasgué para abrirlo, intentando parecer despreocupada al mismo tiempo que le impedía a Emerson (que estaba jadeando en mi oreja izquierda) ver el contenido. Era una invitación de una amiga de Evelyn para tomar el té el jueves.

—Maldición —dije involuntariamente.

—¿Estás esperando algún mensaje en especial? —preguntó Emerson deliberadamente.

—Eh… no, por supuesto que no. Me pregunto qué quiere O'Connell.

Gargery no había acabado.

—Profesor, alguien lo visitó.

—¿Quién? —preguntó Emerson.

—No dejó ningún nombre, profesor. Pero parecía bastante molesto, también grosero, al saber que usted no estaba en casa.

El pronombre no me calmó. Un mensajero de Ayesha podía ser tanto hombre como mujer.

—Ah, sí —dijo Emerson, enfadándose—. ¿Qué clase de persona era ese sinvergüenza?

—Una clase de sinvergüenza descortés y arrogante, señor —contestó Gargery—. Y extranjero por si fuera poco. Tenía un acento pronunciado…

Una exclamación ahogada salió de mis labios. Emerson me echó una mirada curiosa.

—¿Qué clase de acento, Gargery?

—No lo sé, señor. Llevaba un turbante, señor. Lo tomé por indio.

—¿Conocemos a algún indio, Peabody? —preguntó Emerson.

—No lo sé, Emerson —pero conocíamos a un buen número de egipcios; y ellos también llevaban turbante.

—Dijo que volvería otra vez —hizo el comentario Gargery.

—Humm —dijo Emerson—. Bien, Amelia, parece que estamos a punto de tener una avalancha de visitantes, maldita sea. Si quieres hablar con Ramsés, mejor que lo hagas ahora.

—Es casi la hora del té —contesté, echando un vistazo al reloj colgado en mi solapa—. Diga que lo traigan, Gargery, y pida a los niños que bajen.

Emerson subió a cambiarse la despreciable levita y yo me dirigí hacia el salón. Estaba hojeando el correo de la tarde cuando entraron los niños y tras saludarles, le comenté a Percy:

—Es extraño que no hayamos oído nada de tu mamá, Percy. No es que desee inquietarte, ya que estoy segura de que no hay motivo, pero tal vez debería escribirle. ¿Tienes la dirección?

—No, tía Amelia, no la tengo. Está en algún lugar de Baviera —añadió Percy amablemente.

—Ya veo. Humm. Ramsés, ¿te importaría sentarte allí, al otro lado del salón? Te felicito por lavarte la cara y las manos, pero el aroma de los productos químicos adheridos a tu ropa… ¿En qué experimentos estás trabajando?

—En los de siempre, mamá.

—Asqueroso —refunfuñó Violet, estirando la mano hacia un panecillo.

Gargery apareció en la puerta.

—El señor O'Connor está aquí, señora.

—O'Connell —le corregí, sabiendo de sobra que Gargery se había equivocado deliberadamente con el nombre—. Entonces, hágalo pasar. Y diga al profesor que se apresure.

O'Connell entró con su prisa habitual, metiéndose la gorra en el bolsillo.

—¿Qué pasa ahora, Kevin? —pregunté—. Un asesinato, otro arresto, ¿qué?

—Nada tan malo como eso, señora E. Al menos espero que no. —Aceptó la silla que le indiqué y miró con curiosidad a los niños.

—No más panecillos, Violet —dije con severidad—. Y no hagas pucheros o la tía Amelia te pondrá a pan y agua durante unos días. Ve a la esquina y juega amablemente con tu muñeca.

—No quiero… —empezó Violet.

Percy le acarició los rizos gruesos.

—Jugaré a los palillos contigo, Violet. Si nos disculpas tía

Amelia.

—Todo un pequeño caballero —dijo Kevin, mientras los dos se iban cogidos de la mano—. ¿Y como está usted, señorito Ramsés? Ningún efecto adverso después de anoche, espero.

Temiendo que Ramsés le respondiera en detalle, con todos los pelos y señales, respondí por él.

—Ninguno. La herida de Emerson no era tan grave como me temía. Debería estar aquí… Bien, Gargery, ¿dónde está el profesor?

Gargery, el cual, el Lector habrá notado, no tenía la tendencia de reprimir sus sentimientos u opiniones, ni de esforzarse por disimular su inquietud.

—Ha salido, señora Emerson. Con ese indio.

—¿Qué? —medio levantada de la silla—. Sin ninguna explicación, sin decir nada…

—Todo lo que dijo, señora, es que iba a salir y volvería más tarde, y que no me preocupara. Pero, señora, no puedo evitar preocuparme, no con todos esos paganos que al parecer van detrás del profesor y de usted, y este tipo era tan altivo y arrogante…

—¿Viste adónde fueron? —pregunté.

—Tenía a un carruaje esperando, señora. Era un bonito transporte, con una excelente pareja de grises como jamás he visto.

—¿No había nada distintivo en el carruaje? ¿Ningún escudo de armas o emblema?

—No, señora. Solo una berlina toda negra… espléndida y brillante para un paseo, señora. Salieron en dirección a Pall Mall…

—Lo cual no significa nada —farfullé. Pall Mall lleva hacia Hyde Park, Park Lane… y a un millón de sitios más.

—No, señora. Se fueron tan rápido que no tuve tiempo de enviar a nadie tras ellos… y cuando me permití la osadía de decirle al profesor que tal vez debería llevarse a Bob o a algún otro, soltó una extraña clase de carcajada y dijo que nadie más había sido incluido en la invitación, señora. Tenía un aspecto… extraño, señora.

—¿Miedo, Gargery?

—¡Señora!

—Claro que no. ¿Enfado?

—Bueno…

—Has dicho que se rió.

—Pero de una manera extraña, señora.

—Oh, márchese, Gargery —exclamé—. Si no puede hacerlo mejor… Vamos, vamos, no se ofenda, sé que hizo todo lo que pudo y estoy segura que no hay necesidad de preocuparse.

—Gracias, señora —dijo Gargery con aflicción.

Después de que se hubiera ido miré a Ramsés.

—¿Sabes algo de esto, Ramsés?

—No, mamá. Lo cual es una especie de golpe a mi orgullo ya que siempre intento estar *au courant* en lo que tiene que ver con tu seguridad o la de papá. Por supuesto uno podría especular…

—No especules, Ramsés.

—¿De qué va esto, señora E? —preguntó Kevin con curiosidad.

Casi había olvidado su presencia hasta ese momento. No debería haber sido tan indiscreta, pero ruego al Lector que diga honestamente si habría hecho o no lo mismo.

—Supongo que nada —contesté—. Debería disculparme, señor O'Connell, porque esta interrupción le impida contarme por qué ha venido a verme.

Kevin carraspeó, cruzó las piernas, las descruzó y carraspeó de nuevo.

—Pasaba por…

—¿Tres veces en un día? ¡Vaya! Kevin, nunca lo había visto tan cohibido, ni siquiera cuando irrumpió en mi casa de Kent y derribó a mi mayordomo. ¿Qué diablos puede ser esta vez?

—Seguramente no es nada —empezó Kevin, cruzando las piernas.

—Estése quieto y hable claro. Yo seré el juez de si es importante.

—Bueno… me pregunto si ha oído algo de la señorita Minton.

—Creo que todavía está en casa de su abuela —contesté, preguntándome qué había motivado la pregunta. Algún asunto profesional, supuse.

Kevin separó las rodillas y con el puño se dio un golpe en una de ellas.

—No, señora E., no lo está. Nadie la ha visto ni oído de ella en casi una semana.

—Imposible. ¿Cómo sabe que no está allí?

—Un amigo… alguien… un amigo… le escribió. Vino de vuelta una carta diciendo que ella estaba en Londres, dándole la dirección que usted conoce. Pero su casera dice que no ha estado allí desde el

viernes.

La puerta se abrió.

—El señor Wilson quiere hablar con usted, señora —anunció Gargery.

—¿Qué diab… qué está haciendo aquí? —exigió Kevin.

—No lo sé. Quizás está haciendo una visita social. Algunas personas lo hacen, sabe. Ah, señor Wilson, me alegro de verlo. Creo que ya conoce al señor O'Connell.

Wilson saludó con frialdad a Kevin, que no respondió ni siquiera con ese mínimo gesto de cortesía. Tomó una silla.

—Me detuve para preguntarle cómo se siente después de ese asunto espantoso de anoche —empezó—. Y para preguntar por el Profesor, el cual, tengo entendido, fue herido.

—Qué amable de su parte. Como ve, estoy ilesa y el Profesor está… El Profesor está bien. No le vi allí, señor Wilson.

—Estaba entre bastidores, por así decirlo —fue la respuesta risueña.

—Bien, me alegro de que no le hirieran en el tumulto.

Wilson levantó la mano hacia la frente y se apartó el pelo, mostrando un cardenal morado.

—Tropecé con el sacerdote… uno de ellos. Ya ve el resultado.

Hice expresivos ruidos de lamento y preocupación. Entonces Kevin, cuya inquietud había asumido las proporciones de un ataque epiléptico, se levantó de un salto.

—Hay que volver al trabajo, tengo que irme —anunció, con el acento irlandés más vil que le había oído—. Le deseo un buen día, señora Emerson…

—No, siéntese, señor O'Connell. Le aseguro que no he olvidado su pregunta. Vamos a preguntarle al señor Wilson si sabe algo, ya que es amigo de la señorita Minton.

—¿Pasa algo con la señorita Minton? —preguntó Wilson—. ¿Está en problemas?

—Ha desaparecido —dije con solemnidad—. Al menos espero que no sea tan serio como eso; pero según parece nadie la ha visto desde el viernes.

—Está visitando a la Duquesa Dowager, su abuela —dijo Wilson.

Su calma pulso furioso a Kevin.

—Por el amor de Dios, no lo está. La anciana dama no le ha

visto el pelo, ni tampoco nadie más.

Wilson se puso rígido.

—Me imagino que a ella no le gustaría que sus conocidos especularan sobre su paradero —dijo con frialdad—. Tiene muchos amigos; una joven adinerada como…

—Venga, no se haga más el tonto —gritó O'Connell—. Lo averigüé recientemente, pero usted, siendo tan amigo de ella, debe haberlo sabido…, ella no tiene ni un penique. ¡La vieja duquesa vive del orgullo y la pretensión, manteniendo las apariencias y subsistiendo de los rábanos y zanahorias que planta en el patio del castillo!

Wilson estaba tan sorprendido como yo. Se quedó con la boca abierta.

—Eso… eso es imposible —farfulló—. Consiguió su posición en el *Mirror*…

—Por sus capacidades —Kevin escupió las palabras entre dientes. Parecía estar a punto de golpear al joven Wilson, pero yo sabía, porque conozco el corazón humano, que su enfado iba directamente contra sí mismo—. Hubo influencia, seguramente, la anciana explotó sus viejas amistades, pero, pero… ¡Que el diablo maldiga mi lengua y que la atrofie y se caiga por las cosas que dije! Es una pobre asalariada, como yo, y adónde habrá ido… sola, sin un chelín de sobra en sus pequeños bolsillos…

Se metió los puños apretados en los bolsillos y se dio la vuelta.

Wilson se había puesto completamente pálido.

—Pero… si esto es verdad…

—Es verdad —dijo Kevin, sin girarse.

—Pero… pero si el señor O'Connell tiene razón… Cuando uno piensa en las cosas espantosas que le pueden pasar a una joven como ella… en esta ciudad infame…

Dedicada al estudio de la naturaleza humana como estoy, había seguido el dialogo con considerable interés. Pobre Emerson, estaría tan enfadado cuando se enterara de que el "maldito interés romántico" que deploraba era un rasgo en este caso… Efectivamente, pobre Emerson. Si había ido donde sospechaba que había ido, tendría motivos para lamentar el día.

Pero éste no era el momento de ceder a las emociones, tenía otro pequeño asunto que resolver primero. Ambos jóvenes parecían

desesperadamente afligidos y yo no quería prolongar su angustia más de lo absolutamente necesario. Por otra parte, no quería hacer un pronunciamiento dogmático cuando había una posibilidad, aunque mínima, de que me equivocara.

—Creo que sé dónde puede estar la señorita Minton —dije.

Kevin se dio la vuelta, Wilson se levantó de manera impetuosa. A dúo gritaron:

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Por qué…?

—Dije que creo que lo sé. Si estoy en lo cierto (y normalmente lo estoy), no hay ninguna razón en absoluto para preocuparse… al menos de su parte. En cuanto a la señorita Minton… Mejor váyanse y déjenme proseguir con mi investigación.

No me libré de ellos con tanta facilidad, pero aplasté sus preguntas y ruegos con mano firme.

—Ninguno de ustedes está en posición de exigir que traicione la confianza de la señorita Minton. Si fueran su marido o su prometido, tal vez admitiría tal reclamo, pero no lo son, y por eso rehúso a contestar. Prometo que les mandaré llamar (a ambos) en el instante que confirme mi teoría. Cuanto antes se vayan, antes empezaré a investigar.

Por lo menos los saqué a la calle y no esperé a ver si se alejaban. Me giré hacia Ramsés, que me había seguido al vestíbulo.

—Tengo el presentimiento de que compartes mis sospechas, Ramsés.

—Las mías no son sospechas, mamá —dijo Ramsés—. Estoy seguro…

—Ya veo. No sé si elogiarte por aprender finalmente a contener la lengua o castigarte por no decírmelo inmediatamente.

—Me enteré de esto ayer —explicó Ramsés—. Ella ha sido meticulosa en mantenerse apartada del camino y el cambio en su aspecto…

—Y el hecho de que las personas presten tan poca atención a los sirvientes. Excepto tu padre… Pero es extrañamente obtuso acerca de tales cosas, recuerda cuánto tiempo lo engañó la señorita Debenham.

Gargery, que había estado escuchando en un silencio desorientado, empezó:

—Puedo preguntar, señora…

—Lo explicaré todo en el momento oportuno, Gargery. Por favor regrese al salón y dígale a los niños que vayan a sus habitaciones. Supongo que para ahora Violet ya se habrá comido cada pedacito de comida de la mesita del té.

(Y verdaderamente, como se demostró, lo había hecho).

Encontré a la criada en mi habitación preparando el fuego. Se levantó murmurando una disculpa cuando entré; con la cara apartada, recogió el cubo de carbón y dio un rodeo hacia la puerta.

—El juego ha terminado, señorita Minton —dije—. Deje caer el cubo instantáneamente y dése la vuelta.

El cubo se inclinó, desparramando el carbón sobre la alfombra.

—Eso no importa —dije, cuando se arrodilló para recuperarlos —. De todas las artimañas despreciables y descaradas jamás perpetradas contra mí por un miembro de la prensa (e incluyo a Kevin O'Connell, al que no le falta desvergüenza), ésta es la peor. Nunca puso mi anuncio en el periódico, ¿verdad?

La señorita Minton se levantó lentamente. Con su vestido negro, el delantal arrugado y la pulcra cofia, parecía una sirvienta pequeña y bonita, pero me pregunté cómo podría haber sido yo tan torpe, a pesar de los intentos que había hecho para alterar sus rasgos. Era más un cambio de expresión, ojos abatidos, labios caídos y mentón bajado, que de rasgos; me hizo darme cuenta de cuán cruelmente honda es la sima entre las clases sociales en nuestra sociedad.

Después de un momento levantó la cabeza y enderezó los hombros. Trató de parecer avergonzada, pero había un brillo malvado en los ojos oscuros y una línea desafiante en el mentón.

—Me alegro que lo haya averiguado —dijo—. ¡No tiene la menor idea de qué frustrante ha sido! Una vez dentro, no podía salir. Su ama de llaves, estará contenta de oírlo, vigila a las sirvientas como un halcón hembra.

—¡Chica impertinente! —Exclamé—. ¡Qué! ¿Ni una palabra de disculpa o arrepentimiento?

—Me disculpo. Honestamente no puedo decir que me arrepienta de lo que he hecho, excepto que no pude hacer buen uso de mis oportunidades. No he tenido ni un momento para mí misma; en vez de escribir las historias y verlas aparecer bajo mi nombre, me vi forzada a sacar la información por cualquier medio que pude y dejar que otra persona se llevara el crédito.

—Ya veo. Entonces no fue una coincidencia que la policía hiciera una redada en el fumadero de opio mientras el profesor y yo estábamos allí, y que la prensa lo hubiera sabido por anticipado.

—Ése fue mi éxito más grande —dijo con orgullo la descarada mujer—. Estábamos a punto de sentarnos para cenar en la sala de los sirvientes, cuando Gargery entró corriendo, tan entusiasmado por su conversación sobre fumaderos de opio que no pudo guardarse las noticias para sí. Fingí tener un dolor de cabeza y pedí permiso para dar un paseo fuera en busca de un poco de aire. Por supuesto, esperaba encontrar a alguien que llevara la nota que había escrito al redactor de mi periódico. Un pillo callejero estaba vagabundeando y le pagué por llevar mi mensaje. Pero oí por casualidad varias otras cosas sobre las que no pude actuar.

Traté de recordar qué habíamos discutido Emerson y yo cuando estaba presente; pero otra vez el hábito abominable de tratar a los sirvientes como muebles se interpuso. Había prestado tan poca atención… Sin embargo, una cosa destacaba y si hubiera tenido el hábito de ruborizarme, que no lo tengo, lo habría hecho.

—No sé que va a decir Emerson —murmuré.

La sonrisa traviesa de la señorita Minton desapareció. Se agarró las manos.

—¿Oh, debe contárselo al profesor?

—No veo por qué no debería. El matrimonio, señorita Minton, necesita una conducta sincera y absolutamente honesta entre… Pero este no es el momento apropiado para tal discusión. Debo decir que estoy molesta porque parece importarle más su opinión que la mía. Emerson tiene ese efecto en las mujeres susceptibles, él no puede evitar… A veces no puede evitarlo.

—Usted no comprende. —El color rosáceo en las mejillas se agudizó, pero sus ojos se encontraron con los míos sin vacilar—. Al escuchar los intercambios entre ustedes, al tener el privilegiado de oír, contemplar realmente, la relación de dos mentes tan completamente en armonía… señora Emerson, me ha dado una idea enteramente nueva de lo que un hombre puede ser, de lo que una mujer puede esperar que deba ser. Su humor, su bondad, su fuerza y tierno cuidado…

Me alivió ver que no había contemplado realmente la relación de tales mentes. El amo cree que da órdenes al sirviente, pero el

sirviente sabe más de lo que debería. Algo de mi justa indignación disminuyó mientras escuchaba y cuando su voz vaciló y se rompió, sentí una simpatía profunda y mal dispuesta. Estaba claro por qué ella había permanecido en la casa después de que se hiciera patente que su treta era contraproducente. ¡Muy bien podía yo, de todas las mujeres, comprender el hechizo que Emerson lanza sobre una mujer con la inteligencia para apreciarlo! Y sospechaba que además de apreciar su humor y su bondad, ella no había estado ciega a los ojos azules, al pelo negro y brillante y a su musculatura admirable, de la que probablemente había visto mucho más de lo que debiera.

Fue ella quien rompió el ensueño profundo en el que ambas habíamos caído, contemplando, estoy segura, el mismo objeto.

—Me iré —dijo—. Le ruego, señora, que avise. ¿Será suficiente media hora?

—No puede dejar su puesto, está despedida —dije—. Y sin referencias. Tarde media hora o una hora, pero salga de mi casa. Le daré alguna explicación a la señora Watson.

—Sí, señora —dijo, mordiendo cada sílaba.

Bien, apenas podía culparla por tenerme aversión, puesto que poseía (tal y como ella creía) todos los derechos sobre el objeto de su adoración. Yo, que conocía demasiado bien el dolor amargo de los celos.

Pero mientras se dirigía hacia la puerta recordé lo que Kevin me había contado. Ella tenía una habitación en Londres, pero quizá no tuviera dinero para el coche de alquiler o para comida. No podía echar a la chica de la casa, de noche, sin un centavo en el bolsillo. Y había otras consideraciones.

—Espere —dije—. He cambiado de opinión. Permanecerá aquí esta noche, todavía como criada, por supuesto. No, no discuta, no admitiré ninguna discusión. Por la mañana puede irse a donde quiera y hacer lo que quiera. A menos que, es decir, prefiera dejar que uno de sus admiradores, que probablemente pasean de un lado a otro de la plaza, se haga cargo de usted.

—¿Qué ha dicho? —Se giró para mirarme—. ¿Admiradores? No tengo…

—Quizás la palabra fue imprudente. Pero ciertamente hay dos caballeros aguardando con preocupación la nota que prometí entregarles con noticias de su seguridad, señorita Minton. Fue cruel

y desconsiderado por su parte dejar a sus amigos con dudas sobre lo que le había sucedido.

—No tengo amigos —dijo salvajemente—. Sólo rivales. Y no hay ningún hombre que conozca cuya protección aceptaría.

Excepto uno, pensé yo. Y él te la daría, incluso después de la artimaña traicionera que le has jugado. Pero no el tipo de protección que desearías, señorita Minton.

—Haga lo que quiera —dije.

—Me iré por la mañana, señora. Con su permiso, señora. —Pero no esperó mi permiso y cerró la puerta de un modo que habría hecho que la señora Watson la despidiera en el acto.

Después de que se fuera empecé a caminar vigorosamente arriba y abajo por el cuarto, un ejercicio que encuentro conductivo al raciocinio. Acostumbrada como estoy a tratar rápida y decisivamente con los acontecimientos mientras ocurren, los desarrollos sorprendentes de la pasada hora habían puesto a prueba mis recursos.

Había sospechado que el señor Wilson estaba enamorado de la joven dama, pero incluso mis talentos, que son especialmente refinados en esa área, se habían visto engañados por la pretensión de O'Connell de indiferencia. Aún así, me consolé, quizás él sólo había aprendido a adorarla recientemente, cuando el temor por su seguridad había despertado sensaciones dormidas en su pecho. No se me podía culpar por no percibir algo de lo que él mismo no era consciente.

La complicación adicional del *cariño* de la señorita Minton hacia Emerson no tenía ninguna importancia. Él no correspondía a sus sentimientos y yo me aseguraría de que nunca lo hiciera.

La extraña persona que había llamado a Emerson era un misterio de abrumadora importancia. ¿Qué posible mensaje, llamada o amenaza podría haberlo sacado de casa sin decirme ni una palabra? Una respuesta era dolorosamente evidente, pero quizás no la correcta. Apenas sabía si esperar estar equivocada, puesto que en ese caso mi estimable cónyuge quizás estuviera haciendo frente a algún peligro desconocido él solo, o esperar tener razón.

No había nada que pudiera hacer en ese momento sino esperar a que volviera. ¿Pero y si no lo hacía? ¿Y si las horas se arrastraban lentamente sin ninguna noticia? Conociéndome como lo hacía,

sabía que no podría sentarme durante mucho tiempo de brazos cruzados.

Decidí que lo manejaría cuando llegara el momento. Mientras tanto, había dos jóvenes con los que tratar. Había prometido aliviar su ansiedad y Amelia P. Emerson siempre cumple su palabra, incluso cuando su corazón está en otra parte.

Gargery estaba en el vestíbulo, mirando por la ventana.

—Es demasiado pronto para esperar que vuelva —dije, con exasperación y simpatía mezcladas—. Se ha ido hace menos de una hora. Abra la puerta, Gargery, por favor.

Hizo lo que le pedí, pero de mala gana.

—Señora, no se vaya y desaparezca también. El profesor nunca me perdonaría…

—Sólo voy a cruzar la calle. —Porque allí estaban, como había esperado que estuvieran; O'Connell iba de un lado para otro, pero el señor Wilson permanecía inmóvil mirando fijamente hacia la casa.

—Por favor, señora, no…

Le toqué el brazo.

—Puede quedarse en la puerta y mirarme todo el tiempo, Gargery. Sólo quiero decirles unas pocas palabras a esos caballeros; volveré directamente.

No fue necesario que cruzara el asfalto. Tan pronto como aparecí, ambos corrieron hacia la cancela y fue allí donde tuvo lugar nuestra conversación.

—Mi conjetura era correcta —les informé—. La señorita Minton está dentro y perfectamente a salvo.

—¿Su palabra, señora E? —preguntó Kevin.

—Mi palabra. ¿Alguna vez le he engañado, señor O'Connell?

Una sonrisa pequeña jugueteó en las comisuras de los labios del joven.

—Bien… la creeré esta vez.

—¿Pero dónde está? —Preguntó Wilson—. Debo hablar con ella, asegurarme…

—Estoy sorprendida de verlo en tal estado de agitación, señor Wilson.

Efectivamente lo estaba, había descuidado y no se había quitado el sombrero que tenía ladeado en un ángulo desenfadado y las manos agarraban las barras de hierro mohosas sin importarle sus

elegantes guantes grises.

—Perdóneme —murmuró Wilson—. No dudo de su palabra, señora Emerson…

—Mejor que no. La señorita Minton volverá a sus habitaciones mañana; la podrá ver entonces. Ahora regrese a casa y duerma profundamente sabiendo que está a salvo.

O'Connell ya se había dado la vuelta con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados.

—Póngase su gorra, señor O'Connell —grité—. El aire de la noche es húmedo.

Agradeció la sugerencia con un gesto de la mano, pero no se detuvo ni obedeció la orden, por lo menos no mientras estuvo dentro de mi vista. El señor Wilson se demoró para darme las gracias y disculparse una y otra vez. Corté sus halagos y le ordené que se fuera.

En vez de volver inmediatamente a la casa me quedé en la puerta. El aire de la noche era húmedo e impregnado con el olor acre a carbón quemado, pero estoy segura que no debo contarle al Lector porque me demoré. Si hay alguno entre ustedes que en alguna ocasión u otra no haya estado de pie en una ventana o en una puerta, conteniendo el aliento y mirando si el vagabundo errante regresaba, cuyo corazón no se ha acelerado ante la vista de cada vehículo que gira en la calle o ante cualquier peatón cuya forma guarda la menor semejanza al esperado, que no haya sentido el dolor nauseabundo de la desilusión cuando el vehículo pasa sin parar y la forma es la de otro, entonces felicito con ganas a ese individuo por la tranquilidad de su existencia.

Gargery estaba en la puerta, mirando tan atentamente como yo. Fue un ejercicio inútil y yo bien que lo sabía; después de unos momentos di un suspiro profundo y comencé a darme la vuelta.

Los matorrales al lado de la cancela, ahora completamente floridos, oscilaron como si hubiera soplado una brisa repentina. Pero no había viento. Las hojas en los arbustos de enfrente colgaban lacias e inmóviles. Algo que podría haber sido una araña gigante blanca como la nieve se arrastró entre las ramas. No era una araña; era una mano, de palidez leprosa y delgadez esquelética. Y sostenía un papel.

En el momento que tomé el papel la mano desapareció; un

sonido como el de un débil susurro, que habría sido inaudible para cualquiera que no esforzara los oídos para oírlo, se desvaneció en el silencio mientras el mensajero se retiraba por el mismo camino por donde había venido, arrastrándose como un reptil por el suelo.

Ayesha había dicho que conocería a su mensajero. Apenas era probable que alguien más entregara una carta de un modo tan distintivo.

Gargery no había visto nada excepcional. Estaba segura que habría gritado o corrido hacia mí si lo hubiera hecho. Ocultando el papel en los pliegues de mi falda, volví a toda prisa a la casa y fui directamente a la biblioteca.

El papel había sido doblado dos veces pero no sellado. No tenía inscripción por fuera. Dentro sólo había una única línea de símbolos extraños.

Mi visión borrosa se tomó un tiempo desmedidamente largo para enfocarse. Los símbolos eran, como podría haber esperado, escritura jeroglífica, pero los signos estaban escritos torpemente, como por alguien que sólo conociera superficialmente los símbolos de la escritura elegante del antiguo Egipto, y la ortografía, si puedo usar esa palabra para describir un idioma que no es principalmente alfabético, era horrorosa. Tuve que darle vueltas durante un tiempo antes de descifrarlo. El obelisco era inconfundible, podría haber sólo el de Londres, pero ningún egipcio habría utilizado la frase “el centro de la noche” para referirse, como asumí que hacía, a la medianoche. Sólo había otro grupo de signos, las piernas caminando, utilizadas como determinativos para los verbos descriptivos del movimiento, y un único trazo.

—¿Venga sola? —No podía haber ningún otro significado. Era el tipo de sugerencia poco original que los escritores de mensajes anónimos siempre hacían, especialmente a las personas que esperaban atraer a una trampa. Una cita a medianoche, en el Embankment, hecha por una mujer que no tenía ninguna razón para apreciarme y sí todas para sentirse de otro modo, bien podría ser tal trampa.

Decidí llegar a la cita a las once y media. Cuando uno anticipa una emboscada, es estratégicamente ventajoso estar en el lugar de antemano.

Hay pocas veces en mi larga y (estoy feliz de decir) aventurera

vida que recuerde con menos placer que esa noche de primavera en Londres. La anticipación y la aprensión luchaban dentro de mi pecho y nunca las horas se habían arrastrado tan lentamente. Cené sola, aunque utilizar ese verbo sería engañoso, puesto que Gargery, en un estado de inquietud casi igual al mío, puso y quitó los platos de la mesa tan rápidamente que no podría haber comido aunque hubiera tenido ganas de hacerlo, cosa que no tuve. Cuando pasé por el vestíbulo hacia la escalera, lo vi en su puesto al lado de la ventana. Había retirado las cortinas y las estaba arrugando horriblemente, pero no tuve valor de quejarme.

Vacilo en registrar las teorías salvajes que bombardearon mi cerebro. En un momento estaba convencida de que la cita sólo podría ser una trampa de la que tendría que salir luchando. Al instante decidía que Ayesha había admitido al fin el vínculo entre nosotras, la compasión de una hembra oprimida por otra, y estaba a punto de darme la información que deseaba. Había una tercera posibilidad, que hubiera atraído a Emerson hacia ella con una súplica para que la ayudara o una oferta de… de algún tipo, y él estaba siendo retenido contra su voluntad. Fuera cual fuera el caso, el propósito de la reunión era exigir rescate. ¡Cómo esperaba y rezaba que fuera eso!

Después del lento paso del tiempo, aproximadamente un siglo (puesto que así se sintió), mi reflexión fue interrumpida por un golpe en la puerta.

—¿Quién es? —Grité.

—Soy yo, mamá. ¿Puedo entrar?

Me di cuenta de que debería haber ido a darle las buenas noches y asegurarme de que estaba donde se suponía que debía estar.

—Sí, Ramsés, entra. —Luego agregué—: estaba a punto de ir a verte. Todavía no ha habido noticias de tu papá, pero no estoy en absoluto preocupada por él.

Ramsés cerró la puerta con cuidado detrás de él y se quedó mirándome con seriedad. Ya llevaba su camisón y estaba, para ser Ramsés, relativamente limpio. Me pregunté si era consciente de la impresión debilitadora que causaba sobre su madre con la blancura angelical de su camisón y la vista conmovedora de los pequeños pies descalzos (se suponía que debía llevar zapatillas, pero eso no importaba). La sospecha no persistió, sin duda ni siquiera Ramsés

podía ser tan depravado como para recurrir a los sentimientos maternales más tiernos para disipar las sospechas de su madre.

—Vine a darte las buenas noches mamá y para preguntar… —empezó Ramsés.

—Eso supuse. Dame un beso entonces y acuéstate. Es tarde.

—Sí, mamá. —Ramsés me dio el beso, que le devolví, pero se escabulló del brazo que había puesto a su alrededor—. Vine a preguntar…

—Te lo he dicho, Ramsés, tu papá está fuera todavía. Subirá a besarte y darte las buenas noches cuando regrese, siempre lo hace.

—Sí, mamá. Pero no es eso lo que he venido a preguntar. Soy demasiado consciente de la prolongada ausencia de papá, puesto que he estado escuchando…

—Eso has hecho, ¿verdad? ¿Qué es, entonces?

—Quería pedir un adelanto de mi asignación.

La idea de darle a Ramsés dinero para gastos con regularidad había sido de Emerson y yo debo decir que funcionaba bien. La cantidad era absurdamente alta, pero, como Emerson indicó, nosotros siempre le estábamos comprando libros, papel, plumas y otros útiles académicos; estar obligado a presupuestar sus necesidades sería una lección útil para que se administrara y no terminaría por costarnos más de lo que le hubiéramos dado de todos modos.

—¿Qué, ya has gastado lo de la semana pasada? Dijiste a la señorita Helen que tenías doce chelines seis peniques, y eso fue antes de que tu papá te diera…

—He tenido gastos excepcionales —explicó Ramsés.

—Tus experimentos de momificación, supongo —dije, haciendo una mueca—. Muy bien; el monedero de mamá está sobre el escritorio, toma lo que necesites.

—Gracias, mamá. Y puedo decir que la confianza que muestras en mi integridad toca los más profundos pozos…

—Muy bien, hijo, muy bien. —Miré mi reloj. Habían pasado unos escasos cinco minutos desde que lo había mirado por última vez. ¿No se moverían las manecillas?

Ramsés fue directamente a la puerta.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo. Duerme…

La puerta se cerró antes de que pudiera terminar. Así estaba bien, en mi estado de excitabilidad nerviosa apenas podía soportar estar en la misma habitación con otra persona, mucho menos mantener una conversación.

Por fin el interminable tiempo de espera terminó y me dispuse a marcharme. Había debatido largo y tendido sobre qué llevar. Decidí ponerme uno de los trajes que había encontrado tan convenientes para excavar en Egipto —pantalón de tweed hasta la rodilla, con fuertes botas bajo estas, una camisa suelta y, debajo de todo, el nuevo corsé que había ordenado especialmente. Luego cogí mi cinturón de la cómoda y lo abroché; el familiar sonido y el tintineo de los útiles instrumentos atados a este me llenaron de una sensación de confianza y valor. Lamentaba sobremanera la ausencia de mi revólver. Lo había dejado al cuidado de Abdullah, debido al prejuicio de Emerson en contra de tener armas de fuego en la casa y a su aseveración de que tal precaución era innecesaria en la civilizada Inglaterra. Si hubiera estado en casa, le habría indicado la fatua locura de esa suposición.

Fui vagamente consciente de ruidos en la distancia, pero tan fuerte era el palpitar de mi febril corazón, que les presté poca atención, hasta que la puerta del dormitorio se abrió violentamente. Cómo puedo describir las sensaciones que llenaron cada centímetro de mi anatomía rebosante de alegría cuando contemplé a… Emerson. Esta única palabra lo decía todo. No puedo describir esas sensaciones y no lo intentaré.

Después de un intervalo que tampoco intentaré describir, Emerson me apartó con toda la longitud de sus brazos y me miró inquisitivamente.

—No es que desprecie tu ardor, Peabody —comentó él—, pero estoy algo perdido al explicarlo. ¿Ha pasado algo?

—Algo ha… ha… —Puse ambas manos en medio de su pecho y empujé con tanta fuerza como pude. Emerson retrocedió contra la puerta; su amplia sonrisa me enfureció aún más—. ¿Cómo te atreves a preguntármelo? —Grité, apretando mis puños—. Como te atreves a dejar esta casa sin una palabra de explicación y ausentarte durante horas, perdiéndote la cena y abandonándome postrada por la ansiedad…

—Es más que eso —comentó Emerson. Doblando los brazos, me

miró caminar de un lado a otro, el tintineo de mis instrumentos me proporcionaban un acompañamiento musical. Después de un momento dijo—: ¿Y a dónde ibas, Peabody? ¿Ya que presumo que no planeabas retirarte completamente vestida y armada hasta los dientes?

Me detuve repentinamente. Cuán típico de un hombre, pensé amargamente, marcharse el tiempo suficiente para agitar la más extremas aprehensiones… y luego aparecer a tiempo para frustrar mis planes. Si hubiera estado fuera cinco minutos más, yo habría salido de la casa.

—Salía a buscarte —murmuré.

—¿Lo hacías, Peabody? —Él se precipitó a mi lado y me abrazó —. Mi querida Peabody…

La vida, querido Lector, es a veces irónica. Los mismos abrazos que había animado —y a los cuales di la bienvenida, ni que decir, inherentemente—, resultaron mi perdición. La maldita nota, que había guardado en mi bolsillo (no importa cuál) crujió bajo la presión de la mano de Emerson. Mi explicación le había complacido y conmovido, pero ella no había aliviado totalmente sus dudas. Emerson no es ni estúpido, ni crédulo. Antes de que pudiera detenerlo, él había arrancado el mensaje de su escondrijo y lo leyó.

—¿De quién es esto, Amelia? —preguntó él quedamente.

—¿No lo sabes, Emerson? ¿No puedes arriesgar una conjetura?

—No. Ninguno de mis conocidos escribe en este vil egipcio. —Se esforzó por hablar ligeramente, pero los músculos que temblaban en sus mandíbulas y el temblor de la magnífica barbilla hendida traicionaba la lucha que realizaba para evitar bramar. Le di la espalda, sus dedos acerados me agarraron de los hombros y me hicieron girar para quedar frente a él.

—No ibas a buscarme. ¿Cómo diablos podrías? Donde, en todas las jaulas de ratas que abundan en una ciudad…

—¿Dónde crees? ¿Dónde más? Habría comenzado mis preguntas allí; por suerte, ella me ha resuelto el problema.

—¿Ella? —El apretón de Emerson se relajó. Me miró casi con temor—. Como podrías saber que…

—Te vi entrar en su casa, Emerson. No una, sino dos veces. Estaba en el parque, mirando, la segunda vez. ¿Crees que una tonta barba y una cesta de pescado podrían ocultarte de mis ojos?

—¡Pescado! —Exclamó Emerson—. ¿Pescado? Pescado… —La luz se hizo en él, los músculos de su mejilla se contrajeron y su mandíbula sobresalió, sus cejas se alzaron—. ¡Ayesha! Es de Ayesha de quien hablas. ¿Esta nota es de ella?

—¿Insinúas que hay otra? —Grité.

Emerson no prestó atención. Ahora era él quien caminaba de un lado lanzando jadeantes exclamaciones.

—Entonces está lista para hablar. Pero por qué ella… Medianoche, ha dicho. Cuán trillado y convencional… ¡Amelia! ¿No ibas a aceptar esta cándida invitación, verdad? ¡No puedes ser tan cabeza de alcornoque! Ah, maldición, claro que puedes. ¡Ibas a hacerlo!

—Puedo, podría y estoy a punto de hacerlo —contesté, dominando mi confusión e indignación—. Y debo ir de inmediato.

Emerson dejó de caminar.

—Es una trampa, Amelia.

—No puedes estar seguro. Pero si lo es, más razón para que llegue temprano. La ventaja estratégica…

—¡No me sermonees, maldición!

—¡Emerson, por favor!

—Perdóname, Peabody. —Emerson se frotó la barbilla—. Ella tiene razón, por supuesto —refunfuñó él—. Y no hay nada que la prevenga. A menos que…

Sus ojos se enfocaron en mi rostro con una mirada calculadora en ellos, y la flexión (estoy segura) involuntaria de sus manos, me hizo retroceder un paso.

—Emerson, si alguna vez me pones una mano, de una forma restrictiva, quiero decir, lo lamentarás hasta al final de tus días.

—Ah, bien, ya lo sé, Peabody —dijo Emerson quejumbrosamente—. Hay ocasiones en que me pregunto si no valdría la pena; pero cuando pienso en las cosas que puedes hacer… o no… ¿No sería mejor que fuéramos?

—Un momento. ¿Qué significa esa mujer para ti, Emerson? ¿Cuándo la conociste? Y…

—¿Cuál mujer? —preguntó Emerson, sonriendo ufanamente—. Ahora, Peabody, no pierdas los papeles, no tenemos tiempo para eso… o para explicaciones. Te prometo que las tendrás, a su debido tiempo, por supuesto, eso si sobrevivimos a la aventura de esta

noche, la cual aparenta ser, en este momento, muy problemática. Llevamos a Gargery, o… No, puedo ver por tu expresión que la idea no te parece adecuada. Nosotros dos, entonces… lado a lado y espalda contra espalda, como en los viejos tiempos.

¿Cómo podía resistirme a esa petición o rechazar la fuerte y bronceada mano que se extendía hacia la mía?

* * *

A pesar de la promesa de Emerson de darle media corona al conductor si iba a toda la velocidad posible, tardamos más de lo que hubiera esperado, y todavía discutíamos cuando el coche de alquiler alcanzó el inicio de Savoy Street, junto a Waterloo Bridge. (Ya que esta estratagema me permitía acercarme al sitio desde la dirección opuesta a la que un observador esperaría).

—Me dijo que viniera sola —repetí por décima vez—. Si ve que me acompañas, puede que no se dé a conocer.

Emerson tuvo que admitir la lógica de esa afirmación, pero las soluciones que propuso eran poco prácticas o absurdas. Habría sido imposible que se hiciera pasar por mí, incluso envuelto en una capa y con un gorro pasado de moda. Finalmente estuvo de acuerdo (maldiciendo) con el único método prudente… a saber, que debería seguirme a cierta distancia e intentar encontrar un lugar cerca del Obelisco donde ocultarse.

Lo persuadí de renunciar a la barba. Con el cuello levantado y el sombrero bajado sobre su frente, podría pasar como un vagabundo ocasional, si la niebla iba a ser tan espesa como esperaba que fuera (aunque debo admitir que él nunca me habría engañado, o a ninguna otra mujer cuya agudeza de visión estuviera reforzada por el afecto). Lamentablemente la noche era clara, salvo por retazos de neblina flotando sobre el agua.

Vimos girar el coche de alquiler y escuchamos el sonido de este al alejarse. Emerson me tomó de la mano.

—¿Tienes tu parasol, Peabody?

—Puedes verlo por ti mismo —contesté, blandiéndolo.

Un rápido y asfixiante abrazo fue su única respuesta. Sin decir palabra me indicó que procediera.

Del puente, el cual estaba casi encima de mi cabeza, el estruendo y el traqueteo del tráfico alcanzaron mis oídos, mezclados con los pitidos de las locomotoras aproximándose a Waterloo

Station al otro lado del río. Me dirigí directa al terraplén, iluminado por lámparas de gas incandescentes. Estaban ubicadas sobre pedestales de hierro forjado y separadas entre sí por unos dieciocho metros de distancia; desde donde estaba parada formaban un brillante collar de luz, creando una doble hilera al reflejarse en las oscuras aguas.

Comencé a andar, manteniéndome tan lejos de las luces cómo me fue posible. No era la única persona en la calle, después de que un corpulento y descuidado tipejo se detuviera con la intención obvia de hablarme, convertí mi parasol en un bastón y caminé cojeando dolorosamente, fingiendo la debilidad de la vejez. Sobre y a mi derecha resplandecía el brillo de la luz de las atareadas calles; a mi izquierda estaba el enfurecido río; y todo recto, sobresaliendo de las sombras contra el cielo estrellado, surgía la forma altísima del más simple y el más impresionante de los monumentos hechos por el hombre… el obelisco que una vez engalanó un templo en el soleado Egipto. Ahora estaba junto a un río ajeno, envuelto por la fría niebla; y pensé qué extraño le debería parecer este ambiente si hubiera sido capaz de experimentar sentimientos.

Pero no era momento para sentimentales reflexiones filosóficas cuando tenía una misión. Puse mi espalda contra la cerca que encierra el obelisco y esperé, con todos mis sentidos alerta. El velo de la entrecortada neblina sobre el río había aumentado y enviaba a la deriva volutas a tierra. Una lámpara a dieciocho metros de distancia brillaba alegremente sobre el pavimento, pero sólo sus rayos más apartados tocaban un lado del monumento.

Faltaban treinta minutos para la hora designada cuando me separé de Emerson. Conociendo cómo podía deformarse el sentido del tiempo en semejantes condiciones, me había resignado a lo que parecía a todas luces una larga espera; pero apenas tomé mi posición cuando un suave silbido me hizo volver la cabeza bruscamente a mi izquierda.

Ella vestía prendas oscuras. Sólo la nívea blancura de una mano, sosteniendo los ceñidos velos sobre su cara, traicionaba su presencia.

—Buenas noches —comencé.

Su mano voló como una flecha y cubrió mi boca.

—¡Silencio! No hable, escuche. No hay tiempo. Váyase

rápidamente, antes de que él venga.

Aparté los dedos febriles que se adherían a mis labios.

—Usted me pidió…

—¡Tonta! Él me hizo escribir esa nota. Yo esperaba que viniera antes de tiempo, entonces podría advertirle, ya que tengo… pero eso no importa, debe escapar. Creía que la quería para la ceremonia de mañana por la noche, y eso sería… Pero él tiene a otra ahora, ella servirá a sus objetivos, y aún cuando acepté, no me encontraré con *Sitt Hakim*, él… él piensa matarla, no puede haber otra razón.

Ella empujó su rostro muy cerca al mío y lanzó las frases incoherentes como dardos. Sus manos empujaron y se aferraron en mí, reforzando sus urgentes palabras. Se le había caído el velo e incluso en la penumbra pude ver lo que él le había hecho después de que ella osó desafiarlo.

—Venga conmigo —le exhorté, tratando de capturar una de sus frenéticas manos—. ¿Por qué protege a un hombre que la amenaza y le pega? Dígame su nombre. Prometo que él nunca va…

—No lo conoce. No sabe lo que puede hacer. Tiene poderes… Ah, usted es una desquiciada y fría inglesa, ¿no le teme a la muerte?

—No como usted la teme —dije—. Y aún así se ha arriesgado a advertirme. ¿Por qué?

Las nerviosas manos se calmaron, durante un momento se quedaron inmóviles sobre mi pecho.

—Él le ama —susurró ella—. De todos los hombres que he conocido, él solo… Y usted me habló ese día con tales palabras… ¡Ah, esto es una locura! ¿Se marchará?

—No a menos que usted venga conmigo. No la abandonaré para que se enfrente a él.

Ella me miró a los ojos. Creí, verdaderamente creí, haberla persuadido. Entonces sus manos soltaron su agarre y se alejó.

Por impulso comencé a seguirla; pero la razón prevaleció y regresé a mi lugar. Ella había salido de mi vista, detrás del obelisco; con la oscuridad y la niebla condensándose podría fácilmente eludirme. Si fuera tras de ella podría perder a mi verdadera presa, el mismo asesino. Una vez que tuviera al villano en mi poder no tendría necesidad de Ayesha, o ella de mí. (Aunque tenía toda la intención de presionarla con mi sugerencia de que se retirara a la

paz rural y la armonía doméstica tan necesaria para una naturaleza como la suya).

¡Un alarido se propagó por la noche! Fue repentinamente interrumpido, como si una tosca mano hubiera restringido las tirantes cuerdas vocales. Tenía que ser Ayesha quién había gritado, no podría ser nadie más. Con el parasol en alto, me precipité impetuosamente en la dirección desde la que había venido el sonido.

Imaginen mi asombro cuando la primera persona que vi fue a Emerson. Para ser honesta, casi me había olvidado de él. Estaba de pie dentro del círculo de luz proyectado por la lámpara más cercana y miraba fijamente, por encima del pavimento hacia los jardines al fondo. Estos se encontraban en total penumbra, pero distinguí una forma que no era ni un arbusto, ni un árbol… sino una forma enorme, monstruosa, apenas humana por el contorno.

—Espera, Peabody —gritó Emerson—. ¡Tiene una pistola en su cabeza!

Justo cuando lo mencionó vi que el tenue destello del metal, en efecto, era el de un arma, y deduje que el pálido ovalo junto a este debía ser el rostro de Ayesha. Sus prendas negras se mezclaban con la ropa oscura de su atacante, el cual parecía llevar una capa de ópera y un sombrero de copa. Su rostro estaba completamente oculto detrás de una ceñida máscara de seda.

—Maldita sea —exclamé—. ¿Dónde está la condenada policía? Uno supondría…

Un revuelo de movimiento en las tinieblas y un quejido de Ayesha me detuvieron. No se requería una orden verbal del cobarde desgraciado para advertirme que un ruido fuerte o un abrupto movimiento harían que presionara el gatillo.

Demasiado tarde me di cuenta que debí mirar antes de saltar en lugar de precipitarme ciegamente al rescate. Si hubiera llegado sigilosamente por detrás de él…

De repente llegó otro cambio más abrupto en la forma de la oscuridad. Era difícil para mí distinguir qué estaba haciendo, pero Ayesha lo sabía. Otro grito de ella se mezcló con el sonido de una pistola al disparar. Emerson levantó la mano hasta su cabeza. Una expresión de profundo asombro cruzó su cara. Lentamente se desplomó al suelo.

No pude, no me atreví, ir hacia él. Emerson no podía estar muerto, sólo herido; pero la muerte de mi querido cónyuge (por no mencionar la mía) era segura si el asesino no soltaba la pistola. Ayesha luchaba con él, aferrándose a su brazo. Me precipité a ayudarla.

El segundo disparo fue amortiguado por el cuerpo de Ayesha. Ella cayó como un ave herida, doblándose a los pies de su atacante y cuando él alzó la pistola para disparar otra vez, la vara de mi parasol cayó sobre su antebrazo.

La pistola cayó, la golpeé con la punta de mi pie y la envié girando hasta los arbustos. ¡Emerson estaba a salvo! Pero yo no estaba en buenas condiciones, debido a que el desconocido me había agarrado por la garganta. El cruel apretón cambió y aumentó, cortando el aire a mis pulmones y la sangre a mi cerebro. Sus manos estaban enguantadas; mis uñas no causaron marca. Intenté alcanzar su rostro, pero mi brazo cayó. Mis pies colgaban libres de su base. La oscuridad se cernió sobre mí. Me acuerdo de pensar que los condenados policías nunca estaban cerca cuando se les necesitaba…

Lector, de repente llegó como respuesta a mi oración… débil y aparentemente lejos, opacado por el palpitar de la sangre en mis ensordecidos oídos… ¡el agudo toque de un silbato de policía! Las manos en mi garganta soltaron su agarre. Caí indefensa a tierra, aterrizando en una superficie suave y flexible; y cuando la visión regresó a mis ojos empañados me encontré mirando directamente al rostro muerto de Ayesha.

Estremeciéndome, me puse sobre manos y rodillas, justo a tiempo para ver la pequeña forma de un dardo cruzando el algo limitado campo de mi visión. Alguien gritó:

—Ey, pequeño demonio, vuelve… que demonios… Jack, ve por el otro camino, aléjalos… ¿Qué es todo esto?

El rescate había llegado, en forma de dos botas muy grandes. Supuse que un policía estaba en ellas, pero no me detuve a investigarlo. Demasiado débil para levantarme, me arrastré directamente hacia la forma inmóvil de mi marido, quien yacía con el rostro sobre el sendero de grava. La fuerza regresó a mí cuando lo toqué, lo giré frenéticamente hasta ponerlo de espaldas.

Sus ojos se abrieron. Y me vio. ¡Estaba vivo! ¡Dios del Cielo,

estaba vivo!

—Peabody —comentó él—, esto se está volviendo embarazoso.

Capítulo 13

No debe suponerse que pegué ojo aquella noche. Arrimada al agonizante fuego o recorriendo la longitud de la habitación, inclinándome a frecuentes intervalos sobre el sofá donde reposaba mi herido y heroico esposo, apartando el oscuro cabello de su frente, o escuchando en una agonía de feliz alivio su respiración profunda y sonora… así pase las horas hasta el amanecer. Él durmió profundamente. Tomé la precaución de añadir una pizca de láudano en su taza de té, ya que sabía que sin él, su espíritu inquieto nunca le daría el reposo que su cuerpo requería.

Con frecuencia mientras me esforzaba en tranquilizar mi mente, mis pensamientos seguían volviendo a los horrores de aquella memorable noche. Las imágenes destellaban sobre la pantalla de mi agitada mente con la intensidad de una pesadilla: los ojos inamovibles y fijos de Ayesha, que había dado la vida por nosotros… por uno de nosotros, en todo caso; el bendito y hermoso ceño de mi querido Emerson mientras recuperaba la consciencia y descubría que una vez más su presa se le había escapado; la cara redonda, roja y desconcertada del agente de policía que había perseguido a un pequeño ladronzuelo a los Jardines Victoria y se había encontrado frente a un cuerpo muerto, un hombre herido y una mujer que estaba en escaso mejor estado, agitada y siendo medio estrangulada…

Todavía me dolía la garganta, a pesar de la asistencia médica rápida y eficiente que nos habían proporcionado a Emerson y a mí. Pero el dolor no era nada comparado con la angustia mental que me llenaba. Me había equivocado. Sí. Yo, Amelia Peabody Emerson, había fallado al seguir las deducciones rigurosas y lógicas que eran esenciales en una investigación criminal.

Había alguna excusa para mí, creo. Los acontecimientos de aquél

día estimulante se habían sucedido uno sobre otro con tal desconcertante velocidad, que nunca había tenido el tiempo de pensar detenidamente en ellos. Aunque sabía que no era la verdadera razón de mi fallo. Los celos habían enturbiado mi mente, la desconfianza me había impedido seguir el sendero de la razón. Qué cierto es, como dicen las escrituras, que "los celos son crueles como la tumba; sus brasas son brasas de fuego, las cuales tienen la más vehemente llama."

Una vez más, me cerní sobre Emerson y presioné mis labios sobre su frente herida. El médico se había visto obligado a afeitar un poco de cabello antes de vendar el surco que le había marcado el cuero cabelludo. Uno de los brillantes bucles negros reposaba todavía en mi seno, ya que lo había recogido del (bastante sucio) suelo y prometido que lo llevaría siempre, para recordar qué cerca había estado de perder algo más querido que la vida misma. Nunca volvería a dudar de él. ¡Nunca!

Tras repetir el gesto y el juramento varias veces, descubrí que estaba lo bastante calmada como para reasumir el raciocinio. Empecé con las revelaciones de la señorita Minton. No era una coincidencia que la policía hubiera elegido aquella hora y aquella tarde para visitar aquel fumadero de opio. La señorita Minton había enviado el mensaje a un colega y él se lo había notificado a la policía. ¿Les había advertido que nosotros estaríamos allí, o había utilizado alguna otra estratagema para persuadirlos de que investigaran? Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba que la segunda alternativa era la correcta. Nuestra presencia había pasado desapercibida hasta que Emerson la anunciara con su acostumbrada energía y vigor. El hecho de que la policía hubiera sido tan rápida para responder a una sugerencia, no obstante redactada con ingenio, de un miembro de la prensa, sugería firmemente que ya habían estado sospechando de Ayesha y su establecimiento.

El despreciable inspector Cuff me había decepcionado. Nunca había creído que Ahmet fuera el asesino. Había puesto al hombre bajo arresto por dos motivos: uno, para levantar consternación y alarma entre sus asociados, con la esperanza de provocar un movimiento descuidado o declaraciones indiscretas; y dos, porque esperaba que aquél bien conocido soplón podría revelar

información valiosa bajo la presión del interrogatorio policial. ¿Qué sabía Cuff? Yo no tenía la respuesta, pero estaba segura de una cosa: si Cuff creía que el hombre tras el que estaba era un inglés y miembro de la aristocracia, procedería con extrema precaución. Una acusación contra tal hombre tendría que ser respaldada por una evidencia lo más fuerte posible.

Que Ayesha había sabido la verdad se confirmaba por sus propias palabras. "Él" le había ordenado que me atrajera a una trampa. Su resistencia a llevar a cabo la misión de traición debía haber levantado sus sospechas y provocado el temor de qué, en vez de eso, ella pudiera traicionarlo (como estoy convencida de que hubiera hecho con el tiempo). Por lo tanto la había seguido, quizás estuvo lo suficientemente cerca para oírla advertirme.

El hecho de que hubiera estado lo bastante alarmado como para atacarme era alentador. Menos alentador era que yo no tuviera la menor idea de qué había dicho o hecho para alarmarlo. ¿Era posible que mi visita a Ayesha hubiera sido suficiente en sí misma? Eso no parecía probable. Era, seguramente, más probable que hubiera tropezado con alguna prueba cuyo significado yo había pasado por alto.

Ayesha había dejado deslizar una palabra durante nuestra conversación inicial que había considerado significativa. Ella había hablado de un "caballero" inglés. Yo nunca hubiera usado aquella palabra. Pero después de pensarlo estaba inclinada a preguntarme si eso significaba para ella lo que significaba para mí. Como yo había dicho, la palabra árabe para "esposo" —incluso para "hombre"— implicaba aquella degradante implicación, y en el curso de sus primeras transacciones de negocios Ayesha debía haberlo usado con frecuencia para lisonjear a sus clientes. Un hombre siempre está listo para creer que s de verdad el amo y señor de todo lo que contempla, especialmente de cualquier mujer con que tropiece.

Aunque esto estaba lejos de concluir, todas las evidencias señalaban en la misma dirección: a saber, que el falso sacerdote y el asesino de Oldacre eran uno y el mismo, y que era lord Liverpool o su demoníaco mentor. Ambos debían estar envueltos en el asunto junto con otros, por que había habido al menos seis intrusos enmascarados en la sala de conferencias.

En este momento, el proceso de raciocinio se rompió por un

grito sordo de Emerson. Volé a su lado. No había despertado, pero se movía con inquietud, moviendo la cabeza de un lado a otro y tanteando con la mano. Con el corazón latiendo con fuerza, escuché las sílabas entrecortadas que escapaban de sus labios; y con alegría inefable las reconocí como las sílabas de mi nombre.

Tan pronto como me tendí a su lado y tomé su mano en la mía, se volvió a tranquilizar. Un último murmullo movió el aire del ambiente.

—Maldita sea, Peabody —susurró.

Atraje su oscura cabeza a mi pecho e iba a reanudar mi tren de pensamientos cuando, por alguna razón inexplicable, caí dormida.

Al despertar mi primer pensamiento fue para Emerson. Un rápido vistazo al semblante tan próximo al mío me tranquilizó, estaba durmiendo dulcemente. Entonces escuché de nuevo el ruido que me había despertado.

—Ramsés —susurré— ¿Qué estás haciendo aquí?

La cabeza de Ramsés apareció a los pies de la cama.

—Estaba muy quieto, mamá. Sólo quería saber si estabais despiertos.

—Lo estoy ahora, gracias. Pero tu papá está durmiendo aún, así…

Los labios de Emerson se abrieron.

—Él no está durmiendo.

—Tienes los ojos cerrados —dije.

Los abrió.

—¿Qué condenada hora es? —preguntó Emerson.

Cambié mi posición a sentada. Me había ido a dormir con mi bata, así que todo estaba en orden. Ramsés se volvió, sus ojos interesados siguieron cada uno de mis movimientos.

Emerson se puso de espaldas.

—Humm —dijo—. ¿Qué condenada…?

—No lo sé, Emerson, no puedo ver el reloj desde aquí.

—Son las dos y diez —dijo Ramsés—. Confío en que olvidaréis esta intromisión, mamá y papá, pero habiendo escuchado de Gargery el más reciente roce con la muerte de papá, mi ansiedad dio lugar…

—¡Las dos! —exclamó Emerson—. ¿De la tarde? Debe ser, el sol brilla… por Dios, Peabody ¿por qué me has dejado dormir hasta tan

tarde?

Mis esfuerzos por contenerlo fueron vanos, balanceó los pies al suelo y se encaminó al baño. Tras dudar un momento Ramsés lo siguió. Le gustaba ver a su padre afeitándose. Se le había prohibido terminantemente tocar cualquiera de las navajas de Emerson, después de que una vez casi se cortara la garganta mientras imitaba aquel (en su caso innecesario) procedimiento.

Tras tocar el timbre los seguí, para descubrir a Ramsés sentado sobre la cómoda mientras Emerson se salpicaba la cara con agua fresca.

—Esto está mejor —dijo con jovialidad—. Qué noche ¿verdad Peabody?

—No está mejor. Tienes la venda mojada. Emerson ¿cuántas veces tengo que decirte…?

Ramsés habló al mismo tiempo.

—Presumo, papá, que tu pregunta se refiere a tu último encuentro con el criminal enmascarado. Yo estaría muy interesado en averiguar que…

Antes de que cualquiera de nosotros terminara, la puerta del dormitorio se abrió y entró un verdadero desfile de sirvientes… Una de las doncellas llevando una bandeja de té, otra con agua caliente, la señora Watson para supervisar sus actividades y Gargery… bien, sabía por qué estaba allí Gargery. Él ni siquiera fingía tener una excusa razonable.

—¿Cómo está el profesor, señora? —exigió.

—Bien, bien —gritó Emerson—. Buenos días Gargery. ¿Quién más? ¿La señora Watson? Esplendido. Querré un desayuno muy grande, señora Watson… o almuerzo… o cualquier comida que parezca apropiada… tan pronto como sea posible, ¿eh? Oh… perdóneme… esto… Susan… —Retrocedió para permitir que la doncella (Mary Ann) depositara un jarro de agua caliente sobre la mesa.

Detrás de Gargery vi lo que parecía ser el personal al completo de la casa —cuatro lacayos, la cocinera y otras tres doncellas incluyendo la pinche de cocina, la cual se suponía que nunca aparecía en los pisos de arriba.

Suspiré con resignación.

—Como verán, Gargery, y el resto, el profesor Emerson vuelve a

ser él mismo. Ahora espero que sus mentes se hayan tranquilizado y vuelvan a sus tareas.

—Oh, señora Emerson —exclamó el ama de llaves—. Lo siento, no sé que les ha pasado, normalmente no se comportan así…

—Está todo bien, señora Watson. Lo he visto ocurrir antes. No es culpa suya.

—Le ruego me perdone, madame —empezó Gargery.

—Sí, ¿Qué pasa?

—Con todos los respetos señora, a ellos, y a mí, nos gustaría preguntar sobre usted, señora. Suena un poco ronca, señora. ¿No le gustaría enviarme a por el doctor, señora, para que la examinara?

Costó algún tiempo tranquilizarlos, pero al final se dispersaron, después de que la cocinera me informara de que ella conocía un buen remedio para las gargantas doloridas, consistente en una parte de miel, marrubio y brandy, el cual podía confeccionar inmediatamente. Cerré la puerta y me hundí en una silla. Por una vez, me sentía bastante incapaz de hablar.

De todas formas hubiera sido imposible mantener una conversación mientras Ramsés estaba presente. De manera que me senté tranquilamente y me bebí un té… dolía un poco tragar pero el líquido caliente me reanimó increíblemente… y escuchar los sonidos vigorosos de Emerson mientras completaba su aseo, asistido por los comentarios de admiración, preguntas y sugerencias de Ramsés.

Finalmente salieron, brazo con brazo. Amablemente, Emerson me permitió cambiarle el vendaje, este y su cabello estaban empapados. Luego me retiré a arreglarme, mientras Emerson se sentaba y ponía a Ramsés sobre su rodilla, y empezaba a contárselo todo.

Mi cronometraje fue excelente. Cuando salía del baño, escuché a Ramsés decir:

—¿Quién es la infortunada dama, papá?¿Y cómo ocurrió que ella fuera fatalmente herida durante el forcejeo? Entiendo que te habían dejado inconsciente y como resultado no te diste cuenta de lo que ocurría durante los momentos finales, pero por lo que has dicho, está claro que el villano te disparó primero a ti y no dudaría en haber disparado a mamá a continuación, pero si conozco a mamá, y seguro que lo hago, ella nunca escaparía sino que atacaría

a tu asaltante con suma energía, y de hecho los moratones en su garganta son la evidencia de que se enzarzó con él… y él con ella… por decirlo…

—Entiendo lo que quieres decir, Ramsés —dijo Emerson. Me lanzó una mirada—. Esto… ¿decías, Peabody?

—No.

—Y no es de extrañar —exclamó Emerson, dejando a Ramsés a un lado y saltando de pie—. Mi pobre y querida Peabody, tu hermoso cuello de cisne recuerda a un fragmento de una pintura de Turner. Se está poniendo de todos los colores del atardecer. ¿Dónde está la cocinera? Habló de un remedio…

Ramsés trotó hacia el baño, remarcando:

—Agua fría, aplicada continuamente…

Lo agarré.

—No, gracias Ramsés. Aprecio tu preocupación, pero no necesito que chorrees agua sobre mí y el baño. Hala, vete. Quiero vestirme.

—Sí mamá. ¿Podría primero preguntar…?

—Más tarde, Ramsés.

Emerson se ofreció a ayudarme a vestirme, pero antes de que tuviera tiempo para cualquier acción, apareció la señora Watson para anunciar que el almuerzo estaba listo. Emerson miró su reloj.

—Humm, sí, se está haciendo tarde. Listo ¿y tú, Peabody? Vamos, toma mi brazo.

—Primero está el pequeño asunto de abotonar mi espalda —repliqué—. Quizás, señora Watson, ¿me haría el favor?

Emerson pareció herido. Fingí no darme cuenta.

Muy considerada, la cocinera había preparado un almuerzo frío, con una variedad de jaleas, gelatinas y otras substancias suaves que se deslizaban sin molestar. Emerson comía rápidamente —con cualquier otro hombre, diría que engullía su comida— y lanzaba miradas torcidas y subrepticias a su reloj. Por una vez su conversación era tan insulsa y correcta como cualquier anfitriona podría desear.

—Un adorable tiempo primaveral, ¿verdad, cariño? Estoy haciendo progresos excelentes en mi manuscrito ¿he recordado agradecerte, mi querida Peabody, tus útiles sugerencias? ¿Has sabido algo últimamente de Evelyn y Walter? ¿Como están Raddie, Johnny, Willy y la pequeña Amelia?

Repliqué con monosílabos, me preocupaba dejar que mi boca se abriera demasiado tiempo por miedo a lo que pudiera salir de ella. Una persona racional podría suponer que mi ira y mis celos habían sido disipados por la triste muerte de una mujer que había amado "no sabiamente pero demasiado bien"; pero, oh Lector, los celos no son racionales. Ella había muerto por salvarlo. El arma había estado apuntando a Emerson, no a ella, cuando agarró el brazo del asesino y la aferró, con la fuerza fiera de la pasión, para evitar que él le aplicara el *coup de grace*. No había peleado para escapar, sino solo para alejar el arma del hombre que adoraba. Muerta y mártir, era una rival mayor que cuando había estado viva.

Un sonido estrangulado escapó de mis labios. Podría haber sido un sollozo, pero más bien creo que era un ahogado grito de furia. Emerson me miró ansioso.

—Harías mejor pasando el resto del día en la cama, querida. Tener un agradable descanso…

Arrugué mi servilleta y la arrojé el suelo.

—¿Para que puedas salir de la casa sin que yo lo sepa? ¿Dónde vas a ir, Emerson? ¿A hacer los arreglos para un funeral digno y un monumento de mármol? ¿Para tener el ataúd abierto y que puedas besar sus labios por última vez? ¿Quién era esa mujer, Emerson? ¿Qué significaba ella para ti?

Emerson se sentó agarrándose a los brazos de la silla, los ojos saliéndose de las orbitas y la boca entreabierta. La reacción de Gargery fue más explosiva; dejó caer la bandeja que sostenía, y la hermosa gelatina de tres capas de la cocinera se derrumbó en un charco multicolor.

—Oh, señora —jadeó.

—Espera un minuto —dijo Emerson—. ¡Peabody, me dejas sin respiración! Crees que yo… Piensas que ella… ¿Era eso por lo que…? Caramba, Peabody, asumí que estabas bromeando.

—¡Bromeando! Sobre un tema tan serio como la fidelidad, la devoción de toda la vida, la confianza…

—Ahora, cállate un condenado minuto, Peabody —exclamó Emerson.

—¡Oh, señora! —Gargery avanzó hacia mí, sus pies chapoteando en los ruinas de la gelatina—. Señora, el profesor nunca… él no podría… él es completamente devoto, en cuerpo y alma…

Respiré profundamente.

—Emerson —dije, bastante calmada—, en realidad no pienso que pueda controlarme mucho más. Le tengo mucho cariño a Gargery, y aprecio su cordial interés en nosotros pero…

—Oh, basta, Peabody —dijo Emerson—. Jamás *devant les domestiques* ¿verdad? Al menos no esta vez. Excúsanos, Gargery, sé un buen chico. No te preocupes, todo está bastante bien.

Él me ofreció el brazo. Lo tomé. Avanzamos, con paso mesurado y perfecta dignidad, hacia la sala.

En el momento que se cerró la puerta, Emerson me levantó en sus brazos y me llevó al sofá.

—Mi querida Peabody —empezó.

—Las caricias no te servirán en la presente situación —le grité, forcejeando para liberarme.

—¿Ah, no? Peabody ¿de verdad estabas celosa? ¿Lo estabas? Qué agradable de ti, querida. No puedo recordar cuándo me he sentido tan sumamente halagado.

—Emerson, de verdad, eres… Emerson… No hagas eso. No puedo pensar con claridad cuando tú…

Emerson dejó lo que estaba haciendo y me ayudó a enderezarme. Cuando me senté en sus rodillas, mis ojos quedaron al nivel de los suyos. Sujetándome por los hombros, me miró con gravedad.

—¿Has olvidado, Peabody, lo que ocurrió el último invierno en El Cairo?

Mis ojos bajaron ante los suyos.

—No, Emerson, no lo he olvidado.

—No insistiré en que me siento bien porque tú hayas sentido la punzada de los celos —continuó Emerson con seriedad—. Ya que podríamos empezar con una de esas pequeñas y amables discusiones nuestras, que tienden a seguir y seguir sin llegar nunca a ninguna conclusión. Solo repetiré las palabras que me dijiste poco después: “Si los años que hemos pasado juntos —dijiste— y la intensidad de mi devoción no te han convencido de que nunca he amado, nunca amaré y nunca podría amar a otro, ninguna palabra mía puede cambiar tu opinión”. Te suplico que te acuerdes, Peabody, de ese elocuente discurso.

Oculté mi enrojecido rostro y temblorosos labios contra su pecho

y pasé mis bazos alrededor de su cuello.

Poco tiempo después, cuando estábamos sentados uno al lado del otro en mutuo acuerdo, remarqué.

—Da lo mismo, Emerson… y tengo la esperanza de que te tomarás la pregunta con el ánimo con el que trato de formularla, como una simple solicitud de información

El brazo de Emerson se tensó sobre mis hombros.

—¡Eres incorregible, Peabody! No sólo estoy intentando responder a la pregunta que estás a punto de hacer. Insisto en hacerlo.

—No sé lo que Ayesha te dijo. Ella dijo que habías ido a visitarla, y me dio su versión de vuestra conversación, pero no le doy más crédito del que tú debiste darle a la exactitud de lo que ella te contó. Lo que voy a decirte es la pura verdad… ni más, ni menos.

»La conocí, mi querida Peabody, lo admito, la conocí en cada sentido de la palabra. Ocurrió durante mi primera visita a Egipto, no como arqueólogo sino como un chico imberbe recién salido de Oxford y tan cándido sobre el mundo como el pobre pequeño Ramsés. Me concedo el crédito, no obstante, de reclamar que aprendí pronto a detestar el estilo de vida al cual estaba siendo introducido por los así llamados amigos. La degradación de aquellas pobres mujeres me horrorizó. Me hizo valorarme menos a mí y a los hombres que las habían condenado a una vida de servil esclavitud.

»Fue Ayesha quien realmente me abrió los ojos. No era como las otras. Ver a una mujer como ella… inteligente, bella y tan competente como cualquier hombre, reducida a tal existencia sólo porque ¡era una mujer, bella, inteligente y competente…! Creo que me ofrecí a sacarla de todo aquello, como dice el dicho. Se rió de mí. Ya era demasiado tarde para ella.

»Como en tu caso, mi querida Peabody, aquél primer viaje a Egipto me convenció de que había encontrado el trabajo de mi vida y me lanzó en lo que tú te complaces en llamar mi exuberancia entusiasta. De vez en cuando me encontraba con Ayesha, que era por entonces una de las más famosas (y caras) profesionales. Unos pocos años después, dejó Egipto. Escuché de conocidos mutuos que se había ido a París con un admirador rico, que le puso su propio establecimiento. Su historia es triste de ahí en adelante. Su protector era un hombre de temperamento violento. Si lo traicionó

o no, no lo sé; él reivindicó que lo hizo y se deshizo de ella, después de darle una paliza que la marcó de por vida. Sin embargo, había ahorrado dinero y más tarde escuché que se había trasladado a Londres y establecido en un negocio. Pero, y esto te lo juro por todo lo que quiero, Peabody, que no había puesto mis ojos sobre ella durante años. Casi caí fulminado cuando la reconocí la otra noche.

—Eso es lo que ella me contó —dije en voz baja— Pobre. Pobre, pobre mujer.

—Peabody —Emerson me sujetó por la barbilla y me miró atentamente a los ojos—. ¿De verdad te ofreciste a ayudarla a trasladarse al campo y encontrar consuelo en las bellezas de la naturaleza?

—Sí, ¿por qué? Incluso cuando reconocí su condición moral… Emerson no me aprietes tan fuerte. No puedo respirar.

—Peabody, Peabody. Eres la treceava maravilla del mundo ¿Habrá alguna vez alguien como tú?

—Todos somos únicos a los ojos del Cielo, Emerson —repliqué, alisando mi desarreglado cabello—. Pero, Emerson…

—¿Ahora qué, Peabody?

—Estoy pensando en lo que dije un poco antes —y fue una declaración cruel y poco amable— sobre un funeral apropiado y un monumento. Es lo menos que podemos hacer, Emerson ¿estás de acuerdo? Ella dio su vida por las nuestras. No es que esté celosa ahora y no te culpo, porque no puedes evitar si las mujeres…

—Espera un momento, Peabody. Estoy totalmente de acuerdo con tu sugerencia, y lo miraré ahora mismo. Pero ¿dar su vida por la mía? ¿Qué tontería es esa?

Sentí que él debía saber todo lo que había ocurrido, de manera que le conté lo que Ayesha había dicho, sobre ser forzada a atraerme a una trampa, y lo que yo había respondido, intentando persuadirla para que aceptara nuestra protección.

—No escuché la conversación —dijo él con sobriedad—. Estaba demasiado lejos, y preocupado, además, por seguir vigilando. Lo vi llegar, Peabody, pero antes de que pudiera moverme, ella corrió derecha a sus brazos. Y después de aquello…

—Él te disparó y tú caíste. Oh, Emerson, ¡nunca olvidaré ese momento!

Pasó algún tiempo antes de que pudiera continuar. Emerson

escuchó sin comentarios mientras yo describía lo que había ocurrido. Luego dijo con aire pensativo:

—Será un monumento muy bello, Peabody. Y antes de que el cantero comience el trabajo, me aseguraré de que su asesino reciba su justo merecido. Demonios, Peabody ¿no lo ves? No era a mí quien ella luchó por salvar. Era a ti.

—Cariño —empecé.

—Tú no eres lo que yo llamaría una mujer humilde, Peabody, pero eres singularmente obtusa para algunas cosas. Piénsalo. Yo ya había caído… muerto, por lo que ella sabía. ¿Sobre quien se habría girado aquella arma asesina a continuación, Peabody? Él fue allí para matarte y ella lo sabía. Corrió el riesgo de advertirte, y al final peleó hasta la muerte, no para salvarme a mí sino a ti. Tú eras la primera mujer en años —quizás la primera en toda su vida— que le hablaba como a una igual y expresaba preocupación por su bienestar. Nada en su vida llegó a ser como la despedida.

Me abrazó más cerca y sentí que su pecho se movía en un largo suspiro.

Fue un momento conmovedor, y yo respeté sus sentimientos, así que no le señalé los fallos de su lógica. Si él elegía creer que la pobre alma había dado su vida por la mía, le dejaría disfrutar de la ilusión; yo estaba convencida y siempre conservaría el recuerdo de Ayesha porque ella había dado su vida por la de él.

Después de un momento de respetuoso silencio remarqué:

—Emerson, sólo tengo una pregunta más.

—Eso —dijo Emerson—, lo encuentro difícil de creer. Bien ¿querida?

—Dices que nunca pensaste que yo podría estar celosa.

—Bastante correcto, Peabody.

—Entonces ¿por qué has estado actuando de una manera tan condenadamente peculiar? —Pregunté—. Si alguna vez he visto la culpabilidad escrita con más claridad en un semblante humano, era en el tuyo. Has sido dolorosamente educado, asquerosamente considerado… nunca protestabas cuando corregía tu manuscrito…

Emerson me dio un efusivo abrazo.

—Te dije que eras obtusa, Peabody. ¿No sabes lo que me estaba preocupando? ¿No leíste la inscripción de los *ushebti*?

—Men-maat-Re Sethos . . . ¡Emerson! Oh, Emerson, ¡tú también

estabas celoso!

—Locamente, furiosamente, desesperadamente —declaró Emerson, estrujándome hasta que mis costillas crujieron—. Bueno, demonios, Peabody, es una extraña coincidencia ¿verdad?

—Sí Emerson, debe serlo. Te lo juro, como tú has sido lo bastante bueno para jurarme a mí, que nunca…

—No Peabody, no es necesario. Nunca volveré a dudar de ti.

—¡Oh, mi querido Emerson!

—¡Mi amada Peabody!

Después de que pasara un considerable periodo de tiempo, salté de sus rodillas y arreglé mi vestido.

—Estás más cerca del cordón de la campanilla que yo, Emerson. ¿Podrías llamar a Gargery? Es bastante temprano, pero creo que podríamos tomar un poco de whisky con soda, para calmar nuestros nervios.

—Esplendida idea, Peabody —declaró Emerson—. Y luego ¿qué dices de otra de nuestras pequeñas competiciones sobre el crimen? Creo que ahora tenemos bastante información para construir una teoría o dos. Te he visto hacerlo con menos, querida.

—Gracias, mi querido Emerson —repliqué, con considerable emoción—. Acepto la oportunidad con el espíritu que fue ofrecida y que siempre nos domina en estas situaciones: que gane el mejor y que el diablo se lleve al último, y no valen trampas.

—¿Te importaría empezar, mi querida Peabody?

—No, mi querido Emerson, te cedo el paso.

—Esperaba que lo hicieras —observó Emerson—. Oh, estás aquí Gargery. Tráenos el whisky, si no te importa.

—Y Gargery —añadí—, le alegrará escuchar que todo está bien, exactamente como dijo el profesor.

—Puedo verlo señora —dijo Gargery radiante—. No es que dudara nunca de que lo estaría.

—Escucha, Peabody —dijo Emerson, después de que Gargery hubiera traído el whisky y se hubiera marchado todavía radiante—. Podríamos hacer que Wilkins y Gargery intercambiaran sus puestos, ¿eh? Wilkins sería mucho más feliz en una casa tranquila y ordenada como esta.

—Vale la pena considerarlo —asentí—. Ahora, Emerson, ibas a empezar…

—Sí —Emerson fue al escritorio y empezó a revolverlo—. ¿Dónde he puesto ese condenado…? Ah, aquí está.

Me alargó un pliego de papel. Le eché un vistazo y rompí a reír.

—Oh, Emerson, ¡qué gracioso! No cariño, no me frunzas el ceño, no me estoy riendo de ti, sino de otra coincidencia. Hay un listado casi igual arriba, en el cajón de mi escritorio.

—¿Sí? Bien mi querida Peabody, siempre he dicho que pensamos igual.

—Estamos de acuerdo en la mayoría de las cuestiones —musité, estudiando su lista—. Veo que mencionas los pedacitos de cristal y papel encontrados en el cuerpo del guarda nocturno. Confieso que pensé que olvidarías eso, Emerson.

—Oh, lo hiciste ¿verdad? ¿Qué sacas de esto, Peabody?

—No he tenido la oportunidad de hablar con el señor Budge —repliqué—. Mi respuesta depende de cuán recientemente se limpiara la habitación.

—¡Oh! —las cejas de Emerson descendieron—. Oh sí, no pensé en eso.

—No había nada que no pudiera haberse acumulado en el curso normal de los acontecimientos, como resultado de los hábitos descuidados del público que visita el museo.

—Humm —dijo Emerson, frunciendo el ceño.

—Sin embargo —continué—, hay una evidencia confirmatoria de mi teoría provisional sobre otra procedencia.

—La momia desenvuelta. —Dijo Emerson.

—Y el discurso que el sacerdote pronunció… la invocación a Isis.

—Aquella cuyo discurso no desfallece —dijo Emerson, incapaz de reprimir una sonrisa.

—Calla, veo que estamos de acuerdo hasta ahora. ¿Estamos también de acuerdo en que el hombre que vi anoche es, no sólo el asesino de Ayesha, sino también del señor Oldacre?

—Sin duda alguna, Peabody. ¿Es también el falso sacerdote?

—Sí y no, Emerson.

—Maldita sea, Peabody….

—Esa no es la cuestión importante, Emerson. El asesino es el hombre que envió los *ushebtis* y secuestró a Ramsés. Pero quién demonios… esto es, ¿quién es en realidad? ¿Cuál de nuestros

sospechosos es el maestro detrás de todo esto?

—Eso parece obvio —dijo Emerson.

—Lo es.

—¿Te importaría…?

—Todavía no. Aún nos faltan una o dos piezas de vital importancia. ¿No eras tú quien decía que es un error mayúsculo teorizar antes de que uno tenga todos los hechos?

—No, es verdad. ¿Qué evidencia nos falta?

—Bueno… aquí hay una cuestión que has omitido. —Tomando un lápiz, garabateé unas pocas frases y le tendí el papel.

Pregunta: ¿Quién es el hombre que visitó al profesor Emerson, y dónde estuvieron ayer? Qué hacer: preguntar al profesor Emerson.

Emerson arrugó el papel.

—¡Demonios! Peabody…

Levanté la mano.

—Espera Emerson. Esta noche he prometido no admitir nunca que entraran en mi mente dudas sobre tu devoción. Y no dudo. Pero mi querido Emerson. No hice promesas sobre nada más. Si tú me estás ocultando evidencias…

—Ten un poco más de whisky, Peabody.

—No gracias, no creo que deba.

—Entonces yo lo haré —murmuró Emerson, acompañando las palabras con la acción —. Escúchame, Peabody. No estoy ocultando evidencias. El individuo al que te refieres no sabe nada, y no me dijo nada que fuera de la menor ayuda para resolver el caso.

—Entonces ¿por qué no me dices quién es y qué quería?

—Porque él… porque yo… di mi palabra, Peabody. Juré que no le contaría a ningún alma viviente lo qué ocurrió ayer tarde. ¿Me harías romper mi solemne juramento?

—¿Las palabras “para siempre” y “nunca” aparecieron en el juramento que hiciste, Emerson?

Emerson se echó a reír.

—Sí, mi querida Peabody. Me parece recordar a alguien más utilizando la frase “silencio eterno”. La gente puede maldecir a veces de una forma tan teatral… —Después se puso serio—. Cariño, parece que estamos frente a una prueba de esa completa confianza que expresaste. La prueba no es de mi elección, pero ahí está. ¿Puedes cumplir con tu palabra y no intentar que yo rompa la mía?

Porque sabes que podrías hacerme romperla, Peabody. No puedo resistirte cuando lo intentas.

—Mi querido Emerson ¿Cómo puedes suponer que yo hiciera tal cosa?

Emerson me tomó en sus brazos.

Durante un momento permanecimos de pie, inmóviles. Emerson descansó el mentón sobre mi coronilla. No podía verle la cara, y habría dado lo que fuera por ser capaz de ver su expresión. No tenía la menor duda de que estaba planeando algo a escondidas.

En el silencio, escuché las débiles campanadas del reloj del recibidor. Emerson se movió un poco.

—Casi es la hora del té —dije.

—Humm, sí. El día ha pasado volando. ¿Supongo que debemos hacer que esos desgraciados… esos niños bajen?

—Qué desagradable eres, Emerson.

—Son unos niños muy pesados, Peabody.

—Lo sé. Pero estuvimos de acuerdo en tenerlos y hacer lo mejor por ellos, y debemos cumplir nuestra promesa, Emerson.

El apretón de Emerson se hizo más fuerte.

—Tenemos media hora, Peabody. Si vamos arriba directamente… después podré enfrentar esa terrible experiencia con un estado de ánimo mucho mejor…

Supongo que debería haberlo sabido. Pero desafío a cualquier Lector a decir que hubiera actuado de otra manera bajo esas circunstancias, las cuales incluían un número de pequeños gestos a los cuales yo era susceptible bajo *todas* las circunstancias y que fueron particularmente conmovedores justo entonces.

Cuando salíamos cogidos del brazo del salón vi a Gargery tras la curva de las escaleras, sonriendo ampliamente como el idiota sentimental que era; y luego no lo vi más, porque Emerson me levantó en brazos y corrió escaleras arriba con, supongo, un estallido de cariñosa impaciencia. Tan impaciente estaba que se olvidó de cerrar la puerta, y yo exclamé:

—Emerson, no crees… un poco de intimidad…

—Oh, sí —dijo Emerson, respirando con dificultad—. Un momento…

Sin entrar en detalles impropios sobre mi posición en aquel momento, sólo diré que no vi cerrarse la puerta. La escuché, no

obstante. Y después escuché otro ruido que me afectó como un chorro de agua helada en la cara. Era el sonido de una llave girando en la cerradura.

Salté de la cama. Estaba sola. Escuché sus pasos retrocediendo, no hizo ningún intento de ir de puntillas. Un toque del pomo confirmó lo que ya sabía. Me había encerrado.

Corrí a la ventana y aparté las cortinas. Lo hice a tiempo de verlo dejar la casa. Afuera todavía brillaba la luz del día, aunque las sombras se estaban alargando. Mientras caminaba, con el paso rápido que podía cubrir kilómetros de terreno desértico tan rápido como otro hombre podría correr, se encogió de hombros bajo su abrigo. Iba con la cabeza descubierta. En la verja, se volvió un segundo y miró hacia la ventana.

Dudo que me viera, ya que el sol estaba directamente frente a la casa, y cuando estaba en aquella posición se reflejaba en las ventanas delanteras deslumbrando. Pero él sabía que yo estaría allí. Levantando la mano a los labios, me envió un beso. Luego echó a correr, en pocos segundos se había desvanecido.

No puedo decir cuánto tiempo permanecí en la ventana, presa de sensaciones que prefiero no recordar; pero no podía haber pasado más de un minuto antes de que escuchara el ruido de la llave en el cerrojo y la voz de Gargery.

—¿Señora? Señora Emerson ¿está aquí?

—¿Dónde más estaría, idiota? —repliqué —. Abra la puerta en el acto.

—Sí, señora, por supuesto. Eso es lo que el profesor dijo que debería hacer. Pero no entiendo… —La puerta se abrió—. No entiendo qué pasa —continuó Gargery—. Él dijo que el cerrojo estaba atascado y fui a por las herramientas, pero por qué debería estar cerrado, y usted dentro y el profesor fuera…

—"Fuera" es la palabra clave, Gargery, si me permite un abominable juego de palabras. ¿No creo que mencionara a dónde iba?

—A conseguir herramientas, señora. Él… — Gargery se quedó boquiabierto—. ¡Caray! —exclamó—. Él no etá huyendo de osotro… ¿verdá?

—Él ciertamente lo hace —repliqué, con una considerable amargura de espíritu—. Nos ha engañado, Gargery… a ambos. No

importa…—Gargery había empezado a golpearse en la frente con el puño cerrado y estaba utilizando expresiones que nunca le había oído emplear—. No es culpa tuya… me disculpo por llamarte idiota, Gargery. Si lo eres, yo lo soy más.

—Oh, señora —Gargery hizo una inspiración larga y temblorosa y recuperó el control de su discurso—. Le suplico su perdón… me asusta que en el caló… el calor del momento me olvidara de mí mismo. No hay modo de ir tras él ¿supongo?

—No, ha planeado bien su escapada. Sólo podemos esperar y exhibir esa fortaleza por la que los ingleses de ambos sexos y toda clase social son famosos. Es la hora del té, Gargery. Bajaré enseguida.

—Sí, señora —Gargery se irguió en toda su altura—. Y puedo decir, señora…

—No, Gargery, preferiría que no lo hiciera. Mi apariencia de calma está a punto de quebrarse y preferiría expresar mis sentimientos en privado.

Gargery salió.

Por supuesto no rompí en histerismos o lágrimas. Esa no es mi costumbre. Ni siquiera estaba enfadada con Emerson. Él siempre estaba protestando por su incapacidad de evitar que me abalance precipitadamente al peligro, pero sólo era su pequeña broma, nunca antes había hecho ningún esfuerzo real por detenerme. Debía estar desesperado para recurrir a un truco como este, uno que él sabía que abatiría vehementes reproches sobre su cabeza… Oh, mi querido Emerson, pensé, con mi apariencia de calma rota durante un instante, sólo vuelve, sano y salvo, y nunca diré una palabra.

Me obligué a sentarme y utilizar la cabeza en lugar del corazón. Naturalmente no tenía intención de quedarme sentada sin hacer nada esperando a que Emerson regresara. No tenía idea de dónde podría haber ido. Sin embargo, por los cautos comentarios de poco antes sabía que estábamos sobre la misma pista, en la medida en que se refería a la solución del asesinato. Obviamente, él sabía más que yo… o eso pensaba él. Seguramente si aplicaba mi inteligencia al asunto debería ser capaz de llegar a la misma conclusión que él había alcanzado… y, a su debido tiempo, al mismo lugar al que aquellas conclusiones le habían llevado.

Algo estaba fastidiando en mi mente. Conocía bien aquella

sensación —porque me había ocurrido antes—, una sensación de algo visto u oído a lo que no había prestado la atención adecuada en su momento. Algo pasado por alto o incomprendido… algo de suma importancia. Me senté y apreté los dedos contra los ojos… no porque estuvieran húmedos por las lágrimas incipientes, sino para bloquear distracciones externas. ¿Qué podía haber sido? Durante unos largos y agonizantes segundos había colgado impotente de las manos asfixiantes del asesino, mi cara a escasos centímetros de la suya. Había estado un tanto distraída en aquél momento, pero ¿no habría existido una pista —un olor, sonido o sensación— de la identidad del villano?

Sentí que estaba sobre la pista correcta, pero antes de que pudiera dedicarme a mis recuerdos, el parloteo de voces infantiles me recordó mi otra tarea. Si no bajaba las escaleras al instante, Violet se comería todas las galletas.

Ya había comido bastantes para cuando llegué, así que puse fin a aquello y los organicé en sus sitios.

—¿Y qué habéis estado haciendo hoy? —pregunté en tono amable.

—Fuimos al parque —dijo Percy—. Me llevé mi aro y mi manga de mariposas.

—Había un hombre que vendía magdalenas —murmuró Violet —. Un hombre encantador, encantador.

—¿Y has capturado muchas mariposas, Percy? —pregunté. No me molesté en preguntar si Violet había conseguido alguna magdalena, estaba segura de que lo había hecho. La niña estaba hinchada como un sapo.

—Sí, tía Amelia. Sólo unas pocas Monarca, pero fue un buen ejercicio, sabes; correr tras ellas.

—Sí, estoy de acuerdo —repliqué en tono alentador—. Y tú, Ramsés… ¿ayudaste a Percy a capturar mariposas?

—Me asombra que puedas preguntarlo, mamá, ya que conoces mi punto de vista sobre la muerte innecesaria de las criaturas vivas —replicó Ramsés con sus modales majestuosos—. Si excusas mi cambio de tema, que es extremadamente aburrido, me gustaría preguntarte si papá ha salido. En su actual condición de debilidad…

—Ha salido —repliqué con un poco de aspereza—. Y no… no sé dónde ha ido o cuándo volverá. No responde ante ti, Ramsés, o ante

mí, de sus acciones.

—No en el sentido legal —replicó Ramsés—. Pero la discreta presión del cariño doméstico implica una obligación moral, y estoy sorprendido de encontrar que papá, quien por regla general es de lo más considerado con nuestra preocupación…

—Por favor, Ramsés.

—Sí, mamá.

Siguió un breve silencio. Moví el plato de galletas fuera del alcance de Violet y traté de pensar en algo que decir. En realidad no estaba en un estado adecuado para conversaciones banales.

Después de un momento, Percy tosió.

—¿Puedo preguntarte algo, tía Amelia?

—Desde luego, Percy. ¿Qué es?

—Bueno, verás. Me estaba preguntando… el asunto ha estado en mi mente desde hace algún tiempo.

—Si estás preocupado por tu mamá —empecé.

—No, no es eso, tía. De hecho, no es acerca de ninguna persona, nadie que yo conozca. Lo que Ramsés llamaría una cuestión teórica, supongo.

—¿Bien? —dije con impaciencia.

—Suponiendo —dijo Percy lentamente—, suponiendo que alguien supiera que alguien ha hecho algo. Algo que no se suponía que tuviera que hacer.

Me pregunté cómo podría haber protestado alguna vez sobre los patrones de lenguaje de Ramsés. Al menos él conocía más de cincuenta palabras y podía disponerlas en una frase coherente. Percy continuó, incluso más lentamente.

—Algo malo, tía Amelia. Quiero decir, realmente malo. ¿Debería la persona, la que lo sabe, decirlo?

—¿Decírselo a quién? —pregunté.

—Oh… a alguien más.

Sabía perfectamente lo que estaba apuntando. Le echó un vistazo de reojo a Ramsés, que le devolvió la mirada con una concentrada y feroz mirada de aversión.

—Creo que te entiendo, Percy —dije—. Estás planteando una pregunta hipotética sobre un asunto moral. No hay una respuesta simple a tal cuestión. Depende de varias cosas. Por ejemplo, si al primer individuo se le ha hecho jurar que no lo revelaría, o ha

prometido guardar silencio. Un sacerdote romano católico escuchando confesión…

—No es eso, tía Amelia —dijo Percy.

—Y además —continué—, está el asunto de cómo de seria sea la acción en cuestión. Si fue sólo una broma inofensiva…

—Era malo —dijo Percy… relamiéndose metafóricamente—. Muy, muy mala. Muy, mu…

Ramsés se levantó del sofá y se lanzó a la garganta de Percy.

Cayeron sobre el suelo en una maraña de miembros, llevándose con ellos una mesita y tirando las galletas que estaban encima por todas partes. Por el rabillo del ojo vi a Violet abalanzarse, como un gato sobre un ratón, pero no pude hacer nada con ella hasta que hube separado a los chicos.

No fue tan fácil como había esperado. La primera vez que estiré la mano, alguien me pateó… No podría decir quién fue. Rodaban de lado a lado, agitando brazos y piernas; Percy estaba aullando y gritando, pero Ramsés luchaba en un silencio que no auguraba nada bueno, los únicos sonidos que escuchaba de él eran gruñidos de dolor u esfuerzo. Agarrando la tetera, le quité la tapa y derramé el contenido sobre los combatientes.

El agua ya no estaba hirviendo, pero sí lo bastante caliente para provocar una calma momentánea. Tomé ventaja de eso para arrancar a Ramsés del enredo y ponerlo de pie.

Inmediatamente, Percy rodó fuera de su alcance y se puso sobre rodillas y manos. Al compararlos, me interesó observar que Ramsés, aunque más ligero y bajo que su primo, se las había arreglado para mantenerse firme. Quizás su padre le había dado aquellas lecciones de boxeo después de todo. La nariz le estaba sangrando copiosamente —considerando el tamaño del apéndice, no era sorprendente que Percy se las hubiera apañado para golpearla— su cabello estaba de punta, y parecía que Percy le había mordido el pulgar. Pero Percy estaba en peor estado. También estaba sangrando por un labio partido, y su cara estaba empezando a hincharse.

Habiéndose comido todas las galletas, Violet fue capaz de poner su mente en otra cosa. Se lanzó contra Ramsés y lo aporreó con los puños.

—Repugnante, desagradable, feo —gritó—. ¡Feo!

Manteniendo mi apretón sobre Ramsés —quien no hizo intento de responder, sólo se protegió la cara con los brazos— puse mi mano libre sobre la cara de Violet y empujé. Voló hacia atrás sobre el sofá con fuerza suficiente para perder el aliento.

No fue necesario tocar la campanilla. Los ruidos de la batalla habían atraído a Gargery, así como a la señora Watson, a la habitación. Entregué a Violet a la señora Watson y a Gargery le entregué a Percy.

—Bien, Ramsés —dije.

—Estoy confinado en mi habitación —observó Ramsés, secándose la nariz sangrante con la manga.

—Sí — quité unas pocas hojas de té de su cabello—. ¿Necesitas ayuda para lavarte, cambiarte y ocuparte de tus moratones?

—No, gracias. Preferiría ocuparme del asunto yo mismo. Como puedes ver, mi nariz ha dejado de sangrar. La aplicación de agua fría…

—Una gran cantidad de agua fría, creo.

—Sí, mamá. Ahora mismo. —Empezó a salir de la habitación. Luego se paró y se giró—. Una pregunta, mamá, si puedo.

—Discutiré contigo este desgraciado incidente un poco más tarde, Ramsés. En este momento, tengo otras cosas en la cabeza.

—Sí, mamá. Te refieres, supongo, al paradero de papá y estoy bastante de acuerdo en que es un asunto más urgente. No obstante, quería preguntarte sobre la señorita Minton. Se ha ido.

—Sí, Ramsés, lo sé. La mandé fuera. Dejó la casa esta mañana.

—Dejó la casa anoche —dijo Ramsés—. Al menos de eso he sido informado. Y se dejó sus ropas y otras posesiones.

—No hay nada extraño en eso, Ramsés. Tenía consigo, supongo, sólo aquellos artículos que se esperaría que poseyera una doncella. No dudo que los dejó como recuerdos sin valor de un acto de traición despreciable.

—Sin duda —dijo Ramsés—. No obstante, me pareció que podrías desear ser informada.

—Y ahora me has informado. Gracias. A tu habitación, Ramsés.

—Sí, mamá.

Permanecí de pie reflexionando durante un minuto. Después toqué la campana. Cuando Gargery respondió, dije:

—Quiero enviar una carta ahora mismo, Gargery. Dale dinero al

lacayo para un coche de alquiler y dile que se dé prisa.

Para cuando el lacayo llegó ya tenía la nota escrita. Le di instrucciones para esperar una respuesta. A continuación convoqué a la señora Watson y le dije que tomaría la cena en una bandeja en mi habitación, dado que el profesor no estaría allí para cenar. La buena mujer estuvo de acuerdo en que me tomara un descanso agradable y me acostara temprano después de todo lo que había pasado.

No podía hacer planes definitivos hasta que recibiera respuesta a mi mensaje. Si no era la que yo esperaba… bien, entonces había un fallo fatal en mi teoría y tendría que revisarla. Pero no veía cómo podía estar equivocada. ¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué había ignorado aquella insignificante declaración? Ser medio estrangulada no era excusa para tal negligencia.

Me obligué a permanecer tranquila. No había prisa. Si estaba en lo cierto y si había estimado correctamente las excentricidades del hombre tras el que iba, nada de importancia ocurriría en unas cuantas horas. Saqué mi lista y la repasé otra vez. Ahora era demasiado tarde para finalizar mis pesquisas, pero la lista suscitó otra cuestión ¿Pedir o no ayuda a la policía?

Tras sopesar los pros y los contras, decidí un compromiso. Solo había un oficial de policía que podría —y resalto la palabra "podría"— dar crédito a la que, hay que admitir, extraña solución a la que yo había llegado. Podía no entender el comportamiento del inspector Cuff, ¿era astuto y reservado, o solo muy estúpido? En cualquier caso tenía que asumir que adolecía del mismo prejuicio inexplicable hacia el sexo femenino que afligía a muchos hombres, y por tanto objetaría con intensidad que yo tomara parte en los acontecimientos de la tarde —incluso suponiendo que pudiera ser persuadido de participar él mismo. Cuff no tendría escrúpulos para encerrarme en una celda y dejarme allí tanto tiempo como fuera necesario.

Aun así, parecía justo darle una oportunidad de mostrar su calidad… y era posible que pudiera tener la necesidad de su asistencia, si las cosas no marchaban como yo esperaba. Me senté en mi mesa y empecé a escribir. Se convirtió en una epístola bastante larga, dado que tenía que explicar un montón de cosas en detalle, para añadir verosimilitud a la narración, y no había

acabado cuando Gargery me trajo la respuesta a la carta.

Esperó mientras yo la leía y luego exclamó:

—¿Es…? Espero que no sean malas noticias, señora.

—Era la respuesta que esperaba —repliqué—. Gracias, Gargery.

La señorita Minton no había regresado a su alojamiento. Su casera no la había visto u oído desde el viernes anterior.

Así que estaba resuelto. No era probable que hubiera partido para Northumberland vestida como una doncella y sin equipaje o dinero. Era incluso más improbable que hubiera aceptado la protección de Kevin o el señor Wilson. No, yo sabía dónde estaba. Tenía que ser ella a quien Ayesha se había referido con aquel discurso entrecortado y por desgracia descuidado. “Él” la tenía ahora, y yo sabía dónde la había llevado… al ala ruinosa de Mauldy Manor, tras la enorme puerta cuyos cerrojos habían sido reparados tan recientemente que los restos de aceite se habían transferido a mis dedos cuando probé el cerrojo.

Capítulo 14

Esperé hasta que los sirvientes estuvieran cenando antes de salir de la casa. No confiaba en Gargery, Emerson podría haberle ordenado que me impidiera salir. (No es que hubiera tenido éxito, pero quise evitar una discusión.) Lamenté mucho haber sido incapaz de interrogar a Gargery acerca de dónde podría comprar una pistola pequeña. Él parecía saber cosas así. Sin embargo tenía mis herramientas y mi parasol, y deberían ser suficientes.

La noche había caído y me complació ver que el cielo estaba nublado. Retazos de niebla se rizaban lánguidamente entre los árboles del parque; sin duda se levantaría cuando estuviéramos fuera de Londres, pero podría haber niebla en el río. Sinceramente, esperaba que fuera así.

El paseo en coche fue largo, y mientras el coche de alquiler traqueteaba por las calles atestadas, repasé mis planes. Había dejado la carta para el inspector Cuff encima de la mesa del vestíbulo, con instrucciones de que debía ser entregada inmediatamente. Tenía mis armas. Tenía la fuerza de una justa indignación para sostenerme… y la esperanza de que pronto estaría en presencia de aquél que lo era todo para mí.

Me pregunté cómo diablos lo había averiguado Emerson. Él no había oído el discurso de Ayesha, y yo no había repetido la frase crucial, puesto que no había tenido significado para mí en ese momento. Entonces ¿cómo supo Emerson que algún tipo de ceremonia tendría lugar esa noche? Quizá no lo sabía. Quizá había ido allá en busca de la prueba que necesitaba (igual que yo) para substanciar su teoría. Pero era a Mauldy Manor adonde había ido, estaba tan segura de ello como si lo hubiera seguido hasta allí. Era el único lugar lógico para encontrar lo que le faltaba a mi reconstrucción del caso.

Faltaban menos de dos horas para la medianoche cuando le indiqué al conductor del coche de alquiler que me dejara salir, a una distancia segura de las cancelas de la mansión. Supongo que no se le podía culpar por pensar lo peor; una mujer sola envuelta en una capa negra con capucha, que le exige bajar en un camino vecinal no lejos de la morada de un hombre cuya reputación no era de lo mejor, debe esperar que sus motivos sean cuestionados. El comentario de despedida del conductor no tiene relación con la presente narración.

La luna y las estrellas estaban escondidas bajo nubes espesas y la niebla extendía un manto blanco sobre la superficie del río. Mientras me deslizaba silenciosamente hacia la cancela, un espeluznante resplandor rojo iluminó las nubes y el sordo gruñido de un trueno anunció su presencia. Se estaba fraguando una tormenta.

Las ventanas iluminadas de la casa del guarda me advirtieron de la cancela. Estaba cerrada con llave a esta hora, al menos para las actividades que yo esperaba que tuvieran lugar, y no quería ser vista. Tuve que seguir la pared durante un trecho antes de encontrar un lugar por donde poder atravesarla, con la ayuda de un olmo alto que colgaba por encima de la parte superior. La maldita capa se quedó enganchada en las espinas y ramas, pero no me atreví a abandonarla. Debajo llevaba puesto el más anodino de mis vestidos de faena, y aunque su color era adecuado para mezclarse con las sombras, mi silueta (como Emerson a menudo había comentado) me habría traicionado como una mujer.

Gracias a los resplandores relampagueantes que aumentaban en frecuencia e intensidad a medida que la tormenta retumbaba más cerca, me abrí paso de árbol en árbol y de arbusto en arbusto a través del amplio césped vacío. Había esperado perros y tuve el placer de descubrir que estaba equivocada, aunque me resultó un poco extraño que un joven soltero no tuviera tales animales alrededor… si no como guardianes, como mascotas. Recordé lo que Emerson había dicho acerca de la afición de Su Señoría por los gatos, y me recorrió un estremecimiento de aversión. Fijé mi mente con decisión en otras cosas. Me preparé para lo peor, no era necesario dar vueltas sobre ello de antemano.

El terreno estaba absolutamente desierto, sin ninguna señal de

hombres o bestias. De hecho, si no lo hubiera sabido habría supuesto que Lord Liverpool estaba fuera de casa. No había luces en el ala habitada de la casa, excepto unas cuantas en el piso más alto, donde debían de estar las habitaciones de los sirvientes.

Tenía el plano del lugar claramente en mi mente desde mi visita anterior. Estaba distribuido en forma de E… la mayor parte de la casa actual había sido construida durante el reinado de Isabel [5], cuyo ego monumental disfrutaba de tales tributos y cuyos cortesanos eran lo suficientemente sabios como para permitírselo. El ala moderna debía de haber reemplazado a una anterior estructura en el mismo lugar; estaba en un extremo, con las cocinas y otras dependencias domésticas ocupando la parte central de la E, y el ala vieja en el otro extremo.

Alcancé la pared cubierta de musgo del ala vieja sin incidentes o alarmas, y me estaba felicitando a mí misma por mi buena suerte cuando encontré mi primer impedimento. La estructura, que desde el exterior parecía estar al borde del colapso, no era tan vulnerable como había esperado. Todas las ventanas estaban tapadas con tablas, los tableros eran nuevos, gruesos y estaban fijados con clavos robustos. No podía meter ni una uña por ninguna grieta. La puerta, en el extremo corto del ala, era tan inamovible como una piedra, y cuando probé el picaporte la herrumbre cayó como una lluvia de gotas secas.

Estaba a punto de probar una de las otras alas, esperando que alguna ventana hubiera quedado abierta (y completamente dispuesta a romper un cristal si tenía que hacerlo) cuando vi un resplandor apenas perceptible de luz que parecía emanar de la tierra junto a mis pies. Se desvaneció al instante, pero me dio la pista que necesitaba. Alguien había pasado por un cuarto subterráneo llevando una lámpara o una linterna, evidenciando la existencia de aberturas que de otra manera yo no podría haber sospechado… pequeñas ventanas a ras de tierra, que daban a los sótanos.

En algún momento habían estado cerradas con barras o rejas de hierro, pero el largo transcurrir de los años había corroído el metal hasta convertirlo en una carcasa delgada y pude torcer las barras restantes de sus anclajes. Las aberturas eran tan estrechas que sólo un niño —o una mujer pequeña— podría haber pasado,

probablemente fue por eso que las barras nunca habían sido reemplazadas.

Logré pasar, aunque no sin resistencia y alguna presión bastante dolorosa en una cierta porción de mi anatomía que ya me ha incomodado antes. Entré primero los pies y me dejé caer todo lo que me permitió la largura de mis brazos, pero todavía no pude sentir nada más que aire bajo los dedos de mis pies estirados. La oscuridad era impenetrable, el momento fue de una ansiedad considerable. ¿Cuán lejos debajo de mí estaba el suelo? ¿Qué, aparte del presunto suelo, podía haber allí? Si caía pesadamente o chocaba con algún objeto frágil, el ruido anunciaría mi presencia. Había alguien en la casa, había visto la luz.

No tenía sentido preocuparse por eso, así que solté mi agarre en el antepecho y me dejé caer… tan sólo unos centímetros, como comprobé, pero pareció una distancia mayor. Aterricé doblando las rodillas y no perdí el equilibrio.

El lugar era oscuro como la brea y olía como una tumba. Arriesgado como era encender una luz, por eso no había traído la linterna sorda que normalmente llevaba colgada en mi cinturón, no me atreví a moverme hasta saber qué obstáculos había delante. Tomé todas las precauciones posibles antes de encender la cerilla, escudándola con manos y cuerpo.

Casi instantáneamente la apagué. Había visto bastante: una habitación vacía y estrecha, con las paredes y el suelo de piedra nauseabundamente cubiertos de líquenes y que no contenían nada excepto algunos trozos de madera. En ambas paredes laterales se abrían oscuras aberturas.

¿En qué dirección? Traté de recordar el fugaz vislumbre de luz, y decidí que se había movido de derecha a izquierda a través de la ventana. Con pie firme en la oscuridad y sujetando mis herramientas contra mí para impedir que tintinearan, seguí la dirección que el portador de la linterna había tomado.

Tan pronto como entré en la siguiente habitación vi luz más adelante. Prosiguiendo con extrema cautela, atravesé una puerta que colgaba torcida de sus goznes rotos hacia un corredor empedrado con un techo tan bajo, malsano y húmedo como la habitación de la que acababa de salir. La luz estaba justo delante, provenía de una abertura en lo alto de un tramo de escaleras

estrechas.

Envolviendo la capa fuertemente a mi alrededor y tirando de la capucha para que bajara sobre mi rostro, subí las escaleras. No rechinaron bajo mis pies; eran de piedra, desgastadas por el paso de los siglos. En lo alto hice una pausa y miré cautelosamente por el borde de la abertura.

Lo que vi me dejó atónita hasta que me enderecé y me di en la cabeza un golpe punzante con el bajo dintel de piedra del pasaje abovedado.

Justo delante de mí había un grupo escultórico, de tamaño natural y tallado en alabastro bellamente pulido. Uso la palabra "grupo" con prudencia; no podría decir cuántas personas estaban involucradas, de tan estrechamente como estaban entrelazadas. Debía de haber al menos tres, puesto que distinguí cinco brazos.

Dios bendito, pensé para mis adentros. Sin embargo, no hablé en voz alta porque escuché voces. El grupo escultórico estaba situado convenientemente, para mis propósitos, al menos, delante de la abertura. Me aventuré un poco más allá, en lo que resultó ser un pasillo que recorría toda la longitud del ala. A mi derecha, sólo a unos centímetros, estaba la puerta que conducía a la parte frontal de la casa, la rama larga de la E. A mi izquierda el corredor se extendía hasta acabar en una espesa cortina negra que parecía ser de terciopelo o tapicería. Unas ventanas tapiadas se alineaban en una pared; entre ellas había pinturas, estatuas y otras obras de arte (por usar ese término con relajación) que trataban el mismo tema que el grupo escultórico original que había visto. Venían de todas las partes de mundo y de distintos siglos; la pintura directamente frente a la entrada del sótano era una composición extraordinaria, muy probablemente originaria de la India del siglo dieciséis, que representaba algunos individuos en posiciones que será mejor no describir, pero que Ramsés indudablemente habría considerado incómodas, por no decir imposibles.

La función de esta sección cerrada de la casa me era ahora muy aparente. Parecía improbable, sin embargo, que hubiera sido diseñada por el actual conde; sin duda alguna, varios de sus antepasados habían contribuido a la decoración y disfrutado las comodidades, y él la había remodelado —en formas que aún me faltaba averiguar, aunque estaba bastante segura de que podría

anticiparlas— para satisfacer sus propósitos.

Las voces que había escuchado provenían de una puerta abierta justo a mi izquierda y estaban acompañadas por un burbujeo de líquido y tintineo de cristales. El portador de la luz que había visto debía de haber regresado de la bodega.

Apoyando mi mano sobre el hombro pulido de uno de los individuos del grupo escultórico, me acerqué ligeramente hacia la puerta abierta.

—Hay mucho tiempo —dijo una voz que sonaba familiar—. Toma otro vaso.

—U otra botella. —La risilla aguda identificó a este orador—. Valor alcohólico, ¿eh, Frank?

—Estoy aquí, ¿no? —Fue la respuesta malhumorada—. Y soy el único, también. ¿Dónde están los demás?

—Rechazaron la invitación —dijo Lord Liverpool, con otra de sus risillas absurdas—. ¡Pies fríos, corazón frío, fríos por todas partes, malditos cobardes!

—Tal vez demuestran sentido común —masculló el otro hombre, a quien yo ahora había identificado como el señor Barnes—. Cancélalo, Ned. No estamos los suficientes…

—Oh sí, estamos. —Estaba tan cerca de la puerta que podía oírlo tragar—. Contraté a algunos muchachos, ya sabes quiénes, para completar las filas.

Barnes dejó escapar un aullido de protesta.

—Maldita sea, Ned, ¿por qué lo hiciste? Un grupo de patanes como ése. Echarán las tripas al primer signo de un garrote o te chantajearán… Se suponía que éste es nuestro entretenimiento privado…

—¡Entretenimiento! —Lord Liverpool debía de haber arrojado al suelo su vaso, oí el tintineo del cristal fino al romperse—. Esto no es un juego, Frank, no para mí. Es de vida o muerte.

—Pero Ned… lo sé, viejo amigo, sé lo que significa para ti, pero…

—Pero él no puede entregar lo que prometió… ¿eso es lo que piensas? No crees en sus poderes, ¿verdad?

—¿Tú sí?

Hubo un momento de silencio. Entonces el joven conde murmuró:

—Tengo que hacerlo, Frank. Tengo que hacerlo. Probaré cualquier cosa, haré cualquier cosa…

—De acuerdo, entonces. Estoy contigo, viejo amigo.

—Por supuesto que sí —dijo el conde con una risa desagradable —. A las duras y a las maduras y con cada penique que poseo, ¿eh? No pienses que no sé por qué te pegas a mí, Frank. Sólo tuve un amigo; y él… oh, venga, no parezcas tan disgustado. Nunca nos encontrarán. ¿Y qué pasa si lo hicieran? ¿Supones que la vieja dama dejaría que un vulgar policía arrestara a su sobrino-bisnieto, o a su sobrino-bisnieto tercero? Apresúrate, Frank; termina la botella y vayamos a ello.

La única respuesta de Barnes fue una serie de gorgoteos cuando siguió el consejo de Lord Liverpool.

Prestando atención a la advertencia, me deslicé de vuelta al refugio del grupo escultórico. El corredor estaba alumbrado a intervalos por lámparas de aceite, y estaba medianamente segura de que con mi capa negra y permaneciendo en la sombra, no me verían. De hecho, ninguno de los hombres miró siquiera en mi dirección. Dejando la puerta abierta detrás de ellos, caminaron por el corredor y pasaron tras la cortina negra.

Ambos iban enmascarados y cubiertos por una túnica. Esperé hasta que estuvieron fuera de la vista antes de salir y al no oír ningún sonido dentro del cuarto del que habían salido, entré en él.

Era un lugar muy extraño, a medio camino entre el camerino de un teatro y el vestíbulo de una iglesia o un templo. Colgadas de ganchos a lo largo de la pared había varias túnicas blancas. La puerta de un armario alto, dejada descuidadamente entreabierta, exhibía unos estantes repletos de máscaras mirando al vacío. Debía de haber una docena de ellas. Pero fue la visión de los objetos encima de una larga mesa la que me hizo detenerme, con el corazón golpeando dolorosamente contra mis costillas. También eran máscaras, pero no copias de aquélla que me era tan familiar. Cabezas de ibis y babuinos, picos de buitre ganchudos y melenas de león… las cabezas de animales de los dioses del antiguo Egipto, moldeadas en cartón piedra y pintadas en colores llamativos.

Casi había olvidado ese sueño espantoso. Pero allí estaban las cabezas de animales, tal como las había contemplado en la pesadilla… y en ningún otro sitio.

No me atreví a ceder a las horribles especulaciones que me asaltaron. Aquí estaba mi oportunidad de pasar desapercibida dentro de la misma habitación donde los demás se reunían. Pero tenía que moverme rápidamente, pues quedaban varias túnicas y no sabía cuántos participantes iban a venir aún. En cualquier momento podía ser descubierta.

Hice un montón con mi capa y la metí dentro de la alacena, me puse una de las túnicas por la cabeza. Era unos buenos quince centímetros demasiado larga, pero eso era bueno, porque escondería mis botas. Los hombres se habían puesto sandalias, pero las otras que encontré en el aparador eran demasiado grandes para mí. Además, las botas pueden ser muy útiles en una escaramuza.

Después de examinar los trastos de atavíos ceremoniales desparramados entre las máscaras encima del tapete, decidí que ninguno era lo suficientemente robusto como para servir de arma; las mazas, los báculos y los cetros eran de madera delgada o de cartón piedra. Habría sido una locura abandonar mi parasol, así que lo colgué de mi cinturón, por debajo de la túnica y lo sujeté en su lugar con mi codo mientras probaba a caminar. Era un poco incómodo, pero pensé que podría arreglármelas.

Estaba lista para irme… salvo por una cosa.

Su Señoría y el señor Barnes se habían puesto ambos una máscara de sacerdote. Quedaban un buen número de ellas; la pequeña broma de Emerson sobre un taller que las producía no había estado demasiado lejos de dar en el blanco. Necesitarían un buen número de esas malditas cosas, sin duda el sacerdote había destruido la que llevaba puesta después de cada actuación. Mi mano estaba tocando de verdad uno de los malditos objetos cuando me surgieron dudas.

Mi determinación descansaba sobre una hebra frágil de evidencia… un sueño. Pero en ese sueño sólo el sumo sacerdote había llevado puesta la máscara con los rasgos humanos. Los demás, los acólitos y los asistentes, llevaban puestas las cabezas de animales.

Bueno, pronto me enteraría de si había hecho la elección correcta. Seleccioné la máscara del león… Sekhmet, la diosa del amor y la guerra. Parecía apropiado.

El corredor estaba tan tranquilo como muerto. Con pasos tensos

y hieráticos recorrí toda su longitud. Por suerte para mí nadie observaba, porque en una ocasión el parasol se interpuso entre mis extremidades y casi me hizo tropezar, pero me recuperé a tiempo. Mi visión estaba limitada por las aberturas de la máscara, por lo que sólo podía mirar al frente y notaba una desagradable sensación de picazón en medio de mi espalda.

Levanté la cortina y pasé al otro lado. Frente a mí había una puerta, con la superficie tallada en bajorrelieve y sobredorada. Los diseños eran de lo más extraordinarios.

El picaporte cedió a la presión de mi mano, en el silencio reinante el panel se meció hacia dentro. Me detuve en seco.

Allí frente a mí estaba la misma escena de mi sueño y yo estaba en pie, mientras que entonces estuve acuclillada, en un balcón abierto en lo alto de una vasta sala.

Sin embargo, no era exactamente igual. La puerta se había cerrado detrás de mí y nadie parecía haber observado mi entrada, así que tuve algunos momentos para recomponerme.

La habitación abarcaba dos niveles de la estructura original; quitando los pisos y reforzando las paredes con pilares, habían abierto todo el espacio entre el techo y el suelo del sótano. Las paredes habían sido cubiertas no con piedra pulida sino con tapices y colgaduras. La estatua no tenía seis metros y medio de altura, sino que era de tamaño natural y la deidad representada no era el altivo Osiris. Tiene varios nombres (Min es uno de ellos), pero es fácilmente reconocible por una característica sobresaliente.

La iluminación era errática y no particularmente impresionante: lámparas de aceite modernas cuyas mechas necesitaban un recorte y fuegos titilando en braseros abiertos encaramados sobre trípodes altos y más bien inestables. Había media docena de hombres presentes; todos cubiertos con una túnica y algunos estaban enmascarados, pero otros se habían quitado la capucha para fumar un cigarro o un cigarrillo. El humor predominante estaba lejos de ser solemne. Un tipo estaba despatarrado en el altar, otro se había llevado una botella a los labios. Alguien señaló la estatua e hizo un chiste que me niego a repetir, le siguió un aullido de risa grosera.

Mientras examinaba la habitación, me percaté con un escalofrío de consternación que uno de los hombres enmascarados me había visto. Su máscara, que era la de Thoth con cabeza de ibis, el dios de

sabiduría, miraba directamente hacia mí. Dio un paso hacia las escaleras que conducían al balcón.

No hay nada como actuar con descaro. Si él sospechaba y daba la alarma yo nunca podría dejarlo atrás. Más importante aún, yo todavía no había logrado lo que venía a buscar. Si la chica estaba prisionera en esta guarida abyecta, no podía abandonarla.

Nunca me había dado cuenta de lo difícil que sería bajar un tramo de escaleras con un parasol colgando de mi cinturón. Después de un tropezón casi fatal, lo empujé hacia atrás fuera de mi camino, igual que haría un espadachín con su largo sable y esperé que nadie notase mi extraño apéndice.

Alcancé el final de las escaleras por fin y di un suspiro de alivio. La máscara del ibis se había dado la vuelta y nadie más pareció prestarme atención. Me deslicé a una conveniente zona de sombra, con mi espalda contra la pared.

Una pierde la noción del tiempo bajo tales circunstancias. No tenía ni idea de qué hora podría ser, ni cuánto tiempo esperé, intentando no escuchar las bromas y el repugnante lenguaje de los demás, antes de que uno de ellos lanzara su cigarrillo al suelo y lo pisoteara.

—Allá vamos, muchachos —dijo alegremente—. No dejéis que su querida señoría os vea holgazaneando como plebeyos.

Las máscaras fueron colocadas y los cigarros lanzados a los braseros. El hombre repantigado en el altar se levantó y enderezó su túnica.

Aunque en verdad no puedo decir que estuviera completamente cómoda, la sombra de terror sobrenatural se había apartado de mi mente. La realidad no era en absoluto como en mi sueño, era más bien una parodia Gilbertiana de un ritual pagano. Y la parodia continuaba; en lugar de una procesión solemne, con antorchas llameantes y cánticos sombríos, los dos hombres simplemente atravesaron una puerta por debajo del balcón, y uno de ellos exclamó de repente:

—¿Qué demonios es esto? ¡Deshazte de esa botella, tú… endereza la tela del altar… poneos en vuestros sitios!

Reprimí una risa. Sonaba como una señora Watson con voz de barítono, sermoneando a sus subordinados por su desaliño. ¿Qué suerte de farsa ridícula iba a ser ésta? Quizá todo lo que tendría que

hacer era desenmascararme y dar a ese grupo una buena reprimenda.

Mi diversión fue breve. Los hombres se desplazaron, siguiendo las órdenes de Lord Liverpool y vi que el Thoth con cabeza de ibis estaba otra vez cerca de mí. No podría retirarme sin entrar directamente en el remanso de luz de la lámpara a mi izquierda.

Era un hombre alto. La máscara le añadía tres o cinco centímetros; se elevaba por encima de mí. Busqué a tientas la empuñadura de mi parasol. Pero él no habló, ni hizo un movimiento amenazador; se detuvo a mi lado, y se giró para mirar hacia el altar.

Los últimos vestigios de diversión me abandonaron mientras observaba a Su Señoría. Esto no era una parodia para él. Estaba odiosa y trágicamente serio. Levantando las manos, se dirigió a la imagen; y el cabello en mi nuca se erizó cuando reconocí la voz que una vez había aclamado a la poderosa Isis, repleta de autoridad al impartir órdenes.

De repente gritó en voz alta.

—¡Viene! ¡Llega! ¡El Grande viene! —y cayó al suelo en una obediencia profunda. Pero no estaba frente a un dios.

Enmascarado y con una túnica blanca, con la piel de leopardo del sacerdote *sem* sobre sus hombros, emergió de las sombras bajo el balcón.

Contuve el aliento. Éste era el hombre. No el patético y joven conde, que era su títere y su acólito, quién haría cualquier cosa (como él decía) e intentaría lo que fuera para curarse de su enfermedad fatal. Con qué crueldad había jugado esa criatura con el miedo a la muerte del chico: un chico además medio enloquecido por la enfermedad que había podrido el tejido de su cerebro.

El miserable tenía presencia, no había duda sobre ello. Incluso los mercenarios más duros respondieron, mirando en respetuoso silencio el espeluznante intercambio entre el joven conde y su mentor. Hablaban en egipcio —o, en el caso de Liverpool, intentaban hablarlo. La voz del otro hombre, aunque extrañamente distorsionada por la máscara, era lenta y segura.

Entonces se volvió hacia las sombras desde las que había llegado y dio tres palmadas.

Vinieron cantando, con voces chillonas y sin armonía. Iban

desnudos excepto por un taparrabos, y la piel oscura de sus cuerpos brillaba como bronce. La forma que descansaba en la litera que llevaban permanecía quieta, incluso con la cara cubierta con envolturas blancas.

No pude reprimir el grito al sentir como si fueran a explotar mis pulmones; pero mientras me lanzaba, abriendo los labios, un brazo de acero me rodeó y una mano tapó mi boca.

—Por amor de Dios, Peabody, ¡no grites! —siseó una voz.

Creo que me habría caído al suelo de no ser por el fuerte brazo que me sujetaba. Con dificultad aparté sus dedos de mi boca.

—Emerson —susurré—, Emerson…

—Ssssssh —dijo Thoth, la cabeza de ibis.

La advertencia era innecesaria; alegría, alivio, arrebato y una creciente furia me mantenían callada. Pero si el de la litera no era Emerson, ¿quién era? Conocía la respuesta, incluso antes de que los porteadores la bajaran suavemente sobre el largo altar y el sacerdote *sem* apartara los velos despacio.

Un murmullo de interés y apreciación creció ante la forma inerte de la pobre chica que estaba desnuda frente a la mirada de los hombres. Su disfraz era una adaptación sorprendentemente precisa de las ropas que una antigua egipcia habría vestido, pero no era el manto de lino plegado de una dama de la alta sociedad. Era el vestido de una esclava o una campesina, un simple vestido que terminaba justo encima de sus tobillos delgados y se suspendía del cuello con tiras, cubriendo más o menos su pecho.

Emerson trasladó su apretón de la cintura al brazo. Y me dio una pequeña sacudida:

—No te muevas, Peabody.

—Pero Emerson, ellos van a…

—No, no van a hacerlo. Espera.

Nadie nos prestaba atención, los ojos ávidos de todos estaban fijos en la señorita Minton. Un tipo alto y delgado que vestía una máscara de babuino empezó a acercarse.

Lord Liverpool se inclinó hacia adelante, estudiando la cara de la chica. De repente, retrocedió. Sus manos fueron a su máscara y se la quitó.

—Pero —exclamó—. La conozco, tú me dijiste…

—Ella es la elegida —dijo con voz solemne el sacerdote *sem*—,

la novia del dios.

—Sí, pero, pero… ¡es la nieta de Durham, por todos los demonios! Dijiste que ella estaría dispuesta…

—Lo está. —El sacerdote puso un brazo sobre los hombros de la señorita Minton y la elevó hasta dejarla sentada—. Despierta Margaret, novia del dios. Abre tus ojos y sonríe a tus devotos.

Las largas pestañas se sacudieron como por encantamiento; levantó lánguidamente los párpados. Una sonrisa singularmente tonta se extendió por su rostro.

—Mmmmmmmm —dijo ella complacida—, ¿quiénes sois, gente extraña?

—Adora a tu señor y amante, novia del dios —canturreaba el sacerdote *sem*.

Ella apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Señor y amante… oh, sí. Qué bien… ¿Cual de vosotros…?

—Maldición, la chica está drogada —gritó Liverpool—. No puedo, no quiero, no a una dama ¡maldición!

—Nunca pensé que pudieras —dijo fríamente la figura enmascarada. Soltó a la señorita Minton, que cayó sobre la almohada con una risita tonta y se desabrochó la piel de leopardo.

—¿Qué? —Dijo el conde desconcertado—. Tú dijiste…

—La consumación del divino matrimonio te curará —replicó el otro hombre—. Así lo hará, mi señor, te curará de tu enfermedad y de cualquier otra cosa que te aqueje.

La señorita Minton levantó los brazos blancos.

—Señor y amante —murmuraba extasiada—. Qué absolutamente espléndido. Mi querido, mi querido, Radcliffe…

—Thot —comencé violentamente y él soltó mi brazo.

—Maldición —gritó.

Su exclamación fue ahogada por un sonoro aullido de Lord Liverpool.

—Maldición hombre, has ido demasiado lejos. No te permitiré hacer esto.

El otro hombre retrocedió.

—De todas las malditas tonterías… nunca hubiera esperado que fueras una gallina, Ned. Muy bien, salid, todos vosotros.

Muchos de los asistentes salieron discretamente, incluido el señor Barnes. El conde apretó los puños.

—Ella viene conmigo. La dejaré segura en casa.

—Al infierno que lo harás. —El sacerdote echó mano dentro de la túnica.

Emerson se lanzó hacia adelante, pero llegó demasiado tarde; retumbó el sonido de un disparo y el conde se tambaleó agarrándose un costado. Cayó de rodillas, por un momento pareció que estaba haciendo una reverencia al dios. Entonces se desplomó hacia delante sobre su cara y permaneció quieto.

Emerson golpeó precipitadamente al asesino y le desconcertó antes de que pudiera apuntar otra vez. Sólo uno de los asistentes enmascarados permanecía en la habitación, era el tipo alto y delgado que llevaba la cabeza de babuino. Me lancé contra él con el paraguas levantado, pero antes de que pudiera derribarlo fui detenida por un par de brazos desnudos y vigorosos, y una mano, desnuda y vigorosa me arrancó el arma que asía. No había pasado por alto a los porteadores de la litera, había notado que estaban presentes; pero los había tomado por asistentes pagados, como los matones contratados por el conde para completar el número necesario de sacerdotes, y nunca habría esperado que se arriesgaran en una lucha criminal. Era evidente que estaba tristemente equivocada.

Dos más de ellos habían abordado al hombre de la máscara de babuino y un tercer par se echó encima de los combatientes o, debería decir, del único combatiente, ya que Emerson había arrastrado al sacerdote *sem* a sus pies y estaba a punto de administrarle un fuerte golpe en el estómago cuando le agarraron y separaron. Antes de que pudiera quitarse de encima a sus atacantes, el asesino agarró rápidamente el arma que había dejado caer y apuntó, no a Emerson sino a mí.

—Todo parece salir mal esta noche —remarcó casi sin aliento—. Tú, aquí, el pequeño, ese que necesita que le recorten la túnica. No sé como se las has apañado para estar presente, señora Emerson, pero es la siguiente de mi lista, y si sus amigos no dejan de pelear dispararé.

La parte de atrás de su máscara se había roto cuando cayó y tenía que sujetarla en su lugar con una mano. La cabeza de ibis de Emerson estaba destrozada, y el sacerdote rió al mirarle.

—Es hora de quitarse la máscara —dijo en tono siniestro—. No

sea tímida, señora Emerson, sé que está ahí. Y el tipo grande tiene que ser el profesor, debí suponer que escogería a Thoth. El erudito del panteón ¿pero quién es el babuino?

Me quité la máscara y la arrojé, y lo mismo hizo Emerson. El babuino cruzó los brazos y permaneció inmóvil; uno de los egipcios le quitó la máscara.

—¡¡¡Inspector Cuff!!! —grité.

—Buenas tardes, señora Emerson —dijo educadamente el inspector.

* * *

—Bien, ésta es sin duda una situación ridícula —dije después—. Le dejé un mensaje, inspector, explicándole la situación y pidiéndole que fuera a buscarme a la Mansión Mauldy si no volvía por la mañana. Pero supongo que no debo esperar que venga al rescate. ¿No lleva siempre un par de policías con usted?

—No lo entiende, señora Emerson —replicó tristemente el inspector—. Este es un asunto muy, muy delicado. Estoy aquí sin el permiso o el conocimiento de mis superiores, y mi pequeña pensión…

—No importa, no hay tiempo para excusas. Debemos unir nuestros esfuerzos para escapar.

—¿Alguna idea? —preguntó Emerson.

Estaba apoyado contra la pared, cruzado de brazos. Todos estábamos apoyados contra la pared, no había nada en la habitación donde sentarse. Era una de esas celdas de piedra desnuda del sótano, que se diferenciaba de las demás sólo por el hecho de que tenía una puerta fuerte, que ahora estaba cerrada y con la llave echada.

—Una o dos —repliqué.

—Espero que sea mejor que la última —dijo Emerson en un gruñido—. Dijiste que los barrotes de esas ventanas estaban oxidados…

—En las ventanas lo están, alguien las ha renovado recientemente. Me pregunto cuántos prisioneros infelices han languidecido en esta asquerosa celda.

Ninguno de ellos replicó. Yo continué pensativa.

—Principalmente estoy preocupada por la señorita Minton. Debemos apresurar nuestra fuga y esperar llegar a tiempo de

salvarla.

—No tengo ninguna objeción a salvarme a mí mismo, y a usted, señora —dijo el inspector— ¿puedo decirle cuánto admiro su calma?

—Gracias, no tengo un gran miedo por nuestra seguridad. Si él hubiera querido habernos matado podría haberlo hecho cuando tuvo ocasión en vez de encerrarnos.

—Esa es la clase de conclusión infundada a la que siempre llegas Peabody — exclamó Emerson—. Hacíamos un trío formidable; incluso aunque las circunstancias estuvieran en nuestra contra, habríamos causado algún daño a nuestro amigo el sacerdote si hubiera tratado de asesinarnos en ese mismo momento. Ahora puede exterminarnos a su placer, sin arriesgar su precioso secreto.

—Pero sus opciones son limitadas, Emerson, debes admitirlo. Sólo en las novelas sensacionalistas el malo inunda el suelo de la celda con agua o gas envenenado. Y debe saber que la primera persona que cruce esa puerta será objeto de un ataque violento.

Emerson empezó.

—Hambre…

—Lleva mucho tiempo. Alguien nos descubrirá antes de que eso pase, incluso si somos incapaces de liberarnos, cosa que considero probable.

Cayó otro silencio sombrío. Estaba a punto de hacer una pequeña broma sobre el pesimismo y la necesidad de conservar el espíritu, cuando empecé a notar una rara sensación. Algo frío y viscoso se deslizó alrededor de mis pies. Hay muy pocos peligros que no pueda aceptar con calma, pero de verdad, no me gustan los reptiles.

—Oh, Emerson, me temo que hay una serpiente —dije.

—No es una serpiente, Peabody —dijo Emerson con la voz estrangulada—. Es agua. Maldición, Peabody, ¿no tenemos ya bastantes problemas sin que tú le ofrezcas sugerencias al asesino? Deja que él invente su propio método de matar.

—Venga, Emerson, eso son tonterías. Esto es sólo una desafortunada coincidencia. ¿De dónde piensas que viene el agua? Enciente otra cerilla, ¿quieres?

—Casi se nos han acabado, Peabody y también las hojas de la libreta de notas del inspector —replicó con calma Emerson—.

Usamos unas cuantas cuando investigamos primero la habitación y la ventana, si lo recuerdas. Pero yo esperaba que ese tubo, ese que tú insistías que era un tubo de desagüe…

—Sí, estoy segura. Ahorra la cerilla entonces Emerson.

La tormenta pasó y salió la luna. Un tenue rayo iluminó un trozo estrecho del suelo, y mientras miraba vi la ondulación del agua al extenderse y hacerse más profunda. Me pareció muy bonita, plateada e inofensiva.

—Me pregunto cuánto se tardará en llenar la habitación —murmuré.

—A mí no me importa cuánto tardará en llenarse la habitación —replicó Emerson furioso—. Aquí, Cuff, deje que eche otra mirada a esos barrotes, si me puede subir en sus hombros.

—Mantén la calma Emerson, te lo suplico —dije—, ésta es una forma bastante ineficiente de matar gente, lo sabes. La puerta, a pesar de estar cerrada no está sellada, y cuando el agua llegue al nivel de la ventana fluirá hacia fuera.

—No tan rápido como fluye dentro —replicó Emerson y seguramente estaba en lo correcto, pues el agua helada me llegaba a los tobillos—, y como viene del río hay un montón a su disposición.

—Sí, lo esperaba. En ese caso, inspector ¿le importaría darse la vuelta?

—No sé qué intenta hacer, señora —dijo Cuff suavemente—, pero le aseguro que no puedo ver ni una puñetera cosa. Podría… esto…desvestirse en una perfecta decencia.

—Eso es lo que iba a hacer —repliqué—, pero a pesar de sus protestas preferiría que se diera la vuelta. Como un gesto, ¿entiende?

Emerson llegó a mi lado salpicando.

—Peabody, qué diablos… ¿no tendrás otro cinturón de herramientas bajo los pantalones, por casualidad?

—No, Emerson, pero tengo algo que nos puede servir perfectamente. La idea se me ocurrió después… después…

—No seas tan delicada, Peabody —gruñó Emerson—. Después de que el bas… ese tipo, Sethos, te secuestrara.

—Sí, suficiente. Mi cinturón y sus accesorios son demasiado visibles para ser pasados por alto, así que pensé que tal vez… Emerson, deja de toquetearme. Tienes tu mano…

—¿Qué diablos estás haciendo? —Me exigió Emerson.

—No estamos solos, Emerson —le recordé—, aquí, toma esto y mantenlo fuera del agua. Y esto.

—Peabody, qué es… ¡por Dios! Querida ¿llevas corsé?

—¡Emerson, por favor!

—Por eso pensé que te notaba más rígida esta tarde —exclamó Emerson—. Pero tú jurabas que nunca llevarías un corsé porque…

—No puedo seguir así —dijo el inspector Cuff de repente—. Señora Emerson, la respeto y la admiro más que a ninguna dama que haya conocido jamás, pero si no me dice por qué se está desvistiendo, creo que voy a perder la cabeza.

—Es muy sencillo —dije—. La mayoría de las mujeres llevan corsés, no son considerados como armas potenciales. Pero, caballeros, ¿qué sostiene al corsé en su posición?

—Maldición si lo sé —dijo Emerson.

—Corsé —murmuró el inspector— ¡Tiras estrechas de ballenas… o de acero! Cosidas en bolsillos a los lados y atrás…

—Como ésta —dije, presionándola en la mano de Emerson—. Ten cuidado, querido, está muy afilada; las había encajado en sus propias vainas, y debo decir lo incómodas que eran. Y ésta, que lleva un borde serrado… Ahora puedes hacer otro intento con esos barrotes, Emerson.

—Increíble, señora Emerson —jadeó el inspector.

—Elemental, mi querido inspector Cuff. ¿Cómo sabe tanto de corsés? si puedo preguntar. ¿Es un hombre casado?

—No, señora, no lo soy. He sido un soltero convencido toda mi vida. Pero por el cielo, señora Emerson, ha sacudido mi fe en las ventajas de la vida de soltero. Si pudiera conocer a otra mujer como usted…

—Sólo hay una como ella —dijo Emerson, con un tono de intensa satisfacción—. Menos mal, espero… Ponte la ropa, Peabody. Allá vamos, Cuff…

Todo lo que el inspector podía hacer era alzar esa forma poderosa, así que tan pronto como me vestí, fui a ayudar. El agua me lamía las pantorrillas mientras estaba con la espalda apoyada contra la pared y las botas de Emerson descansaban sobre mi hombro. El juego de la luz de la luna producía una extraña e hipnótica fascinación.

De repente, la luz de la luna se apagó. Emerson dejó escapar un grito agudo y retrocedió. Nuestra pirámide humana se balanceó peligrosamente. Mi pie resbaló y me senté con un chapoteo, mientras Cuff, maldecía con más imaginación de la que habría creído en él, luchando para mantener el equilibrio.

—¿Qué diablos está pasando? —grité

—No lo creerás —dijo Emerson con voz hueca.

Entonces otra voz dijo tranquilamente…

—Buenas noches mamá, buenas noches papá, buenas noches, señor. No sé quién es, pero a la vista del hecho de que comparte prisión con mis queridos padres sólo puedo asumir que es usted un aliado o posiblemente…

Capítulo 15

No puedo decir cuánto tiempo continuó Ramsés. Fui incapaz de interrumpirlo e imagino que Emerson sintió lo mismo. Cuando volví a caer en la cuenta de lo que estaba pasando, estaba hablando otra voz.

—Oh, señor ¿están ustedes ahí? Oh, señora ¿está usted bien? No se preocupen señor y señora, ¡los sacaremos de ahí!

Yo había empezado a levantarme pero me senté de nuevo.

—¿Gargery?

—Sí, señora, estoy aquí, a su servicio. Oh, señora…

Hice un esfuerzo.

—Ramsés —dije, poniéndome lentamente de pie y observando, de paso, que el agua me llegaba ahora casi por las rodillas—. Incluso si quitas las barras tu papá no podrá salir por esa ventana, es demasiado angosta. Tendrás que dar la vuelta por la casa.

—Me temo que eso está fuera de toda cuestión, mamá —dijo Ramsés—. Papá, ¿si hicieras el favor de alejarte de la ventana? Tenemos cinceles, almádenas y otras herramientas, pero no podemos emplearlas mientras tú…

—Sí, hijo —dijo Emerson. Se descolgó… o Cuff se derrumbó, más probablemente lo último.

Entre los ataques, que destrozaban los oídos, a la estrecha ventana y el marco pregunté:

—¿Por qué no puedes llegar a través de la casa, Ramsés?

Estrépito, golpe sordo.

—Se ha incendiado, mamá —dijo Ramsés.

Tuve que esperar hasta la siguiente pausa antes de seguir con el asunto.

—¿Entiendo, Ramsés, que los sinvergüenzas se han dado a la fuga? Porque no puedo suponer que te permitieran…

Estrépito, golpe sordo, estrépito.

—Ahora mamá, papá y señor —dijo Ramsés— hagan el favor de retirarse a la esquina más alejada y agazaparse de espaldas. Esto es lo que me preocupaba; nunca podremos romperlo de esta manera. Las paredes tienen dos metros y medio de grosor. Afortunadamente he traído un poco de nitroglicerina…

—Oh santo cielo —chilló el inspector Cuff.

Durante un minuto pensé que toda la pared iba a derrumbarse, pero después de que el sonido de la explosión se hubo desvanecido, mis oídos dejaran de pitar y Emerson me alzara fuera del agua, vi que estaba aún en pie, aunque el agujero era lo bastante grande para dejar pasar a un caballo con un carruaje, mucho más a Emerson. Con la asistencia entusiasta de Gargery trepamos fuera, y mientras Emerson examinaba al inspector, que parecía estar en una condición de ligera catatonia, dispuse de tiempo para examinar los alrededores.

El extremo más alejado del ala, que incluía el templo, estaba ardiendo. Las llamas brotaban de las ventanas y subían vertiginosamente desde el techo. No había nada que hacer allí, así que volví mi atención a Ramsés.

No había tenido tiempo de cambiarse de ropa, supongo. Estaba vestido como lo había visto una vez antes, como un pequeño golfillo de las calles, andrajoso y mugriento. Un ojo estaba medio cerrado. No había observado que Percy le hubiera golpeado el ojo.

—La señorita Minton —dije ordenando claramente las prioridades en mi mente—. Supongo que tú no…

—Nosotros tenemos a la joven dama, señora —dijo Gargery—. Estaba en el carruaje con el caballero… bueno, no creo que deba llamarlo caballero, señora, de acuerdo con el señorito Ramsés, aquí…

—Nosotros —repetí—. Tú, Ramsés y…

—Henry, Tom y Bob… todos los lacayos, señora. Y los otros jóvenes caballeros.

Detrás de mí escuché a Emerson exclamar:

—Vamos, vamos, Cuff, ésta no es forma de comportarse para un hombre adulto —seguido por el sonido de una brusca bofetada. Fue suficiente, Cuff dijo débilmente:

—Gracias, profesor. Le pido perdón; no creo haber tenido nunca

una experiencia como ésta… Ahora bien. ¿Qué está pasando aquí?

Creo que se estaba dirigiendo a Gargery, pero por supuesto fue Ramsés quien replicó, y debo decir que fue tan sucinto como fue posible.

—Llegamos a la escena hace pocos minutos, señor, justo a tiempo para interceptar el carruaje que se estaba dirigiendo con bastante rapidez hacia la verja. Temiendo que mamá (puesto que en ese momento ignoraba que papá también estuviera aquí) pudiera estar dentro, le ordené detenerse, lo cual se llevó a cabo de forma satisfactoria, aunque el caballero de dentro disparó una pistola, haciendo un agujero en la gorra de Bob e hiriendo ligeramente a Henry en el pulgar izquierdo. El caballero fue sometido tras un breve forcejeo y entonces descubrí que la dama de dentro no era mamá, sino la señorita Minton, que estaba en un estado que parecía ser de ligera embriaguez, aunque una mayor investigación (esto es, oliendo su aliento) sugirió que era opio más que alcohol…

—¿Y dónde están los ocupantes del coche ahora? —interrogó Emerson.

—Justo en la parte interior de la verja, con Bob y Henry montando guardia —replicó Ramsés—. El resto nos precipitamos inmediatamente a la casa, puesto que supimos (gracias al insistente interrogatorio del señor Gargery) que vosotros estabais prisioneros en la bodega y que —si excusáis un giro de frase algo melodramático— el agua estaba subiendo rápidamente. Escuché la voz de papá…

—Sí, está bien, muchacho, sabemos lo que ha ocurrido después de eso —dijo Cuff—. Y esta persona es…

—Gargery, nuestro mayordomo —dije.

Cuff contempló con fijeza a Gargery, que estaba balanceando una porra en una mano.

—Mayordomo —repitió.

—Olvídese de eso ahora —dijo Emerson con impaciencia—. Mientras estamos aquí charlando la casa está ardiendo como una antorcha. ¿No deberíamos enviar a por los coches de bomberos? ¿Y qué pasa con los sirvientes? Mejor los sacamos, ¿no?

—Dudo que haya un peligro inminente, papá —replicó Ramsés juiciosamente—. El fuego está todavía a una buena distancia de la parte principal de la casa y escuché gritos y llamadas de alarma que

sugerirían que los ocupantes han sido alertados del peligro. Pero iré y me aseguraré.

Echó a correr.

El fuego era tan brillante que proyectaba funestas sombras a lo largo del césped cortado. El ala antigua pronto sería una cáscara destrozada; todas las ventanas se habían quemado y las llamas se elevaban como brillantes banderas desde todas las aberturas vacías. Había una belleza terrible en el espectáculo y permanecimos de pie observando en silencio. El brazo de Emerson estaba a mi alrededor y Cuff había inclinado la cabeza.

—Estaba muerto, ¿verdad, Emerson?

—Sí, cariño. —Después de un momento, Emerson dijo con una voz extraña—. Un noble final, intentando salvar a una mujer indefensa de un destino peor que la muerte. ¿Verdad, Cuff?

La cabeza de Cuff se irguió con brusquedad. Él y Emerson intercambiaron una larga mirada.

—Completamente cierto, señor —dijo el inspector Cuff—. Y ahora, señor y señora Emerson, ¿vamos y nos hacemos cargo del prisionero que su hijo y su mayordomo han capturado amablemente por nosotros?

Para cuando alcanzamos la verja los sirvientes habían sido despertados y los jardines estaban llenos de doncellas gritonas con ondeantes camisones, que parecían una bandada de gallinas que hubieran escapado del gallinero. En la entrada había dos carruajes. Nuestra berlina había sido arrastrada a lo largo del camino de forma que bloqueaba el paso del otro, un carruaje cerrado y oscuro tirado por un par de hermosos caballos negros. No pude ver a Henry, pero Bob, uno de los lacayos más jóvenes, estaba de pie y rígidamente atento, como si vigilara a las dos personas que estaban medio sentadas, medio reclinadas sobre el arcén herboso.

La señorita Minton estaba envuelta desde el cuello hasta los pies en algún tejido pesado y oscuro. Su cabello suelto se había desplomado, desplegado como un brillante velo sobre las rodillas del joven en cuyo regazo descansaba la cabeza. Él tenía ambas manos apretadas sobre la cara, pero lo reconocí, por la luz de la luna que brillaba sobre su cabeza rojo encendido.

—¡O'Connell! —grité—. ¡No! Kevin O'Connell no…

Emerson me sujetó por los faldones, que había olvidado remeter.

—Me figuro que es parte de la fuerza de rescate, Peabody. Seguro que no has pensado que él…

—Desde luego que no. Ni por un instante. —(Pero cuando las manos que me retenían con desconsiderada fuerza me levantaron del suelo, había recordado la facilidad con la que Kevin me levantó la noche del disturbio en la Royal Academy. Pocos hombres lo habrían hecho… desde luego no el débil conde).

—Ja, ja —dije—. Ya estás con tus bromitas, Emerson. El asesino no es el señor O'Connell. Es…

Me detuve y miré expectante a Emerson. Él sonrió.

—Dentro del carruaje, Peabody.

Y allí era donde estaba. Tan apretadamente envuelto en cuerdas, corbatas, pañuelos de bolsillo y bufandas que no era más capaz de moverse que la pobre momia que había profanado. En el asiento opuesto se sentaba Henry, con una porra en la mano. Pero al asesino, al señor Eustace Wilson, no le quedaba más ánimo de lucha.

Después de que entregáramos al prisionero a Bow Street y lo hubiéramos visto acusado, el inspector Cuff declaró que tenía mucho trabajo que hacer, pero Emerson insistió en que nos acompañara de vuelta a Chalford House.

—Usted puede tomarnos declaración allí igual de convenientemente y mucho más confortablemente —declaró—. Demonios, Cuff, todos hemos tenido una noche dura. Nos merecemos un pequeño descanso y una celebración.

Afortunadamente, la noche antes habíamos estado levantados hasta muy tarde, y en consecuencia dormimos hasta tarde. Después de haberme cambiado y quitado el condenado corsé, me sentía bastante fresca. Nos reunimos alrededor de la mesa en el comedor de la servidumbre, que estaba convenientemente cercano a la cocina y donde Gargery y los otros se sentirían más a gusto; y tuvimos una alegre fiesta, con cordero frío, encurtidos en escabeche, una deliciosa tarta de manzana y una gran cantidad de cosas para beber. Ramsés intentó su triquiñuela habitual cuando se estaba sirviendo el vino, levantando un vaso y esperando que su padre lo llenara antes de darse cuenta de quién era. Emerson se dio cuenta, pero sonrió y salpicó un escaso centímetro de vino blanco del Rin en el vaso.

—Te lo mereces, hijo. Vamos, Peabody, no frunzas el ceño, debe aprender a beber el vino como un caballero.

—Esta noche se lo merece —declaró Gargery, que tenía un vaso de cerveza negra—. Si no hubiera sido por él, no hubiéramos llegado a tiempo, señor y señora, ya que ninguno de nosotros sabíamos a dónde se habían marchado.

—Supongo que estabas colgando de la trasera del cabriolé —le dije a Ramsés.

—Sí, mamá. Es correcto. Sabía que tú saldrías a buscar a papá, así que me cambié de ropas y te seguí. Aunque estuve tentado de permanecer contigo y prestar cualquier ayuda que pudiera, sabía que no sería sensato, así que me quedé en el cabriolé cuando volvió a Londres e inmediatamente conseguí la ayuda del señor Gargery y los otros. El señor O'Connell había estado aquí preguntando por la señorita Minton, de forma que me tomé la libertad de enviar también por él.

Kevin, por supuesto, tomó parte de la fiesta. De hecho, las únicas personas que no estaban en la mesa eran la señorita Minton, que estaba arriba durmiendo su involuntaria corrupción, y la señora Watson, quien estaba vigilándola y que hubiera, en cualquier caso, encontrado el procedimiento no de su gusto.

—Estoy segura de que su preocupación conmoverá profundamente a la señorita Minton —le aseguré a Kevin.

—Pensó que yo era otro —murmuró Kevin, mirando tristemente el fondo de su vaso de cerveza—. Todo el tiempo la sostuve y llené de besos su querida cara… Och, sé que un caballero no se aprovecharía, pero era más de lo que la carne y la sangre podían soportar, encontrarla tan complaciente, suave y dulce… ella me pasó los brazos por el cuello, me sonrió a los ojos y me llamó…me llamó…

Emerson estaba tan rojo como un escritorio de caoba. Lo dejé sufrir un momento antes de interrumpir:

—La gente que está delirando o sufre los efectos de las drogas no son muy conscientes de lo que están diciendo, Kevin. Ni sus murmullos tienen significado en absoluto. Está en condiciones de ganarse su afecto, si es lo que usted quiere. Estará en camino de conseguirlo cuando yo le diga cómo apaleó al señor Wilson hasta dejarlo inconsciente, a pesar de que le disparó con su revólver, y

con absoluta indiferencia por su propia seguridad.

Emerson hizo un ruido sordo y me frunció el ceño.

—Suficiente de esta tontería sentimental —declaró él—. Le prometimos al inspector una declaración. Tiene trabajo que hacer, sabes. No tiene tiempo que perder en chorradas románticas. Tome un poco más de vino, inspector.

—No importa si lo hago —remarcó Cuff—. Una cosecha muy buena, profesor; afrutado y no demasiado dulce, con el toque adecuado de acidez.

—Verá —explicó Emerson—. La señora Emerson y yo tenemos el hábito de establecer pequeñas competiciones amistosas cuando vamos a solucionar casos como éste. Así que voy a dejarla comenzar la narración. Dile al inspector cómo dedujiste la identidad del asesino, Peabody.

Había un tic sospechoso en la comisura de su boca, el cual elegí ignorar.

—Gracias, Emerson, estaré encantada de comenzar. Éste ha resultado ser uno de los casos más extraños que yo… nosotros… hemos investigado nunca, una mezcla peculiar de crimen vulgar y adornos exóticos, si puedo expresarlo de esa manera.

—Exprésalo de la forma que quieras, pero sigue —dijo Emerson.

—Entonces déjame empezar desde el principio… con la muerte del vigilante nocturno. Por cierto inspector, creo que usted querría exhumar el cuerpo. Creo que encontrará que el pobre hombre murió de una sobredosis de opio.

—¿Qué? —El inspector me miró fijamente—. Pero el médico forense dijo…

—Los efectos de una cantidad excesivamente abundante de opio se asemejan a los de la hemorragia cerebral, inspector. Afecta al centro respiratorio de la médula oblongata, y da como resultado muerte por fallo respiratorio. El vigilante no había tomado opio antes. Se le dio como algo especial, parte de su pago por permitir que la orgía, cómo debo llamarla, tuviera lugar.

»Ese era el significado del extraño resto encontrado en la habitación donde yacía el cuerpo. No solo una orgía, sino una con un tema del egipcio antiguo… guirnaldas de flores, vino en vasos de cristal; eso no era tan apropiado, pero las tazas de barro vulgares no serían lo bastante buenas para esos jóvenes consentidos, y las

vestiduras adecuadas, incluyendo cetros y máscaras hechas del siempre popular cartón piedra. Era el tipo de broma extraña e indecorosa que habría atraído a esos hombres hastiados, y había otro propósito en la selección de aquel lugar extraño, un propósito sombrío y más siniestro, el cual analizaré a su debido tiempo.

»Obviamente un número de personas tiene que ser sobornada si tal evento va a tener lugar. Oldacre fue uno de ellos, siempre estaba adulando a los ricos y habría dado su pequeña alma malvada por ser uno de los miembros de tal grupo. Al vigilante nocturno a cargo de aquella parte del museo se le pagó una gran suma y fue invitado a participar, como un medio de asegurar su silencio. Su muerte fue un accidente, ninguno de ellos anticipó que el opio lo mataría. Cuando se dieron cuenta de que estaba muerto, su primer pensamiento fue encubrir lo que había tenido lugar. Recogieron las botellas, vasos y guirnaldas de flores, dejando el cuerpo donde yacía. Las mujeres… me imagino que Ayesha las proporcionaría. No eran peligrosas, no se atreverían a denunciar a los extraños caballeros de la nobleza.

»Oldacre era otro asunto. Él no sólo quería dinero, quería ser uno de ellos, un amigo de confianza… un invitado en sus clubes y en sus casas. Su muerte era la clave misma para identificar a su asesino, ¿pero cuál de aquellos jóvenes aristócratas tenía motivo real para temerle? La verdad podría haber causado un escándalo, pero ellos están acostumbrados a los escándalos. Han visto muchos.

»Eustace Wilson, por otro lado, se arriesgaba a perderlo todo si la verdad se descubría. Nunca encontraría otro puesto en arqueología, y si era arrestado y caía en desgracia, también perdería su ascendiente sobre el joven al que le estaba exprimiendo su fortuna.

El inspector parecía dudoso.

—Todo eso está muy bien, señora Emerson, y ahora que el caso está resuelto, su razonamiento tiene mucho sentido; pero no lo vi así en su momento. Aquellos que sufren de… de la enfermedad de Su Señoría a veces son víctimas de furia violenta. Ser amenazados por una criatura despreciable como Oldacre bien podría haber inducido una rabia homicida.

Emerson tosió. No intentó contener su sonrisa por más tiempo.

—Si me permite continuar, inspector —dije con frialdad—

encontrará que mi suposición concerniente a la muerte de Oldacre fue confirmada por otra evidencia.

—Le ruego me perdone, señora —dijo el inspector.

—Sentí desde el principio que el hombre que queríamos no era un diletante, sino un individuo que había sido formado en arqueología. Su ropaje era auténtico hasta en el más significativo detalle y las citas que eligió eran demasiado desconocidas y demasiado oportunas para ser descubiertas con facilidad por un estudio casual de la materia. El papel encontrado en la muerte de Oldacre contenía un mensaje inventado, no una cita… y eso era una indicación incluso más fuerte de conocimientos del lenguaje, puesto que es más fácil copiar un texto que componer uno nuevo. Los errores de ortografía y gramática en aquél mensaje eran del tipo de los que cometería un estudiante, no un aficionado, en particular un estudiante del señor Budge.

»Oldacre era uno de los subordinados del señor Budge. Era bastante concebible, ya que en la investigación del crimen, Ramsés y caballeros, se deben considerar todas las posibilidades, incluso las inverosímiles, que él mismo hubiera escrito el mensaje con propósitos desconocidos, y que su aplicación a su muerte fuera puramente fortuita. No obstante, Oldacre estaba muerto cuando los *ushebtis* y sus mensajes fueron entregados. El cielo sabe que hay muchos estudiantes de Budge deambulando por el mundo… demasiados, podría decir alguien. Pero el único estrechamente relacionado con el caso era el señor Eustace Wilson. Él conocía a Oldacre y no dudo que la relación fuera más cercana de lo que me indujo a creer.»

»Lo que me desvió por un momento de la pista fue la implicación de Lord Liverpool y su amigo, Lord Saint John. De hecho, la horrorosa enfermedad del conde fue la causa última de todo el asunto. No hay cura para ella. La muerte es segura. Cuando la gente enfrenta la muerte, intenta cualquier pretendida cura, por muy rara o sin sentido que sea. ¿Qué tienen que perder? Confieso que no me di cuenta de toda la verdad hasta que descubrimos, la noche del episodio en la Royal Society, que la momia había sido desenvuelta.

»Las envolturas debían haber sido retiradas mientras la momia estaba todavía en Mauldy Manor. Con seguridad, las autoridades

del Museo nunca habrían autorizado tal acto, de manera que debía haber sido hecho por el anterior conde o su hijo, quien le sucedió como Lord Liverpool. Pero ¿por qué haría alguien semejante cosa? El último conde era un coleccionista puro y simple, no un estudiante aficionado de Egiptología. Su hijo tenía incluso menos interés en la materia. Además, si la curiosidad científica inocente aunque inepta había provocado la desenvoltura, no habría existido tan desesperada necesidad de ocultar lo que se había hecho. ¿Qué otra posible razón podía haber para dejar al descubierto la momia?»

Emerson separó los labios. Estaba de un humor socarrón aquella noche y pensé que era más acertado no permitirle ofrecer una sugerencia, de manera que seguí adelante a toda prisa.

—A principios de la duodécima centuria, hay un récord de médicos prescribiendo polvo molido de momias como medicina. Cuatro centurias más tarde, las momias eran una droga habitual, se encontraban en las boticas por toda Europa. Se importaron grandes cantidades de momias para ese propósito, y cuando las existencias se redujeron, personas sin escrúpulos las fabricaron de cadáveres recientes.

»Se podría suponer que en esta edad moderna, los avances de la ciencia y la razón habrían destruido esta superstición, pero de hecho hay todavía tiendas en Londres y, como he dicho, en París y Nueva York, donde se puede adquirir polvo de momias. La ignorancia nunca muere, Ramsés y caballeros, y cuando se combina con la desesperación, difícilmente puede sorprendernos que el joven conde estuviera listo para creer que la repugnante sustancia, dotada de una inimaginable fuerza auténtica, y combinada con rituales solemnes y oraciones, podría ayudar a su desesperada necesidad.»

»Como Oldacre, Wilson conoció al conde a través de Lord Saint John, quien estaba interesado en la arqueología como aficionado, y quien también poseía un sentido del humor perverso. Todos ellos estaban envueltos en el plan original. ¿Por qué no participaría Lord Saint John si eso confortaba a su amigo y le permitía burlar las convenciones que despreciaba? Al principio los rituales y las orgías concomitantes tuvieron lugar en Mauldy Manor; no es de extrañar que las doncellas escucharan varias veces ruidos extraños en la habitación en cuestión. Después el padre del conde descubrió lo que estaba pasando. No era un santo, pero aquellas perversiones lo

horrorizaron; regaló la momia profanada al Museo Británico y prohibió más experimentos. Poco después murió, y aunque probablemente no pueda ser probado, sospecho que el accidente de caza no fue tal accidente. Sería interesante obtener una lista de los huéspedes que estaban presentes en esa ocasión.

»También sospecho que Oldacre no era uno de los miembros originales de la conspiración. Puede haber descubierto qué estaba ocurriendo en los majestuosos vestíbulos del Museo y fue cuando, forzosamente, se le permitió unirse al grupo. No contento con un papel de subordinado, exigió más poder y una parte del dinero que Wilson le estaba exprimiendo a Lord Liverpool. De manera que Wilson lo mató. Se consideraba bastante a salvo, como el discreto señor Wilson, hasta que Emerson y yo entramos en el caso. Conocía nuestra reputación y temió, bastante correctamente, como se ha demostrado, que nosotros veríamos a través de su ardid. Mi descubrimiento de la implicación de Ayesha fue el punto de inflexión. Como Emerson señaló una vez, muchos de los fumaderos de opio son manejados por indios o chinos; no fue una mera elección al azar que Lord Liverpool consiguiera su suministro de droga de este establecimiento en particular. Fue introducido en él y presentado a Ayesha por Wilson, quien había trabajado en Egipto y tenía conexiones con la comunidad egipcia de aquí.

»Antes de eso Wilson se enfrentó a otro peligroso dilema. El conde se estaba muriendo, la lúgubre, aunque lucrativa charada, no podría continuar mucho más. Al principio, Lord Saint John había sido un participante voluntario en el plan, todos ellos hicieron turnos representando al sacerdote *sem*, que es por lo que la conducta del misterioso individuo nos confundió tanto… en unas ocasiones dubitativo e inseguro de su papel, en otras confiado y frío. A medida que pasaba el tiempo, Saint John llegó a despreciar a Wilson y a resentirse de su poder sobre Liverpool, pero para entonces no podía hacer nada para interferir. Liverpool no toleraría criticas del hombre que él esperaba le salvara la vida, y tras el asesinato de Oldacre, Saint John se convenció de que el "inofensivo" juego se había vuelto mortalmente serio, no podía exponer el complot sin implicar a su amigo en un escándalo repugnante, incluso una posible acusación de asesinato. Aunque Saint John era una posible amenaza para Wilson y el mismo conde

estaba empezando a ser cada vez menos confiable, como si la enfermedad fortaleciera su agarre sobre el cuerpo en descomposición. Si decidía que el tratamiento era un fracaso y se volvía contra su aspirante a salvador, el desenmascaramiento era igualmente cierto.

»Wilson decidió matar dos pájaros de un tiro… silenciar al conde antes de que llegara a ser peligroso, y proporcionar a la policía el asesino a quien estaban buscando. Obligó a Ayesha a conducirme a una trampa; a diferencia de las otras inscripciones jeroglíficas que habíamos visto, este mensaje era tan chapucero e inepto que lo habría tomado por el producto de alguien relativamente desconocedor del lenguaje. Wilson pensaba utilizarme en la ceremonia que interrumpimos esta tarde. Planeaba despedir a todos los testigos y despacharnos a Liverpool y a mí, de tal forma que no dejara duda de que el conde me había asesinado y luego se había suicidado… o, quizás, que nos habíamos asesinado mutuamente. Puedo pensar en varias formas en las cuales podría haber sido arreglado…

—Estoy seguro de que usted podría, señora —dijo respetuosamente el inspector—. Pero fue la señorita Minton y no usted…

Agité la mano despreocupadamente.

—Un cambio menor en el reparto de la obra, inspector. El papel de la señorita Minton en todo esto era muy curioso. Sospecho que Wilson planeaba casarse con ella. Decir que la amaba sería una perversión de esa noble palabra, pero así es probablemente como él lo habría descrito. Sin embargo le molestaba que ella lo tratara de forma informal y desdeñosa, y cuando se enteró de que ella no tenía dinero, encontró difícil disimular su ultraje e incredulidad. La insana egolatría que había impulsado su delirio (difícilmente necesito decir que una dama como la señorita Minton no hubiera consentido nunca en convertirse en su esposa) lo persuadió ahora de que ella lo había engañado y traicionado, y le hizo empeñarse en vengarse. Esa misma tarde descubrió que ella estaba aquí en esta casa. Tenía que ser ella; de otra manera yo no podría haber determinado tan rápidamente que estaba ilesa. Me equivoqué —lo admito francamente— al decírselo, pero traté de proteger a la chica al insistir en que permaneciera aquí hasta la mañana. No tenía ni

idea de que ella se atrevería a desobedecerme. De hecho, estaba en tal estado de ira y disgusto que decidió dejar la casa inmediatamente; y Wilson, que había estado esperando fuera con la esperanza de encontrar una forma de comunicarse con ella, no tuvo dificultad para convencerla de que lo acompañara. Sin duda ella esperaba que la escoltara a su alojamiento, pero una vez en el cabriolé estuvo a su merced. ¡No es sin razón que las jóvenes damas son advertidas contra esos peligrosos vehículos!

Proseguí hasta aquí sin interrupciones de Emerson o Ramsés, y de pronto se me ocurrió que esto era tan inusual como para merecer investigarlo. Emerson estaba sonriendo con tal satisfacción que hizo que yo quisiera sacudirlo y Ramsés…

—Ese niño está ebrio —exclamé—. Emerson ¡cómo has podido!

Emerson llegó justo a tiempo de evitar que Ramsés se deslizara silenciosamente desde su silla hasta el suelo. Los ojos del muchacho estaban cerrados y no se removió cuando su padre lo levantó en brazos.

—No está bebido, Amelia, está cansado —dijo Emerson indignado—. El muchacho ha tenido una noche ocupada.

—Noche ocupada, en efecto. Semana ocupada sería más adecuado. No creo que haya estado en su cama más que… Súbelo y arrópalo, Bob. Y te suplico que no olvides quitarle esa horrorosa vestimenta y lavarlo, y…

Emerson dejó a Ramsés en los brazos serviciales del lacayo, remarcando:

—Sé cuidadoso, Bob.

—Sí señor. Lo seré, señor.

—Ahora, entonces —dije, cuando Bob y su durmiente carga salieron—, se está haciendo tarde y todos nosotros deberíamos pensar en retirarnos. Pero primero, inspector, usted me debe una explicación. Espero que no vaya a reivindicar que siguió el mismo razonamiento deductivo que me condujo a la solución del crimen.

—Oh, señora —dijo el inspector parpadeando—. Tal hilo de razonamiento sería bastante extraño en mí. No, siento admitir que fue la rutina pesada y aburrida de la investigación policial la que me condujo hasta la conclusión equivocada. Nosotros hacemos uso de informadores…

—¡Ahmet! —exclamé—. ¡Ese pequeño espía miserable! No me

contó nada.

—Bien, señora, quizá no hizo las preguntas adecuadas —dijo el inspector suavemente—. Nosotros tomamos a Ahmet en custodia por su propia protección. Conociendo la reputación de los jóvenes caballeros, yo ya tenía algunas sospechas de ellos, y tras un prolongado interrogatorio, no señora, no intimidación, sólo interrogatorio, Ahmet admitió que Lord Liverpool era uno de los clientes de Ayesha. No en el fumadero de opio mismo, ella tenía habitaciones arriba, reservadas para los visitantes más distinguidos. A la sazón, más tarde, cuando el profesor…

—Por Dios, sólo una cosa a la vez —exclamó Emerson, sacando el reloj del bolsillo—. No me gusta ser poco hospitalario, inspector… señor O'Connell… Gargery…

Un murmullo de asentimiento interrumpió la lista y el inspector se puso en pie.

—Sí, señor, tiene usted razón, debo marcharme. Con mi más profundo agradecimiento, profesor y señora.

Le dimos las buenas noches al inspector en el vestíbulo y luego continuamos escaleras arriba. Miré en la habitación de Ramsés y lo encontré profundamente dormido, las partes de él que habían sido lavadas estaban relativamente limpias. Tenía mis sospechas sobre el resto, pero decidí no molestarlo. Volviendo a mi habitación, encontré a Emerson yaciendo sobre la cama. Sin embargo, no estaba dormido y tan pronto como cerré la puerta se levantó con su acostumbrada presteza y comenzó a ayudarme a prepararme para acostarme, remarcando que sería desconsiderado molestar a una de las doncellas a esa hora.

—Emerson —dije.

—¿Sí, Peabody? Condenados botones…

—Interrumpiste al inspector justo cuando iba a explicar cómo lo has ayudado en sus investigaciones.

—¿Lo hice, Peabody? Ah, por fin…

Un botón rebotó en el suelo.

—¿Cómo le ayudaste, Emerson? Porque si vas a decirme que sabías que Eustace Wilson era el cabecilla…

—¿Tú lo sabías, Peabody?

—¿No expliqué mi razonamiento, Emerson?

—Sí, Peabody, lo hiciste, y con mucha inventiva, también. Sin

embargo, la expresión en tu rostro cuando viste a Wilson en el carruaje…

—No pudiste haber visto mi expresión, Emerson. Te daba la espalda.

Emerson pateó una prenda de ropa fuera de su camino y me rodeó con ambos brazos.

—Pensabas que era Lord Saint John. Oh, vamos, Peabody; confesaré si tú lo haces.

—¿Tú también, Emerson?

—Todo señalaba hacia él, Peabody. La eminencia gris, el mentor maquiavélico, el poder detrás del trono…

—Era casi demasiado perfecto —dije con pesar—. Había sido soldado, acostumbrado a la matanza y al derramamiento de sangre; es inteligente, cínico, sagaz…

—Corrupto y disoluto —dijo Emerson con un chasquido de dientes.

—Sí; pero me imaginaba que estaba sinceramente hastiado de la vida que había llevado a su amigo a tal espantosa perdición. Me dijo que lo estaba, pero naturalmente fui algo escéptica con las afirmaciones de su recién descubierta virtud. Temo que su actitud es desafortunada; una tiende a buscar el doble sentido y los significados ocultos en todo lo que él dice. En todo caso, no estuvo presente esta noche, y sinceramente espero que encuentre a la buena mujer que afirma estar buscando y que ella le ayude a alcanzar la paz mental y una vida virtuosa.

—No hay nada como la influencia de una buena mujer —acordó Emerson solemnemente—. Bien, entonces, Peabody ¿por qué nosotros no…?

—Con todo mi corazón, Emerson.

Después de un prolongado intervalo Emerson alzó la cabeza y dijo algo entrecortadamente:

—Eso fue excelente, Peabody, y tengo la intención de seguir en la misma línea casi inmediatamente; pero primero, te importaría admitir que estabas equivocada sobre…

—No veo razón para seguir con la discusión, Emerson.

—Mmmmmmmmm —dijo Emerson—. Bien, Peabody, debo confesar que tus argumentos son extremadamente persuasivos.

Un amanecer gris y lluvioso estaba rompiendo antes de que

cayéramos dormidos, y mis ojos encontraron la misma luz sombría cuando los abrí unas horas después. La casa estaba silenciosa y tranquila; no había señales de Ramsés a los pies de la cama o en la puerta; y yací soñolienta y contenta por una vez, dedicada a la meditación filosófica. Creo que no había nada más relajante que el conocimiento del deber cumplido y los peligros superados. Otro asesino había sido entregado sin incidencias en brazos de la justicia, y ahora podía volver mi atención al pequeño problema que me había estado desconcertando durante varios días. Tenía que ver, inevitablemente, con Ramsés. Sin embargo, antes de que pudiera concentrarme en el asunto, Emerson se despertó con las consiguientes distracciones, de la clase en las que él está especialmente dotado y que desviaron mi atención hacia otra dirección.

Como resultado ya estaba bastante avanzada la tarde cuando por fin salimos de nuestra habitación. Debido a las inclemencias del tiempo, los cielos de fuera estaban bastante oscuros y todas las lámparas habían sido encendidas. Mientras avanzábamos cogidos del brazo a lo largo del pasillo, Emerson comentó:

—Supongo que insistirás en tomar el té, Peabody.

—¿Tienes algunas objeciones, Emerson?

—Bueno, sí, maldita sea, las tengo; y sabes cuáles son, Peabody.

—Te aseguro, querido, que estoy a punto de dirigir mi atención al problema.

—Muy bien, mi querida Peabody, te lo dejaré a ti. Pero te advierto, no podré soportarlo mucho más. Necesito paz y calma si tengo que acabar ese condenado manuscrito…

Antes de que pudiera seguir, un alarido horrible reverberó por la casa. Venía de la dirección de la habitación de los niños.

—¡Maldita sea! —Exclamó Emerson—. ¿Qué pasa ahora? Esa niña tiene la voz más penetrante que cualquier mujer que haya oído. ¿Cómo será dentro de diez años, después de que le hayan crecido los pulmones? De veras, Peabody…

—Esa no era Violet, Emerson —le dije—. Si te callaras un minuto… —Efectivamente, otro grito confirmó mi hipótesis; provenía, estaba segura, de una mujer mayor que Violet—. Una de las criadas, creo —seguí—. Tal vez sea mejor que vayamos y veamos qué pasa.

Encontramos a la criada en cuestión, era Mary Ann, en el vestíbulo.

Tenía ambas manos sobre la cara y corrió a toda velocidad hacia Emerson, que educadamente la atrapó y la apoyó contra la pared antes de seguir adelante.

—Es inútil preguntarle —comentó él—. Parece estar en un estado bastante agitado. ¿Supongo que era de la habitación de Ramsés de donde salió?

—Eso sería una suposición fiable incluso si no la hubiera visto salir por la puerta —contesté—. Debió haber ido a llamarle para el té y se encontró… ¿Qué?, se preguntaría uno.

Pronto nos enteraríamos. La puerta estaba abierta. De algún modo, no fue una sorpresa encontrar que Ramsés no estaba solo. Él y Percy estaban de pie uno frente al otro a través de la mesa en la que se disponían las momias de Ramsés. Sus rostros presentaban un interesante contraste de colores, Percy estaba rojo y furioso por la ira y Ramsés estaba más pálido de lo que le había visto nunca. Debido a la oscuridad natural de su complexión y su profundo bronceado, sus mejillas se habían vuelto de un extraño tono marrón descafeinado. En la mesa entre ellos había lo que parecía ser un nuevo espécimen, muy nuevo por cierto, ya que estaba cubierto de sangre que corría copiosamente de sus heridas.

Era el cadáver de una rata. Con sus colas largas e indecentemente desnudas y los dientes afilados, las ratas no son las criaturas más encantadoras de Dios; pero no obstante son criaturas de Dios. Las mutilaciones infligidas en ésta eran de una clase que sólo podían haber sido cometidas, no por zarpas de gato o colmillos de perro, sino por un cuchillo afilado en una mano humana. Lo peor de todo, la débil pulsación del cuerpo desollado mostraba que la desdichada todavía estaba viva, aunque afortunadamente incapaz de sentir dolor.

Emerson estaba a mi lado, como siempre estaba cuando el peligro o la dificultad amenazaba. Se llevó esa cosa, no quise ver lo que hacía y tras un momento dijo tranquilamente:

—Está muerta, Peabody.

—Gracias, mi querido Emerson.

Miré a los dos chicos. Percy se mordía el labio y los ojos estaban luminosos por las lágrimas que intentaba contener. El semblante de

“Ramsés” Walter Peabody Emerson era como de costumbre una máscara enigmática, pero mis agudos ojos maternales captaron un parpadeo de emoción en sus ojos negros. Aprensión, pensé.

—¿Quién hizo eso? —pregunté.

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba. Giré la mirada sobre Percy. Él se puso rígido. Con las manos detrás de la espalda, los labios apretados, me miró a los ojos sin parpadear.

—¿Lo hiciste tú, Percy? —pregunté.

—No, tía Amelia.

—Entonces, si tú no lo hiciste, el culpable debe haber sido Ramsés. ¿Fue Ramsés, Percy?

Percy podría haber posado para el retrato de *La valiente joven Inglaterra frente al enemigo*. Con la barbilla levantada y los hombros derechos.

—No puedo responderte, tía Amelia. Te debo el amor y el deber de un hijo, pero hay algunas cosas aún más importantes para un caballero inglés.

—Ya veo. Muy bien, Percy. Estás dispensado. Por favor vete a tu habitación y permanece allí hasta que yo vaya.

—Sí, tía Amelia. —Salió airado.

En comparación con su primo, Ramsés hizo una pobre demostración. Los estrechos hombros estaban encorvados como si esperara un golpe y no me miró a los ojos.

Extendí los brazos.

—Ramsés, te debo una profunda disculpa. Ven aquí conmigo.

La emoción me abruma cuando recuerdo ese momento, y corro un tupido velo sobre la tierna escena que siguió. Emerson estaba, para ser sinceros, sorbiendo por la nariz y frotándose los ojos con la manga (nunca llevaba un pañuelo). Ramsés se sentó entre nosotros en la cama; el brazo de su padre rodeándolo y él estaba, por supuesto, hablando. Lo interrumpí.

—No necesitas explicarte, Ramsés, ahora lo entiendo todo. ¿No es fascinante, Emerson, ver cómo acontecimientos que parecen ser totalmente comprensibles al principio toman una interpretación completamente opuesta después de un ligero cambio en la perspectiva de uno? ¿Pero quién habría supuesto que un chico de la edad de Percy sería tan ladino?

—Eso —dijo Emerson—, es la perniciosa formación de la escuela

privada. Las pobrecitas bestias tienen que aprender tales trucos para sobrevivir. Si lo he dicho alguna vez…

—Lo has dicho cientos de veces —estuve de acuerdo—. Sin embargo, Percy al final se ha sobrepasado con esta última acusación. La lista de fechorías de Ramsés es bastante extensa, tanto en alcance como en número; pero hay unas cuantas cosas de las que le creo incapaz. Pero torturar y mutilar deliberadamente a un animal… antes me creería que el sol saldría por el oeste, o que tú, mi querido Emerson, me engañarías.

—Ejem… hummm —dijo Emerson.

—Gracias, mamá —dijo Ramsés—. Me fallan las palabras cuando intento…

Pero sabía que no le fallarían, así que le interrumpí de nuevo.

—Mis sospechas sobre Percy y su hermana se despertaron recientemente y se confirmaron con la reconsideración de los últimos acontecimientos. Desde el mismo principio, el incidente de la pelota de críquet en el estómago, sí, Ramsés, sé que intentaste decirme que un jugador con la habilidad de Percy habría sido capaz de dirigir la pelota en la dirección deseada. Desafortunadamente, había estado preocupada con asuntos de vida o muerte y no tuve tiempo para considerar el problema con meticulosidad. Supongo que Violet te dijo que la señorita Helen te había dado permiso para ir en bicicleta, ¿no? Sí; Violet fue una participante dispuesta en el plan y puso de su parte al empujar, poner la zancadilla y decir mentirijillas. Esto… Ramsés, tus muestras de afecto me tocan profundamente, pero quizás deberías posponer más abrazos hasta que te hayas lavado. ¿Qué es esta sustancia en mi falda? No puede ser sangre, es demasiado pegajosa… Bueno, no importa. Te compensaré, Ramsés, te lo prometo. ¿Qué te gustaría?

—Me gustaría poder golpear a Percy —dijo Ramsés.

Su padre se rió cariñosamente.

—Sin duda, hijo mío, sin duda. Un deseo de lo más encomiable y comprensible. A mi también me gustaría… Pero no puede ser, Ramsés.

—Nos libraremos del joven tan pronto como sea posible —prometí—. Y de Violet también. Puedes tomar eso como comprendido, Ramsés. Se precisa algo más, creo. Un pequeño regalo, u obsequio…

Los ojos negros de Ramsés relucieron.

—¿Puedo tener mis disfraces, mamá?

En realidad, lo había hecho muy bien sin ellos. La brevedad de su estatura lo limitaba, pero el papel de árabe callejero le había servido admirablemente en un número de ocasiones, y el diabólico ingenio que había apuntado para sobornar a un miembro genuino de la raza para distraerme, de manera que fuera menos suspicaz en el futuro, me dejaba desgarrada entre la admiración y el horror. La única otra parte que había intentado era lo de la niñita de cabellos dorados; después de que le quitara la primera peluca, él se fabricó otra con el pelo de la muñeca de Violet. Pero ésta, como era el primero en admitir, era más restrictiva.

—Nunca he apreciado completamente las desventajas, no solo de ser mujer en esta sociedad actual, sino de ser acomodado —explicó a su manera pedante—. La única forma en que pude caminar como una chica era pegarme a un adulto, y eso no era satisfactorio para el adulto en cuestión, a menos que fuera extremadamente distraído, con mucha frecuencia lo primero que notaba era que yo estaba desatendido y preguntaba qué le había ocurrido a mi niñera. También consideré disfrazarme como un enano, pero concluí que atraería un montón de atención indeseable en ese papel.

Desde el principio Percy, hábilmente instigado por Violet, se había propuesto meter a Ramsés en problemas. Podía parecer increíble que hubiera individuos cuyo principal placer en la vida fuera hacer que alguien más sufriera; pero los anales del crimen, sin mencionar la historia ordinaria de la raza humana, contenían demasiados ejemplos para dudar de la conclusión. Inicialmente Ramsés se había encontrado incapaz de apañárselas con aquellas maquinaciones; estaba acostumbrado a asesinos y ladrones, pero nunca se había encontrado antes con alguien como Percy. Sus intentos de justificarse sólo parecían empeorar las cosas, y aunque él era lo bastante listo para no decirlo, podía ver que sentía que yo había sido un poquito demasiado rápida en asumir que él tenía la culpa. Tuve que estar de acuerdo, pero me gustaría señalar que la historia previa de Ramsés tendía a confirmar tal suposición. Percy había descubierto pronto que Ramsés estaba deslizándose fuera de la casa sin permiso y disfrazado; Ramsés había sido obligado (como

él dijo) a recurrir a sobornos con el objetivo de mantener a sus primos callados. Percy lo había despojado de su dinero de bolsillo y muchos de sus objetos de valor, incluyendo el reloj y el cuchillo, y luego, habiendo decidido que el armario estaba vacío, había preparado su última trampa.

Me di la satisfacción de devolver a Percy y a Violet a su madre. Ella había estado en Birmingham todo el tiempo. Éste era sólo otro ejemplo de las miserias de mi hermano James, puesto que si no hubiera sido lo bastante miserable como para enviar a su esposa fuera, me habría llevado más tiempo descubrir el complot. La encontré aposentada como un sapo en su casa; había despedido a todos los sirvientes excepto a una doncella sobrecargada, y cuando me abrí camino sobre esta pobre criatura descubrí a Elizabeth en el salón con una novela y una caja de bombones. Mi aparición la hizo ahogarse con el que acababa de meterse en la boca, y tuve que palmearle la espalda varias veces antes de que su color volviera a la normalidad.

—Pero qué demonios, ¿cuál era el objetivo de todo esto? —Exigió Emerson a mi vuelta—. ¿Sólo ahorrar unos pocos soberanos en su comida y cuidados?

—Sin duda James consideraría que valía la pena el esfuerzo —repliqué disgustada—. Pero había más que eso, Emerson; Elizabeth lo admitió francamente cuando le exigí la verdad, es incluso más estúpida que James y tiene menos seso. Fueron aquellas historias que hablaban de la delicada salud de Ramsés y sus peligrosas hazañas. Se suponía que Percy iba a abrirse camino en nuestros afectos, de manera que si algo le ocurría a Ramsés, nosotros haríamos de Percy nuestro heredero.

Emerson se puso de un carmesí brillante.

—¿Qué? ¿Qué? El condenado y pequeño asesino…

—No, no, Emerson. No creo ni por un momento que Percy fuera un asesino precoz. Aunque algunos de los trucos que hizo podrían haber tenido resultados fatales… Sólo se suponía que sería atrayente, encantador y adorable.

—Un papel bastante alejado de sus posibilidades —gruñó Emerson.

—Pero James no tiene la suficiente imaginación para darse cuenta de eso, Emerson. En cualquier caso, sintió que valía la pena

intentarlo.

Emerson reflexionó sobre eso.

—Entonces es al señor O'Connell al que tenemos que darle las gracias porque aquellos niños inaguantables nos fueran endosados —dijo con voz ominosa—. Fue él el que escribió esa historia…

Lo que era una pena, pensé, justo cuando Kevin y Emerson habían estado progresando tan bien. Decidí que no era momento de contarle a Emerson mis esperanzas para los jóvenes. No había una barrera real que los separara; ella era una aristócrata, pero tan pobre como un ratón de iglesia; él ganaba un salario suficiente para mantener a una esposa con un estilo de vida respetable, y yo siempre había sospechado que sus antecedentes eran más distinguidos de lo que él fingía. Hablaba un buen inglés cuando no estaba intentando comportarse como un irlandés, y el traje de etiqueta —que admitió que era suyo— había sido cortado por un sastre excelente. Parecía muy prometedor, y yo estaba segura de que cuando tuviera lugar la boda, Emerson habría superado su irritación y podría incluso estar de acuerdo en entregar a la novia.

Estaba en la biblioteca, garabateando afanosamente en mi documento sobre la Pirámide Negra y meditando (puesto que el tema es uno con el que estaba perfectamente familiarizada podía pensar fácilmente en dos o más cosas a la vez) sobre la tranquilidad de la vida familiar. Uno nunca aprecia del todo la felicidad hasta que la ha perdido y luego visto restaurada, nunca había apreciado por completo a Ramsés hasta que conocí a Percy. La casa estaba sumamente tranquila. Emerson estaba en el Museo; Ramsés estaba en su habitación, momificando una rata o fabricando dinamita, o haciendo algo por el estilo. ¡Cuán pacifico estaba todo y cuán devotamente agradecí al cielo mis diversas bendiciones!

Sólo había una cosita. No se la mencioné al Cielo, dado que esperaba ser completamente capaz de lidiar con ella sin ayuda, pero por el momento no estaba segura de cómo proceder. Le había dicho a Emerson que nunca haría nada para hacerle romper una promesa solemne… yo tampoco la rompería. Pero había otros modos de averiguar la identidad el misterioso hombre del turbante… Tenía que ser un egipcio. ¿Un aliado, enemigo, rival en los negocios o amante de la pobre Ayesha? Ahmet el Piojo había sido devuelto a sus amigos y sus familiares, pero sabía cómo alcanzarlo; él o algún

otro de los adictos al opio que hubiera sido un pobre e infortunado cliente de Ayesha debía saber…

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe con la impetuosidad que caracterizaba a mi amado esposo. Lo recibí con una sonrisa, él me saludó con un abrazo ferviente.

—Hola, Peabody ¿Cómo va el documento?

—Muy bien, querido.

—Bien. Entonces te puedes tomar unos minutos de descanso de tu trabajo.

—Ciertamente, querido Emerson.

Se lanzó sobre el sofá y me indicó el asiento junto a él. Me senté y lo estudié con considerable curiosidad. Parecía excesivamente eufórico; todo su cuerpo estaba burbujeando de risa que una y otra vez escapaba de sus labios sonrientes en una jovial risa sofocada. Sus ojos centelleaban y sus mejillas estaban atractivamente sonrojadas.

—¿Qué dices de un whisky con soda, Peabody?

—Cariño, no es hora. Es demasiado temprano.

—Bueno pero tengo que hacer algo para celebrarlo. —Frunció los labios y expulsó el aliento en un largo silbido—. ¡Por qué poco! De verdad temí por un momento…

—¿Qué es, Emerson? ¿Has terminado tu manuscrito?

—Oh, eso. Algo mucho más importante, Peabody. Te lo cuento, apenas he escapado de un destino horrible. ¿No me vas a preguntarme qué era?

Una idea de la verdad había comenzado a despuntar. Sonreí recatadamente.

—Por qué, no Emerson, no si es algo que has jurado no decir nunca. Creo que era “eterno silencio”…

—Peabody, algunas veces puedes ser irritante. Se supone que vas a darme la lata, regañarme e intimidarme para hacerme hablar.

—Considéralo hecho, Emerson.

Emerson rompió a reír.

—Gracias. Déjame ver, cómo puedo expresar esto… Peabody ¿te gustaría ser la esposa de Sir Radcliffe Emerson, Caballero?

—Por qué, no Emerson, eso no me sentaría bien —repliqué con calma—. Ser conocida como Lady Radcliffe…

Emerson me interrumpió con un caluroso beso.

—Pensé que te sentirías de esa manera. De manera que lo decliné. Me vi obligado, sin embargo, a aceptar una pequeña muestra de estima.

Me tendió una pequeña caja de terciopelo. Dentro había una esmeralda de un tamaño y transparencia asombrosos, engarzada en un anillo y rodeada de pequeños diamantes.

—Cariño, algo vulgar —dije, examinándolo—. ¿Cómo podría ella suponer que tú usarías tal cosa? Es una mujercita bastante ordinaria, lo sé, pero…

—Maldita seas, Peabody —gritó Emerson—: Lo sabías todo ¿verdad? Aquella noche, cuando volvía de Windsor y tú me acusaste de estar viendo a otra mujer, pero lo dijiste de tal manera que no estuve seguro de si querías decir Ayesha o… Peabody ¡debes estar avergonzada de ti misma!

Si yo hubiera sido la mujer arrogante e intrigante que algunas personas creían que era, le hubiera dejado conservar su desilusión, ya que ciertamente me daba el crédito por una omnisciencia casi súper humana. En lugar de eso me reí y dejé caer mi cabeza sobre su hombro.

—No. Emerson, no tenía la menor idea. No hasta este momento. Pero cuando hablaste de ser nombrado caballero… bien, sólo hay un individuo en Inglaterra que pueda conferir tal honor. Así que el misterioso indio ¿era su sirviente de confianza, el Munshi?

—Bastante acertado —Emerson recuperó el buen humor, le gustaba que yo admitiera estar equivocada, y le gustaba más incluso que pusiera la cabeza en su hombro—. Ella me convocó, Peabody, después de que fuera evidente que el joven Liverpool estaba profundamente envuelto en un asunto que bien podría acabar en un cargo de asesinato. Fue Cuff quien reunió las evidencias contra él; y ahora quizá puedas perdonar al buen inspector por ocultar algunos de los hechos, incluso después de que el caso fuera oficialmente cerrado. Como yo, él había jurado mantener el secreto. A diferencia de mí, él se arriesga a perder un gran trato si rompe su palabra.

—No es culpa tuya, querido. Yo te di la lata, te intimidé y te regañé.

—Bastante cierto —Emerson sonrió ampliamente—. Dado que he sucumbido a tus artimañas solapadas y crueles tretas, puedo contarte también el resto; para contártelo, mi queridísima Peabody,

sólo confío en la mejor mitad de mí mismo, y sé que te considerarás ligada por el mismo juramento.

—Naturalmente, mi queridísimo Emerson. ¿Y puedo decir cuánto admiro la jesuítica sutileza de tu razonamiento? Es digno de Ramsés en su mejor momento.

—Gracias, querida. No deberías culparte por fallar al seguir las deducciones de Cuff, ya que él tenía información que tú no tenías… a saber, un gran informe de las actividades de Lord Liverpool y su equipo. Sabía que Oldacre era uno de ellos y también sabía que eran habituales del establecimiento de Ayesha. Siendo completamente consciente de la enfermedad de Liverpool y sus síntomas, llegó a la conclusión lógica de que Liverpool era el sospechoso principal en el caso de asesinato. Pero cuando llevó sus conclusiones a sus superiores se encontró exactamente con la respuesta que la experiencia le había dicho que esperara: consternación y escepticismo.

—¿Y aún así persistió Cuff? Qué cosa más valiente.

—Bueno, no exactamente —replicó Emerson—. Este país sufre un repugnante encaprichamiento con la aristocracia; pero para el eterno crédito de la justicia británica debe decirse que ningún rango o título puede salvar a un hombre de las consecuencias de un acto criminal. A Cuff se le dijo que procediera, pero en estricto secreto y solo, hasta que hubiera obtenido evidencias incuestionables de culpabilidad. Naturalmente a su Majestad se le tenía que decir, advertir, que Liverpool estaba en peligro. Ella tiene, entre otras debilidades menos amables, un cariño sincero por aquellos relacionados con ella por sangre; la consideración por sus sentimientos había librado al joven en un variado número de ocasiones anteriores.

»Cuando fui a ver a Cuff el lunes pasado, después de nuestra visita al fumadero de opio, por supuesto yo no sabía nada de esto, ni él confiaba en mí en ese momento. Yo quería… esto, ejem. Sentí que debía…

—Querías la dirección de Ayesha —dije con calma—. No importa, Emerson. El pasado está enterrado en la tumba de esa infeliz mujer. No nos referiremos a eso de nuevo.

—Humm —dijo Emerson—. Bien, como resultado, Cuff y yo tuvimos una pequeña discusión sobre el caso, y más tarde él me

hizo el honor de mencionar mi nombre a Su Majestad. Ella envió a por mí y solicitó mi ayuda para demostrar que el joven era inocente. Estaba profundamente angustiada; puesto que, aunque él había sido culpable de unas pocas indiscreciones, como la cándida dama dijo, en el pasado, no podía creer que un miembro de su familia pudiera cometer tan vil crimen.

—Ella es peor que cándida, si cree eso es bastante estúpida —señalé—. Puedo pensar en varios ejemplos…

—Como yo, Peabody. No obstante, su requerimiento era condenadamente halagador, y dado que sentí que el conde era demasiado debilucho, mental y físicamente, para planear tal proyecto, le prometí que haría mi mayor esfuerzo.

»Desde entonces Cuff y yo trabajamos juntos. Fue Cuff quien se enteró de la extraña ceremonia planeada para esa fatídica noche. Uno de los matones egipcios contratado para la ocasión había participado en otros de tales eventos y fanfarroneó de eso con una amiguita, que se lo dijo a otra amiga, que se lo dijo a otra… que era una de las informadoras de Cuff. Cometí un imperdonable acto de traición, mi querida Peabody, cuando te encerré en nuestro dormitorio aquella noche; pero estaba ante un maldito e incómodo dilema, entre las demandas de absoluto secreto de Cuff y la Corona, y mi sospecha de que algo detestable iba a ocurrir en aquella guarida de iniquidad. Y aún así, sabes, Peabody, que de algún modo no me sorprendió verte bajar tropezando por aquellas escaleras. Debería haber sabido que tu mente brillante e incisiva resolvería el puzzle.

—Está bien lo que acaba bien —dije alegremente—. De manera que la has visto hoy de nuevo, ¿y te ha dado una esmeralda como muestra de aprecio?

—Mejor que un título de caballero —Emerson se reía entre dientes—. Reduciré el anillo para ti, Peabody.

—Gracias, mi querido Emerson. Lo acepto, ya que no puedo imaginarte alardeando de esmeraldas en tu persona.

—Y también —dijo Emerson con ferocidad— porque el crédito es tanto tuyo como mío. Sabes, Peabody, nunca hablé mal de una mujer, y ella es anciana, y al menos merecedora de respeto por ese lado pero… pero… ¡Ella es realmente tan malditamente aburrida, Peabody! Piensa de sí misma que es capaz de dirigir un imperio,

pero denigra a todas las otras mujeres. Incluso a ti, querida. Le dije que siempre trabajamos juntos, pero ella…

—No importa, Emerson. Tu justificada indignación en mi nombre, en el de todas las mujeres, significa más para mí que cualquier obsequio de esa procedencia. Y, querido, fuiste capaz de asegurarle que el joven era… era…

—Humm —dijo Emerson—. Es difícil encontrar una palabra apropiada, ¿verdad? Difícilmente inocente… pero era inocente de asesinato, Peabody. Y al final se probó a sí mismo el valor de su linaje y su nombre. No vi nada malo en restar importancia a unos pocos de los detalles más desagradables.

—Y estuviste bastante acertado, Emerson.

—Me alegra que estés de acuerdo, Peabody, porque si no lo estuvieras me lo dirías en términos nada inciertos. Ahora… ¿Qué hay acerca de ese whisky con soda?

FIN

Notas

En latín en el original. Emerson está parafraseando a Julio César: ¿Et tu, Brute? (*N. de l T.*)<<

Verso perteneciente a la “*Balada del viejo marinero*” del poeta inglés Samuel Taylor Coleridge. (*N. de la T.*) < <

Frase de Shakespeare en el segundo acto de *Macbeth*. (*N. de la T.*)<<

Gran piedra de Irlanda. Si la besas te concede el don del uso de la palabra para halagar, el don de la locuacidad. (*N. de la .T*) < <

Recordemos que el nombre de la reina Isabel I en inglés es Elizabeth, las casas se construían con forma de E en su honor. (*N. de la T.*)<<